

BIBLIOTECA ARGENTINA DE HISTORIA Y POLITICA

José Luis Busaniche

# ESTAMPAS DEL PASADO

-I-



Lectulandia

Años atrás, al prologar *Estampas del pasado*, José Luis Busaniche señaló que «la bibliografía histórica argentina acrece notablemente y se advierte, en general, un decidido interés por el conocimiento y la interpretación de nuestro pasado. Monografías y libros se suceden de continuo, proyectando luz cada vez más intensa sobre figuras y sucesos de antaño». Pero, agregaba, «carece nuestra bibliografía de una especie de libro, auxiliar importante, no sólo desde el punto de vista didáctico, sino como elemento de cultura general. Me refiero al libro de lecturas históricas (...) el libro ligero o ameno que nos acerque a tal o cual período de la historia y nos ponga en contacto con el hombre de la época y el ambiente en que vivía; el libro que nos haga conocer la vida y las costumbres, nos lleve por las calles de las ciudades viejas, franqueándonos las puertas de los interiores domésticos o nos transporte a las pampas salvajes donde disparan las yeguas cimarronas». Esta es, precisamente, la misión que cumple *Estampas del pasado*, una compilación de relatos de contemporáneos o testigos de los sucesos narrados que va desde la conquista española hasta los albores del siglo actual, permitiendo al lector componer una imagen rica, precisa y matizada de los más variados aspectos de la vida argentina en épocas pretéritas.

**Lectulandia**

José Luis Busaniche

# **Estampas del pasado**

**I**

**Biblioteca argentina de historia y política - 038**

ePub r1.0  
et.al 25.05.2019

José Luis Busaniche, 1971  
Retoque de cubierta: et.al

Editor digital: et.al  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Índice de contenido

Cubierta

Estampas del pasado I

Advertencia para la edición de 1959

Prólogo

### I. LA CONQUISTA

Pedro de Mendoza, Instrucciones que dejó Don Pedro de Mendoza, gobernador del Río de la Plata a Juan de Ayolas, su lugarteniente (Buenos Aires, 27 de abril de 1537)

Luis Ramírez, Santa Catalina y el Río de Solís (1527)

De San Lázaro a Sancti Spiritus (1527)

Pero Lopes de Souza, Entrada de Pero Lopes de Souza en el Río de la Plata, hasta el delta del Paraná (1531)

Domingo Martínez de Irala, «La relación que dejó Domingo Martínez de Irala en Buenos Aires, al tiempo que la despobló» (1541)

Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Cómo se sustentaban los soldados de Alvar Núñez

Cataratas del Iguazú

Llegada de Alvar Núñez a la Asunción (1542)

Pedro Estopiñán y la carta de Irala

Ulrich Schmidel, En los confines del Perú (1548)

Isabel de Guevara, Las mujeres de la Conquista. (Carta de Isabel de Guevara a la princesa gobernadora)

Bartolomé García, Los servicios de un conquistador. «Ésta es una petición y memoria que di al gobernador Domingo de Irala de algunos de mis trabajos»

Domingo Martínez, Las habilidades de un conquistador (1556)

Francisco Ortiz de Vergara, De Santa Cruz de la Sierra a Charcas. Santo Domingo de la Nueva Rioja

Jerónimo Luis de Cabrera, Relación del fundador de Córdoba (1573)

Martín de Orúe, Asunción y el Río de la Plata (1573)

Juan de Garay, Campos de Buenos Aires (1582)

Las puertas de la tierra (Algunos servicios de Juan de Garay)

### II. VIDA COLONIAL

## 1. LA NATURALEZA Y EL PAISAJE

Fray Reginaldo de Lizárraga, De la provincia de Cuyo, en términos de Chile (1591?)

El ganado en las pampas (1591?)

Mendoza y San Juan en el siglo XVI (1591?)

Cayetano Cattaneo, De Buenos Aires a las Misiones por el Río Uruguay (1729)

Fauna del Uruguay. (Siglo XVIII)

Tigres en el Río Uruguay. (Siglo XVIII)

Ignacio Chomé, De Buenos Aires a Santa Fé (1730)

Tomás Falkner, La ganadería. Los caballos alzados. (1744)

Fray Pedro Parras, El pasaje de un río (1752)

José Guevara, El tuminejo o picaflor (Siglo XVIII)

Félix de Azara, Salida de Santa Fé a Corrientes (Diario. 1783)

## 2. LAS CIUDADES

Fray Reginaldo de Lizárraga, De la ciudad de Santiago del Estero (1600?)

Acarete du Biscay, Buenos Aires en 1658

Esteco y Salta en el siglo XVII

Ricardo de Lafuente Machain, Cartas dotales en el siglo XVII

Manuel M. Cervera, La desesperada situación de Santa Fe, en 1722 (El viaje del gobernador Zavala)

C. Cattaneo y C. Gervasoni, Llegada de unos misioneros. El gobernador Zavala (Buenos Aires, 1729)

Fray Pedro Parras, Santa Fe. (El puerto preciso, 1751)

Concolorcovo, Buenos Aires (1773)

Montevideo (1773)

Don Francisco Javier de Echagüe y Andía. Teniente de gobernador de Santa Fe (1742)

Félix de Azara, Salida de Santa Fe a Corrientes (Diario, 1783)

## 3. LA VIDA EN EL CAMPO. LOS INDIOS

Fray Reginaldo de Lizárraga, Relato de un cuatavo (1600?)

Cayetano Cattaneo, Los charrúas (1729)

La viruela en un viaje por el Uruguay

Indios y cristianos montaraces

Carlos Gervasoni, Viaje en carreta (Buenos Aires - Córdoba, 1729)

Carreteros, 1729

Tomás Falkner, Brujos y hechiceros entre los puelches (siglo XVIII)

Fray Pedro Parras, Matanza de ganado (1750)

Una tropa de mulas (1751)

Episodio de viaje (De Córdoba a Buenos Aires. 1751)

Concolorcorvo, Gauderios (1773)

Las carretas y sus viajes (1773)

La gran feria de Salta (1773)

Florian Paucke, Músicos indios en Buenos Aires (1755)

Ingenuidades de los indios (Un indio quiere matar a otro por misericordia.

Mediados del siglo XVIII)

De Buenos Aires a San Javier (Santa Fe. 1755)

#### 4. LAS MISIONES

José Cardiel, El régimen de comunidad en las misiones jesuíticas

La escuela y la música

Distribución cotidiana (siglo XVIII)

Procesión del Corpus (siglo XVIII)

L. A. de Bougainville, La expulsión de los jesuitas (1767)

Florian Paucke, Los jesuitas expulsados (1767)

Fray Pedro Parras, La misión franciscana de Itatí (1751)

#### 5. LAS FIESTAS COLONIALES

Proclamación del rey Fernando VI, en Buenos Aires (1747)

Un carro triunfal

Juegos de sortijas - Comedias - Toros

Fiestas en la Fortaleza

«Noticias sobre la entrada del excelentísimo señor don Nicolás Arredondo, virrey de Buenos Aires, sucesor del excelentísimo señor marqués de Loreto» (1789)

#### 6. CUADROS Y COSTUMBRES COLONIALES. LA VIVIENDA. EL VESTIDO

Carlos Gervasoni, Llegada de jesuitas a Córdoba (1729)

Antonio José Pernety, Montevideo en 1763 (En las afueras de la ciudad)

El culto

La vivienda

La indumentaria. El baile

Vida y costumbres

Alejandro Gillespie, Buenos Aires (Reuniones familiares. 1807)

Trato de los esclavos

#### 7. VÍSPERAS DE LA INDEPENDENCIA

Invasiones inglesas (Un soldado inglés en Montevideo. 1806)

Los caciques pampas en el Cabildo de Buenos Aires (1806)

Lancelot Holland, La segunda invasión inglesa (5 de julio. Ataque a Buenos Aires. 1807)

Santo Domingo (1807)

Prisioneros ingleses en el Fuerte

Francisco Ramón de Udaeta. Proclamación de Fernando VII en Buenos Aires (1808)

Martín Rodríguez, El Cabildo contra Liniers (enero, 1809)

### III. VIDA INDEPENDIENTE

#### 1. HOMBRES Y SUCECOS DE LA EMANCIPACIÓN

- Cornelio de Saavedra, El 24 y 25 de mayo (1810)  
Manuel Moreno, La muerte de Moreno  
José Celedonio Balbín, Retrato del general Belgrano  
Francisco B. Laguardia, Artigas en el Ayuí (1812)  
J. P. y G. P. Robertson, El combate de San Lorenzo (1813)  
Tomás Iriarte, Hábitos militares del general Belgrano (1818)  
J. P. y G. P. Robertson, El doctor Francia (1813)  
Paul Groussac, La declaración de la Independencia (1816)  
Jean Adam Graaner, Celebración de la Independencia en Tucumán (1816)  
José Andrews, El general Alvear  
Vicente Pérez Rosales, Un baile a los vencedores de Chacabuco (1817)  
E. M. Brackenridge, Siluetas de 1818  
Samuel Haigh, El general San Martín en Santiago (1817)  
Jean Adam Graaner, Siluetas de próceres por un oficial sueco (San Martín, O'Higgins, Balcarce, Guido)  
W. G. D. Worthington, El día de Maipú (San Martín y un agente norteamericano. 1818).  
Samuel Haigh, El general Belgrano (1819).  
Rengger y Longchamp, El dictador Francia (1819)  
E. M. Brackenridge, El director Pueyrredón (1818)  
Basilio Hall, San Martín en el Perú (1821)  
La fundación de la Orden del Sol (1821)  
Proclamación de la independencia del Perú (1821)  
Diego Thomson, San Martín y la educación (Lima. Julio 1822)  
Manuel de Olazábal, San Martín en 1823  
El general San Martín y los santafecinos (1823)  
Vicente Pérez Rosales, San Martín en París (1830)  
J. B. Alberdi, El general San Martín en 1843
- #### 2. LAS GUERRAS CIVILES
- J. P. y G. P. Robertson, Artigas en Purificación (1815)  
Pedro Campbell (Corrientes. 1815)  
Ramón de Cáceres, Monterroso  
Dámaso Larrañaga, Artigas y Barreiro (1815)  
Fructuoso Rivera en 1815  
Ramón de Cáceres, Un episodio de las campañas de Artigas  
William Yates, Encuentro de José Miguel Carrera con los caciques indios (1820)  
Marcha de Carrera desde los toldos a la frontera de Córdoba (1821)  
Manuel A. Pueyrredón, Combate de la Concepción del Río Cuarto (1821)  
El capitán Pueyrredón prisionero de Carrera (1821)



José Benito Lamas, Últimos momentos del general Miguel José Carrera (1821)  
Domingo de Oro, Lavalle y el fusilamiento de Dorrego (1828)  
Gregorio Aráoz de La Madrid, La muerte de Dorrego (1828)  
Théodore Lacordaire, El general Quiroga en Córdoba (1829)  
La batalla de la Tablada (22 de junio de 1829)  
John Murray Forbes, Exequias de Dorrego (21 de diciembre de 1829)  
Rosas en 1829 (12 de noviembre y 9 de diciembre)  
Gregorio Aráoz de La Madrid, El general Aldao prisionero en Oncativo (1830)  
José María Paz, Captura del general Paz (10 de mayo de 1831)  
Saturnino Gallegos, El general Paz en el campamento de Estanislao López (11 de mayo de 1831)  
Federico de la Barra, La batalla de Vences (Un monte de banderolas rojas. 27 de noviembre de 1847)  
Los derrotados de Vences (noviembre. 1847)

Sobre el autor

## ADVERTENCIA PARA LA EDICIÓN DE 1959

Esta publicación es, en parte, reedición de otra anterior que hace veinte años salió a luz con el título de *Lecturas de Historia Argentina. (Relatos de contemporáneos 1521-1810)*, hoy completamente agotada en el comercio de libros. Tropezó aquel volumen en sus comienzos con una dificultad que los libreros hicieron presente a su autor: el término *Lecturas* no tenía entre nosotros la acepción amplia de que goza en el ambiente europeo y para lectores poco avisados limitaba y circunscribía el contenido de la publicación al género de las lecturas escolares al uso. Disipado pronto el equívoco, merced a una crítica bibliográfica comprensiva que puso en su punto el carácter de la obra, la edición se agotó. Y han corrido desde entonces algunos años.

El autor, para evitar ahora la confusión, ha optado por llamar a ese libro *Estampas del pasado*, título que responde más cabalmente a su índole y naturaleza, y pone acaso, de lado, toda posible ambigüedad. Se ha dicho que estas *Estampas* constituyen solamente en parte una reedición. En efecto: para esta oportunidad se ha renovado una buena porción del material, y algunas secciones han sido ampliadas, trayendo los temas y materias, cronológicamente, hasta 1910. De tal modo en la fisonomía general de la obra se ha operado alguna mutación. Agréguese que la Librería Hachette ha querido ilustrar largamente la edición, haciendo también, sin proponérselo, una pequeña historia gráfica de la República. Las imágenes provienen de una selección estricta practicada en los mejores repositorios y compilaciones iconográficas, incluso en el Archivo General de la Nación, al que pertenecen no pocas de sus más sugestivas ilustraciones.<sup>[\*]</sup>

Aquellas *Lecturas* de hace veinte años, solicitadas con insistencia por profesores, alumnos mayores y aficionados en general, vuelven hoy bajo el título de *Estampas del pasado. Lecturas de Historia Argentina*, muy transformadas. La materia de que se componen rebasa, como podrá cualquiera advertirlo, los marcos de la historiografía común, con relatos de contemporáneos, escenas y retratos que nos acercan a un pasado viviente y

contribuyen a formar en nosotros el sentido crítico y el sentido social, imprescindibles para la mejor comprensión de la historia.

*J. L. B.*

[La tan inesperada cuanto lamentada desaparición del autor de este libro, nuestro distinguido amigo el Dr. José Luis Busaniche, ocurrida mientras estaba en preparación la obra, nos dejó la responsabilidad de darle término. Si bien hemos puesto toda nuestra devoción e interés en la tarea, nadie pudo haberlo hecho mejor que el distinguido historiador.

Dejamos constancia de nuestro reconocimiento a todas las personas que facilitaron la labor aportando materiales y sugerencias y, en especial, al Director del Archivo General de la Nación, Dr. Roberto Etchepareborda, al Secretario General del mismo Sr. Francisco José Falon; los eficientes y entusiastas funcionarios del Archivo Gráfico de la Nación, y todos aquellos que contribuyeron a enriquecer y mejorar esta edición. Gregorio Weinberg].

## PRÓLOGO

*De algún tiempo a esta parte la bibliografía histórica argentina acrece notablemente y se advierte, en general, un decidido interés por el conocimiento y la interpretación de nuestro pasado. Monografías y libros se suceden de continuo, proyectando luz cada vez más intensa sobre figuras y sucesos de antaño. El público mismo, antes indiferente a la labor historiográfica, presta mejor acogida a las producciones de ese género. El escritor de obras de imaginación, que hasta ayer desdeñaba el trabajo del investigador y del erudito, gusta ahora de incursionar en la historia, cultiva —a veces un poco tarde— la erudición, recorre legajos de documentos, husmea en las colecciones de viejos periódicos y concluye a menudo por abandonar el cuento de actualidad o la crónica de circunstancias, por la crónica retrospectiva o por la novela histórica.*

*Y con ser esto así, carece nuestra bibliografía de una especie de libro, auxiliar importante, no sólo desde el punto de vista didáctico, sino como elemento de cultura general. Me refiero al libro de lecturas históricas, tan estimado en el ambiente europeo.*

*Pocos países, como el nuestro, pueden ostentar una historia tan apasionante, donde se suceden escenas opulentas de color, de emoción dramática o de sabor anecdótico. Hubo en el curso de esa historia sociedades de caracteres muy genuinos, usos y costumbres tradicionales que llamaron la atención del extranjero por lo exótico de los tipos, la originalidad del colorido y lo bravío del paisaje. Poco se ha hecho, sistemáticamente, por conservar muchos de esos aspectos de la vida social que integran y definen el contenido de la historia. Ésta se mantiene, en lo general, limitada por las normas clásicas y es mucho que se haya avanzado en el aspecto primordial del proceso político que requiere todavía gran laboreo y cuenta con eximios cultivadores.*

*Tenemos importantísimas colecciones de documentos oficiales<sup>[1]</sup> pero falta el libro ligero y ameno que nos acerque a tal o cual período de la historia y nos ponga en contacto con el hombre de la época y el ambiente en que vivía; el libro que nos haga conocer la vida y las costumbres, nos lleve*

por las calles de las ciudades viejas, franqueándonos las puertas de los interiores domésticos o nos transporte a la pampa salvaje donde disparan las yeguas cimarronas, o a las riberas donde los tigres, sentados al borde de los arroyos, contemplan el paso de las balsas guaraníes que conducen a los misioneros jesuítas. Decía con acierto un distinguido escritor: «Lo que pasó con Herculano y Pompeya está pasando diariamente con las ciudades vivas. El andar de los hombres, el cambio de instituciones políticas, de sentimientos, de perspectivas morales, las va enterrando poco a poco».<sup>[2]</sup> Por fortuna para nosotros, han quedado muchos restos de ese elemento histórico, dispersos en legajos de archivos, en colecciones documentales, en antiguas revistas, en cartas particulares y, sobre todo, en libros de viajeros que visitaron estas tierras durante las sucesivas etapas de su evolución social. Corresponde al investigador el exhumarlos, sistematizarlos, clasificarlos, para formar colecciones de lecturas que sean condensaciones de realidad y trozos de vida arrancados al pasado.

Por cierto que estas colecciones de lecturas abundan en la bibliografía europea desde fines del siglo pasado. En Francia se han logrado las mejores realizaciones en punto a resurrección de épocas pretéritas. Constituyen material preferido para el estudio de la historia y sirven de texto auxiliar en las escuelas y colegios. Estas colecciones respondieron a un nuevo y más amplio concepto del contenido de la historia, que tenía lejanos precedentes en aquel país. Recuerdo a este respecto una frase ingeniosa de Próspero Mérimée, escrita en 1830, en su prólogo a la Crónica del reinado de Carlos IX: «Lo confieso con cierta vergüenza —decía Mérimée—, pero yo cambiaría la obra de Tucídides por unas Memorias auténticas de Aspasia o de un esclavo de Pericles, porque las Memorias, que son las conversaciones familiares del autor con su lector, proporcionan (sólo ellas) esos retratos del hombre que me interesan y divierten».

Tales lecturas a que me refiero, coinciden en dar preferencia a la vida pública y privada de los pueblos, pero difieren a menudo en cuanto a la naturaleza de los textos y su procedencia. Hay el libro de lecturas redactado directamente por el autor y que en nada se asemeja a los trozos escogidos;<sup>[3]</sup> el libro compuesto con trozos escogidos de autores modernos sobre un período histórico lejano;<sup>[4]</sup> dase también el manual donde alternan los autores modernos, como Boissier, con los contemporáneos de la época estudiada, como Demóstenes o Cicerón.<sup>[5]</sup>

Existe también en Europa otro género de lecturas que difiere de los anteriores manuales en extensión y plan: se trata de la historia general de un

determinado país, narrada por sus contemporáneos.

Francia, Inglaterra e Italia cuentan con colecciones de este género; *L'histoire de France racontée par ses contemporains*, de M. B. Zeller, abarca todo el proceso histórico en sus diferentes aspectos. Por eso consta de cuarenta volúmenes, y, más que un libro de lecturas, es una obra de consulta. Pero llena una condición que considero la más esencial cuando se trata de resucitar una época: todos los testimonios publicados pertenecen a autores contemporáneos.

Obras de este linaje son de valor muy relativo cuando abarcan por entero la evolución histórica en todas sus fases, porque, si bien el testimonio contemporáneo es de la mayor jerarquía cuando se trata de documentar la vida privada, la anécdota o lo puramente pintoresco, no ocurre lo mismo para valorar hechos de carácter político.

Esta selección que ofrezco al público de mi país y a los profesores y estudiantes de historia, responde en parte al criterio de Zeller en cuanto los autores de relatos son siempre contemporáneos o testigos de los sucesos narrados, pero —con algunas excepciones— me he reducido en lo general al cuadro de ambiente y a otras expresiones de la actividad social ya referidas. Solamente así me ha sido posible formar un volumen que no exceda el tamaño de las lecturas históricas corrientes. Queda de esta manera definido, en sus grandes líneas, mi objeto y mi plan. En cuanto a la clasificación de las lecturas y el orden de sucesión cronológico de los hechos narrados, puede el lector consultar el índice de materias cuya explicación sería redundancia.<sup>[6]</sup>

Importa sí, conocer algunas dificultades que he debido salvar para la composición de este libro. El obstáculo principal ha consistido en la presentación de documentos originales del siglo XVI, en una forma sencilla y accesible. Sabido es que dichos documentos contienen casi todas las noticias sobre la vida de aquel siglo, pero los memoriales, testimonios o cartas, por su redacción, su ortografía, su puntuación, forman un conjunto farragoso de difícil lectura, tanto en los papeles originales de los archivos, como en las copias que se ofrecen al público en la grafía original. De ahí que sean poco consultados y leídos, salvo por los especialistas y cultivadores de esas disciplinas. Por ese motivo quedan perdidos e ignorados del público muchos datos valiosos y preciosas informaciones entre el cúmulo de formulismos y expresiones convencionales. Yo he recurrido, para evitar ese inconveniente, a un procedimiento que historiadores de renombre en Europa han usado con mucha mayor libertad.<sup>[7]</sup> Comprendo y no se me oculta que tal proceder compromete la responsabilidad del compilador. Por lo pronto he adoptado la

ortografía moderna, salvo en raros casos que corresponden a modalidades prosódicas de la época. Luego he suprimido en los documentos todas las expresiones convencionales, todas las digresiones y frases incidentales que no solamente no aclaran el contenido, sino que, por el contrario, estorban al sentido cabal de la frase y terminan por embrollar el concepto, contribuyendo a ese estilo tan mazorral y propio de los documentos de aquellas épocas. Las frases o líneas suprimidas se han sustituido con puntos suspensivos como se hace comúnmente en la actualidad cuando se trata de abreviar un texto cualquiera.

Creo que eso ha bastado para que documentos del siglo XVI, de suyo confusos y desaliñados, resulten, en esa nueva forma, exposiciones sencillas y aun interesantes. El lector podrá conocer así, de primera mano, documentos que, en otra forma, difícilmente le hubieran sido accesibles, aunque figuren, perdidos, en los estantes de las bibliotecas públicas. Tal ocurre con las cartas de Irala, de Garay, de Martín de Orúe, de Ortiz de Vergara, etcétera. El mismo procedimiento se ha mantenido para abreviar relatos de otra índole, en todo el curso de las lecturas. De otra manera hubiera sido imposible encerrar en este volumen todo el material que contiene; creo, además, que muchos relatos han ganado en concisión, en ligereza, en claridad, sin que nada haya sido alterado ni confundido.

La selección del material ha ofrecido también algunas dificultades. Con frecuencia se hace difícil poner de acuerdo la descripción de determinados aspectos de la vida con el orden de sucesión cronológico estricto del proceso político y guerrero, unas veces por carencia, otras por superabundancia de testimonios. Refiérome, naturalmente, a testimonios que reúnan los caracteres requeridos para esta colección. De ahí algunas omisiones que el lector avisado podrá notar con sólo recorrer el índice de materias. Hubieran podido subsanarse con presentar la obra en dos volúmenes, pero he renunciado a hacerlo por razones muy obvias...

Se echará de ver, desde un principio, la abundancia de autores extranjeros: el extranjero ve con más clara visión las cosas autóctonas, por la novedad y el exotismo que representan para él. Y más cuando se trata de un viajero inglés, hombre de vida íntima, curioso y observador por naturaleza, que hace anotaciones y escribe diarios, a veces sin miras a la publicidad, por el solo placer de recordar y ordenar sus memorias.<sup>[8]</sup>

Este libro no es una antología de autores: se advertirá que faltan algunos de los nombres más brillantes de la historiografía argentina. Se trata más bien de una selección de temas que ilustran diversos aspectos del proceso

histórico del país, sobre todo en su evolución social. Si la firma de cada autor va acompañada de una pequeña noticia biográfica, se debe a que, en un principio, se adoptó ese procedimiento para responder a ciertos interrogantes que pudieran suscitar muchos nombres casi desconocidos. Luego, para uniformar el plan, fueron agregadas las noticias correspondientes a personalidades argentinas muy famosas. Pero el nombre de cada autor, repito, no ha contado en esta selección de temas sino por el testimonio histórico que aporta. Y excusaría decir que la retórica nada tiene que hacer aquí.

Alguien podrá preguntarse por qué, en la pintura de costumbres y paisajes del siglo XIX, he preferido algunos relatos de Hudson y Cunninghame Graham a los de ciertos escritores argentinos consagrados en la llamada literatura gauchesca. Diré que considero esos relatos más verídicos y que hay para mí en dicha literatura gauchesca mucho de convencional y de falso. Aquellos dos ingleses —a mi juicio— vieron más que los otros y lo vieron todo con mirada perspicua y sagaz.

Aunque el autor de esta recopilación haya procedido siempre con criterio objetivo y con propósitos culturales, no podría ocultar que en el transcurso de este trabajo se ha sentido animado por un sentimiento del que nunca ha hecho ostentación, pero no quiere tampoco recatar: el sentimiento de amor a su patria que se acendra con el conocimiento de su formación histórica. «El amor es tanto más profundo cuanto más cierto es el conocimiento», gustaba de decir Leonardo de Vinci. Que los lectores de este libro encuentren en sus páginas deleite y provecho, al par que nuevos motivos de dilección por los hombres y cosas del pasado argentino.

JOSÉ LUIS BUSANICHE



I  
LA CONQUISTA

## INSTRUCCIONES QUE DEJÓ DON PEDRO DE MENDOZA, GOBERNADOR DEL RÍO DE LA PLATA A JUAN DE AYOLAS, SU LUGARTENIENTE

BUENOS AIRES, 27 DE ABRIL DE 1537

Lo que Juan de Ayolas, mi lugarteniente, ha de hacer, si place a Dios y acá viene, o si él no viniere el capitán Salazar, es llevar toda la gente de arriba y la de aquí, toda la que cupiere en los Bergantines, y si pudiere hacer otro camino, pegar fuego a esas naos, o anegabas y llevarse toda la gente arriba<sup>[1]</sup>, y esto remito a su parecer, porque si los que están aquí son para trabajar y sembrar, podrán pasar y bastará quedar treinta hombres en las naos. Y, en fin, como he dicho, todo lo remito al parecer del dicho Juan de Ayolas, y si le pareciere llevar toda la gente, lleve el patache en que la lleve toda, y si no pudiese pasar con el patache de Sancti Spiritus, déjelo allí, y la gente que no pudiere ir en los bergantines, y vuelva por ella otro camino, de manera que toda la gente esté junta donde el dicho Juan de Ayolas viere que conviene; y si le pareciere pasar derecho a la otra mar<sup>[2]</sup>, que lo haga, pero que siempre deje casa en el Paraguay, o en otra parte que le pareciere por donde sepamos siempre de él dónde está y la gente que yo le enviare lo halle. Y por cuanto yo le dejo poder para quitar capitanes y poner otros, es mi voluntad que los que agora yo tengo fechos [nombrados], si no ficiere por qué, que no los quite ni mueva<sup>[3]</sup>, y que sus alféreces o lugartenientes ficiere por qué, que los quite y los castigue y no quite ni mueva las compañías a los capitanes, sino que ponga otros alféreces o tenientes en sus nombres de los dichos capitanes que yo tengo nombrados.

Os habéis de guardar de las personas [de] que sabéis que yo me guardaba, y de los que yo me fiaba, bien creo que podéis fiaros. Recoge todos mis criados y servios de ellos, que son buenos y fiables, principalmente Ortega, que se queda, recibidlo por criado luego. Si Salazar quisiere ir a España, a ser mi mayordomo, envíamelo con el capitán Francisco Ruiz, al cual dejo aquí para que me lleve la nueva de lo que, si place a Dios, vos ovieredes fecho [hubiereis hecho]. Y alguna perla o joya si hubiereis habido para mí, que ya

sabéis que no tengo qué comer en España si no es la hacienda que tengo de vender, y toda mi esperanza en Dios [y] en vos; por eso, miré, pues os dejo por hijo y con cargo tan honrado, que no me olvidéis, pues me voy, y con seis o siete llagas, cuatro en la cabeza y una en la pierna y otra en la mano que no me deja escribir ni aun firmar.

Al capitán Francisco Ruiz trata bien, porque yo lo quiero mucho y es de mi tierra y sabéis que nos criamos juntos, y despachádmelo luego porque si place a Dios, si lleva con qué, os lo tomaré luego a enviar con gente y con bergantines que suba el río arriba por que no se detenga.

Éstos que se me han quedado acá, que son Antonio de Mendoza y Antonio de Angulo, si os sirvieren bien, hacedles honra y si no, no curéis de ellos, cada uno sepa que ha de llevar sus partes sirviendo. Si de algunos hicieris justicia, sea con mucha razón, y si fuere cosa que podáis pasarla, pasadla, porque Dios será de esto servido, y si no, no le justiciéis sin hacer su proceso primero, y bien sustanciado<sup>[4]</sup>, y si el caso fuere tal que os toque en traición y estuviereis cierto de que es verdad, y no hallareis testigos que basten, empozadlo secretamente de noche o echadlo donde no parezca ni os pueda hacer daño, pero, primero, como os he dicho, se os acuerde de Dios que, aunque sois mozo, sois cuerdo, y en todas las cosas ponedle delante y os dejo las provisiones y cédulas que tengo del Rey: hacedlas guardar para aprovecharos de ellas.

Yo dejo ciertas partes señaladas que se den a los oficiales del Rey y a Francisco Ruiz, que va conmigo; y a mis criados y a los marineros, si Dios algún bien nos diere, sacadas mis costas, razón es que hayan algún provecho en demás el<sup>[5]</sup> capitán Francisco Ruiz y estos oficiales del Rey. El contador [lo] llevo por no dejaros aquí hombre tan bullicioso y también él quedaba de mala gana. A su hermano, que queda por su lugarteniente, trata bien y decidle mucho bien de su hermano; haceos bienquisto de todos los hombres de bien y que vieres que os podéis fiar de ellos.

Y si Diego de Almagro quisiere daros por que le renuncie la gobernación que ahí tengo de esa costa y de las islas<sup>[6]</sup>, ciento y cincuenta mil ducados como dió a Pedro de Alvarado por que se volviese a su tierra, y aunque no sean si no cien mil, hacedlo, si no vieres que hay otra cosa que sea más en mi provecho, no dejándome morir de hambre; y si lo hicieres, por ésta, firmada de mi nombre, prometo de lo cumplir, todo lo que vos hicieres y pasar por ello y procurar que el Rey lo pase. Y ha de ser en condición que os ponga [Almagro] en el puerto, a vos y a un criado suyo y que traigáis vos los dineros. Ha de ser en el puerto de Panamá y a vos os prometo de daros por

que vivamos juntos ocho mil ducados, sin el diezmo de como lo vendiéredes. Y si Dios os diera alguna joya o alguna piedra no dejéis de enviármela por que tenga algún remedio de mis trabajos y de mis llagas; no os envío poder para esto por no descubrirlo a nadie más, de esta que basta firmada de mi nombre.

A Tovalina pagué cincuenta ducados de noventa que dice que le debéis y tomé su carta de pago; dígolo por que no se lo paguéis otra vez. Y aunque arriba digo que la contratación que habéis de hacer con Almagro o Pizarro que sea de las doscientas leguas que tengo de gobernación en la mar del Sur, o de las islas, digo que lo hagáis por todo el Río de la Plata y también sea por todo lo que más pudierdes. Las cosas de bienes que aquí quedan, de difuntos, y ciertos rescates míos y rescates de Alemán, os dará Francisco Ruiz. Haced tenedores de bienes a Juan Ramos y a Martín Pérez y mandadles que tengan buen recaudo, mejor de lo que hasta aquí, tuvieron, porque todos se han perdido.



Batalla con los indios querandies. Siglo XVI. (Según Schmidel).

Mucho quisiera poder hablaros antes que partiera, mas mi dolencia y el tiempo no han dado lugar que espere más de lo que he esperado. Haced de

manera que por toda vuestra vida seáis gobernador, acordándoos primeramente de Dios y después de mí, porque si así no lo hicieréis cambiaré otro gobernador. Ahí os dejo dos testamentos cerrados, uno que tenía fecho y otro que enmiendo y otro queda al Escribano, que es el enmendado. Si Dios fuera servido de llevarme, podéis abrirlos y ver lo que hay dentro y en todo lo demás me remito a vuestro buen parecer. Fecho en el puerto de Nuestra Señora de Buenos Aires a veintiún días del mes de abril de mil y quinientos y treinta y siete años. Si Dios fuere servido que hayáis algún oro o plata, sacaréis las costas que yo he fecho, que vos las tenéis por escrito y sacaréis para mí diez y seis partes y para vos ocho, y a los capitanes cuatro y a esotros según hubieran servido cada uno, y ponedlo por escrito ante Escribano lo que dais a cada uno. La cuenta de lo que habéis gastado no hallo en el escritorio. Por amor de mí que la enviéis con el capitán Francisco Ruiz y alguna obligación si tenéis de alguno, que muchas escrituras me faltan. Fecha *ut supra*.

#### PEDRO DE MENDOZA

PEDRO DE MENDOZA (1487-1537). — Primer adelantado del Río de la Plata y poblador del asiento del *Puerto de Nuestra Señora Santa María del Buen Aire* que no fué propiamente fundado como ciudad ni tuvo cabildo. Mendoza padeció muchos reveses durante su permanencia en el puerto, tanto por los ataques de los indios que diezmaron su gente, como por el hambre y las penalidades que hubieron todos de sufrir. A esto agregábase la grave enfermedad del adelantado. Después de haber hecho una entrada en el Paraná, hasta una población establecida por Ayolas y a la que se dió el nombre de Corpus Christi y después el de Nuestra Señora de la Buena Esperanza, Mendoza decidió en ese lugar que Ayolas siguiera remontando el río, en la creencia de que podría salir al Perú y acaso al Pacífico, por vía fluvial. Ayolas emprendió el viaje (en el que sucumbió) y Mendoza, sin conocer el fin de Ayolas, desengañado y sintiéndose enfermo sin remedio, optó por volver a España, después de escribir las instrucciones para su lugarteniente. Mendoza murió en este viaje de vuelta el 23 de junio de 1537.

## SANTA CATALINA Y EL RÍO DE SOLÍS

1527

En este puerto estuvimos tres meses y medio, dentro de los cuales se acabó de hacer la galeota, aunque antes se acabara de hacer sino enfermara toda la gente; que era la tierra tan enferma, que a todos los llevó por su rasero, que yo doy mi fe a Vuestra Merced, que según la gente cayó de golpe, bien pensamos

peligrara la mayor parte: allí se nos murieron cuatro hombres y otros de los que salieron malos en seguimiento de nuestro viaje; a Juanico tuve aquí muy malo, y tanto y en tanta manera que doy mi fe a Vuestra Merced, que pensé se fuera su camino: pasé con él harto trabajo a causa del poco refrigerio que había. Yo, gracias a Nuestra Señora, me hallé muy bueno en esta tierra, que jamás caí malo ni me dolió la cabeza en ella, mas no me duró mucho, porque hago saber a Vuestra Merced que en el mismo día que de este puerto de Santa Catalina —que así se le puso nombre—, salimos, fué tan grande la enfermedad que me dió, que bien pensé ser llegado mi fin. Así, que, Señor, después de acabada la dicha goleta y recogida toda la gente en las naos, y con todos los cristianos que allí hallamos, salimos con buen tiempo del dicho puerto, a quince días de febrero del año de 1527, y dende a seis días siguientes llegamos al cabo de Santa María, que es a la boca del río de Solís. Este río es muy caudaloso, tiene la boca 25 leguas largas: en este río pasamos muchos trabajos y peligros, ansí por no saber la canal, como haber muchos bajos en él, y andar muy alterado con poco viento, cuanto más que se levantan en él grandes tormentas y tiene muy poco abrigo. Digo de verdad a Vuestra Merced, que en todo el viaje no pasamos tantos trabajos y peligros como en cincuenta leguas que subimos por el [río] hasta llegar a un puerto de tierra firme, que se puso por nombre San Lázaro<sup>[7]</sup>. Yo vine de Santa Catalina hasta aquí en la galeota y como mi enfermedad fué grande y en [la galeota] había muy poco abrigo, pasé infinitos trabajos... Como digo, en fin, Señor, llegamos aquí domingo de Lázaro que fué 6 de abril del dicho año 1527 años. En este puerto estuvo el Señor Capitán General un mes, dentro del cual las Lenguas<sup>[8]</sup> que traíamos, se informaron de los indios de la tierra, y supieron cómo había quedado allí un cristiano cautivo, en poder de los indios, de cuando habían desbaratado y muerto a Solís, el cual se llamaba Francisco del Puerto. Éste, sabiendo de nuestra venida, vino luego a hablar al Señor Capitán y entre otras muchas cosas que [éste] le preguntó de la manera de la tierra y la calidad de ella, dió muy buena relación, y también de la gran riqueza que en ella había, diciéndole los ríos que había de subir hasta dar en la generación que tiene este metal; y porque las naos no podían pasar por el Paraná adentro, a causa de los muchos bajíos que había, las dejó con treinta hombres de la mar para que buscasen algún buen puerto seguro do las metiesen, y también acordó Su Merced dejar en el dicho San Lázaro una persona, con diez o doce hombres, para la guarda de mucha hacienda que allí quedaba, así de Su Majestad como de particulares. Y con toda la otra gente de la armada, con la

galeota y carabela, se recogió el dicho Capitán General para ir el dicho Paraná arriba, y partió de San Lázaro a ocho días de mayo del dicho año de 1527.

Los que allí quedamos, pasamos infinitos trabajos de hambre, en tanta manera, que no podría acabar de contarlos, mas todavía daré aquí alguna cuenta a Vuestra Merced: y fué que, como quedamos con poco bastimento, y en tierra despoblada, faltónos al mejor tiempo, de manera que nos hubimos de socorrer a la misericordia de Dios, y con hierbas del campo, y no con otras cosas nos sostuvimos —mientras las hallábamos y teníamos posibilidad para ir las a buscar—, que nos acontecía de ir dos o tres leguas a buscar los cardos del campo, y no los hallar sino en agua adonde no los podíamos sacar; en fin, qué nuestra necesidad llegó a tanto extremo, que, de dos perros que allí teníamos, nos convino matar el uno, y comerle; y ratones los que podíamos haber, que pensábamos, cuando los alcanzábamos, que eran capones...

LUIS RAMÍREZ

(Carta de Luis Ramírez, fechada en San Salvador a 10 de julio de 1528. (EDUARDO MADERO, *Historia del Puerto de Buenos Aires*).

LUIS RAMÍREZ vino al Río de la Plata en la armada de Caboto (1527) y escribió desde el puerto de San Salvador una carta dirigida a un amigo de España, que hoy constituye un serio documento histórico para el estudio de la expedición de Sebastián Caboto. Lleva fecha 10 de julio de 1528, y se encuentra original en la Biblioteca del Escorial.

## DE SAN LÁZARO A SANCTI SPIRITUS

1527

... Llegó la galeota allí a San Lázaro, víspera de Nuestra Señora, de agosto, deste dicho año de 1527 y partimos de allí a 28 del dicho mes y llegamos a Carcarañá, que es un río que entra en el Paraná, que los indios dicen viene de la Sierra, donde hallamos que el Señor Capitán General había hecho un asiento y una fortaleza harto fuerte..., la cual acordó de hacer para la pacificación de la tierra. Aquí habían venido todos los indios de la comarca, que son de diversas naciones y lenguas, a ver al Señor Capitán General, entre las cuales vino una gente del campo que se dicen *Querandís*: ésta es gente muy ligera, mantiénense de la caza que matan, y en matándola, cualquiera que

sea, le beben la sangre, porque su principal mantenimiento es, a causa de ser la tierra muy falta de agua. Esta generación nos dió muy buena relación de la Sierra y del Rey Blanco y de otras muchas generaciones disformes de nuestra naturaleza, lo cual no escribo por parecer cosa de fábula, hasta que, placiendo a Dios Nuestro Señor, lo cuente yo como consta de vista y no de oídas. Estos *Querandís* son tan ligeros, que alcanzan un venado por pies, pelean con arcos y flechas, y con unas pelotas de piedra redondas..., y tan grandes como el puño, con una cuerda atada que las guía, las cuales tiran tan certero, que no yerran a cosa que tiran: éstos nos dieron mucha relación de la Sierra y del Blanco, como arriba digo...; nos dijeron que de la otra parte de la Sierra confinaba la mar, y, según decía, crecía y menguaba mucho, y muy súbito, y según la relación que dan al Señor Capitán General, [éste] piensa que es la mar del Sur, y en ser así, no menos tiene este descubrimiento que el de la Sierra de la Plata, por el gran servicio que Su Majestad en ello recibirá. En la comarca de dicha fortaleza hay otras naciones las cuales son *Carcarais* y *Chanaes* y *Beguás* y *Chanaes Timbús* y *Timbús* con diferentes lenguajes. Todos vinieron a hablar y ver al Señor Capitán General: es gente muy bien dispuesta; tienen todos horadadas las narices ansí hombres como mujeres, por tres partes, y las orejas; los hombres horadan los labios por la parte baja: de éstos los *Carcarais* y *Timbús* siembran abatís y calabazas y habas, y todas las otras naciones no siembran y su mantenimiento es carne y pescado. Aquí, con nosotros está otra generación, que son nuestros amigos, los cuales se llaman *Guarenís*. Éstos andan derramados por esta tierra y por otras muchas, como corsarios a causa de ser enemigos de todas estotras naciones... y confinan con los que habitan en la sierra.

LUIS RAMÍREZ

## ENTRADA DE PERO LOPES DE SOUZA EN EL RIO DE LA PLATA, HASTA EL DELTA DEL PARANÁ

1531



... El agua ya era aquí dulce, pero el mar tan grande que no podía convencerme de que fuese río. Había en tierra muchos venados, y caza, que cogíamos, y huevos de avestruz, y avestruces pichones muy sabrosos; en la tierra hay mucha miel, y muy buena, y encontrábamos tanta, que la dejábamos; hay cardos que son buenos como alimento y la gente se holgaba en comerlos. Y como nos pareció a todos que podíamos mantenernos, determiné seguir adelante, y el viento estaba del sudeste, y el tiempo bueno, y de noche había luna. Salí a las dos de la tarde, con intención de navegar toda la noche; iba siguiendo la costa, con fondo de seis brazas de arena limpia. Estando a dos leguas de donde partiera, salieron de la costa hacia nosotros, cuatro almadías con mucha gente; viéndolas, me puse a la cuerda con el bergantín para esperarlas; remaban tan ligero, que parecían volar. Pronto estuvieron todos conmigo; traían arcos y flechas y azagayas de palo quemado, y ellos con muchos penachos, pintados de mil colores, y se acercaron en seguida, sin mostrar miedo, por el contrario con mucho placer, abrazándonos a todos: no comprendíamos su idioma, ni era como el del Brasil; hablaban de papo como los moros; las armadías eran de diez y doce brazas de largo y media braza de ancho, de madera de cedro, muy bien labradas; remaban con unas palas muy largas, en el cabo de las palas tenían penachos y borlas de plumas. En cada armadía, remaban cuarenta hombres, todos de pie, y como se venía la noche, no pude ir a sus tiendas, que se veían en una playa, enfrente, y parecían otras muchas armadías varadas en tierra; y ellos me hacían señas de que fuese allí, que me darían mucha caza y cuando vieron que no quería ir, mandaron unas armadías para traer pescado, y lo hicieron con tanta rapidez, que todos quedamos sorprendidos; nos dieron mucho pescado, y yo les hice dar muchos cascabeles y cristales y cuentas y quedaron tan contentos, mostrando tanto placer, que parecían fuera de juicio, y con esto me despedí de ellos.

*Lunes, dos días de diciembre*, ya entrada la mañana, mandé remar río arriba, y eran tantas las bocas de los ríos, que no sabía por dónde estaba, sino que navegaba aguas arriba, y se me hizo noche frente a dos islas pequeñas, donde fondeamos. Sopló toda la noche mucho viento noroeste.

*Martes, 3 de diciembre*, había tanta correntada que no podíamos avanzar a remo. Por la tarde, sopló mucho viento sudoeste y lo aprovechamos para seguir río arriba<sup>[9]</sup>; me encontraba con un brazo que iba al norte, y otro que iba hacia el oeste y no sabía por dónde seguir. Ya aquí, empezaba a encontrar islas con muchas arboledas y fresnos, y otros árboles muy hermosos, muchas plantas y flores como las de Portugal, y otras diferentes; muchas aves y garzas

y avutardas, y eran tantas las aves, que las matábamos con palos. Las islas aquí, ya no son anegadizas y el suelo es muy hermoso.

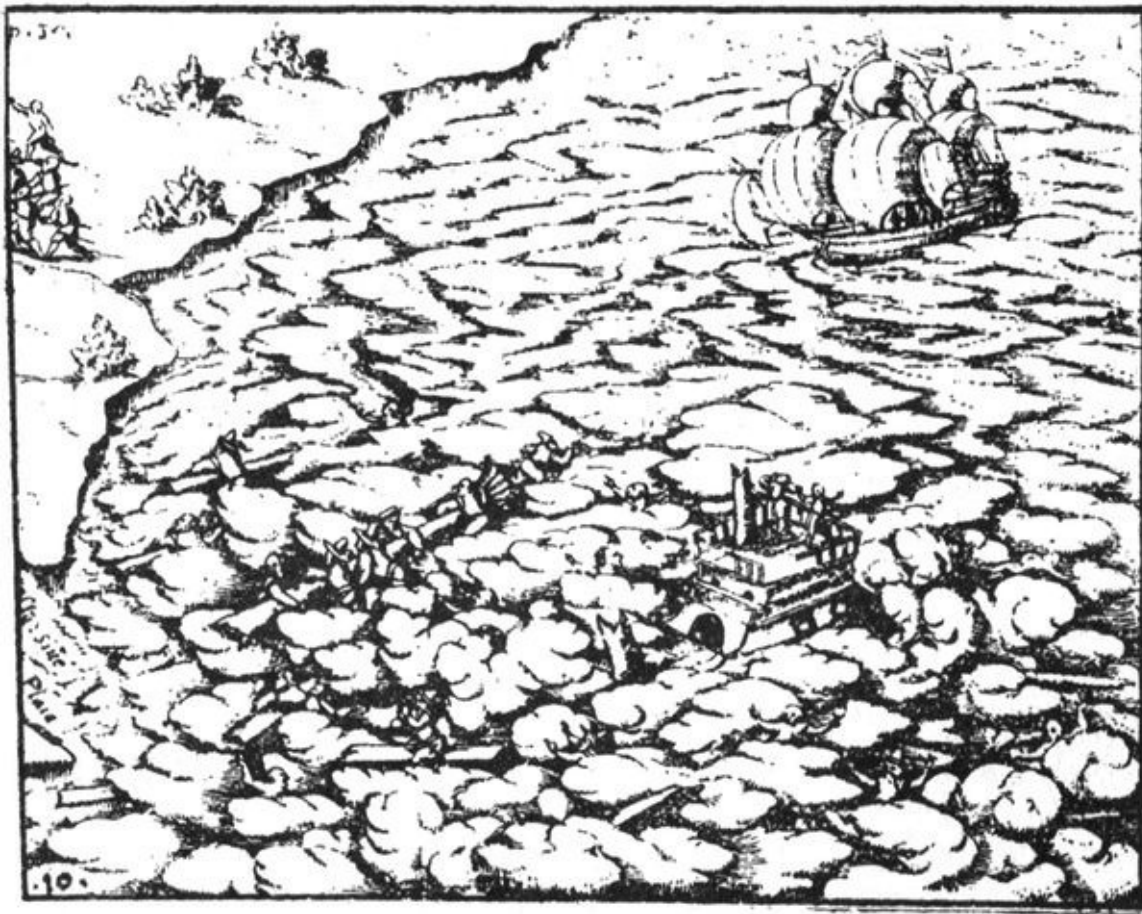
*Miércoles, 4 de diciembre*, navegando a vela, río arriba, por un brazo que corría al noroeste, vine a dar en otro que se corría al nordeste, muy ancho, tenía en la boca dos islas pequeñas<sup>[10]</sup>, ambas muy boscosas. Aquí encontré muchos cuervos marinos, y maté algunos con la ballesta; y fui por el dicho brazo<sup>[11]</sup>, antes de media legua; anocheció y fondeamos junto a una arboleda, donde pasamos la noche.

*Jueves, 5 de diciembre*, yendo por el dicho brazo arriba, encontré muchas señales de que había gente; hacían humo en las islas; la tierra, en la banda del sureste, donde era firme, me pareció lo más hermoso que pudiera verse; llena de flores y la ierba tan alta como un hombre.

*Sábado, 7 de diciembre*, nos sopló el viento al sudoeste con mucha fuerza. Fuimos con poca vela, remontando el dicho brazo, porque hacia el nordeste iban los humos que se alejaban por el río arriba. Y habiendo andado tres leguas, me anocheció en el sitio donde los hacían, y bajé a tierra, pero no hallé rastros de gente, sino de muchos animales. De noche nos dió mucha alarma un onza, y creyendo que era gente, bajé a tierra con toda la tripulación armada.

*Martes, 10 de diciembre*, remonté el brazo que iba al noroeste<sup>[12]</sup> y habiendo andado cuatro leguas arriba fui a dar a un río de tres leguas que iba al oeste, y fui a dormir a la banda sur, debajo de unos fresnos. Por la noche matamos cuatro venados, los mayores que hasta entonces había visto.

*Miércoles, 11 de diciembre*, fui por el río arriba con buen viento, vi un brazo pequeño que iba al noroeste y entré en él; en este río hay unos animales como raposas, que andan siempre en el agua, y matamos muchos; tienen un sabor como el cabrito. Remontando el brazo vi que se estrechaba y me volví al brazo grande y en mitad de él descubrí otro brazo que iba en dirección este-sudoeste y anduve por él una legua y di en otro río muy grande que iba al noroeste. La tierra de la banda del sudoeste era alta y parecía ser firme y en la misma banda del sudoeste hallé un desaguadero que en la boca medía dos brazas de ancho y una de fondo y según la información de los indios era la tierra de los *Carindins*<sup>[13]</sup>. Mandé hacer humaredas para ver si acudía gente, y en el interior, muy lejos, me respondieron también con humaredas.



Nafragio en el Río de la Plata. Siglo XVI. (Según Schmidel).

*Viernes, 12 de diciembre*, en la boca de este desaguadero de los *Carindins* puse dos padrones, con las armas del Rey Nuestro Señor, y tomé posesión de la tierra para volverme de ahí porque vi que no podía comunicarme con la gente de tierra, y hacía mucho que había dejado a Martín Alfonso, en el lugar donde estaba, y yo quedé en volver a los veinte días; y de este desaguadero al río de los *Beguaois*<sup>[14]</sup> adonde partí, tenía que andar ciento cinco leguas. Aquí tomé altura del sol en 33 grados y 3 cuartos. Esta tierra de los *Carindins*, es alta a lo largo de la costa y en el interior llana, cubierta de pastos altos que ocultan un hombre; hay mucha caza en ella, de venados y avestruces y codornices; es la tierra más hermosa y agradable que pueda imaginarse. Yo traía conmigo alemanes e italianos, y hombres que estuvieron en la India, y franceses y todos se mostraban sorprendidos de la hermosura de esta tierra y andábamos todos suspensos, que no pensábamos en volver.

PERO LOPES DE SOUZA.

(*Diario de Navegação*, Río de Janeiro, 1927. Texto traducido por J. L. B., pág. 27).

PERO LOPES DE SOUZA. Navegante portugués de principios del siglo XVI; hermano de Martín Alfonso de Souza, también navegante y descubridor de renombre, aludido por Camoens en *Os Lusíadas*. Llevó a cabo una intrusión en el río de la Plata y anduvo por las islas del delta del Paraná. Ha quedado constancia de este viaje en el *Diario de Navegação* de Lopes de Souza del que existe una excelente edición moderna brasileña, realizada por Eugenio de Castro, con notas muy eruditas e ilustrativas. Río de Janeiro, 1927, pág. 27.

## «LA RELACIÓN QUE DEJÓ DOMINGO MARTÍNEZ DE IRALA EN BUENOS AIRES, AL TIEMPO QUE LA DESPOBLÓ»

1541

Por cuanto yo, Domingo Martínez de Irala, teniente de gobernador por el muy magnífico señor Juan de Ayolas, gobernador y capitán general de estas provincias del Río de la Plata, por suma he determinado de llevar la gente que estaba en el puerto de Buenos Aires para la juntar con la que está arriba, en el Paraguay, deliberaré de dejar señales y escrituras por donde se puedan avisar para nos seguir e hallar, lo cual podrán facer, guardando la instrucción siguiente:

Primeramente han de saber que en el Paraguay, en veinte y cinco grados y un tercio, está fundado y poblado un pueblo en que estarán, con los que de aquí vamos al presente, cuatrocientos hombres al menos... Siempre que se quiera hacer alguna guerra van en nuestra compañía mil indios en sus canoas e si por tierra los queremos llevar, llevamos los más que queremos con la ayuda de Dios; y con el servicio de estos indios habernos destruido muchas generaciones de otros indios que no han sido amigos, especialmente a los agaces de los cuales habernos habido cantidad de plata y mucho oro... Los nombres de los indios que en esta tierra habitan, son muchos; de ellos diré los más principales y los que más cerca tenemos: Los primeros se llaman *mayas*, que es muy gran generación y muy valientes y pequeños de cuerpo. Después de ellos son los *chañes* y después los *carcarás*. Éstos son los más ricos e gente más poderosa y que tiene más policía y los pueblos cercados, según tenemos noticias. Otros muchos hay en cantidad, que sería prolijidad decirlos; todos son labradores y gente que siembra. Todos los indios que por este río

arriba hay, que viven en la ribera de él, no son gente que siembra ni de ninguna policía, son de guardarse mucho de ellos, especialmente al tiempo del rescate.

Los que quisieran buscarnos, si fueren dos bergantines o uno, podrán ir yendo siempre por el río grande, sin meterse por los esteros ni contratar con nadie, excepto con los *macarotaes* y ha de ser con gran recaudo.

Pasados los *timbúes*, han de seguir el río grande, cerca de la tierra que es a la ribera de este río a la parte de España, hasta donde por la marca que traerán en la carta de marear hallarán la boca del Paraguay. La señal que tendrán para conocerla, es que, siguiendo esta costa como tengo dicho, después de haber pasado unas barranqueras de piedras e unas puntas de piedra donde hay algunas grandes corrientes que son después de ella, hallarán una isla por entre la cual y la tierra firme de la parte de España se han de meter, e si hallaren que la isla tiene piedras, desde allí pasando della han de atravesar al norte y darán en la boca del Paraguay arriba; no hay donde errar...

Los mejores lugares e puertos que hay, donde poner las naos y para que esté más segura la gente que quedare en ellas, son el puerto de San Gabriel o en un río que está tres leguas más arriba en aquella costa, donde se acaban las barrancas en una punta gruesa, que se dice río de San Juan; tiene en baja mar un islote en la boca, tiene una buena tierra para sembrar, especialmente un monte que está entrando en él a la mano derecha. Así mismo la isla de Martín García tiene a la banda del noroeste buen surgidero y de mucho fondo. De esto podrán ver lo que mejor les pareciere para seguridad de las naos y de la gente; si hicieren pueblo, hanlo de cercar de palizada por maña que no puedan quemarlo de noche los enemigos e no los coman los tigres, que hay muchos.

Han de sembrar desde principio de setiembre hasta el fin de él si fuere maíz, e si fuese trigo u hortalizas, pueden sembrarlas en el mes de mayo y junio o julio; la tierra que tiene monte es mejor para maíces.

Los tiempos más dispuestos para ir arriba y que continúan más los vientos, están desde mediados de marzo hasta mediado mayo; trabajen de partir en tiempo que puedan llegar allá hasta mediado julio, porque les servirá más la vela que en otro tiempo, según lo que habernos visto...

Rogamos y pedimos por merced a cualquier que esta carta nuestra viere, que si no se hallare en tiempo de poder hacer ninguna de las cosas que arriba decimos con que nos socorrer y se determinare volver para España o para otra parte de las Indias, que vuelva a poner ésta como la hallare, para que, si otro después de él viniere, nos pueda seguir y lleve consigo el traslado, para que por él pueda hacer relación a S. M. o a los señores de la Contratación de las

Indias, para que, sabido cómo, nos mande socorrer si fuere servido porque por falta de navíos, nos sea enviado con qué traer socorro de las cosas necesarias a esta tierra.

Este puerto es el mejor que hay en este río para naos y gente, adonde cualquiera que viniere podrá dejar la gente y mas que le pareciere, avisándose siempre de se guardar de tigres, porque hay muchos.

En las islas de San Gabriel, en una de ellas, hallarán una casa de tabla, donde quedan quinientas fanegas de maíz e frijoles...

Así mismo, si por caso no trajeren tablazón para hacer bergantines, corran esta costa del río arriba e hallarán madera de sauce e asimismo en la costa, hacia San Gabriel; y la ligazón podrán cortar en las islas y esto con mucho recaudo, porque los indios de esta parte hasta agora no se han dado por enemigos ni amigos.

Quedan en una isla de las de San Gabriel, un puerco y una puerca, para casta; no los maten, y si hubiere muchos, tomen los que hubieren menester y dejen siempre para casta y asimismo de camino echen en la isla de Martín García un puerco y una puerca y en las demás que les pareciere, para que hagan casta.

DOMINGO MARTÍNEZ DE IRALA.

(ULRICH SCHMIDEL, *Viaje al Río de la Plata. 1534-1554*. Trad. de S. Lafone Quevedo, Buenos Aires, 1903. Apéndice).

DOMINGO DE IRALA. (1610-1556). — Conquistador del Paraguay y verdadero fundador de la Asunción. Vino al Río de la Plata con don Pedro de Mendoza en 1636. Nombrado teniente gobernador por Ayolas, fué reconocido como tal y ejerció el mando en la Asunción hasta la llegada de Alvar Núñez. Despobló Buenos Aires en 1641, para reconcentrar en Asunción todos los españoles del Río de la Plata. Después del motín contra Alvar Núñez y de la prisión del Adelantado (1544) ejerció nuevamente el mando en Asunción (1644-1656) y fué confirmado en el gobierno por el Rey en 1554. Murió en 1656. Irala, además de sus fundaciones en el Paraguay, hizo varias expediciones al interior del gran Chaco, y en una de ellas llegó hasta los confines del Perú (1648) poniéndose en comunicación con las autoridades de Lima por intermedio de Nufrio de Chaves. Escribió varias cartas al Rey, durante su gobierno, dando cuenta de sus trabajos y fundaciones. El documento que se publica fué dejado por Irala, en Buenos Aires, cuando la despobló (1641) y encontrado por Pedro Estopiñán Cabeza de Vaca en su viaje desde Santa Catalina a la Asunción por el Río de la Plata. (1542).

## CÓMO SE SUSTENTABAN LOS SOLDADOS DE ALVAR NÚÑEZ

A 1.º día del mes de enero del año del Señor de 1542, que el gobernador y su gente partió de los pueblos de los indios, fué caminando por tierras de montaña y cañaverales muy espesos, donde la gente pasó harto trabajo, porque hasta los cinco días del mes no hallaron poblado alguno; y demás del trabajo, pasaron mucha hambre y se sostuvo con mucho trabajo abriendo camino por los cañaverales. En los cañutos de estas cañas había unos gusanos blancos, tan gruesos y largos como un dedo, los cuales la gente freían para comer y salía de ellos tanta manteca que bastaba para freírse muy bien y los comían toda la gente y los tenían por muy buena comida; y de los cañutos de otras cañas sacaban agua que bebían y era muy buena, y se holgaban con ella. Esto andaban a buscar para comer en todo el camino, por manera que con ello se sustentaron y remediaron su necesidad y hambre por aquel despoblado. En el camino se pasaron dos ríos grandes y muy caudalosos con trabajo; su corriente es al norte. Otro día, seis de enero, yendo caminando por la tierra adentro sin hallar poblado alguno vinieron a dormir a la ribera de otro río caudaloso de grandes corrientes y de muchos cañaverales donde la gente sacaban de los gusanos de las cañas para su comida, con que se sustentaron; y de allí partió el gobernador con su gente. Otro día siguiente fué caminando por tierra muy buena y de buenas aguas y de mucha caza y puercos montescos y venados, y se mataban algunos y se repartían entre las gentes: este día pasaron dos ríos pequeños. Plugo a Dios que no adoleció en este tiempo ningún cristiano y todos iban caminando buenos con esperanza de llegar presto a la ciudad de la Asunción donde estaban los españoles que iban a socorrer.

ALVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA.

(*Naufragios y Comentarios*).

ALVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA. — Segundo Adelantado del Río de la Plata; había figurado en las guerras de Italia y en la conquista de la Florida cuando en 1540 capituló el gobierno del Río de la Plata. Llegó con su armada a la isla de Santa Catalina en marzo de 1541 y tomó posesión de ella. En noviembre de ese año emprendió el viaje por tierra hasta Asunción, a donde llegó en marzo de 1542. Tuvo conflictos con los Oficiales reales de la ciudad, llevó varios ataques contra los indios y organizó una «entrada» que fracasó. Los Oficiales reales y «conquistadores viejos» de la Asunción se amotinaron contra Alvar Núñez y le depusieron reduciéndolo a prisión en abril de 1544; lo mismo hicieron con sus tenientes y allegados. En marzo de 1545 fué remitido a España con el proceso que se le había levantado. Fué puesto en libertad antes de llegar a la metrópoli y allí entabló pleito contra sus acusadores. Escribió el libro de sus *Naufragios*, y Pedro Hernández, su teniente, *Comentarios de Alvar Núñez*, documentos ambos de gran valor para la historia de la conquista.

## CATARATAS DEL IGUAZÚ

1542

E yendo por dicho río de Iguazú abajo era la corriente de él tan grande, que corrían las canoas por él con mucha furia; y esto causólo que muy cerca de donde se embarcó da el río un salto por unas peñas abajo muy altas, y da el agua en lo bajo de la tierra tan grande golpe, que de muy lejos se oye; y la espuma del agua, como cae con tanta fuerza, sube en alto dos lanzas y más, por manera que fué necesario salir de las canoas y sacabas del agua y llevarlas por tierra hasta pasar el salto, y a fuerza de brazos las llevaron más de media legua, en que se pasaron muy grandes trabajos; salvado aquel paso, volvieron a meter en el agua las dichas canoas y proseguir su viaje, y fueron por el dicho río abajo hasta que llegaron al río del Paraná; y fué Dios servido que la gente y caballos que iban por tierra, y las canoas y gente, con el gobernador que en ellas iban, llegaron todos a un tiempo, y en la ribera del río estaba muy gran número de indios de la misma generación de los guaraníes, todos muy emplumados con plumas de papagayos y almagrados, pintados de muchas maneras y colores, y con sus arcos y flechas en las manos hecho un escuadrón de ellos, que era muy gran placer de los ver. Como llegó el gobernador y su gente (de la forma ya dicha), pusieron mucho temor a los indios, y estuvieron muy confusos, y comenzó por lenguas de los intérpretes a les hablar, y a derramar entre los principales de ellos grandes rescates; y como fuese gente muy codiciosa y amiga de novedades, comenzáronse a sosegar y allegarse al gobernador y su gente, y muchos de los indios les ayudaron a pasar de la otra parte del río; y como hubieron pasado, mandó el gobernador que de las canoas se hiciesen balsas juntándolas de dos en dos; las cuales hechas, en espacio de dos horas fué pasada toda la gente y caballos de la otra parte del río; en concordia de los naturales, ayudándoles ellos propios a los pasar.

ALVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA.

LLEGADA DE ALVAR NÚÑEZ A LA ASUNCIÓN



... Todos los indios de los lugares por donde pasaron haciendo el descubrimiento, tienen sus casas de paja y maderas, entre los cuales indios vinieron muy gran cantidad de indios de los naturales de la tierra y comarca de la ciudad de la Ascensión, que todos, uno a uno, vinieron a hablar al gobernador en nuestra lengua castellana, diciendo que en buena hora fuese venido, y lo mismo hicieron a todos los españoles, mostrando mucho placer con su llegada.



Indios timbúes a orillas del Paraná. Al fondo, el Fuerte de Buena Esperanza. Siglo XVI. (Según Schmidel).

Estos indios en su manera demostraron luego haber comunicado y estado entre cristianos, porque eran comarcanos de la ciudad de la Ascensión; y como el gobernador y su gente se iban acercando a ella, por los lugares por do pasaban antes de llegar a ellos, hacían lo mismo que los otros, teniendo los caminos limpios y barridos; los cuales indios y las mujeres viejas y niños se ponían en orden, como en procesión, esperando su venida con muchos bastimentos y vinos de maíz, y pan y batatas y gallinas y pescados y miel y

venados, todo aderezado; lo cual daban y repartían graciosamente entre la gente, y en señal de paz y amor alzaban las manos en alto y en su lenguaje, y muchos en el nuestro, decían que fuesen bien venidos el gobernador y su gente, y por el camino mostrándose grandes familiares y conversables, como si fueran naturales suyos, nacidos y criados en España. Y de esta manera caminando (según dicho es), fué Nuestro Señor servido que a 11 días del mes de marzo, sábado, a las nueve de la mañana, del año 1542, llegaron a la ciudad de la Ascensión, donde hallaron residiendo los españoles que iban a socorrer, la cual está asentada en la ribera del río del Paraguay, en veinte y cinco grados de la banda del sur, y como llegaron cerca de la ciudad, salieron, a recibirlos los capitanes y gentes que en la ciudad estaban, los cuales salieron con tanto placer y alegría, que era cosa increíble, diciendo que jamás creyeron ni pensaron que pudieran ser socorridos, así por respecto de ser peligroso y tan dificultoso el camino, y no se haber hallado ni descubierto, ni tener ninguna noticia de él, como porque el puerto de Buenos Aires, por do tenían alguna esperanza de ser socorridos, lo habían despoblado, y que por esto los indios naturales habían tomado grande osadía y atrevimiento de los acometer para los matar, mayormente habiendo visto que había pasado tanto tiempo sin que acudiese ninguna gente española a la provincia. Y por el consiguiente, el gobernador se holgó con ellos, y les habló y recibió con mucho amor, haciéndoles saber cómo iba a les dar socorro por mandato de Su Majestad; y luego presentó las provisiones y poderes que llevaba ante Domingo de Irala, teniente de gobernador de la dicha provincia, y ante los oficiales, los cuales eran Alonso de Cabrera, veedor, natural de Lora; Felipe de Cáceres, contador, natural de Madrid, Pedro Dorantes, factor, natural de Béjar; y ante los otros capitanes y gente que en la provincia residían; las cuales fueron leídas en su presencia y de los otros clérigos y soldados que en ella estaban; por virtud de las cuales recibieron al gobernador y le dieron la obediencia como a tal capitán general de la provincia en nombre de Su Majestad, y le fueron dadas y entregadas las varas de la justicia; las cuales el gobernador dió y proveyó de nuevo en personas que en nombre de Su Majestad administrasen la ejecución de la justicia civil y criminal de la dicha provincia.

ALVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA.

## PEDRO ESTOPIÑÁN Y LA CARTA DE IRALA

1542

... A 20 días del mes de diciembre vinieron a surgir al puerto de la ciudad de la Ascensión los cuatro bergantines que el gobernador había enviado al río del Paraná, a socorrer a los españoles que venían en la nao que envió desde la isla de Santa Catalina, y con ellos el batel de la nao, y en todos cinco navíos toda la gente, y luego todos desembarcaron y Pedro Estopiñán Cabeza de Vaca, a quien dejó por capitán de la nao y gente. El cual dijo que llegó con la nao al río del Paraná [Río de la Plata], y que luego fué en demanda del puerto de Buenos Aires y en la entrada del puerto, junto donde estaba asentado el pueblo, halló un mástil enarbolado, hincado en tierra, con unas letras cavadas que decían: «Aquí está una carta»; y fué hallada en unos barrenos que se dieron; la cual abierta, estaba firmada de Alonso Cabrera, veedor de fundiciones, y de Domingo de Irala, vizcaíno, que se decía y nombraba teniente de gobernador de la provincia; y decía dentro de ella cómo habían despoblado el pueblo del puerto de Buenos Aires y llevado la gente que en él residía a la ciudad de la Ascensión, por causas que en la carta se contenían: y que de causa de hallar el pueblo alzado y levantado, había estado muy cerca de ser perdida toda la gente que en la nao venía, así de hambre como por guerra que los indios guaraníes les daban: y que por tierra, en un esquife de la nao, se le habían ido veinte y cinco cristianos huyendo de hambre, y que iban a la costa del Brasil y que si tan brevemente no fueran socorridos, y a tardarse el socorro un día solo, a todos los mataran los indios; porque la propia noche que llegó socorro, con haberles venido ciento y cincuenta españoles prácticos en la tierra a socorrerlos, los habían acometido los indios al cuarto del alba y puesto fuego a su real, y les mataron y hirieron cinco o seis españoles; y con hallar tan gran resistencia de navíos y de gentes, los pusieron los indios en muy gran peligro; y así, se tuvo muy cierto que los indios mataran toda la gente española de la nao si no se hallara allí el socorro, con el cual se reformaron y esforzaron para salvar la gente; y que allende de esto, se puso grande diligencia a tornar a fundar y asentar de nuevo el pueblo y puerto de Buenos Aires, en el río del Paraná, en un río que se llama de San Juan, y no se pudo asentar ni hacer a causa que era a la sazón invierno, tiempo trabajoso, y las tapias que se hacían las aguas las derribaban. Por manera que fué forzado dejarlo de hacer, y fué acordado que toda la gente se subiese por el río arriba y traerla a esta ciudad de la Ascensión. A este capitán Gonzalo de Mendoza,

siendo la víspera día de Todos Santos le aconteció un caso desastrado, y a la boca del río, el mismo día, se le perdió una nao cargada de bastimento y se le ahogó gente harta; y viniendo navegando aconteció un caso extraño. Estando la víspera de Todos Santos surtos los navíos en la ribera del río junto a unas barranqueras altas, y estando amarrada a un árbol la galera que traía Gonzalo de Mendoza, tembló la tierra, y levantada la misma tierra se vino arrollada como un golpe de mar hasta la barranca, y los árboles cayeron al río, y la barranca dió sobre los bergantines, y el árbol do estaba amarrada la galera dió tan gran golpe sobre ella que la volvió de abajo arriba, y así la llevó más de media legua, llevando el mástil debajo y la quilla encima; y de esta tormenta se le ahogaron en la galera y otros navíos, catorce personas entre hombres y mujeres; y según lo dijeron los que se hallaron presentes, fué la cosa más temerosa que jamás pasó: y con este trabajo llegaron a la ciudad de la Ascensión, donde fueron bien aposentados y proveídos de todo lo necesario, y el gobernador pon toda la gente dieron gracias a Dios por haberlos traído a salvamiento y escapado de tantos peligros como por aquel río hay y pasaron.

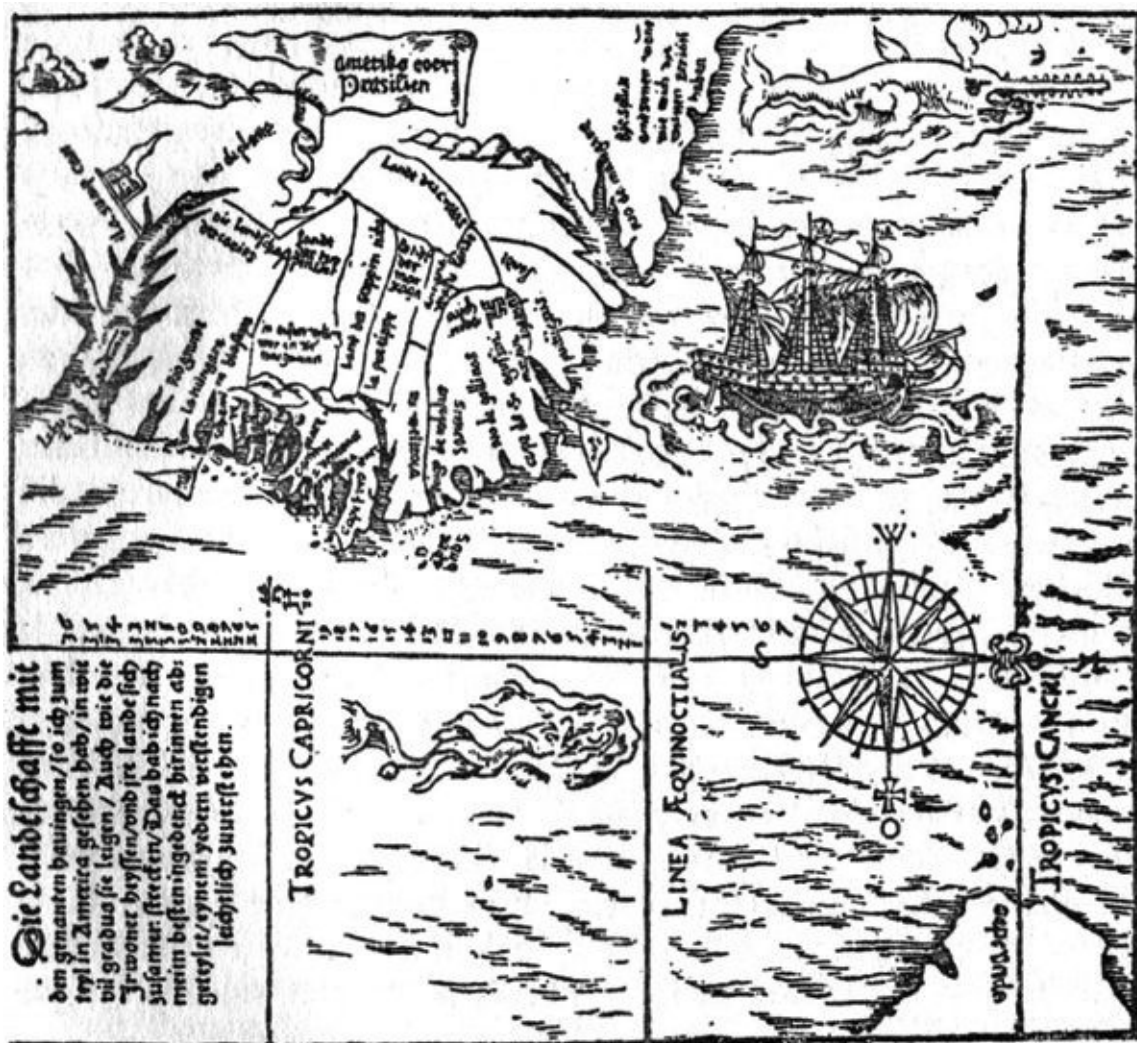
ALVAR NÚÑEZ CABEZA DE VACA.

## EN LOS CONFINES DEL PERÚ

1548

Después que nosotros ya nos acercábamos a algo más de una *milla* larga de camino de los dichos *Machkaysis*, allí nos salieron al encuentro y nos recibieron muy bien, y en seguida nos empezaron a hablar en español; nos quedamos fríos donde estábamos y acto continuo les preguntamos a quién estaban sometidos, o a quién tenían por señor; contestaron ellos a nuestro capitán y a nosotros, que eran súbditos de un caballero de España, llamado Peter Ansules (Pedro Anzures). Entramos, pues, nosotros en el pueblo de ellos y encontramos que los chicos, como también algunos hombres y mujeres, estaban todos comidos de un insecto, que se parece a una pulga; estos insectos si llegan a meterse entre los dedos de los pies de la gente, salvando los respetos sea dicho, o cualquier otra parte del cuerpo, allí comen

y penetran hasta que sale al fin un gusano allí, como los que se hallan en las avellanas; pero hay que sacarlos oportunamente, para que no se echen a perder las carnes; pero si se deja pasar demasiado tiempo, acaban por comerse los dedos enteros; mucho se podría contar sobre esto. De nuestra tantas veces citada ciudad *Nostra Singnora de Sunssion* a este pueblo *Machkaysies*, por tierra hay 377 millas según la *altnere* (altura).



Costa sur del Brasil y entrada al Río de la Plata. Grados, tribus y límites. (Según Juan Staden).

Ahora, pues, unos 20 días de tiempo estuvimos acampados en este pueblo de los *Machkaysies*. Por esos días nos llegó una carta de una ciudad llamada *Lyeme* (Lima) en el Perú; allí en aquella sazón se hallaba el gobernador principal por la Cesárea Majestad con el nombre de *presente* (Presidente) o *lizenziante* (Licenciado) de *Cascha* (La Gasca), quien por aquel entonces había hecho cortar las cabezas a *Consulo Piesiero* (Gonzalo Pizarro) y a otros nobles y plebeyos que hizo decapitar junto con él, o condenar a galeras; es

decir, que así lo hizo, porque el dicho *Consulo Piesiero* (Gonzalo Pizarro), ya finado, no quiso someterse al licenciado de *Cascha* (La Gasca), sino que se alzó con la tierra contra la Cesárea Majestad; por esto el dicho *presente de Cascha* (Presidente La Gasca), en nombre de la Cesárea Majestad, con demasiado rigor le dió su merecido; porque muchas veces sucede que uno hace más que lo que el mandato de su superior le faculta a hacer, y que lo que le ha encargado su señor, como suele suceder en el mundo. Yo tengo para mí que la Cesárea Majestad le hubiese perdonado la vida al dicho *Consulo Piesiero* (Gonzalo Pizarro), si él en persona imperial lo hubiese prendido; esto le dolía, que se le impusiese señor en lo que eran bienes suyos; porque esta tierra del Perú era a todas luces delante de Dios y del mundo, de el *Consulo Piesiero*, en razón de que él junto con sus hermanos *Margóse* (el Marqués) y *Ernando Poesieron* (Hernando Pizarro), habían sido los primeros de todos que descubrieron y conquistaron la tierra del tal reino. Esta tierra con razón se llama tierra rica porque todas las riquezas que posee la Cesárea Majestad salen del Perú y de *Nove Hispaniam* (Nueva España) y *Terra firma* (Tierra Firme). Pero la envidia y el odio son tan grandes en el mundo que el uno al otro no se quieren el bien; así también le aconteció al pobre *Consulo Piesiero*, que un rey había sido y después se le había hecho cortar la cabeza. ¡Dios lo favorezca! Mucho habría que escribir sobre esto, pero el tiempo no lo permite.

ULRICH SCHMIDEL.

(*Viaje al Río de la Plata. 1534-1554*. Prólogo, traducción y anotaciones por Samuel A. Lafone Quevedo. Buenos Aires, 1903).

ULRICH SCHMIDEL. — Soldado bávaro, vino en la expedición de don Pedro de Mendoza al Río de la Plata (1535-1536) y figuró entre los pobladores de la primitiva Buenos Aires. Pasó al Paraguay en 1539, con el veedor Cabrera, y tomó parte en diversas entradas y expediciones con Irala y Alvar Núñez, llegando en 1547 hasta los confines del Perú. En 1552, volvió a Alemania. Escribió un libro donde cuenta los lances y peripecias de su viaje al Río de la Plata y Paraguay, que se publicó en Franckfort del Meno, en 1567. Este libro de Schmidel, escrito originalmente en alemán, es en realidad la primera crónica impresa de la conquista del Río de la Plata y contiene interesantes informaciones al par que grandes lagunas y garrafales errores. Existen traducciones inglesas y castellanas de la obra de Schmidel. Entre estas últimas la más fiel y de mayor valor por sus comentarios y notas es la de Manuel A. Lafone Quevedo, Buenos Aires, 1903, titulada: *Viaje al Río de la Plata*.

LAS MUJERES DE LA CONQUISTA

### Muy alta y muy poderosa Señora:

A esta Provincia del Río de la Plata, con el primer gobernador de ella Don Pedro de Mendoza, habernos venido ciertas mujeres entre las cuales ha querido mi ventura que fuese yo la una. Y como la armada llegase al Puerto de Buenos Aires con mil e quinientos hombres y les faltase el bastimento, fué tamaña la hambre, que a cabo de tres meses murieron los mil. Esta hambre fué tamaña, que ni la de Jerusalén se le puede igualar ni con otra ninguna se puede comparar. Vinieron los hombres en tanta flaqueza que todos los trabajos cargaban de las pobres mujeres, así en lavarles las ropas como en curarles, hacerles de comer lo poco que tenían, alimpiarlos, hacer centinela, rondar los fuegos, armar las ballestas y cuando algunas veces los indios les venían a dar guerra —hasta acometer a poner fuego en los versos y a levantar los soldados, los que estaban para ello, dar alarma por el campo a voces, sargenteando y poniendo en orden los soldados. Porque en este tiempo —como las mujeres nos sustentamos con poca comida—, no habíamos caído en tanta flaqueza como los hombres. Bien creerá Vuestra Alteza que fué tanta la solicitud que tuvieron que, si no fuera por ellas todos fueran acabados; y si no fuera por la honra de los hombres, muchas más cosas escribiera con verdad y los diera a ellos por testigos. Esta relación bien creo que la escribirán a Vuestra Alteza más largamente y por eso cesaré.

Pasada ésta tan peligrosa turbonada, determinaron subir el río arriba, así flacos como estaban y en entrada de invierno, en dos bergantines, los pocos que quedaron vivos. Y las fatigadas mujeres los curaban y los miraban y les guisaban la comida trayendo la leña a cuestras, de fuera del navío, y animándolos con palabras varoniles: que no se dejasen morir, que presto darían en tierra de comida, metiéndolos a cuestras en los bergantines con tanto amor como si fueran sus propios hijos. Y, como llegamos a una generación de indios que se llaman *timbúes*, señores de mucho pescado, de nuevo los servíamos en buscarles diversos modos de guisados porque no les diese en rostro el pescado, a causa que los comían sin pan y estaban muy flacos.

Después determinaron subir el Paraná en demanda de bastimentos, en el cual viaje, pasaron tanto trabajo las desdichadas mujeres, que milagrosamente quiso Dios que viviesen por ver que en ellas estaba la vida de ellos; porque todos los servicios del navío los tomaban ellas tan a pecho que se tenía por afrentada la que menos hacía que otra, sirviendo de marear la vela y gobernar el navío y sondar de proa y tomar el remo al soldado que no podía bogar y esgotar el navío...

Verdad es que a estas cosas ellas no eran apremiadas ni las hacían de obligación ni las obligaban, sí solamente la caridad. Ansí llegaron a esta ciudad de la Asunción que, aunque agora está muy fértil de bastimentos, entonces estaba de ellos muy necesitada, que fué necesario que las mujeres volviesen de nuevo a sus trabajos, haciendo rozas con sus propias manos, rozando y carpiendo y sembrando y recogiendo el bastimento, sin ayuda de nadie, hasta tanto que los soldados guarecieron de sus flaquezas y

comenzaron a señalar la tierra y adquirir indios e indias de su servicio hasta ponerse en el estado en que agora está la tierra.

He querido escribir esto y traer a la memoria de V. A. para hacerle saber la ingratitud que conmigo se ha usado en esta tierra, porque al presente se repartió por la mayor parte, de lo que hay en ella, así de los antiguos como de los modernos, sin que de mí y de mis trabajos se tuviese ninguna memoria, y me dejaron de fuera sin me dar indios ni ningún género de servicios, Mucho me quisiera hallar libre para me ir a presentar delante de Vuestra Alteza con los servicios que a S. M. he hecho y los agravios que agora se me hacen, mas no está en mi mano, porque estoy casada con un caballero de Sevilla que se llama Pedro de Esquivel...

... Suplico me sea dado mi repartimiento perpetuo y en gratificación de mis servicios mande que sea proveído mi marido de algún cargo conforme a la calidad de su persona pues él... por sus servicios lo merece.

Nuestro Señor acreciente su Real vida y estado por muy largos años. De esta ciudad de la Asunción y de julio 2, 1556 años.

Servidora de Vuestra Alteza, que sus Reales manos besa.

ISABEL DE GUEVARA.

(*Cartas de Indias*, Madrid, 1877).

ISABEL DE GUEVARA. — Una de las mujeres que vinieron en la armada de don Pedro de Mendoza y fué al Paraguay en 1537. En 1556 escribió una carta a la Princesa Gobernadora, dándole cuenta de sus trabajos y solicitándole algunas mercedes.

## LOS SERVICIOS DE UN CONQUISTADOR

«ÉSTA ES UNA PETICIÓN Y MEMORIA QUE DI AL GOBERNADOR DOMINGO DE  
IRALA DE ALGUNOS DE MIS TRABAJOS»

Muy magnífico señor:

Ésta es para traer a la memoria lo que en esta tierra he trabajado y servido, porque, según veo y he visto que vuestra merced lo ha hecho y hace hasta aquí conmigo, no creo que lo debe saber, o de ello no se quiere acordar, según



que he visto por las obras; pues, de todo lo que diré, vuestra merced es buen testigo, y de otras cosas que dejaré de traer a la memoria a vuestra merced por no ser prolijo, y de todas, vuestra merced es testigo.

Bien sabe vuestra merced, que, desde que llegamos a Buenos Aires, de diez y seis hombres que fueron con Gonzalo de Acosta a descubrir los *Timbúes*, yo fui uno de ellos, y en el camino nos flecharon los *Guaraníes* de las islas, y de allí salí herido, que cinco años tuve un palo metido en el brazo y al cabo de cinco años me salió, y pasé de él lo que vuestra merced bien supo y vido por vista de ojos; en estos cinco años, nunca dejé de hacer lo que me fué mandado, que el señor Don Pedro (de Mendoza), que sea en gloria, a mí y a otros seis compañeros —los cuales hay vivos los que vuestra merced sabe—, nos mandó que le cazáramos, y así lo hicimos, que siempre todos los días teníamos de trebulto docena y media de perdices y codornices, como vuestra merced es testigo, que comía el señor Don Pedro y los que él más quería. Y esto duró hasta que se fué a los *Timbúes* y Francisco Ruiz nos demandó al señor Don Pedro a mí y a Baytos, para que quedásemos con él en guarda de las naos; y el señor Don Pedro, por lo que a Francisco Ruiz le había prometido, nos dejó, y de allí se fué el señor Don Pedro a los *Timbúes* y se tornó otra vez a Buenos Aires: yo le di y le daba de comer, como otra vez se lo había dado, de perdices y codornices, porque el día que se embarcó metió en la nao más de ciento cincuenta perdices y codornices; y a esto vuestra merced no estaba presente, más ahí está el alférez Vergara, que por su mano las metió en la nao. Vuestra merced bien sabe que en Buenos Aires quedamos, después que el señor Don Pedro partió para España... con mucha hambre: yo ballesteaba, con mucho peligro de indios y de tigres, y daba de comer a setenta hombres que allí estaban, porque todos los días, domingos y fiestas, les mataba dos y tres venados, con que le daban ración con que se sostenían... Y de esto vuestra merced bien sabe que hay muchos testigos, y que traía las rodillas y maños corriendo sangre, de andar a gatas para poder tirar a los venados, como vuestra merced ve que hace hoy en día quien los quiere matar. Vuestra merced bien vido y supo que los tigres entraban en la empalizada y mataban la gente; yo aguardé uno que hacía mucho daño — desde un árbol, fuera de la empalizada—, contra la voluntad de Francisco Ruiz, habiéndoselo suplicado y pedido por merced que me dejase aguardarlo, yo lo maté. Pues, vuestra merced bien vido cuando íbamos a Buenos Aires por el río de los *Timbúes*, que salieron los *Querandíes* a flecharnos en los navíos, y que por un tiro que yo hice, que vuestra merced vido no nos hirieron muy mal, porque muy bien pudieran a su salvo hacerlo. Cuando vuestra

merced ha ido a descubrir y a las guerras, cuando se levantó la tierra, en todas me he hallado adelante y a su lado, y de esto vuestra merced es testigo. Nunca me he hallado sin anuas dobladas y de respeto, para mí y para otros que las habían menester porque las habían quebrado, desbaratado, para contratar, con los indios, indias para su servicio; pues yo nunca las quebré, ni desbaraté, ni contraté, ni con el contrato de los indios merqué yeguas ni caballos, como otros han hecho, como vuestra merced bien sabe; porque yo no he *resgatado* ni *chinchorreado*, ni bando de vuestra merced ni de otro... quebrantado, ni menos por montes he ido ni aventado, ni en cárceles estado, ni de vuestra merced por cosas mal hechas perdonado, ni por estos servicios y trabajos... nunca de vuestra merced ninguna buena obra hasta ahora he recibido; debe de causar mi desgracia que siempre he tenido con vuestra merced, por no ser oportuno, como otros han sido y son. Y agora que esperaba el galardón de mis trabajos, al cabo de veinte y un años, en el repartir y encomendar de los indios, vuestra merced me ha dejado sin suerte. Pues vuestra merced no me olvida cuando ha menester hombres, razón fuera y se acordara para hacerme algún bien, como ha hecho y hace a otros, aun hasta los que han venido con Martín d'Urea, que aun no son bien llegados y ya tienen indios repartidos y encomendados...

BARTOLOMÉ GARCÍA.

(*Cartas de Indias*, Madrid, 1877).

BARTOLOMÉ GARCÍA. — Soldado de la expedición de Mendoza. En el documento que se transcribe están consignados algunos de sus servicios y los menesteres que desempeñó durante la primera población de Buenos Aires. Vivió en Asunción y Villa Rica hasta 1582.

## LAS HABILIDADES DE UN CONQUISTADOR

1556

Sacra Cesárea Católica Majestad:

En la primera habitación de Buenos Aires, siendo como era venido de España con Don Pedro de Mendoza, gobernador por vuestra Católica

Majestad, y siendo un pobre estudiante, que no sabía de oficio ninguno cosa alguna, vista la necesidad que en aquel tiempo había, hice anzuelos, de los primeros dos que lo hicieron: de lo cual hasta el día de hoy ha redundado y redundará mucho provecho, porque sin ellos no se podría pasar por la contratación de los indios y las pesquerías, cuanto más en aquel tiempo, que no vivíamos de otra cosa. Después, venidos a esta ciudad de Nuestra Señora de la Asunción, los hice, y dejando esto, hice asimismo peines, en tiempo que para peinarse la barba no alcanzaban los hombres un peine, de lo cual asimismo hay ahora muchos que los hacen, y son necesarios para la tierra. Después de esto, hice cuchillos de rescate, amolados y encabados al modo de los que traen de Flandes, para el contrato de los indios, en que no se ha perdido nada, antes aprovechado mucho. Allende de esto, habiendo gran necesidad de anzuelos pequeños, del grueso de alfileres gordos, y menores, y siendo muy grande el trabajo de los tirar al martillo, por ser menester gran cantidad de ellos, nunca habiendo visto hileras ni como se tiraba, hice un aparejo, con la ayuda de Dios, que para todo da favor a los que se quieren disponer a alguna cosa de virtud; lo cual, asimismo, ha sido muy provechoso y es, y hay muchos ya que lo hacen y todo es menester, porque de aquí se saca lo que es necesario para otras partes. Asimismo he hecho fuelles como de platero, que han sido menester, asimismo cuchillos de cortar, y tijeras para las mujeres y mestizas; que, bendito Dios, hay en cantidad; agujas de coser y de labrar, así para los oficiales como para las mujeres y mestizas, en cantidad; he hecho almaradas para alpargatas y agujas, y lo que es más, dagas, que han sido necesarias y son, porque ha habido muchos que se han visto con los indios en trabajo, y a no tener una daga, hacen de ellos los indios lo que quieren y afrontan; éstas han sido, al dicho de todos, tan buenas y aun mejores que las que de los reinos de España vienen algunas; y otras cosas, que se hacen de menudencias, que contarlas sería muy largo. Allende de esto... plantándose cañas dulces para azúcar y no habiendo con que exprimir que aprovechase, porque exprimían con unas alzaprimas, y por lo menos se perdía la cuarta parte, según después se experimentó... hice un husillo, el primero que se hizo, y después hice otros mejores, de que asimismo ha sido mucho provecho en la tierra y es: y queriendo hacer una rueda, como la tengo hecha, de madera, grande y muy pesada, para moler la caña, de lo cual hay muy gran necesidad, porque se muele a brazos, al modo y manera de como se muele en Motril y como se muele el aceituna, y el zumaque, porque no sé lo que aprovechará hasta que la pruebe, no digo más. Y porque en esto me parece que especialmente he hecho servicio a Vuestra Sacra Católica Majestad...

suplico, como humilde vasallo y servidor que me tengo y soy, que Vuestra Sacra Majestad tenga por bien se me hacer merced y gracia de unos indios que el gobernador Domingo de Irala, en nombre de Vuestra Católica Majestad me ha dado y encomendado para que me sirvan como a los demás, que Vuestra Sacra Majestad tenga por bien que sean para mis hijos naturales...

Asunción, 2 de julio de 1556.

DOMINGO MARTÍNEZ.

(*Cartas de Indias*, Madrid, 1877).

DOMINGO MARTÍNEZ. — El fragmento anterior ofrece datos suficientes sobre la venida, al Río de la Plata, antecedentes y actividades de Domingo Martínez. El señor Lafuente Machain en su libro *Conquistadores del Río de la Plata* nos informa que Domingo Martínez «se ordenó y fué cura de La Encarnación». Algún historiador ha confundido a este Domingo Martínez con Domingo Martínez de Irala.

## DE SANTA CRUZ DE LA SIERRA A CHARCAS

### SANTO DOMINGO DE LA NUEVA RIOJA

Tomando, pues, este camino de San Domingo, por evitar algunos inconvenientes que se punieran recrecer, y por enterarme de lo que se decía de Andrés de Manso, y ver el asiento del pueblo y su tierra para dar razón dello a aquellos señores<sup>[15]</sup> aunque no llevaba guías tan bastantes como convenía, caminé y anduve por despoblado catorce jornadas; que me parece tenían cincuenta leguas, sin hallar indio ni gente, más de los pueblos quemados, porque así como los demás que hallé desde el río a Santa Cruz, se habían ausentado de temor destos carniceros. Al cabo de todo esto, llegué a un río muy ancho aunque bajo, y pasélo con mucho recato, porque los indios nuestros amigos, que iban delante siempre descubriendo el campo, me habían venido a decir cómo de la otra banda habían visto gente, y así pasamos. Y subiendo una cuesta no muy alta, dimos en el pueblo de Andrés Manso, que estaba todo quemado, que me causó gran lástima de verlo como estaba, y por mucho no quisiera haber dejado de ir por allí, por dos cosas: lo uno, por enterrarlos, y lo otro, por ver el orden que tenían en el pueblo, que para mí fué

cosa nueva, porque tenían de casa a casa una buena carrera de caballo, y a partes más, y allí estaba cada uno con su gente de servicio, sólo el capitán con tres o cuatro casas estaba en la plaza. El orden que los indios tuvieron para matallos, fué que, aguardaron una noche que hiciese viento, y pusiéronse a cada puerta de español seis indios con arcos y flechas, y pegaron fuego a la iglesia y casas, a una, y tocaron alarma; y como cada español salía en camisa corriendo a matar el fuego, pasábanle de banda a banda, de manera que un momento no quedó hombre vivo, sino es el que tengo dicho. Y así los hallé todos en la parte donde los habían muerto, unos en la plaza, otros en las puertas de sus casas, y otros dentro. Hízose un hoyo, y juntáronse todos los huesos y cuerpos dellos y enterráronse.

El pueblo tenía muy lindo asiento, y a mi parecer debía de ser sano, porque estaba desavahado de todas partes, y porque tenía muchas y muy buenas aguas y muchísimos pescados y muy graciosas tierras para sembrar. Partí de allí, tomando mi camino la vuelta de las sierras; caminé cinco jornadas por muy lindas tierras, pero todas despobladas, que habían huido y dejádlas de miedo de los dichos *chiriguanaes*. A cabo des te tiempo, llegué a las sierras, hallé los caminos cerrados, comencé a caminar por ellos; y a las seis jornadas, una mañana, caminé el campo, y habíanse perdido veinte caballos que no parecían: quedó un capitán de retaguardia con veinte hombres, y de éstos, tres de ellos se apartaron en busca de sus caballos, y hadándolos, tomaron el camino en nuestro seguimiento, sin esperar ni dar aviso al capitán que atrás quedaba. Y viniendo por el camino, los indios que estaban entre las matas, visto que no eran más de tres, dieron en ellos y los mataron. Tocando a arma, revolvimos, y los indios huyeron dejando los caballos y escondiéndose entre las peñas y breñas; y así fui caminando por estas sierras, sin hadar guía, más que tomar el camino que al parecer era menos agro. En algunas partes me acometieron los indios; mas como íbamos recatados, nunca recibimos daño, antes lo hicimos en ellos, matando a algunos de los que nos acometían; y visto que no podían con nosotros, hacen llamamiento en todas las sierras, sin quedar indio de toda aquella tierra, que fuese de guerra, que no se hallase allí; y pusiéronse en un paso por donde no podía excusarme de pasar, el más malo y agro que en todo el viaje hallé, y toman de la una parte y otra del camino, y déjannos entrar dentro de la celada, sin que hombre de toda nuestra compañía, español ni indio, lo sintiese, salvo un cacique que yo llevaba junto a mí, que me dijo: «Capitán, mira que esta tierra es aparejada para que los enemigos nos hagan daño; por tanto, avisa y apercibe tu gente». Como me lo dijo, mandé apear algunos viejos que iban a

caballo, especial el obispo y otras personas y con los arcabuces y mechas en las serpentinatas comenzamos a caminar. Iba conmigo un vecino del Perú, llamado Gaspar de Rojas, y apartóse del camino hasta tres pasos; y en apartándose, miró a un lado y vido estar echados en las yerbas los indios por orden que las cubrían; y visto ellos que eran sentidos, dan en él tanto flechazo que cayó. En un punto se cubrió toda la tierra de indios, tocando atambores y trompetas, y allí tuvimos una de las más bravas y peligrosas guazabaras que en toda la tierra yo he visto ni tenido. De ellos cayeron muchos, a causa de los arcabuces, que si no fuera por esto, allí feneciéramos; de nuestra parte no murió alguno, por no tener yerba las flechas, sino fué un fraile de la Merced que no había querido apearse, y diéronle en un ojo, de que luego murió. Dieron en el bagaje y tomáronnos algún hato, y entre ellos tomaron una carga del obispo, en que llevaba sus vestimentos y pontifical; y en tomándolo comienzan a vestirse y ponerse uno la casulla, otro el alba y otro la mitra, y pónensenos en lo alto de una sierra muy vestidos y sus mitras puestas en tal forma, que con toda nuestra mala ventura, su regocijo nos provocó a risa. Estando en esto, pareciónos acometelles por una parte la mitad de la gente metiendo mano a las espadas, porque se acercaban tanto a nosotros, que nos convino hacerlo así; y así yo con la otra mitad de la gente acometí, y fué Dios servido que estaban tan cerca y nuestras ganas eran tan buenas, que se hizo tanto efecto, que los rompimos, tomando a manos algunos, que no fué poco bien para acabar nuestro viaje. Y así ellos se apartaron de tal manera, que en todo el viaje nunca más me salieron; mas antes se cree que fueron a poner en cobro sus mujeres e hijos, pareciéndoles que los indios que había tomado me habían de ser guías para llevarme allá. Y cierto, antes que saliera del Perú lo hiciera, sino quedara tan maltratada mi gente; pero convínome poner remedio en lo presente y lo demás dejarlo para su tiempo. Salí a los llanos del Perú, y caminé doce jornadas hasta un valle que dicen de Tomina, donde tienen estancias y haciendas algunos vecinos del Perú; allí vino un capitán enviado del Presidente y Oidores de las Charcas, mandándome que entrase con sólo veinte hombres en la ciudad de la Plata, y la demás gente dejase en el valle. Y así fui a besarles las manos, y allí supe cómo Nuflo de Chaves era entrado con cierta gente la vuelta de Santa Cruz, que no fué para mí poca pena, porque holgara de hallarle allí, para que aquellos señores entendieran la poca razón que había tenido en decir y tratar cosas tan fuera de verdad. Pedíles y supliquéles que le mandasen parecer, porque quería que en aquellos estrados nos oyesen. Enviaron una cédula mandándole que volviese y viniese ante ellos, porque ya entendían la verdad; mas Dios fué servido, por

sus pecados o los míos, que cuando llegó la cédula, había pocos días que lo habían muerto los indios, aquellos de quien él se fiaba y traía por verdugos para contra la gente más doméstica que yo en mi vida he visto. Matáronle yendo a su casa y pueblo destes indios guaraníes a concertar que fuesen con el a una guerra; así estando sentado en una hamaca con siete u ocho españoles, llegó un indio con una macana o porra, a quien él había tratado mal, y le dió en la cabeza un golpe de que murió; y pues él acabó, no es razón trate yo de su persona y hechos más, que si fuera vivo no faltaría qué decir.

Esto es lo que, Ilmo. Sr., me sucedió en el viaje que de la Asunción al Perú hice, dejando muchas cosas que pudiera decir, que por ser en causa propia callo. Lo que después con aquellos señores pasé, y las mercedes que me hicieron, dejando aparte que me dieron por buen juez y gobernador, como pareció por el auto que en este Consejo Real de Indias presenté, fué dejarme de tal suerte, que fui forzado a me venir a estos reinos, donde he pasado lo que Dios sabe.

FRANCISCO ORTIZ DE VERGARA.

(De la *Relación verdadera del viaje que hizo del Río de la Plata al Perú*, Francisco Ortiz de Vergara. Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista, etc., por Luis Torres de Mendoza, t. IV, Madrid, 1865).

FRANCISCO ORTIZ DE VERGARA. — Conquistador del Paraguay. Llegó con el Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, de quien fué muy adicto hasta su prisión en 1544. Conspiró después contra Irala para terminar casándose con una de sus hijas naturales, Marina, habida en una india. A la muerte del gobernador Gonzalo de Mendoza (1558), Ortiz de Vergara fué elegido en su reemplazo. En 1564 organizó una expedición al Perú a donde partió acompañado de los principales funcionarios... Nufrio de Chaves le detuvo más de un año en Santa Cruz. Episodios de este viaje son los que se relatan en el fragmento anterior. Ortiz de Vergara siguió a Lima y se embarcó para España. Regresó a América en la Armada del Adelantado Ortiz de Zárate, falleciendo en San Salvador (Río de la Plata) en 1574.

## RELACIÓN DEL FUNDADOR DE CÓRDOBA

1573

... Salidos del río del Estero, que es el que riega esta provincia norte sur, como él va corriendo casi cuarenta leguas de esta ciudad, tierra llana y del temple de los llanos del Perú, se caminó por el propio rumbo por tierra de

serranía que de allí para adelante va, que es las cordilleras que dividen esta tierra de la de Chile, por las cuales se caminó más de otras cincuenta leguas en longitud y en ellas se hallaron, por visita que se hizo, muchos de vista y otros por información, más de seiscientos pueblos de indios que en aquella serranía y valles... están poblados, en los cuales hecha con diligencia la pesquisa y por las lenguas y cuenta que de cada población se pudo entender, se hallaron haber casi treinta mil indios, gente toda la más vestida... con lana y... con cueros labrados... a manera de los guardameciles de España.

Traen todos los más, en las tocas... y tocados que de lana hacen, por gala, muchas varillas largas de metales y al cabo de ellas como cucharas, y todos los más con un cuchillo colgado con un fiador de la mano derecha, que se proveen... y otras cosas que de hierro tienen de rescate.

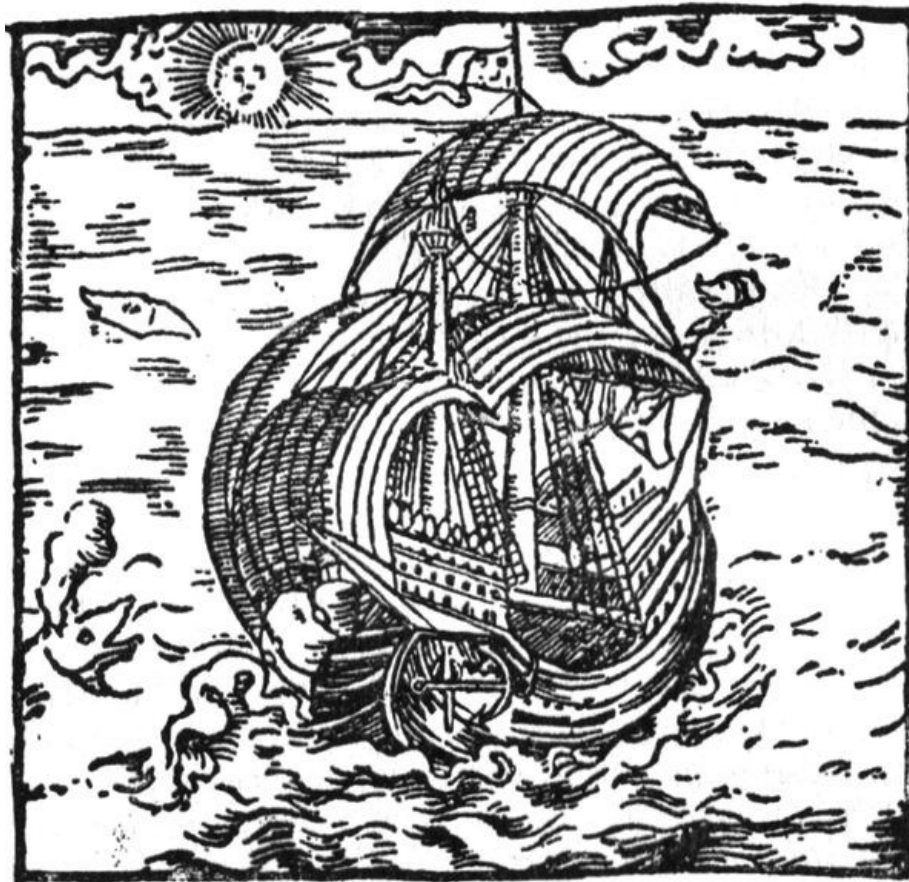
Las camisetas que traen vestidas son hechas de lana y tejidas primeramente con chaquiras, a manera de malla menuda, de muchas labores en las aberturas y ruedos y bocamangas.

Crían mucho ganado de la tierra... por las lanas de que se aprovechan.

Las poblaciones tienen muy cercanas unas de otras, que por la mayor parte a legua y a media legua y a cuarta y a tiro de arcabuz y a vista de unas de otras están todas.

Son los pueblos chicos, que el mayor no tendrá hasta cuarenta casas y hay muchos de... treinta y... veinte y... diez y... menos, porque cada pueblo de éstos no es mas que una parcialidad o parentela y así está cada una por si; tienen los pueblos puestos en redondo y cercados con cardones y otras arboledas espinosas que sirven de fuerza, y esto por las guerras que entre ellos tienen. Viven en cada casa cuatro y cinco indios casados y algunos más.





Carabela en viaje, rodeada de ballenas y delfines. (Según *Juan Staden*).

Son las casas por la mayor parte grandes, que en una de ellas se halló caber diez hombres con sus caballos armados que se metieron allí para una emboscada que se hizo. Son bajas las casas y la mitad de la altura que tienen está debajo de tierra y entran a ellas como a sus baños y esto hácenlo para el abrigo por el tiempo frío y por falta de madera que en algunos lugares por allí tienen.

Son grandes labradores, que en ningún año hay agua o tierra bañada que no la siembren por gozar de las sementeras de todos tiempos.

Es gente que no se embriaga ni se dan por esto del beber, como otras naciones de indios, ni se les hallaron vasijas que para esto suelen tener.

Es tierra que se hallaron en ella siete ríos caudales y más de setenta u ochenta arroyos y manantiales, todos de muy lindas aguas.

Hay grandes pastos y muy buenos asientos para poderse criar ganados en gran número, de todos los que en España se crían, y hacer molinos y otras haciendas con que puedan vivir prósperos los que allí vinieren.

Tienen arte y parecer de tierra muy sana porque los temples son muy buenos y sus tiempos de invierno y verano, como en España y [en] especial donde pareció tendrá buen asiento la ciudad que se poblare, que es al pié de una cordillera de éstas entre dos ríos caudales que de ella nacen y descienden corriendo hacia el oriente al Río de la Plata, y Mar del Norte, tierra llana. Hasta donde se extiende, puede haber como veinte y cinco o treinta leguas, el cual puerto se descubrirá para que por él se contrate ésta tierra por España.

Halláronse grandes muestras y señales de metales de oro y plata en muchas partes de la tierra, y por piezas que se vieron entre los indios se entiende que lo hay en la tierra y será todo para mucho servicio de Dios Nuestro Señor... y será asimismo para aumento de la corona y Real Hacienda de S. M. el Rey Nuestro Señor.

JERÓNIMO LUIS DE CABRERA.

(ROBERTO LEVILLIER, *Nueva crónica de la conquista del Tucumán*, t. II, 1930).

JERÓNIMO LUIS DE CABRERA (1528-1574). — Fundador de la ciudad de Córdoba. Vino muy joven al Perú y en 1549 obtuvo en el Cuzco el cargo de Maestre de Campo. En 1571 fué nombrado por el virrey Toledo gobernador del Tucumán por el término de cuatro años. Santiago del Estero era entonces capital de la gobernación. Recibido en esa ciudad el 19 de julio de 1572, al año siguiente emprendió Cabrera la expedición al país de los «comechingones», en territorio de la actual provincia de Córdoba. El 6 de julio de 1578, fundó Cabrera la ciudad de «Córdoba de la Nueva Andalucía». El fundador buscó una salida al Atlántico y avanzó con su expedición hasta el río Paraná, cerca de la fortaleza de Sancti Spiritus, donde se encontró con otra expedición de Garay, el fundador de Santa Fe. Ambos conquistadores corrieron peligro por un ataque de los indios en la costa y se separaron, pero no sin que Cabrera planteara un conflicto de jurisdicción, porque, como el anterior gobernador Aguirre, aspiraba a conquistar lo que ya era jurisdicción de Santa Fe. Cabrera, después de tantos afanes, y de haber tomado medidas plausibles en su gobernación, tuvo un desgraciado final porque en el año siguiente, el nuevo gobernador de Tucumán, Gonzalo de Abreu, le sometió a proceso y le quitó la vida, contra toda justicia, en Santiago del Estero el 17 de agosto de 1574.

## ASUNCIÓN Y EL RÍO DE LA PLATA

1573

De la mar hasta llegar a esta ciudad [Asunción], es tierra de la más aparejada, de lo descubierta, para la crianza de los ganados y todo lo demás que en España se cría; pueden hacerse dos pueblos y más, hasta llegar a esta ciudad,

uno en San Salvador, do tuvo Caboto su asiento, otro en Sancti Spiritus, a do fundó una fortaleza, porque por allí se puede tratar con [Tucumán], Chile, las Charcas y el Cuzco con muchos otros pueblos que se pueden poblar en esta tierra...

En esta ciudad [Asunción] y su tierra se da mucha comida, en tal manera que casi todo el año se provee de la heredad, porque el maíz se da dos veces en el año, de seis en seis meses, y los tres meses de cada cosecha... de manera que el año aquí, para lo de los bastimentos, se puede decir que no es más que seis meses, porque en la una cosecha se coje maíz, frijoles, habas, calabazas, melones... frutas de la tierra: uvas, higos, granadas, y algodón; hácese vino que en este año pasan de seis mil arrobas y de cada día va en alzamiento; el vino es bueno porque con cierto cocimiento que se hace dura un año y dos y más. En los otros seis meses se coje maíz, algodón, batatas, mandioca que es gran bastimento... que esto dura debajo de tierra tres y más años... y frijoles que dicen tupís y en este tiempo se hacen las cañas de azúcar cada año sin regarlas.

La pesquería de este río es mucha y la caza de venados, grandes y pequeños y lo mesmo la de las palomas que vienen por el invierno y se cazan con redes y patos lo mesmo, perdices y tórtolas con otras cazas.

Hay, el río en medio, muy lindos pastos para vacas y caballos que hay para el servicio del pueblo. Una legua de esta ciudad, el río abajo, hay unas salinas muy buenas, que, estando el río bajo, como quedan en seco, se hace tanta sal que se provee el pueblo para dos y tres años... Seis leguas en derredor de este pueblo, sin me alargar a más, hay ligazón para navíos, de laurel, y tablazón de cedro, mástiles, entenas y remos, garabata que es como cáñamo y tan bueno, a lo que dicen, para hacer jarcias, cables y estopa para los calafatear; será para las breas y lienzos que se hacen de algodón para velas y para se vestir y hacer las demás cosas... córtense cueros de vaca para suelas y cordobanes, se adoban para calzado...

Hay mucho ganado de vacas, cabras, ovejas, yeguas, puercos que de hoy es menester alejarlos del pueblo porque van en crecimiento, Dios mediante. Hay todo género de oficiales de carpinteros, calafates, herreros que hacen muy buenos arcabuces, cordoneros, toneleros, sastres. Sólo falta para sustentación humana, fierro, acero y aceite para el óleo, porque bálsamo de las Indias aquí lo hay, y sobre todo [faltan] los Reales Mandatos de Vuestra Alteza para el buen gobierno de estas Provincias y algunos sacerdotes porque los que hay son pocos y casi todos viejos y enfermos.

En cualquiera parte que hay metales, hay pastos para ganados, tierras para bastimentos, leña para carbón y aguas en abundancia y buenas. Sólo los naturales de esta tierra es gente sin señor y de behetría, inclinados más a la guerra y a comer carne humana, que no a la labranza y crianza de ganados, los cuales se dan, Dios mediante, en abundancia, si hubiese buenas guardias, que las becerras tienen paridas a diez y siete meses de como nacen y las vacas cada año.

He dado y doy a Vuestra Alteza... relación de todas estas cosas porque por ellas se tendrá entendido que la falta de no estar poblado un reino en estas provincias, no ha sido sino en los malos pilotos, porque en lugar de la poblar, la han destruido con andar buscando la Laguna del Dorado o un nuevo Atabalypa [Atahualpa] y en esto han gastado su tiempo y consumido lo que había para la sustentación de esta tierra.

MARTÍN DE ORÚE.

(Carta para Su Majestad, dándole cuenta del estado de la tierra: Asunción, 14 de abril de 1573. *Colección de Documentos relativos a la Historia de América y particularmente a la Historia del Paraguay*. Publícala don Blas Garay, t. I, Asunción, 1899).

MARTÍN DE ORÚE. — Conquistador del Río de la Plata. Llegó a Buenos Aires en 1638. Hizo varios viajes a España. Tomó parte en la revuelta contra Alvar Núñez y desempeñó en Asunción los cargos de Escribano y Factor. Fué hombre de destacada actuación en el Paraguay. En 1573 escribió al Rey una relación sobre el estado del Paraguay y las fundaciones que podían hacerse en el río Paraná.

## CAMPOS DE BUENOS AIRES

1582

... Este verano pasado, por el mes de noviembre, salí de la ciudad de la Trinidad a correr la tierra, tomé la costa de este Río de la Plata... unas veces a vista de la costa y otras veces metiéndome cinco o seis leguas la tierra adentro: fui a dar en la costa del mar del norte, más de sesenta leguas del puerto de Buenos Aires, que si se hubiera de ir por la mar, entiendo que fueran noventa leguas, porque hace gran ensenada, que la boca de este Río de la Plata está al este, y donde yo llegué a la costa de la mar, casi corre al

sudeste la costa y el sur es a través, y por hacer tan gran punta la tierra, los indios llaman isla a la tierra de Buenos Aires.



Nave en la tormenta. (Según Juan Staden).

Es muy galana costa y va corriendo una loma llana de campaña sobre la mar, por algunas partes pueden llegar carretas hasta el agua; es tierra muy buena para sementeras; legua y media de la mar se acaba un ramo de cordillera que baja de la tierra adentro: muestra grandes peñascos y en lo alto campiña y en la costa, en algunas partes, descubre pedazos de peñascos. Donde bate el agua y en aquellos peñascos, hay gran cantidad de lobos marinos. Aquella gente se abriga con mantas de pieles de unos animales que hay como liebres, y de gatos monteses y hacen sus tiendas de cueros de venados. Hallamos entre estos indios alguna ropa de lana muy buena; dicen que la traen de la Cordillera, de las espaldas de Chile y que los indios que tienen aquella ropa, traen unas planchas de metal amarillo en unas rodela que traen cuando pelean y que el metal [lo] sacan de unos arroyos. Dicen que por la costa hay poca gente y que la tierra adentro, hacia la Cordillera, hay mucha

gente. Con la carabela avisé a Vuestra Alteza cómo había sabido que había cierta cantidad de ganado caballuno, cerca de Buenos Aires, procedido de unas yeguas que quedaron allí, en el tiempo de don Pedro. Cuando esto escribí, no las habíamos visto, y, en efecto, hay buen golpe de ellas. También supliqué a Vuestra Alteza hiciese merced a la ciudad de la Trinidad y a ésta de Santa Fe, de todo aquel ganado, para que lo puedan tener por dehesa de ganado común estos dos pueblos, pues por haberse dispuesto a los trabajos y gastos los pobladores, se podrá venir a gozar de ello, aunque hasta agora, por ser la tierra tan rasa y llana, no hemos podido tomar ninguno [de los caballos] ni hemos tenido posibilidad ni espacio para hacer corrales, que son menester hacerse grandes en las aguadas y hemos estado ocupados en edificios y labores y en correr la tierra, porque mientras no la corríamos venían los naturales de noche a darnos asaltos, en el pueblo, y con esto, y castigarlos y correrles sus tierras y tomarles algunas prendas como se ha hecho este verano pasado, se han domesticado algunos y vienen al pueblo, de paz, aunque agora es menester recatarnos más dellos. Tomo a suplicar a Vuestra Alteza se nos conceda la merced de este ganado.

JUAN DE GARAY.

(Carta de Garay al Rey. Santa Fe, 20 de abril de 1582, *Anales de la Biblioteca*, t. X.).

JUAN DE GARAY. — Fundador de Santa Fe y Buenos Aires. Vino del Perú a la Asunción en 1568. Autorizado por el Tte. de Gobernador Suárez de Toledo, fundó la ciudad de Santa Fe en 1573. El Adelantado y Gobernador Ortiz de Zárate, a quien prestó eficaces auxilios en 1574, le nombró Teniente de Gobernador del Río de la Plata, ese mismo año. A la muerte de Zárate (1576) Garay partió para Charcas por el camino de Tucumán a intervenir en el casamiento de doña Juana de Zárate, hija del Adelantado, que debía heredar el gobierno una vez que contrajera matrimonio «con tal persona que como caballero pueda gobernar estas provincias». Doña Juana casó con Juan Torres de Vera y Aragón, quien nombró a Garay su Teniente Gobernador (1578) autorizándole para fundar un pueblo en el Río de la Plata. En 1580, Garay fundó Buenos Aires en el lugar de su antiguo asiento, algo más al norte. El fundador de Buenos Aires y Santa Fe fué muerto por los salvajes en 1583.

## LAS PUERTAS DE LA TIERRA

ALGUNOS SERVICIOS DE JUAN DE GARAY

... El Licenciado Zárate, cuyo sobrino yo soy, Primer Oidor de la ciudad de Los Reyes... vino con el Virrey Blasco Núñez Vela y me trujo consigo de edad de trece o catorce años y no se hallará que en los reinos del Perú, ni en otra parte, haya yo deservido a Vuestra Alteza sólo una hora, porque en el tiempo de Gonzalo Pizarro, estuve siempre a la sombra del que digo y el día que se huyó Martín de Robles, de Lima, me huí con él en un caballo; porque, aunque era muerto el Licenciado Zárate, posaban siempre en aquella casa vascongados servidores de Vuestra Alteza, con quienes Martín de Robles se acompañó. Y después, en lo de Francisco Hernández, siempre acompañé a mi costa y con mis armas a los capitanes de Vuestra Alteza. No... hallarán en libro ninguno que yo haya recibido paga ninguna, y cuando don García fué a Chile yo fui uno de los que fueron a asegurar y juntar comidas en el Paso de Atacama... fui con Juan Velázquez, hermano del oidor Altamirano...

... Antes de un año yo había entrado con el general Juan Núñez de Prado, que pobló las provincias de Tucumán, en el descubrimiento de las provincias de los Llanos, adonde mataron a Andrés Manso, sirviéndole de capitán a las cosas que se ofrecían y después entré con Andrés Manso... Después fui uno de los primeros pobladores de la ciudad de Santa Cruz de la Sierra, que pobló el general Nuflo de Chaves y fui uno de los que más trabajaron y gastaron en aquella población y teniendo allí mi casa, proveyó el Licenciado Castro a Juan Ortiz de Zarate, en nombre de Vuestra Alteza, por gobernador de esta tierra... y él envió por su Teniente a Felipe de Cáceres desde Lima y [Cáceres] a mí me escribió que pues él venía a servir a Vuestra Alteza en el gobierno de esta tierra, que viniese yo a ayudarle con el cargo de Alguacil Mayor de toda esta gobernación, y ansí vine con mi mujer e hijos, con harto riesgo y peligro, por estar toda la tierra por do vinimos, de guerra. A todo esto me puse, y dejé mi casa, por más servir a Vuestra Alteza. Y después que sucedieron las pasiones del Obispo y del general Felipe de Cáceres, se juntaron en Acuerdo, Martín Suárez de Toledo, que entonces gobernaba, y los oficiales reales y acordaron que se me diese comisión para que viniese a poblar un pueblo en estas provincias. Y ansí se me dió [comisión] y para, de camino, acompañar la carabela en que iba el Obispo y Felipe de Cáceres, y este acuerdo se hizo... por el calor que yo puse en decir que abriésemos puertas a la tierra y no estuviésemos cerrados que se presumiría que queríamos usurpar la tierra de Vuestra Alteza: y... dije que ponía mi vida y hacienda para servir en esto a Vuestra Alteza. Y ansí vine y fundé esta ciudad de Santa Fe, a mi costa, y los que vinieron conmigo sólo me socorrieron con alguna munición de plomo y una fragua vieja y hasta sesenta y setenta libras

de pólvora de la hacienda de Vuestra Alteza, y ahora me lo piden los oficiales por una obligación que hice.

Todo aquello que he dicho, va por el camino de la verdad y no con el atrevimiento que me dicen que tuvo Gonzalo de Abreu de escribir a esa corte que había servido a Vuestra Alteza en socorrer al Adelantado Juan Ortiz de Zárate con cuatrocientos y tantos caballos cargados de comida y munición y que con esta ayuda se había poblado el puerto de San Salvador: y fué falsedad porque nunca socorrió ni aun con uno. Antes [bien] hacía mala vecindad, como tengo dicho y antes que supusiésemos de su llegada al gobierno de Tucumán supe yo en esta ciudad de Santa Fe cómo había llegado el Adelantado Juan Ortiz de Zárate al puerto de San Gabriel, y le habían muerto y desbaratado los indios la gente. Y así me partí luego con treinta pobladores de esta ciudad y veinte caballos, en balsas por el río, y fui ochenta leguas de aquí, a socorrerlo, donde castigué y desbaraté los indios que habían muerto a los españoles — con harto riesgo de mi persona porque me mataran el caballo y estuve caído y mal herido entre los enemigos, de donde rescaté cinco o seis españoles que... habían cautivado...

JUAN DE GARAY.

(Carta de Garay al Rey, fechada en Santa Fe a veinte de abril de 1582. *Anales de la Biblioteca*, t. X.).

Repartimiento  
de indios  
de esta ciudad  
de Buenos Ayres  
Juan de Garay

Repartimiento de indios firmado por Juan de Garay.



## II VIDA COLONIAL

# 1

## LA NATURALEZA Y EL PAISAJE

### DE LA PROVINCIA DE CUYO, EN TÉRMINOS DE CHILE

1591?

De la ciudad de Córdoba, al primer pueblo de españoles del reino de Chile, desta parte acá de la cordillera, llamado Mendoza, hay cien leguas tiradas, todas despobladas y llanas, camino carretero, en el cual hay algunos ríos, al tiempo de las aguas, grandes. Al río de Córdoba llaman el Primero; al que sigue Segundo; al otro Tercero; al otro Cuarto, y al último, Quinto; Tercero, Cuarto y Quinto son de bonísimas aguas. El Tercero y Cuarto, poblados de indios apartados del camino real, llamados *Comechingones*, bien dispuestos y valientes, sujetos a la ciudad de Córdoba; sirven cuando quieren; cuando no, izquierdean. En los términos de esta ciudad, a lo menos. Cuando yo pasé por ella, no había más sacerdotes que un cura clérigo y un fraile de San Francisco en su conventillo gran conjurador de nublados; los indios sujetos no sabían qué cosa era Ave María, ni Pater Noster.

En el río Quinto hay indios de guerra que no se han reducido; aquí hallé tomillo salcero, y sólo éste de todos estos ríos entra en el Río de la Plata; los demás se empantanar y hacen unas lagunas grandes donde se cría mucho pescado y aves de diferentes géneros en gran abundancia; los llanos abundantísimos de pastos, que si como de esto son fértiles, lo fueran de aguas y ríos, creo fuera la más fértil tierra del mundo. Críanse en ellos todas las sabandijas que habernos dicho arriba, con muchos venados, vicuñas y guanacos, perdices y otros pájaros y avestruces.

Vimos una cosa que nos admiró: llegamos a un arroyo a sestar, donde pensamos no hallar agua; acaso había llovido y hallárnosla; llevaron los bueyes a beber, que eran más de sesenta, porque llevábamos doce carretas; entre los bueyes, saliéndose de beber, metióse una cierva que había llegado a beber, pero bebió tanto, que a manos la tomaron los indios; cuando la vimos con tanta barriga, pensamos estaba preñada y por eso no había escapádose corriendo; ábrenla y toda era agua; admirados preguntamos a los indios de qué procedía aquello; respondiéronnos que al tiempo del verano los venados beben de una vez para ocho y diez días, por la falta de las aguas, y así aquella cierva había bebido tanto. Hay en este camino algunos indios de guerra, pocos, en la Rinconada, términos de Córdoba, y en la punta de los Venados, términos de Chile; empero pocas veces salen a hacer daño, porque luego son castigados por los nuestros, como se hizo poco antes de que por esta Rinconada pasásemos. Nosotros ningún indio vimos, y si como dicen se ha poblado la punta de los Venados, no hay que temer, ni antes lo había, como no les hiciesen daño. En este camino hay despoblados sin agua de a quince leguas y más, de la punta de los Venados adelante, y casi uno tras otro, y si ha llovido, no hay falta de agua; por el camino hay unas hoyas hechas a mano por los indios que allí habitaban, donde se recoge el agua; hallárnoslas llenas y el agua muy sabrosa y fría, con ser más de mediado diciembre, donde los calores son crecidos. Salimos de Córdoba a primeros de diciembre, y llegamos con nuestras carretas a Mendoza, dos días antes de Navidad, antes de la cual corre el río de aquella ciudad, que en este tiempo es muy grande y extendido; auméntase de las aguas que corren derretidas de la Sierra Nevada, y ensánchase tanto, que debe tener más de tres cuartos de legua de ancho, en brazos; pasárnosle por 37, unos con más aguas que otros, y de piedra menuda; si en un brazo se juntara, era imposible vadearle; yo hubiera de correr un poco de riesgo en un brazo, que acertó a ser el mayor: iba delante: echéme al agua, el caballo era bueno, que desde la ciudad de los Reyes casi caminé en él; tenía buen camino, sacóme en paz, pero no era tanta el agua que nadase; los que venían en pos de mí bajaron más abajo y pasaron más fácilmente y las carretas sin mojarse cosa de las que en ellas venían. Pasado el río, a medio cuarto de legua, está la ciudad de Mendoza.

FRAY REGINALDO DE LIZÁRRAGA.

(*Descripción Colonial*. Libro Segundo. Biblioteca Argentina).

REGINALDO DE LIZÁRRAGA. (1545-1615). — Religioso dominico. A fines del siglo XVI (1589), vino al Tucumán, visitó los conventos de la orden establecidos en Paraguay, Buenos Aires, el antiguo Tucumán y Chile. Recorrió también todos los términos del Perú. Fruto de sus numerosos viajes

fué el libro titulado *Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Rio de la Plata y Chile*, publicado por Ricardo Rojas en la «Biblioteca Argentina» con el título de *Descripción Colonial*, Buenos Aires, 1916. La noticia preliminar de Rojas contiene muchas informaciones sobre la vida y obra de Lizárraga, cuyo verdadero nombre era Baltasar de Obando.

## EL GANADO EN LAS PAMPAS

1591?

... Este ganado se ha multiplicado tanto en aquellos llanos que a los chapetones les parece montañas de árboles, y así, cuando caminan y no hay un arbolillo tamaño como el dedo paraleño, viendo las montañas, dicen: — Pues aquello, ¿no es montaña?— Vamos allá a cortar leña y son las manadas de los caballos y yeguas. Salen a caza de ellos como a venados; están gordos, que al primer apretón quedan estancados; a los que son potros atan, doman y hácenlos caballos; he visto en Córdoba muy buenos caballos de éstos. Pero con ser este paraje a su tiempo muy frío se crían muchas víboras. Los venados en todo el Río de la Plata son muy grandes y no de menores aspás; las pieles curan y hacen de ellas cueras<sup>[1]</sup> que parecen de ante, y algunos por de ante las venden. En el camino de Córdoba a Buenos Aires, y desde Santa Fe por tierra, es necesario ir muy apercebido de armas y arcabuces, y en las dormidas velarse, porque salen algunas veces indios cazadores de venados, y fácilmente se atreven contra los nuestros; sus armas son arco y flecha, como los *Chiriguanás*, y demás de ésta, usan de unos cordeles, en el Perú llamados aillos, de tres ramales, en el fin del ramal una bola de piedra horadada por medio, por donde entra el cordel; éstas arrojan al caballo que va corriendo, y le atan de pies y manos con la vuelta que dan las bolas, y dan con el caballo y caballero en tierra, sin poderse menear; de estos aillos usan para los venados; péñense en paradas, y como va el venado corriendo lo aillan fácilmente.

De la otra parte del río, hay una provincia de indios llamados *Charrucas*, no muy bárbara en algunas cosas; son hombres que guardan palabra y quieren se les guarde. Traen continuamente guerra con otros indios comarcanos *Chiriguanás* aunque no caribes, y la guerra es sobre las comidas. Los *Chiriguanás* no labran la tierra, sino cuando están maduras las sementeras júntanse en cantidad, y con mujeres y hijos cogen lo que no sembraron. Los *Charrucas*, de un navío que dió a la costa en la cual habitan, cautivaron a dos

españoles, uno ya hombre y otro muchacho, que con su padre venía, de edad de ocho años.

FRAY REGINALDO DE LIZÁRRAGA.

## MENDOZA Y SAN JUAN EN EL SIGLO XVI

1591?

Fundó esta ciudad el general Juan Jofre, vecino de la ciudad de Santiago de Chile, por orden de don García de Mendoza, que es agora Marqués de Cañete y fué Visorrey destos reinos, de quien habernos tratado, en una provincia llamada Cuyo; no se pasó mucho trabajo, ni hobo batallas con los indios para reducirlos, porque ellos mismos vinieron a Santiago de Chile a pedir a don García de Mendoza les enviase españoles y sacerdotes porque querían ser cristianos; fué el general Juan Jofre con soldados que habían quedado sin suerte después de llano Arauco, y pobló esta ciudad a quien llamó Mendoza por respeto del gobernador; otro pobló veinte leguas más adelante, al norte, llamado San Juan de la Frontera, en el mismo paraje que Mendoza, a las vertientes destas sierras nevadas; la ciudad es fresquísima, donde se dan todas las frutas nuestras, árboles y viñas, y sacan muy buen vino que llevan a Tucumán o de allá se lo vienen a comprar; es abundante de todo género de mantenimiento y carnes de las nuestras; sola una falta tiene, que es leña para la maderación de las casas; los indios comúnmente se llaman *Guarpes*, mal proporcionados, desvaídos; las indias tienen mejor proporción; es la gente que más en breve desprende nuestra lengua y la habla de cuantas hay en el mundo; las indias que se crían entre nosotros hilan el lino tan delgado como el muy delgado de Viscaya; los indios, grandes ladrones y no menos borrachos; a nuestra costa nunca se ven hartos; a la suya comen poco, como los demás del Perú; en sus juegos, grandes tahúres; en sus tierras andan medio desnudos, y cuando les dan de vestir por su trabajo, luego lo juegan unos con otros; cuando están juntos se alaban de lo que han hurtado a los españoles; así son los deste Perú, que se alaban de que nos han mentido y engañado y hurtado lo que pueden, y lo cuentan como por gran hazaña. Es abundante toda la provincia de víboras y demás animales ponzoñosos, y de las hitas,

importunísimas, grandes y pequeñas; las mismas calidades tiene San Juan de la Frontera. De ambos estos dos pueblos, de cada uno por su camino, salen indios todos los años para ir a trabajar a Chile; los de San Juan a Coquimbo y los de Mendoza a Santiago, del cual trabajo pagan a sus amos parte del tributo, y a ellos se les da el cuarto; en su tierra no tienen de que tributar. Es gente poca, sujeta a sus curacas, y bárbara; túvolos el inca sujetos, y algunos hablan la lengua del Perú, general, como en Tucumán, si no es en Córdoba, donde no alcanzó el gobierno del Inca.

FRAY REGINALDO DE LIZÁRRAGA.

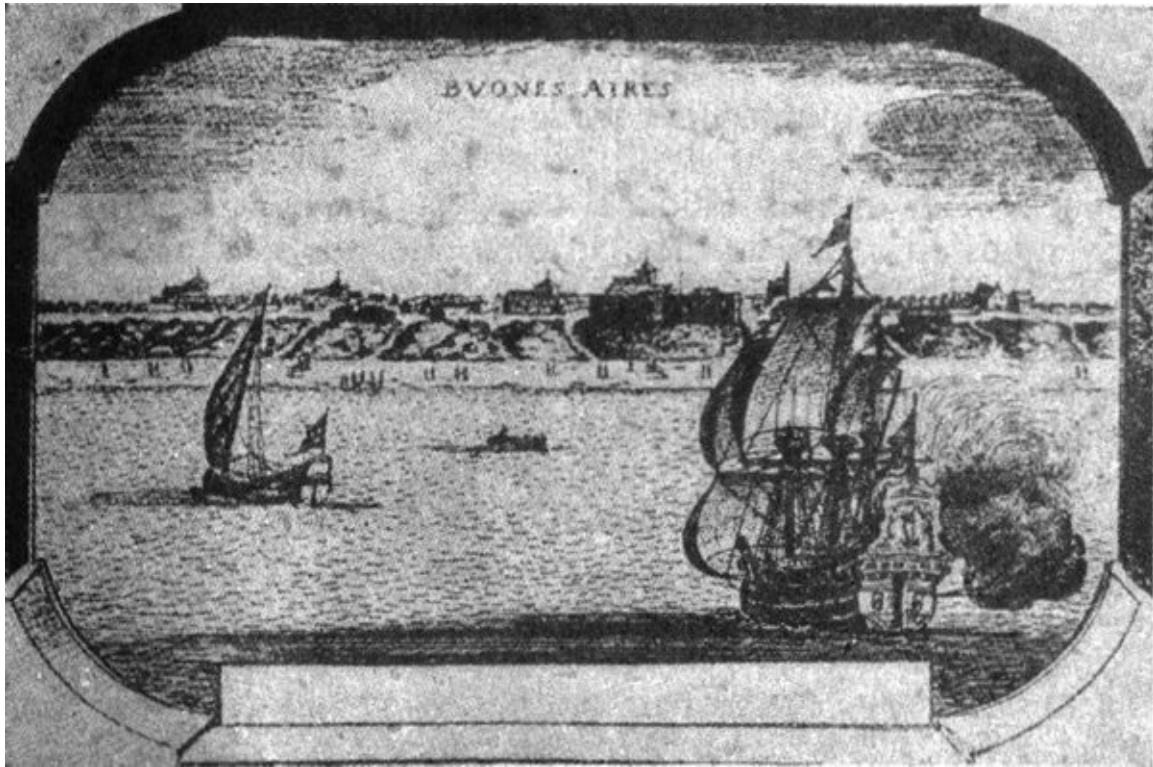
## DE BUENOS AIRES A LAS MISIONES POR EL RÍO URUGUAY

1729i

... Viniendo a nuestro viaje, diré que partimos de Buenos Aires el 13 de julio de 1729. Fuimos por tierra a un riacho distante diez y ocho millas, que llaman *Las Conchas* y sirve de puerto ordinario a las *Balsas* de los indios.

Las balsas son unas embarcaciones formadas de dos canoas, entre dos pequeños esquifes de una sola pieza, excavados en un tronco de árbol, los cuales se unen colocando en el medio, sobre el plano de cañas, una casita o cabaña hecha de esteras, cubierta con paja o cuero, en la cual cabe una cama pequeña y algunas otras cosas necesarias para el viajero.

Quince eran las *balsas* que nos esperaban con veinte y más indios en cada una, los cuales, aunque de diferentes naciones, eran sin embargo *coor imum et anima mea*, y nos recibieron en son de fiesta con sus pífanos y tamboriles, extraordinariamente contentos de poder conducir misioneros a sus tierras. Salimos del puerto con viento felicísimo, que por favor del cielo nos duró los ocho días que empleamos en ponernos a la otra banda del Río de la Plata.



Panorama de Buenos Aires. Siglo XVII. (Anónimo).

No pudiendo atravesarlo en un solo día, por tener allí unas treinta y tantas millas de ancho, no arriesgan el engolfarse en él, con peligro de que levantándose en el medio un poco de viento, tumbe la balsa, que es una embarcación sumamente ligera, como ha sucedido varias veces, atravesando otras mucho menores. Así es que siempre se va cerca de tierra y cuando más a un tiro de piedra de la playa, lo que facilita el tomar puerto en el momento que se levanta de improviso cualquier viento. Por esto, en vez de pasar directamente a la embocadura del Uruguay, van costeano por ciento cincuenta millas, entre amenísimas islas, hasta que llegan a una, que no dista más de siete u ocho de la otra banda, desde la cual se dejan caer a la punta que forma ángulo entre el Uruguay y el Río de la Plata. Así, con un viaje feliz de sólo ocho días, nos libramos de aquel paso, el más peligroso de todos, nos encontramos en el gran Río Uruguay, uno de los mayores de América. En su boca no se distingue la otra playa, sino en un día claro, y aun así, confusamente.

Para daros una idea de su anchura, os diré solamente, que pasándolo por frente a la Reducción en que me encuentro al presente, situada a seiscientos noventa millas de su embocadura, en una embarcación bien ligera, con diez hombres, pude cómodamente recitar todos los Maitines. Discurrid ahora qué

será cinco o seiscientas millas más abajo, después de haber recibido el tributo de tantos ríos. Así como el Río de la Plata está sembrado de bancos, el Uruguay lo está de escollos de piedra viva que surgen desde el fondo hasta flor de agua. Por esta razón es muy peligroso para las grandes embarcaciones, que, si dan en uno de ellos, se hacen pedazos. Ésta es la causa de que se sirvan de balsas más bien que de tartanas u otros barquichuelos a vela como en el Paraná, aunque éste tenga el mismo fondo.

---

Pasando aquel golfo, que es como el Paso de Malamoco y entrados felizmente en el Uruguay, permanecemos algunos días cerca de un pequeño río que llaman Río de las Vacas, para hacer provisión de carne para la gente, pues hay en esa punta una estancia de un señor español, que tendrá, treinta o treinta y seis millas de su dominio, unos veintiocho o treinta mil animales vacudos y vende cuantos se buscan a todas las embarcaciones, que van y vienen de Buenos Aires. Hicimos aquí provisión de sesenta y tantos novillos, o bueyes jóvenes, que como andan completamente libres en el campo (pues en estas provincias no se usan jamás establos para las bestias) y por ser fértilísimos los pastos, eran de un tamaño y gordura estupendos. Los pagamos solamente en seis *paoli* romanos cada uno, que es por ahí el precio corriente, excepto en Buenos Aires donde cuestan casi el doble. Así vinieron a cuatro o cinco por balsa, provisión que apenas basta a los indios para diez o doce días, que se suelen emplear en llegar a Santo Domingo, donde se hacen nuevas provisiones de carne, pues el que no lo ha visto no puede imaginarse la voracidad de estas gentes. Yo he visto durante el viaje, a la chusma de una balsa sola, que suele ser de veinticuatro personas, comerse en menos de un día un buey muy grande, como si fuese un ternerillo, y no comer más porque no tenían. Os aseguro, que por aquí, muchacho de doce a catorce años, comía solo, lo que no podrán llegar a comer allá cinco o seis hombres de buen diente.

---

No es menos curioso el modo que tienen de comer la carne. Matan una vaca o un toro, y mientras unos lo degüellan, otros lo desuellan y otros lo descuartizan de modo que en un cuarto de hora se llevan los trozos a la balsa. En seguida encienden en la playa una fogata y con palos se hace cada uno un asador, en que ensartan tres o cuatro pedazos de carne, que, aunque está humeando todavía, para ellos está bastante tierna. En seguida clavan los asadores en tierra alrededor del fuego, inclinados hacia la llama y ellos se sientan en rueda sobre el suelo. En menos de un cuarto de hora, cuando la carne apenas está tostada, se la devoran por dura que esté y por más que eche



sangre por todas partes. No pasa una o dos horas sin que la hayan digerido y estén tan hambrientos como antes, y si no están impedidos por tener que caminar o cualquiera otra ocupación, vuelven, como si estuvieran en ayunas, a la misma función.

Es verdad también, que su manera de remar ayuda mucho a la digestión, porque están siempre en pie. Sus remos tienen la pala muy larga. El mango, que es tan largo como el de una pica, lo toman de muy arriba, y lo ponen derecho al agua como si de la canoa azotase el río hacia atrás, y se inclinan todos al mismo tiempo con todo el cuerpo, hasta poner derecha la pala, y muchas veces hasta tocar el agua con la mano. Este ejercicio es tan fatigoso, que, a pesar de no tener otro vestido sino los calzones, se llenan de sudor por todas partes. Resisten esta fatiga por cuatro o cinco horas, hasta que llegan a algún riachuelo, donde entran a tomar tierra en sitio que por la noche ofrezca seguridad para las balsas.

Una vez desembarcados, lo primero que hacen es formar con follaje un pequeño altar en que colocan la imagen de la Santísima Virgen que cada balsa lleva consigo siempre, con otras imágenes de santos, como San José, San Francisco Javier, San Antonio de Padua, santos por los cuales tienen especial devoción y ante él entonan al son de sus pífanos y tamboriles el *Ave Maris Stella*; recitan después el rosario, las letanías, y terminan con el acto de contrición juntamente con los padres, cada uno de los cuales lo hace con la gente de su balsa.

Era verdaderamente edificante ver aquella pobre gente tan sudada y hambrienta, entretenerse con recitar con tanta devoción sus oraciones; así como era consolador oír resonar en medio de los bosques las alabanzas del Señor.

Terminadas las oraciones, hacían fuego al momento, cargaban sus asadores siempre nuevos y empezaban a devorar como antes. Después de esto se extendían en el suelo, sobre una piel de buey o de tigre, y dormían profundísimamente en varios círculos o ruedas, en cuyo centro había siempre encendido un buen fuego, no tanto para calentarse cuanto para defenderse de los tigres, que, en viendo fuego, no se atreven a acercarse. Sin esta precaución, asaltan frecuentemente la gente que duerme, y ha sucedido varias veces arrastrar tan velozmente un hombre a sus cuevas, que no ha habido tiempo ni modo de socorrerlo. Levantados a la mañana siguiente muy temprano, hacen al momento una buena comida, terminada la cual, dan con sus instrumentos la señal para las oraciones de la mañana. En seguida se ponen en marcha, caminando hasta cerca de mediodía, que bajan a tierra, a

tomar algún reposo y alimento. Y es admirable ver la prontitud en que, apenas les dice el Padre «¡Arriba, hijos, marchemos!» dejan el sueño y el bocado comenzado, y tomando apresuradamente los remos, continúan su viaje.

CAYETANO CATTANEO, S. J.

(Carta inserta en el *Christianesimo Felice* de L. A. Moratori y traducida del italiano por J. M. Estrada. *Revista de Buenos Aires*. Año IV, N.º 43, t. XI).

CAYETANO CATTANEO. — Jesuíta italiano (1696-1733). Llegó a Buenos Aires en 1728 para pasar a las Misiones del Uruguay. Escribió varias cartas descriptivas que ilustran sobre el carácter de los habitantes, las ciudades, la fauna y la flora del Litoral y en especial la organización de las Misiones Jesuíticas. Se publicaron en el *Christianesimo Felice* de Luis Antonio Moratori y fueron traducidas en 1865 por José Manuel Estrada para la *Revista de Buenos Aires* dirigida por Miguel Navarro Viola y Vicente G. Quesada.

## FAUNA DEL URUGUAY

SIGLO XVIII

El río es fecundísimo en peces, muchos de los cuales vi con sumo gusto tomar con el arco, porque soltando la flecha, aunque el pez esté debajo del agua, lo traspasa y herido sale a flote con la flecha clavada, y lo toman. Son abundantes también los lobos marinos, como en el Río de la Plata y hay además algunos puercos marinos que llaman *Capiguá*, de una especie de yerba, que comen en tierra. Son ávidos de la galleta y se domestican muy fácilmente, como lo probé con dos, de tal manera que se hacen impertinentes.

Las playas, por uno y otro lado, son generalmente un bosque continuo, o de palmas o de otros árboles, distintos de los nuestros, y que en su mayor parte conservan las hojas todo el año. Se ven, además, de cuando en cuando bellísimas aves, grandes y pequeñas, de varios colores, que será largo describir, entre las cuales sin embargo, hay una singular por su pequeñez, pues apenas llegará a la mitad de un *reyzuelo*, y toda de color verde dorado como las plumas del pavo real. Está siempre en el aire (al menos de día), y se alimenta sólo de flores de los árboles, que chupa manteniéndose en el aire y batiendo las alas. Los españoles han enviado muchas de ellas a España, por curiosidad, entre una carta, porque un cuerpo tan pequeño ocupa poquísimo

sitio, y aun muerto, conserva sus bellísimas plumas. Hay muchísimos papagayos, de varias especies.

Entre los animales terrestres que frecuentan los bosques, además de los jabalíes, de los cuales, una tarde, sólo los de dos balsas mataron a palos treinta y cinco, y de los ciervos y cabríos monteses, los más comunes son los tigres, los cuales muchas veces están sentados en la playa mirando las balsas que pasan. Son muy grandes y más feroces que los de África. En cuanto a su tamaño, diré sólo lo que he visto con mis ojos y tocado con la mano. Los indios de la Reducción en que me encuentro, mataron uno y llevaron la piel a casa del Padre. Pareciéndome monstruoso, quise medirlo, y haciéndolo poner sobre dos pies como cuando saltan y se arrojan sobre el hombre, encontré que por más que me esforzara en alzar la mano, no podía llegar sino a la boca, y como sabéis, yo no soy tan pequeño de estatura. Verdad es que éste era de tamaño extraordinario y por ello lo llevaban a mostrarlo; con todo, no era ésta la primera piel que veía de ese tamaño, aunque no la hubiera medido con tanta exactitud. Ordinariamente son mucho mayores que las que yo había visto en poder del Serenísimo Duque de Parma, como comprendí por uno solo que vi a distancia de unos cincuenta pasos. Son también más bellos, porque el fondo de su piel es casi color de oro. Pero, como dije, son también más feroces, pues si se sienten heridos de dardo o bala, si no queda muerto en el acto —lo que muy raras veces sucede—, no huye como otras fieras, sino que se arroja con rabia indecible contra el agresor y lo busca para embestirlo, aunque fuera en medio de cien personas.

Sucedió en presencia del Padre Miguel Giménez, nuestro Superior, durante el viaje, que tres indios se dirigieron hacia una tigra que habían visto retirarse hacia un bosquecillo aislado. El Padre se puso en un sitio apartado y eminente para ver la caza, que siguió en esta forma: iban los indios, como gente práctica, armados de dos lanzas y uno con mosquete. Éste marchaba en medio y los dos con lanzas a los lados. En este orden anduvieron circundando el bosque, hasta que la descubrieron. Entonces el mosquetero lanzó el tiro y la hirió en la cabeza; y me refirió el Padre que fué instantáneo oír el tiro y ver la tigra ensartada en el aire con las lanzas, porque al sentirse herida hizo un grande esfuerzo para arrojarse en el acto contra el tirador y los que con este objeto se habían colocado a los dos lados, sabiendo lo que iba a suceder, al llegar le plantaron con admirable destreza las lanzas, uno de cada lado, y la cruzaron en el aire.

Son muy abundantes también las víboras, de las cuales, o por la cuerda con que se ata la balsa a un árbol, o por la tabla que se pone para pasar a

tierra, se atrevió a entrar una en la balsa del Padre Superior, el cual encontrándose encerrado con ella sin poder huir, tuvo no pequeño espanto, hasta que, ocurriendo la gente de la balsa, la mataron. Muchos indios mueren de la mordedura de las víboras, siendo no obstante, muchos los que sanan, si acuden pronto a curarse, para lo cual no les faltan los antídotos de varias yerbas, especialmente del nardo. Pero si son mordidos de la que llaman de cascabel, no creo que encuentren remedio. Una sola vi, de extraordinario tamaño, que descubrieron tras de los ranchos en que estábamos sentados, y la mataron. Es cosa prodigiosa los nudos que tienen en la cola, de los que dicen les crece uno cada año, y mientras camina hace con ellos cierto ruido como de campanillas, por el cual es sentida, aunque marche sobre el pasto.

A pesar del peligro de éstos y otros animales dañinos, los indios, apenas toman tierra, entran en los bosques más densos y con sus hachas forman, en un abrir y cerrar de ojos, cada comparsa delante de su balsa, una plazoleta, donde, echados en el suelo, comen y duermen con una paz y gusto admirables, en lo que traspira su innata inclinación a habitar en los bosques como en otro tiempo.

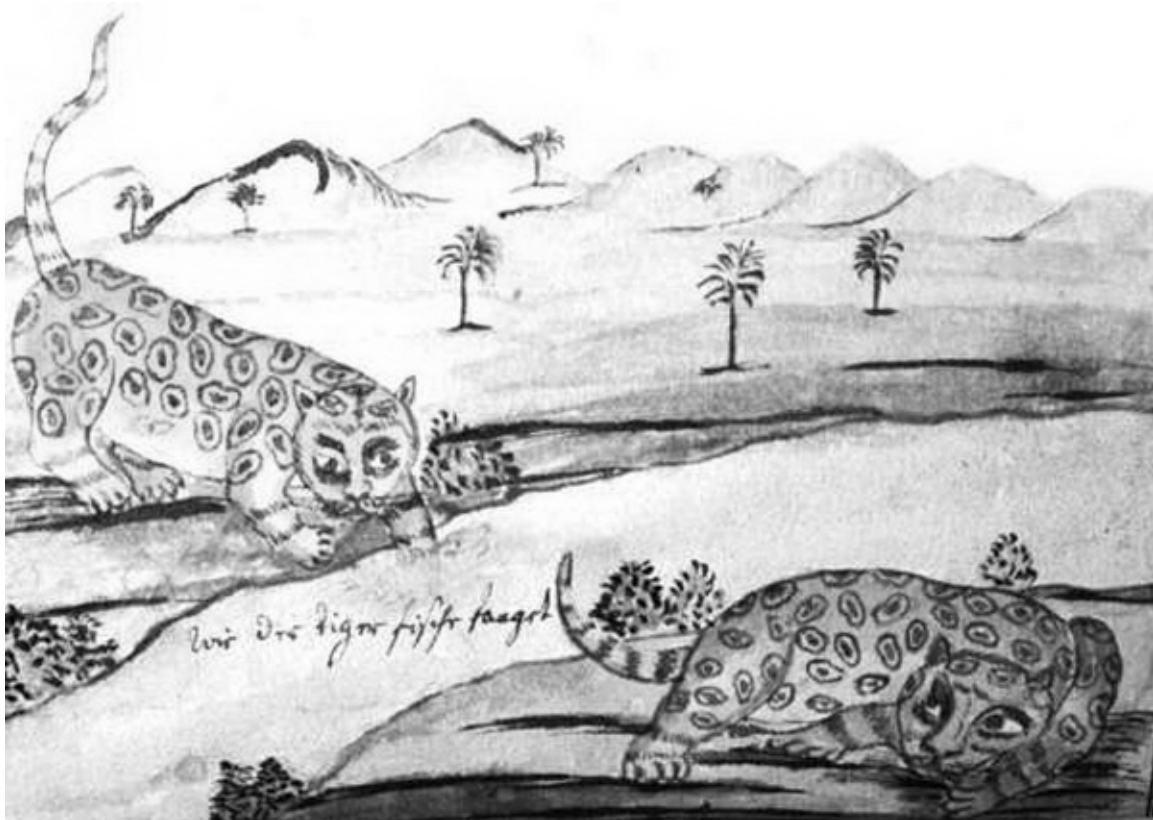
CAYETANO CATTANEO, S. J.

## TIGRES EN EL RÍO URUGUAY

SIGLO XVIII

... A la tempestad siguió una infestación de tigres que venían a visitarnos, atraídos del olor de la carne, durante la cual se encontraron los Padres dos o tres veces en grave temor y peligro. Muchas más fueron las veces que vinieron a visitarnos de noche, entre los cuales llegó uno a cierta cabaña donde se encontraron dos padres enfermos. Por fortuna, había en el suelo un cuarto de buey, con el que se contentó la fiera y partió sin hacer más daño. Otro se atrevió a entrar en la canoa de una balsa, donde estaba durmiendo un hombre cubierto con un cuero de buey. Al echar el tigre la garra sobre el cuero, despertó el hombre y dió tal grito de horror, que no dándose cuenta la fiera de lo que podría ser, espantada a su vez dió un salto y emprendió la fuga. Los indios mataron dos y nos presentaron un tigrecillo como de un mes, que

habían tomado vivo, y de paso sea dicho, que no espero ver animal más furioso. Mientras lo tuvieron estuvo siempre frenético de rabia, rugiendo y abalanzándose sobre todo el que se le acercaba y hasta sobre el que le traía de comer. Viendo que era imposible domesticarlo y que se corría peligro de que en gracia a él viniesen a visitarnos sus parientes, como ya se había empezado a sentir, lo ahogamos en el río.



«De cómo el tigre hace presa en los peces». (Según Florian Paucke S. J).

A los tigres se juntó la molestia indecible de las hormigas, que, por estar las balsas tanto tiempo en el mismo sitio, habían encontrado modo de entrar en ellas a millares, ya por las tablas que sirven para bajar a tierra, ya por las cuerdas que las sujetan a los troncos de la costa. No había medio de librarse de ellas; porque era imposible matarlas a todas en un sitio tan estrecho y si se recogía la tabla o la cuerda para impedirles la entrada, era peor, pues no pudiendo salir las que habían entrado ya, se metían entre los géneros, entre las ropas, las bolsas, etc., de modo que no había más remedio que tener paciencia.

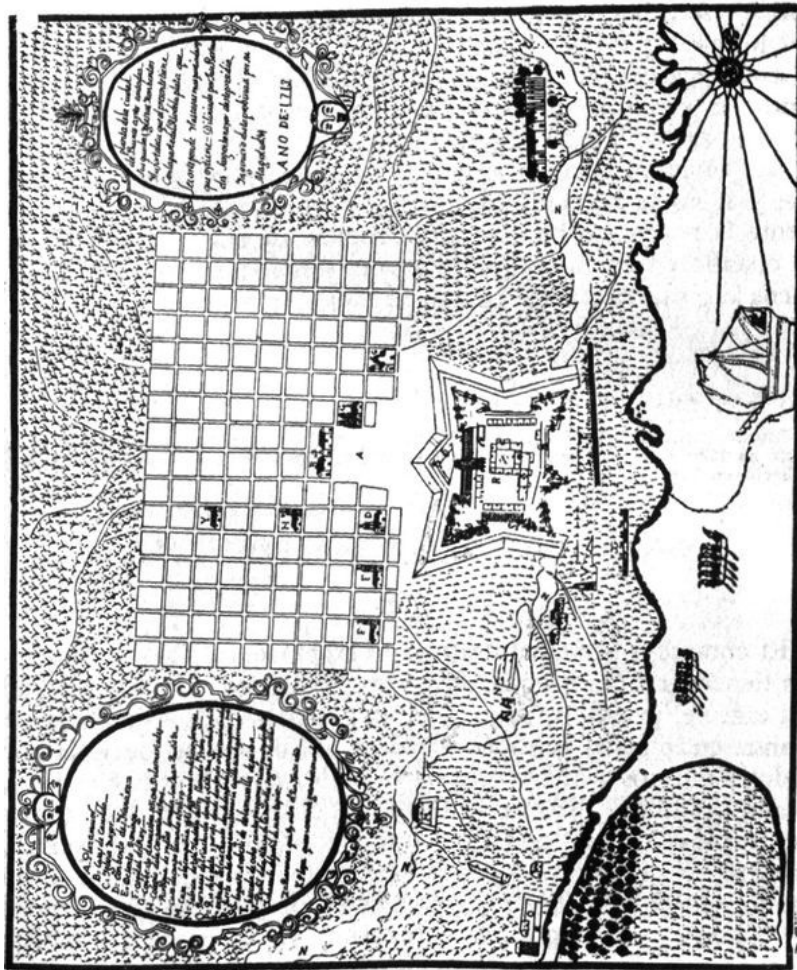
CAYETANO CATTANEO, S. J.

## DE BUENOS AIRES A SANTA FE

1730

Había casi un año que me ocupaba en catequizar a los negros de Buenos Aires. Cuando acordé al Padre Provincial la esperanza que me había dado de dedicarme a la misión de los *Chiquitos*, me llevó consigo pero sin declararme su voluntad. Llegando a la ciudad de Santa Fe, le pregunté si habíamos de pasar adelante; y me respondió que, el estado deplorable a que los infieles habían reducido la provincia, infestándola por todas partes, no le permitía enviarme a las misiones prometidas; y que no sabía si podría pasar a Córdoba, para continuar su visita. Tenía demasiada razón, porque un número prodigioso de bárbaros, derramados por toda la provincia, ocupaba todos los pasos, y no había seguridad en los caminos. Lo demuestran bastantemente los riesgos que corrimos, yendo de Buenos Aires a Santa Fe.

El modo con que se camina en estos grandes desiertos, es bastante singular. Se camina en una especie de carro cubierto, en que está la cama y las provisiones de boca. Es preciso llevar hasta la leña, si no se pasa por los bosques. El agua no falta, porque se encuentran riachuelos, o ríos, en cuyas riberas se detienen los caminantes. Hicimos sesenta leguas casi sin peligro alguno; pero no fué así de las veintidós que nos quedaban para llegar a Santa Fe. Los bárbaros *Guaycurúes* se han hecho dueños de todo el país: corren continuamente el campo, y más de una vez intentaron sorprender la ciudad de Santa Fe. No dan cuartel a los que caen en sus manos; cortan al instante la cabeza: la despojan de los cabellos y de la piel y erigen de ella otros tantos trofeos. Van desnudos enteramente, y se pintan el cuerpo con diferentes colores, sin tocar a la cara: adornan la cabeza con plumas y sus armas son el arco, las flechas, una lanza y un dardo, que por ambos cabos termina en punta, y tiene de largo cuatro o cinco varas. Lo arrojan con tanta fuerza, que pasan un hombre de parte a parte: lo atan al puño, para retirarlo después de haberlo echado.



Plano de Buenos Aires, realizado por José Bermúdez en 1713.

No son estos bárbaros naturalmente valientes. Se ponen en emboscadas para acometer a sus enemigos; pero, antes dan terribles aullidos que intimidan de tal modo a los que no están acostumbrados, que los más animosos se asustan y quedan sin defensa: temen los bárbaros sumamente las armas de fuego; y echados, ya de un lado; ya debajo del vientre del caballo; y atando el freno al dedo grande del pie, y con un látigo de cuatro y cinco correas torcidas, hacen correr los más malos caballos. Viéndose a los alcances, abandonan sus caballos y sus armas y se echan en el río donde nadan como peces, o se entran por lo más espeso de los bosques, de los cuales nunca se apartan. Se endurece con el tiempo su piel de tal modo, que llegan a no sentir las picaduras de las espinas y malezas, corriendo en medio de ellas sin embarazo alguno.

Nos tuvieron estos infieles por tres noches en continuos sustos; y si no se hubiera enviado una escolta, que hacía continuamente la ronda, no hubiéramos escapado de sus manos. Venían de cuando en cuando algunos a

ver si estábamos en vela, y en buena disposición; pero, en fin, llegamos felizmente a Santa Fe.

IGNACIO CHOMÉ, S. J.

(Guillermo Furlong Cardiff, *Glorias santafesinas*. Buenos Aires, 1929).

IGNACIO CHOMÉ. — Misionero jesuíta, nacido en Douai (1696). Vino al Río de la Plata en 1729 y pasó la mayor parte de su vida evangelizando a los indios chiquitos. Falleció en 1768.

## LA GANADERÍA. LOS CABALLOS ALZADOS

1744

El comercio principal del país es la ganadería. En todas partes tienen grandes majadas de ovejas y cuando yo recién llegué era tanto el ganado vacuno, que, fuera de los rodeos de hacienda mansa, en inmensa cantidad alzado y sin dueño, se extendía por todos los llanos a una y otra parte de los ríos Paraná, Uruguay, y aun del mismo Río de la Plata; y poblaban todas las pampas de Buenos Aires, Mendoza, Santa Fe y Córdoba. La codicia, empero, y el descuido de los españoles han destruido a tal grado este ganado alzado, que a no ser por el hecho providencial de alguna gente algo más previsora, ya la carne se hubiese puesto carísima en aquellas regiones. En los primeros tiempos, no pasaba año sin que zarpasen de seis a ocho buques de Buenos Aires cargados de cueros en su mayor parte. Grandes eran las matanzas que se hacían sin que se aprovechase más que los cueros, la gordura y el sebo; pero la carne se tiraba al campo para que se pudriese. El consumo anual de ganado que se carneaba sólo en esta forma, en la jurisdicción de esta ciudad de Santa Fe, que no era más que una de tantas, no dejaba de alcanzar a algunos cientos de miles; y la costumbre aun no se ha dejado del todo; esto no obstante, el ganado se conserva barato, y aun en Córdoba los novillos se venden a dos pesos por cabeza; mas es el caso que antiguamente no hubiesen alcanzado a la mitad del precio actual.





Grabado del libro *Viaje del comandante Byron alrededor del mundo*, Madrid, 1769.

Hay también gran copia de caballos mansos, y un número increíble de baguales. El precio de un potrillo de dos o tres años es un medio peso, o sea dos chelines y cuatro peniques; el caballo de servicio vale dos pesos, y la yegua, tres reales, y hasta dos a veces. Los caballos alzados no tienen dueño, y andan disparando en grandes manadas por aquellas vastas llanuras que delimitan hacia el este con la provincia de Buenos Aires y el mar océano hasta llegar al Río Colorado; al oeste con las cordilleras de Chile y el primer Desaguadero; al norte con las sierras de Córdoba, Yacanto y Rioja; y al sur con los bosques que son los límites entre los *Tehuelhets* y *Diuihets*. Se lo andan de un lugar a otro contra el viento, y en un viaje que hice al interior, el año 1744, hallándome en estas llanuras durante unas tres semanas, era un número tan excesivo que durante quince días me rodearon por completo. Algunas veces pasaron por donde yo estaba en grandes tropillas a todo escape durante dos horas sin cortarse; y durante todo este tiempo, a duras penas pudimos, yo y los cuatro indios que entonces me acompañaban, libramos de

que nos atropellasen e hiciesen mil pedazos. Otras veces he transitado por esta misma región sin ver uno solo de ellos.

A la gran abundancia de caballos y ganado vacuno se atribuye el que los españoles e indios no cultiven sus tierras con ese cuidado y diligencia que se requiere y que la ociosidad haya cundido tanto entre todos ellos. Lo más sencillo es que cualquiera de ellos pueda tener o amansar una tropilla de caballos mientras que armado con su cuchillo y su lazo está ya habilitado para proporcionarse mantención: vacas y terneros abundan y lejos de la vista de los dueños; así es que fácil es carnearlos sin que se aperciban y ésta es la práctica general.

TOMÁS FALKNER.

(*Descripción de la Patagonia*. Universidad de La Plata, Biblioteca Centenaria, 1911).

TOMÁS FALKNER.—Jesuita inglés, pasó la mayor parte de su vida en el Río de la Plata y es conocido por su famoso libro *Descripción de la Patagonia*. Nació en Manchester, 1797. Estudió medicina y vino como cirujano a Buenos Aires en un buque negrero de la Compañía del Mar del Sud (1731). En Buenos Aires enfermó gravemente y fué atendido con mucha solicitud y cariño por los jesuitas. Esto lo llevó a convertirse al catolicismo y a entrar en la Compañía de Jesús, en 1736. Fué misionero en Paraguay y Tucumán hasta 1746. Después anduvo entre las naciones indígenas de la América Austral desde el Río de la Plata al estrecho de Magallanes. Como médico prestó muchos servicios en Paraguay, Córdoba y Buenos Aires. Cuando fueron expulsados los jesuitas de América, Falkner volvió a Inglaterra. Escribió varias obras científicas en latín y en inglés. En 1774 publicó *A description of Patagonia*, etc., traducida al alemán (1775) y al francés (1789) y cuya primera versión española se hizo en 1835. La mejor edición castellana del libro de Falkner es la publicada por la Universidad de La Plata: *Descripción de la Patagonia*, traducción de Samuel A. Lafone Quevedo, Buenos Aires, 1911. Falkner murió en Inglaterra (Plowder Hall) en 1784.

## EL PASAJE DE UN RÍO

1752

... Era tanto lo que este río Arrecifes había crecido, que tenía muy cerca de una legua de ancho. No había embarcación alguna con que fué preciso valernos de una pelota, que es lo que para pasar un río han discurrido los naturales. Hácenla de un cuero de vaca o de toro, cogiendo las puntas por las cuatro esquinas, y en aquel poco de plano que queda en medio, se pone todo el recado de montar, y luego sobre él se sienta el pobre navegante sobre sus mismos pies, casi arrodillado. De una de las esquinas de la pelota, prenden

una cuerda: échase un mozo a nadar con toda suavidad, y sin mover oleaje alguno, con el movimiento de pies y manos, va nadando y tirando aquella débilísima embarcación de aquella cuerda, que prendió con los dientes. Quien se embarcó en ella ha de pasar sin hacer el más mínimo movimiento porque, a cualquier vaivén, se fué a pique. Primero que yo pasase el mencionado río Arrecifes, en esta ocasión, pasó el P. Lector de Artes fray Antonio Cardia, que iba de secretario, y fué tanto el miedo que le sorprendió de verse en medio río, sobre un cuero, que temí no fuese causa su temblor que la embarcación se fuese a pique. Adviértase que para pasar los ríos de esta manera, se busca regularmente la parte más estrecha y menos rápida. Nosotros subimos una legua más arriba del paso ordinario, donde el agua estaba bastante encajonada. He referido esto para que en adelante, cuando se diga haber pasado algún río en pelota, se entienda por lo mismo, haber pasado en dicha embarcación.

FRAY PEDRO PARRAS.

(«Diario y derrotero de los viajes que ha hecho el P.»... en Revista de la *Biblioteca Pública de Buenos Aires*, t. IV, 1882).

FRAY PEDRO PARRAS. — Religioso franciscano. Nació en un pueblo de Aragón (España), durante los primeros años del siglo XVIII, profesó en el Instituto Franciscano de la Regular Observancia de Zaragoza. En 1749 llegó a Buenos Aires con una misión de la orden a que pertenecía, pasando después al Paraguay y Córdoba. Fué Lector Jubilado, Guardián Definidor y Padre de la Provincia del Paraguay. En 1768 se encontraba en España asistiendo al capítulo general de su orden celebrado en Valencia. Acompañó a don Pedro de Cevallos en sus expediciones a las costas del Brasil y Río de la Plata, con el cargo de Teniente Vicario general. Fué nombrado después Rector y Canciller de la Universidad de Córdoba del Tucumán. Escribió *Gobierno de los regulares de América*, Madrid, 1783 y *Diario y derrotero de los viajes... desde que salió de la ciudad de Zaragoza en Aragón para la América; con una... relación de lo que... ha experimentado en diversos países y de las cosas... que en ellos ha visto*. El diario y derrotero del P. Parras, que había permanecido inédito, se publicó en la *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*, 1882.

## EL TUMINEJO O PICAFLOR

SIGLO XVIII

No es menos poblado el aire que las aguas con la inmensa variedad de aves que le cruzan, sosteniendo la gravedad de sus cuerpos sobre la pesadez de este elemento. Merece el primer lugar el que llaman Rey de las Aves: son muy

pocos los que se hallan en esta especie, y sólo se tiene noticia que se encuentra en los montes de Curuguatí. Es del tamaño o poco mayor que un gallo, pero las plumas son un agregado de todos colores, que presentan a la vista en un solo objeto, cuanto la naturaleza dispensó liberal en la congregación universal de todas las aves. Los que frecuentan el Curuguatí, poco curiosos y atentos de indagar la naturaleza, no nos han comunicado otras propiedades de ésta ave; pero es creíble que las tenga para hacerla digna de nombre tan glorioso. En lo demás, si carece de otros atributos, será rey en la apariencia de los colores, pero no tendrá las bellezas o bellas calidades a que está vinculada la presidencia de las aves.

Mejor lo merece un pajarillo tan pequeño, que, puesta en balanza, no excede el peso de un tomín, y por eso se llama Tuminejo. En lengua quichua le dicen *Quenti*, en la guaraní, *Mainimbii*, y en la castellana *Picaflor*. No hay cosa en este animalito que no sea extraordinaria y maravillosa: su pequeñez, su inquietud y azorada viveza, su alimento y su color, su generación y últimamente el fin de su vida. Entre las aves es la más pequeña. Su cuerpo, vestido de hermosas y brillantes plumas, es como una almendra, el pico largo, sutil y delicado, con un tubillo o sutil aguijón para chupar el jugo de las flores.

La cola, en algunos, es dos veces más larga que todo el cuerpo; el vuelo es velocísimo y en un abrir y cerrar de ojos desaparece y lo halla la vista a larga distancia, batiendo sobre el aire las alas, aplicando el pico a alguna flor y chupándole el jugo de que únicamente se mantiene. El vuelo no es seguido, sino cortado y rara vez se sienta sobre los árboles, y entonces se pone en atalaya para espiar las flores más olorosas, y darles un asalto para chuparles el jugo que a ellas vivifica, y con que ellos se mantienen.

El color es un agradable esmaltado de verde azul turquí y sobre dorado, que, embestido de los rayos del sol, hierde y ofende la vista con su viveza. No se puede negar que en pequeñez y colores se encuentra alguna variedad, pero es mejorando siempre, con un naranjado vivísimo que, herido de los rayos solares, imita las llamas del fuego. Su nido pende al aire de algún hilo o delgada rama al abrigo de los árboles y techos, compuesto de livianos flequecillos. Es del tamaño de una cáscara de nuez, pero tan ligero que apenas pesará un tomín.

En este nido, domicilio de la más pequeña de las aves, pone la picaflor hembra un solo huevo, con su natural calor lo fomenta, como solícita criadora, y a su tiempo, cuando el instinto de sabia madre lo dicta, rompe el huevo, y sale el hijuelo con figura de gusano: poco a poco desenvuelve y

desata sus miembros. Cabeza, pies y alas y, en figura de mariposa, empieza a volar y sustentarse del jugo de las flores con la azogada inquietud de movimiento y variedad deleitable de colores esmaltados, que se admiran en el picaflor. Como no ha llegado aún a su natural perfección, pasa del estado de mariposa al de pájaro y se viste de plumas, al principio negras, después cenicientas, luego rosadas y últimamente matizadas de oro, verde y azul turquí, desenvuelve el pico que dicen algunos lo tiene arrollado en la cabeza y yo me inclino a creer que la trompa varía algo de figura, y se endurece y viste de naranjado: algunos curiosos observadores, han notado el estado medio y se han dignado prevenirme, que ellos mismos han visto una parte configurada con la de mariposa y otra con la de picaflor.

JOSÉ GUEVARA, S. J.

(*Historia de la Provincia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, t. I, Buenos Aires, 1882).

PADRE JOSÉ GUEVARA.— Sacerdote jesuíta, nacido en Rocas, Castilla la Nueva, en 1719, falleció en Spello, Italia, en 1806. Llegó al Río de la Plata en 1736 y estudió filosofía y teología en Córdoba. Fue misionero entre los indios guaraníes y profesó en 1762. Nombrado cronista de la orden en la Provincia del Paraguay, se ocupó durante varios años en escribir la *Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*. Cuando se produjo la expulsión de los jesuítas (1767) fué secuestrado el manuscrito de Guevara por las autoridades españolas de Buenos Aires, pero ya para esa fecha existían varias copias y el mismo Guevara se ocupó en Italia de revisar su *Historia del Paraguay*. La obra de Guevara se imprimió en 1836 y fué reeditada en 1854, 1882 y 1911. Esta última edición, publicada por Paul Groussac, de acuerdo al manuscrito de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, es la única que puede llamarse crítica y está avalorada por las notas del erudito historiador. (*Anales*, t. V.).

## SALIDA DE SANTA FE A CORRIENTES

1783

(DIARIO)

... Llegamos al gran Paraná a las cuatro de la tarde, y en seguida le atravesamos desembarcando a las cinco en lo que llaman Bajada. Subimos a una estancia que hay sobre la misma barranca, que está poblada de árboles, aunque parece se descubren peñas en algunos parajes y no es muy alta. Desde allí avisamos al comandante de la Capilla de la Bajada para que nos enviase

caballos, y mientras tanto recogimos nuestros equipajes y papeles, todos mojados.

Como esta navegación (que es la que hacen los buques que entran o salen de Santa Fe), es regularmente de 8 a 10 horas, en bote al remo, no habíamos hecho provisión de comida, ni aun nos desayunamos hasta llegar a la dicha capilla y haber cocido la cena, que eran ya las diez de la noche. Esta cena y desayuno, se hizo en casa del comandante que nos vino a buscar a dicha estancia, distante de la capilla una buena legua, toda de espinillos y algarrobos.

Es la Capilla de la Bajada un pueblo y curato de moderna erección, con setenta casas o ranchos<sup>[2]</sup>. Dista en línea recta de Santa Fe, según dicen, seis leguas, de quien dependía poco ha. Hoy está agregada a la jurisdicción del Gualeguay que es Tenencia de Gobernador dependiente de Buenos Aires. Viven dichos setenta vecinos de la cría de ganados y de arrancar unas raíces que tiñen de encamado.

Dormimos, como que no habíamos pegado los ojos la noche antes. Ésta llovió sin cesar; pero, habiendo parado, salimos a las siete de la mañana por entre un algarrobal claro y no muy alto que duró poco rato. El camino estaba muy pesado y los cargueros cayeron algunas veces. El terreno, algo alomado y gredoso como los anteriores. A las dos leguas y media pasamos el arroyo de las Tunas y a otras dos y media el de las Conchitas, que es pantanoso con bastante bañado en su inmediación, que es baja, pero ambos corren cuando llueve. Pasado el último arroyo e inmediato a él, sobre una colinita, está la estancia de Vera, adonde llegamos bastante mojados, porque la última mitad del camino la hicimos lloviendo.



«Traje español de los españoles en América (Criollos)». (Según Florian Paucke).

Siempre fuimos divisando hacia la izquierda u orilla del Paraná, mucha arboleda: también la había de algarrobos y espinillos alrededor de la estancia y a la vera del último arroyo, de sauces, ombúes y otros. Vi al paso dos o tres ranchos en el campo, y noté, a tres cuartos de legua de uno de ellos, la huella de un hombre, cosa que me admiró porque aquí nadie anda a pie, ni he visto otro tanto en América.

Por recomendación del dueño de la estancia, que vive en Santa Fe, nos dieron caballos, en que salimos a las tres, habiendo cesado la lluvia. El camino fué a ratos entre bosques de algarrobos y alguna pequeña palma Yatay, y a ratos por campo raso, todo pequeñas colinas de greda. Algunas veces se descubría el Paraná y también pasamos un arroyuelo. Finalmente, al ponerse el sol, llegamos al potrero del mismo Vera, distante de su estancia seis leguas.

Salimos el día 14, a las seis, en los últimos caballos, habiendo caminado seis leguas a la Posta del arroyo Antonio Tomás. Como a la mitad de esta distancia pasamos el arroyo María, y también algunos otros riachuelos de poca consideración. Cuando los de la Posta nos atisbaron de lejos, cerraron

sus puertas y se huyeron al campo por no darnos caballos. Nos vimos obligados a volver atrás un cuarto de legua, a un rancho que al paso habíamos dejado. Aquí comimos y tomamos caballos hasta la Posta inmediata antes de llegar al arroyo Hernandarias, que dista de donde salimos como seis leguas. Sólo hallamos aquí un viejo y dos caballos que lo eran más, y nos fué preciso continuar en los mismos. Los terrenos como los anteriores.

Seguimos hasta la Posta del arroyo Alcaraz, que es la estancia de don Félix Troncoso, distante cinco leguas y media. Aquí dormimos. Inmediato a la Posta del viejo pasamos el arroyo Hernandarias, con agua a la barriga, y luego hasta la Dormida es todo un continuo algarrobal, en muchas partes quemado. Los terrenos, ídem, menos en un riachuelo despreciable en que vi, en su fondo, alguna peña de tosca blanquecina, cuyos fragmentos o disolución, ya yo había reconocido antes en algunos parajes hacia el arroyo María.

Todos estos terrenos abundan en osos-hormigueros o *Tamandúas*, en leones y tigres, principalmente hacia los bosques de la costa del Paraná y los que pasamos esta tarde. En la casa en que sesteamos, tenían colgados, en las estacas del corral, seis cabezas de tigre y tres de leones. Cuatro de los caballos que montamos tenían heridas no cerradas hechas el día antes por los tigres.

Me aseguran estas gentes que los tigres huyen del hombre cuando no están muy hambrientos o acostumbrados a comerlo; que no se atreven a los toros o vacas: que sólo embisten las terneras y caballos; que para matarlos, no lo hacen con las uñas o dientes, sino saltándoles al cuello y tomándoles con una mano el hocico y con la otra la cerviz, haciendo fuerza hasta desnucarlos. Añaden que los tigres cebados prefieren la carne de los negros, porque cuando tienen elección, llevan un hombre negro entre muchos blancos. Después del negro, dicen que toman al mulato o indio, y el último es el blanco. Que cuando van dos, uno tras otro, asaltan al último. Dicen también que el león jamás hace daño al hombre, aunque le persiga, que en este caso se sube a los árboles y llora; pero que hace mucho daño a los ganados mayores y menores porque mata cuanto puede cada vez, aunque sólo haya de comer parte de uno: que el tigre es tan al contrario, que si halla dos animales uncidos o acollarados, sólo mata al uno y lo hace arrastrar hacia el bosque por el vivo; y que hasta consumido el muerto, no mata al vivo. El modo de cazar unos y otros, es persiguiéndoles dos hombres en buenos caballos: cuando el tigre halla árbol o maciega, se sienta. Allí le embiste el uno para que huya, y luego que sale hostigado tras de aquél o tras los perros, el otro le tira el lazo y echa a



correr a la disparada, arrastrándole hasta que conoce que está muerto, o bien el otro le enlaza también, y tiran cada uno por su lado, hasta matarle.

La ruta de este día la escribo de memoria; el papel en que estaba escrita, se ha mojado en términos que no lo he podido leer. Con ánimo de salir muy temprano hice amarrar los caballos de montar por la tarde, y tener encerrados los que debían ir por delante, sueltos, porque yo ajusté aquí que me los habían de poner a la orilla del Guayquiraró. El alférez y los tres soldados concurren a amarrarlos, y lo hicieron de modo que en un instante se hallaron los dos mejores ahorcados; yo les pagué con 6 pesos fuertes que me pidieron.

No fué posible dormir esta noche por la infinita multitud de mosquitos y pulgas. Siete veces mudé la cama de lugar, sin adelantar cosa alguna. Llovió toda la noche y viéndome tan acosado de los viles insectos, me tendí dos veces en el campo, sobre el agua, expuesto a las víboras y a toda la lluvia, y ni aun esto me libertó de ellos. A mis compañeros sucedió casi lo mismo.

FÉLIX DE AZARA.

(*Viajes inéditos de... desde Santa Fe a la Asunción, al interior del Paraguay y a los pueblos de Misiones*, con una noticia preliminar por el general D. Bartolomé Mitre y algunas notas por el doctor D. Juan María Gutiérrez. Buenos Aires, 1873).

FÉLIX DE AZARA. — Eminente naturalista, geógrafo y marino español (1746-1821). Vino a Buenos Aires en 1781, comisionado por el gobierno español para estudiar la cuestión de límites con Portugal, en ocasión del tratado de San Ildefonso. Con ese motivo se dedicó a levantar los mapas de aquellas regiones y al mismo tiempo estudió minuciosamente la fauna del Río de la Plata, en cuya labor invirtió catorce años. Como marino y geodesta reconoció nuevamente la frontera del Brasil, organizó la defensa del Río de la Plata contra los ingleses e hizo el trazado de la costa del Sur. Azara, como naturalista, describió muchas especies nuevas, y organizó en sus viajes el material de sus obras científicas, que habrían de darle claro renombre. Entre otras obras escribió: *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata* (impresa en 1847). *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y del Río de la Plata* (1802). *Apuntamientos para la historia natural de los pájaros del Paraguay y del Río de la Plata* (1805). *Viaje a la América meridional desde 1781 hasta 1801. Memoria rural del Río de la Plata. Geografía física y esférica del Paraguay. Viajes inéditos de Azara* (Buenos Aires, 1873).

## 2 LAS CIUDADES

### DE LA CIUDAD DE SANTIAGO DEL ESTERO

1600?

De la ciudad de Esteco a Santiago del Estero ponen cincuenta leguas, todas despobladas, a lo menos las cuarenta, porque a diez leguas de ella llegamos a dos pobleuelos de indios. Esta ciudad es la cabeza de la gobernación y del obispado; es pueblo grande y de muchos indios; al tiempo de su conquista poblados a la ribera del río, como los demás de la ciudad del Estero; ya se van consumiendo por sus borracheras. Son los indios de esta provincia muy holgazanes de su natural; en los ríos hallan mucho pescado, de que se sustentan: sábalos, armados y otros; saben muy bien nadar, y péscanlos de esta manera como lo he visto: échanse al agua (los ríos, como no tienen ni una piedra corren llanísimos) ceñidos una soga a la cintura; están gran rato debajo del agua y salen arriba con seis, ocho y más pescados colgando de la cintura; débenlos tomar en algunas cuevas, y teniendo tanto pescado no se les da mucho por otros mantenimientos; son borrachos como los demás, y peores; hacen chicha de algarroba, que es fortísima y hedionda; borrachos, son fáciles a tomar las armas unos contra otros y cuando no, sacan su pie y fléchanselo. Son grandes ladrones; todos caminan con sus arcos y flechas, así por miedo de los tigres, como porque salen indios a saltar, y por quitar una manta o camiseta a un caminante no temen flecharle; los arcos no son grandes; las flechas a proporción; pelean casi desnudos. En toda esta tierra y llanuras hay cantidad de avestruces; son pardos y grandes, a cuya causa no vuelan, pero a vuelapié, con un ala, corren ligerísimamente; con todo eso los cazan con galgos, porque con un espolón que tienen en el encuentro del ala, cuando van huyendo se hieren en el pecho y desangran. Cuando el galgo viene cerca,

levantan el ala que llevaban caída, y dejan caer la levantada; viran como carabela a la bolina a otro bordo, dejando al galgo burlado. Hay también liebres, mayores que las nuestras; son pardas; no corren mucho. Es providencia de Dios ver los nidos de los pájaros en los árboles; cuélganlos de una rama más o menos gruesa, como es el pájaro mayor o menor, y en contorno del nido engieren muchas espinas; no parecen sino erizos, y un agujero a una parte por donde el pájaro entra o a dormir o sus huevos, y esto, con el instinto natural que les dió naturaleza, para librarse a sí y a sus hijuelos de las culebras. Es toda esta provincia abundantísima de miel, y buena, la cual sacan a Potosí en cueros; es abundante de trigo, maíz y algodón, cuando no se les hiela; siémbrenlo como cosa importante, es la riqueza de la tierra; con ello se hace mucho lienzo de algodón, tan ancho como holanda, uno más delgado que otro, y cantidad de pabilo, medias de punto, alpargatas, sobrecamas y sobremesas, y otras cosas por las cuales en Potosí les traen reales. Críase en esta provincia la grana de cochinilla muy fina con que tiñen el hilo para labrar el algodón. Es abundante de todo género de ganado de lo nuestro, en particular vacuno, de donde, los años pasados, porque en Potosí y provincia de los Charcas iba faltando, lo vi sacar, y se vendía muy bien, y bueyes de arada, y se vendía la yunta a sesenta pesos. Caballos solíanse sacar muy buenos; ya se ha perdido la casta y cría, por descuido de los dueños, de tal manera que es refrán recibido en toda la provincia de los Charcas: «De hombres y caballos de Tucumán, no hay que fiar»; tanto puede la mala fama.

El edificio de las casas es de adobes, como en las demás ciudades, sino que en estas dos, como la tierra es salitrosa, vase desmoronando el adobe, y cada año es necesario reparar las paredes. El río es grande, y de verano se vadea, mas conviene mucho saber el vado porque los ríos de esta provincia son de tal calidad que, si no es por donde se vadean cuotidianamente, y con la frecuencia del pasaje el suelo está fijo, por las demás partes, aunque él agua no llegue a la rodilla, se sume el caballo y caballero en el cieno. Es cosa de admiración: pisamos aquí, y tiembla más de diez pasos adelante la tierra; cenosa detrás y a los lados; padécese en esta ciudad mucho por no haber molino ni poderse hacer porque ya dijimos estos reinos ser de esa calidad; pasan por tierra arenisca donde no se halla una piedra, ni se puede hacer ni sacar acequia de ellos; a la primera avenida, allá va todo. Vino a Santiago un extranjero, estando yo en aquella provincia, y proferíase a hacer un molino, como en los ríos grandes de Alemania, en medio dél; escogió el lugar, conciórtanse, y volviendo de ver el río y lugar, en llegando a la ciudad, dánle unas calenturas que dentro de ocho días se lo llevaron a la otra vida. Hay

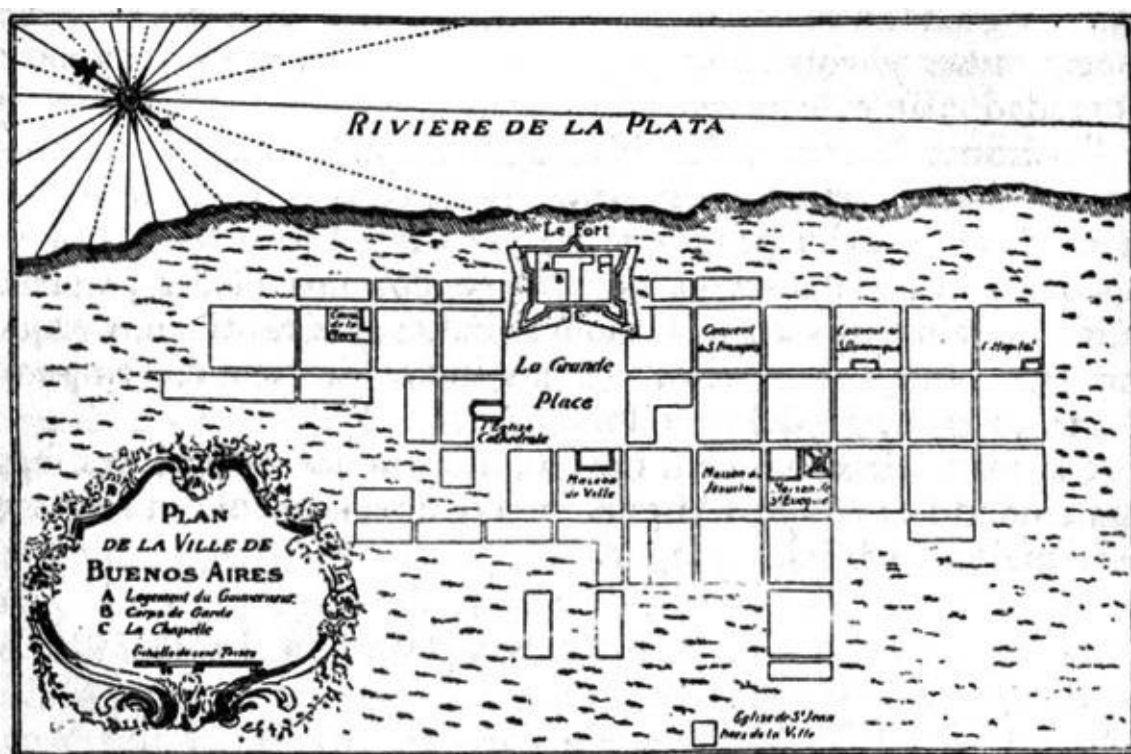
algunas atahonas, no son tres, mas los dueños muelen sólo para sus casas; si otro ha de moler, ha de llevar caballo propio; si no, quédese; hacen unos molinillos que traen a una mano, de madera, con una piedra pequeña traída de lejos; muelen a los pobres indios que las traen, porque para una fanega son necesarios tres indios de remuda; empero, el pan es el mejor del mundo.

A la mano derecha desta ciudad, a las faldas de la sierra, hay otra ciudad llamada San Miguel de Tucumán, pueblo más fresco y de mejores edificios y agua.

FRAY REGINALDO DE LIZÁRRAGA.<sup>[3]</sup>

## BUENOS AIRES EN 1658

En cuanto llegamos al cabo de Buenos Aires noticiamos de ello al gobernador, quien sabiendo que teníamos licencia del Rey de España para ir allí (sin lo cual no habría podido permitirnos entrar sin quebrantar sus órdenes), mandó a bordo a los oficiales para que, según costumbre, pasasen visita a nuestro buque, y verificada ésta, desembarcamos nuestros efectos, guardándolos en un almacén alquilado al efecto para mientras permaneciésemos allí. Consistían principalmente en irlandas de hilo, especialmente de aquellas manufacturadas en *Rouen*, que se venden bien en aquellos países, como también sederías, cintas, hilo, agujas, espadas, herraduras y otros artículos de fierro; herramientas de todas clases, drogas, especias, medias de seda y lana, paños, cargas, y otros géneros y en general todo artículo adecuado al vestido, que, según se nos dijo, eran mercancías propias para aquellos países. Es de práctica, luego que llega un buque a Buenos Aires (es decir, que tiene permiso para ello del Rey de España), despacharse por el gobernador o por el capitán del buque un chasque al Perú, conduciendo las cartas de España, si las trae, y en el caso contrario para hacer saber a los mercaderes su llegada, con cuya noticia algunos de éstos parten inmediatamente para Buenos Aires o envían comisiones a sus corresponsales para comprar los efectos que considerasen convenir.



Plano de la ciudad de Buenos Aires. Siglo XVII. (Según Charlevoix).

Tuve la suerte de ser mandado para llenar ambos encargos, pues entre muchas cartas que traíamos venía un gran paquete de Su Majestad Católica para el Perú, cerrado en un cajón de plomo como comúnmente se envían todos los despachos de la corte española para las Indias; a fin de que, si el buque que los conduce estuviese en peligro inmediato de caer en manos de un enemigo, pudiesen ser echados al agua y sumergirse. Este paquete, en el cual iban muchas cartas para el Virrey del Perú y para otros empleados principales de aquellos países noticiándoles el nacimiento del Príncipe de España, fué encomendado a mi cuidado...

Antes de decir nada de mi viaje al Perú, anotaré lo que observé de remarcable en Buenos Aires, mientras permanecí allí. El aire es bastante templado, muy semejante al de Andalucía, pero no tan caliente: las lluvias caen casi con tanta frecuencia en el verano como en el invierno, y la lluvia en los tiempos de bochorno frecuentemente produce diversas clases de sapos, que son muy comunes en estos países, pero no ponzoñosos. El pueblo esta situado en un terreno elevado a orillas del Río de la Plata, a tiro de fusil del canal, en un ángulo de tierra formado por un pequeño riacho llamado Riachuelo que desagua en el río a un cuarto de legua del pueblo. Contiene cuatrocientas casas, y no tiene cerco, ni muro, ni foso y nada que lo defienda

sino un pequeño fuerte de tierra que domina el río, circundado por un foso, y monta diez cañones de fierro, siendo el de mayor calibre de a doce. Allí reside el gobernador y la guarnición se compone de sólo 150 hombres, divididos en tres compañías, mandadas por tres capitanes, nombrados por aquél a su antojo y a quienes cambia con tanta frecuencia que apenas hay un ciudadano rico que no haya sido capitán. Estas compañías no siempre están completas, porque los soldados, inducidos por la baratura con que se vive en aquellos países, frecuentemente desertan, a pesar de los esfuerzos que se hacen por retenerlos en el servicio pagándoles altos sueldos, que llegan a cuatro reales diarios, que equivale a un chelín y seis peniques moneda inglesa y un pan de tres peniques, que es cuanto puede comer un hombre. Pero el gobernador conserva en una llanura inmediata, como mil doscientos caballos mansos para su servicio ordinario, y, en caso de necesidad, para hacer montar a los habitantes del pueblo, formando así un pequeño cuerpo de caballería.

Además de este fuerte hay un pequeño baluarte en la boca del Riachuelo, donde existe una guardia; monta dos pequeños cañones de fierro, de a tres. Este baluarte domina el punto donde atracan las lanchas para descargar o recibir efectos, estando éstas sujetas a ser visitadas por los oficiales del baluarte cuando están descargando o cargando. Las casas del pueblo son construidas de barro, porque hay poca piedra en todos estos países hasta llegar al Perú; están techadas con cañas y paja y no tienen altos; todas las piezas son de un solo piso y muy espaciaosas; tienen grandes patios y además de las casas, grandes huertas, llenas de naranjos, limoneros, higueras, manzanos, peros y otros árboles frutales, con legumbres en abundancia como coles, cebollas, lechugas, ajos, arvejas y habas; sus melones especialmente son excelentes, pues la tierra es muy fértil y buena; viven muy cómodamente: a excepción del vino, que es algo caro, tienen toda clase de alimentos en abundancia, como carne de vaca y ternero, de carnero y de venado, liebres, gallinas, patos, gansos silvestres, perdices, pichones, tortugas, y aves de caza de toda especie y tan baratas que pueden comprarse perdices a un penique cada una y lo demás en proporción. Hay también numerosos avestruces que andan en tropilla como el ganado y aun cuando su carne es buena, nadie, sino los salvajes, come de ella; hacen paraguas de plumas, que son muy cómodos para el sol; sus huevos son buenos y todos comen de ellos, aunque se dice que son indigestos...

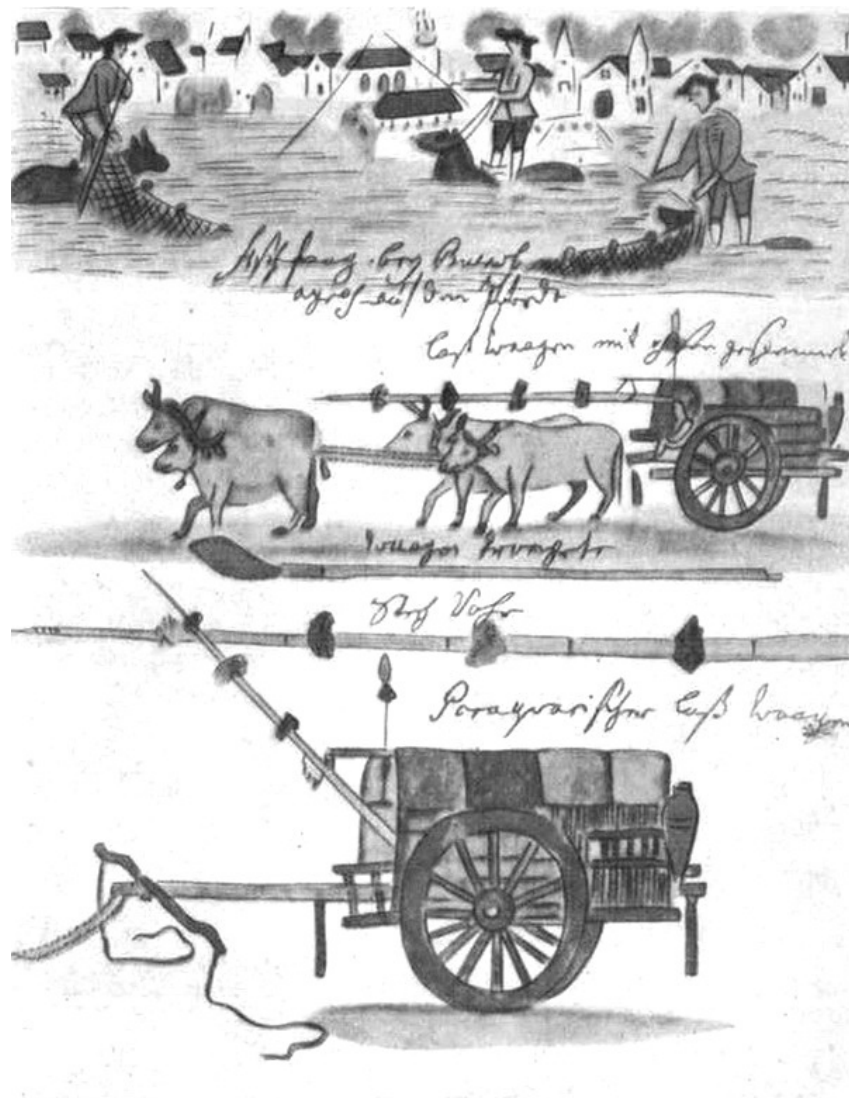
Las casas de los habitantes de primera clase están adornadas con colgaduras, cuadros y otros ornamentos y muebles decentes y todos los que se encuentran en situación regular son servidos en vajilla de plata y tienen

muchos sirvientes, negros, mulatos, mestizos, indios, cafres o zambos, siendo todos éstos esclavos. Los negros proceden de Guinea, los mulatos son el engendro de un español en una negra, los mestizos son el fruto de una india y un español y los zambos de un indio y una mestiza, distinguibles todos por el color de su tez y su pelo.

Estos esclavos son empleados en las casas de sus amos o en cultivar sus terrenos, pues tienen grandes chacras abundantemente sembradas de granos, como trigo, cebada y mijo; o bien para cuidar de sus caballos o mulas, que en todo el año sólo se alimentan con pasto, o bien en matar toros cerriles y finalmente para cualquier otro servicio.

---

Observé que (entre los hombres de la milicia) había muchos hombres de edad que no llevaban arma de fuego sino sólo espada al cinto, lanza en la mano y una rodela al hombro. Los más de ellos son hombres casados y jefes de familia y por consiguiente tienen poca afición a los combates. Aman su sosiego y el placer y son devotos de Venus. Confieso que son hasta cierto punto disculpables a este respecto, pues las más de las mujeres son extremadamente bellas, bien formadas y de un cutis terso...



Pesca de a caballo junto a Buenos Aires. Carro de carga tirado por bueyes. Corneta de carro. Picana y carro de carga. (Según Florian Paucke).

Las mujeres son más numerosas que los hombres, y además de españoles hay unos pocos franceses, holandeses y genoveses, pero todos pasan por españoles, pues de otro modo no habría para ellos cabida allí y especialmente para los que en su religión difieren de los católicos romanos, pues allí está establecida la Inquisición. La renta del Obispo sube a tres mil patacones, o sean setecientas libras esterlinas anuales. Su diócesis comprende este pueblo y el de Santa Fe, con las estancias o haciendas correspondientes a ambas. Ocho o diez sacerdotes offician en la Catedral, la que, así como las casas particulares, es construida de barro. Los jesuítas tienen un colegio; los dominicos, los recoletos y los religiosos de la Merced tienen cada uno su convento. Hay también un hospital, pero existe tan poca gente pobre en estos países, que de poco sirve.



## ACARETE DU BISCAY.

(*Relación de los viajes de... al Río de la Plata, y desde aquí por tierra hasta el Perú, con observaciones sobre estos países.* Traducida del inglés al español para la Revista de Buenos Aires, t. XIII, por el señor don Daniel Maxwell, 1867).

ACARETE DU BISCAY. — Viajero inglés. Vivió por algún tiempo en Cádiz, aprendió el castellano y en 1657 se hizo a la vela para Buenos Aires a bordo de un buque español cuyo capitán le hizo figurar en la tripulación bajo su mismo nombre y como sobrino suyo, por las dificultades que se oponían a los extranjeros para venir a las Indias. Llegado al Río de la Plata, Acarete du Biscay siguió viaje al Perú por el camino de Córdoba. Permaneció algún tiempo en Potosí, donde vendió los efectos de comercio que llevara desde el Río de la Plata y regresó por el mismo camino con un arreo de mulas. En el espacio de cuatro meses estuvo nuevamente en Buenos Aires. Se embarcó en esta ciudad a bordo de un buque holandés y partió para Europa en mayo de 1659. En 1698, apareció en Londres el relato de su viaje bajo el título: *A relation of Mons. Acárete du Biscay's voyage up the River de la Plata and from thence by land to Perú, and his observations in it.* En 1867, don Daniel Maxwell tradujo para La Revista de Buenos Aires el relato de Acarete du Biscay, con una ligera «Advertencia del Traductor», que no da mayores noticias sobre la personalidad del viajero. Se cree, con fundamento, que *Acárete du Biscay* sea un nombre supuesto.

## ESTECO Y SALTA EN EL SIGLO XVII

Permanecí un día en Esteco, para preparar algunas provisiones, para mi alimentación durante mi viaje. Está situado sobre un río ancho y hermoso, el cual, sin embargo, puede vadearse a caballo. Este pueblo era antiguamente tan grande y de tanta importancia como Córdoba, pero hoy está arruinado, no habiendo quedado en él arriba de treinta familias, pues las demás lo abandonaron por causa del gran número de tigres que lo infestaban, devorando a sus hijos y a veces hasta los hombres, cuando podían sorprenderlos; además de esto, hay un inmenso número de moscas ponzoñosas, cuya picadura arde mucho y que abundan a inmediaciones del pueblo, cuatro o cinco leguas a la redonda, de modo que no se puede salir sin llevar máscara. Este país es también bastante productivo en trigos, cebada, viña y otros árboles frutales; abundaría también en ganado si no lo devorasen los tigres.

De Esteco a Salta hay quince leguas; y este trecho de tierra sería como el que acabo de hablar, si no fuera que en algunas partes es pedregoso. Alcánzase fácilmente a ver a Salta desde dos leguas antes de llegar allí, porque está situada en medio de una hermosa llanura que es fértil en maíz, uvas y otras clases de frutas, produciendo también ganados y otros artículos

necesarios para la vida y está en parte rodeada por algunos cerros y montañas de regular altura. El pueblo está situado sobre la barranca de un pequeño río, al cual atraviesa un puente. Contiene como cuatrocientas casas y cinco o seis iglesias y conventos, cuya estructura es como la de aquellos que ya he descrito. No está circundado de murallas, fortificaciones ni fosos; pero las guerras que han sostenido los habitantes con sus vecinos, los ha adiestrado en la disciplina militar y enseñádoles a ser más cautos que antes en tener las armas preparadas.

Hay como quinientos hombres de armas llevar, además de los esclavos mulatos y negros, que son como tres tantos más. Este punto es muy concurrido, por causa del gran negocio que hacen en maíz, harina, ganados, vino, carne salada, sebo y otras mercaderías con los habitantes del Perú.

ACARETE DU BISCAY.

## CARTAS DOTALES EN EL SIGLO XVII

Las cartas dótiles, infaltables en todo matrimonio de gente principal, nos proveen de ejemplos abundantes. A título de curiosidad transcribiré algunas partidas.

Doña Francisca Rodríguez de Valdez, hija del gobernador de su apellido, casó en 1605 y aportó vestidos de terciopelo valuados cada uno en \$ 450, es decir, exactamente lo mismo que una *negra ladina*; y «una cuja de cama de la India» se tasó en \$ 80, cuando en 1638, un medio solar, situado en la actual esquina de Corrientes y 25 de Mayo, rumbos E. y S. sólo valía \$ 50, y un terreno de la barranca, con bajo de los muy solicitados para huerta, no mereció más precio que \$ 20.

En 1610, doña Leonor de Cervantes, niña de 14 años, perteneciente a familia venida del Perú por el Tucumán, donde su padre y su abuelo ejercieron cargos, vinculada al famoso capitán Juan de Vergara y otras personas principales de la ciudad, casó con don Juan de Bracamonte, hermano de doña María, citado en otra parte, hidalgo salmantino y vecino conspicuo, alcalde, alférez real, etc. Doña Leonor fué dotada con \$ 15 000, suma considerable formada con 2000 en efectivo y el resto en diversas piezas y derechos.

Entre los bienes figuran:

Varios esclavos, tasados cada uno en	\$ 500
Una «ropa y saya de terciopelo de la espada y otra raja de Florencia, color cielo con franjas y pasamanos de oro», valuadas cada una en	\$ 350
Una alfombra turca tasada en	\$ 350
Otra grande alcaraz en	\$ 200
Una colcha rica de la India, labrada de amarillo, cuajada de figuras	\$ 250

Doña Ana Quintero, hija del alcalde Juan Quintero de Ocaña, casó en 1632 con Pedro Bravo de Morata, natural de Lorca, Mayordomo de la ciudad y fué dotada con \$ 5000 que se reunieron, según costumbre, con diferentes aportes.

Entre ellos tenemos:

Un negro, su mujer y «una cría» de dos años, valuados en conjunto en	\$ 700
Otros tres esclavos, tasados cada uno en	\$ 250
Una cuadra en la traza de la ciudad en	\$ 300
Un vestido de chamalote de aguas a flores, guarnecido con pasamanos de seda, en	\$ 300
Media estancia en el pago de la Magdalena con ganado de cerda y vacuno en	\$ 500

De donde resulta que un vestido de «chamalote» valía tanto como «una manzana en la traza de la ciudad» y media estancia con hacienda, lo mismo que dos esclavos.

Doña Estefanía de Mena y Santa Cruz, hija de un mayorazgo de Trujillo y descendiente de conquistadores, casó con el alférez Juan de Saavedra, natural de Utrera y tronco de la familia de su apellido, tan ilustre entre nosotros. Su recibo de dote, del año 1644, menciona bienes por un monto de \$ 5000 y entre ellos tenemos:

Una estancia en esta parte del río Luján, con media legua de frente en	\$ 100
Un cuarto de solar en la traza en	\$ 80
Dos esclavos grandes, más uno de seis años y otro sin determinar la edad, tasados en conjunto en	\$ 1000
Cien fanegas de harina tasadas en	\$ 125

Siguen otras cosas hasta completar la suma convenida. Según vemos, una estancia valía menos que cien fanegas de harina, y éstas la mitad de un negro. Después de mediar el siglo, ya en 1660, la dote de doña Catalina Bravo de Morata, descendiente de pobladores, al casar con el capitán José Navarro, natural de Corella, asciende a \$ 10 506 con 4 reales. Se encuentran tasados entre otros bienes:

Media estancia en el pago de la Magdalena formada por 1500 varas de frente por legua y media de fondo, con ganado de cerda y vacuno, tasado todo en	\$ 500
Un negro de 20 años, casado y su mujer, de la misma edad, cada uno de ellos	\$ 500
Una muleque de 16 años, tasada en	\$ 450

Un muleque de 12 años en \$ 350  
Una silla de manos, de baqueta de Moscovia, con forro interior de bayeta y funda encerada en \$ 300

Es decir, que la estancia valía tanto como un negro, pues, para la segunda mitad del siglo, éstos escaseaban considerablemente y subieron mucho de precio, en especial si sabían oficio, o eran «ladinos», es decir, conocedores del castellano.

R. DE LAFUENTE MACHAIN.

(*Buenos Aires en el siglo XVII*. Emecé Editores. Buenos Aires, 1944).

R. DE LAFUENTE MACHAIN. — Historiador argentino contemporáneo. Autor de *Los Conquistadores del Rio de la Plata*; *Buenos Aires en el siglo XVII*; *Buenos Aires en el siglo XVIII*; *el Gobernador Domingo Martínez de Irala*, y otros libros de positivo mérito.

## LA DESESPERADA SITUACIÓN DE SANTA FE, EN 1722

EL VIAJE DEL GOBERNADOR ZAVALA

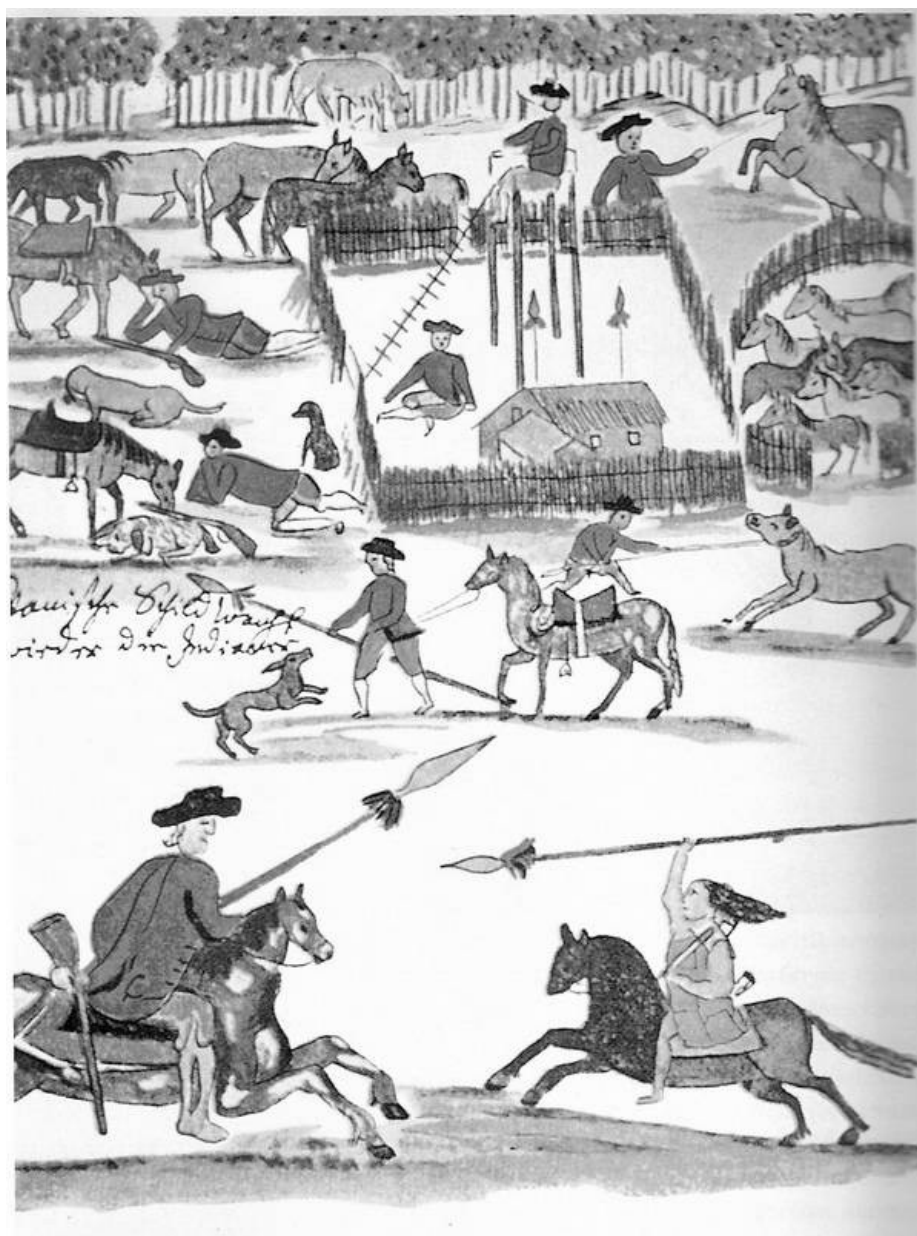
Hallábase de Gobernador y Capitán General de esta Provincia, el Excelentísimo Señor don Bruno Mauricio de Zavala, a cuyos piadosos oídos llegaban las lastimosas tragedias de Santa Fe, a la cual procuró amparar y favorecer tan a manos llenas, que continuamente la despachaba tropas auxiliares, armas y municiones, sin reservar la Real Hacienda que gravó en gruesas cantidades.

... Pero viendo que todas las providencias que daba no surtían el efecto a que aspiraban sus deseos, pasó en persona el año de *mil setecientos veintidós* a reconocer su situación, estado en que se hallaba, y la forma que se podría tomar para resguardarla.

... Y antes de entrar a la ciudad de Santa Fe, empezó a experimentar a su propia vista y con bastante riesgo de su vida, el temerario ardor y arrojo con que combatían aquellos infieles.

A menos de una legua de aquella ciudad, corre de norte a sur, el Río Salado, que desemboca en el de Santa Fe, y en esta unión que forman, está su más común paso llamado de Santo Tomé, a cuya inmediación había un fuerte, al lado del poniente, donde pudiesen acogerse, al abrigo de su guarnición, los

transitantes, que, con sumo peligro, caminaban a distancia de veinte leguas todo el despoblado partido de Coronda. Apenas había pasado Su Excelencia el Río Salado, que, en baja mar tiene como media cuadra de ancho, cuando aún antes de apearse de la embarcación, arremetió un trozo de indios a su comitiva y tropa de guarnición, en cuya defensa se puso la del referido fuerte, y chocando unos y otros a caballo con tanto ardor, prontitud y viveza, quedaron varios muertos de una y otra parte, hasta que consiguieron los santafecinos derrotar al enemigo, ayudados de otros que, arrojándose al agua con sus caballos, pasaron en auxilio de los del fuerte, mientras que los demás que habían salido a recibir a Su Excelencia, pusieron a salvo su comitiva trasladándola al lado de Santa Fe, donde tampoco hubieran estado seguros, por ser nadadores los infieles, a no haber encontrado éstos la referida resistencia.



Guardia española contra los indios. (Según Florian Paucke).

Observó Su Excelencia que el modo de pelear de estos infieles no era a pie quieto, ni a cuerpo descubierto, sino formando gambetas, tendiéndose al hacerlas sobre las costillas del caballo, en cuya mayor furia los manejaban con tal destreza, que, sin detenerse un instante, daban la embestida sin orden alguna, procurando unos divertirlos por distintas partes para que otros lograsen su seguro acometimiento.

---

Entró Su Excelencia a Santa Fe, donde se mantuvo algún tiempo examinando, con las propias experiencias, la cruel y más bárbara hostilidad que padecían,

el continuo movimiento en que estaban sus vecinos, que, reducidos a yertos cadáveres en los combates con los infieles, cubrían de luto a sus familias, y de funesta lamentación a la ciudad y a sus conciudadanos. Observó que, siempre vigilantes en su propia defensa, de día y de noche, no estaban exentos del servicio ni los Regidores, y que, aun para oír misa, entraban a los templos con espuelas puestas y con las armas en las manos, dejando a la puerta los caballos, que a todas horas tenían ensillados. Advirtió que, de los pocos animales de que se servían, los mantenían de día a una vista de la ciudad, en pastoreo; de noche los encerraban dentro de ella en corrales, al cuidado de centinelas. Vió que para traer la leña de dos leguas de distancia, se juntaban convocados todos los dueños de carretas y salían con escolta o guarnición de cien hombres, que les asegurasen del furor de los inhumanos enemigos, y que el preciso diario alimento, lo mendigaban de la otra banda del Rio Paraná, de donde se conducía en embarcaciones, o de los Arroyos, distantes treinta o más leguas, en tropas de carretas y guarnecidos y defendidos con sus milicias. Reparó muchas casas desamparadas, unas por haberlas abandonado sus tímidos dueños y otras por haber fallecido sus habitantes con el riguroso estrago de la peste y la cruel hostilidad de sus enemigos. No se ocultó a Su Excelencia el poderío del gran número de ellos, que, enseñoreados, no sólo de los campos, sino también de las islas más inmediatas, no habían dejado a Santa Fe más extensión que la muy limitada y corta de su población, formando de todo un conjunto de la mayor desdicha en que agonizaba aquella ciudad con evidente riesgo de su total ruina, a que por instantes podía verse reducida.

*(De una presentación de diputados de Santa Fe, al Rey, MANUEL M. CERVERA, Actas del Cabildo colonial, t. I.).*

## LLEGADA DE UNOS MISIONEROS. EL GOBERNADOR ZAVALA

BUENOS AIRES, 1729

Así el martes después de Pascua, 19 de abril de 1729, cuatro meses, o por mejor decir, ciento diez y ocho días después que salimos de Cádiz, pusimos el pie en tierra. Con qué contento, después de tan larga navegación, os lo podéis

imaginar. Nosotros fuimos los primeros en desembarcar en la barca del señor Gobernador, enviada expresamente por Su Excelencia para que condujese a los misioneros, que quería fuesen los primeros en poner pie en tierra. Encontramos toda la playa llena de gente, que hacía una bellísima vista por la diversidad, no sólo de los vestidos, sino también de los semblantes, es decir, españoles, negros e indios. Al poner el pie en tierra encontramos a todos los Padres de nuestro colegio, que habían venido a recibirnos con los brazos abiertos, precedidos del Padre Rector, que era un viejo venerable de pelo totalmente blanco, llegado cuarenta y nueve años atrás a trabajar en estas Misiones. Venía el buen viejo con su birrete, y cuando llegó a abrazarnos, con la alegría parecía rejuvenecido; y los otros padres también mostraron no menor contento por vernos finalmente llegar después de tanto tiempo que nos esperaban...

A un cuarto de milla, aproximadamente, hallamos al señor Gobernador, que por su dignidad sin par había venido a nuestro encuentro, acompañado de la principal nobleza y de los oficiales de milicia. Es éste [Gobernador] un arrogante caballero llamado Don Bruno [Mauricio] de Zavala, alto, proporcionado, y con una presencia majestuosa de príncipe. Sólo que le falta la mitad del brazo derecho, que perdió en una batalla en España durante la última guerra, habiendo sido remunerado por el Rey de sus muchos servicios no sólo con el gobierno de Buenos Aires, sino también con el título de Capitán General de toda la provincia llamada Río de la Plata, a quien están sujetos los otros gobernadores de las ciudades que en ella se cuentan. Tal falta [del brazo], sin embargo, no ocasiona deformidad en él, sino que más pronto le conciba estimación por ser un testimonio auténtico de su valor. Por no andar manco, ha suplido dicho defecto con otro medio brazo y mano de plata que lleva generalmente pendiente del cuello. Este señor, al llegar nuestro Padre Procurador, bajó de la carroza, y viniéndole al encuentro, lo abrazó congratulándose cordialmente con él de su feliz arribo, como también de haber conducido tan numerosa Misión. Lo mismo hicieron casi todos los otros señores de su cortejo, quien abrazando al Padre, quien besándole la mano, y después nos acompañaron todos por una milla a pie, a pesar de ser el Gobernador hombre corpulento y calmoso. Llegado a dicho sitio, después de habernos hecho otras extraordinarias finezas (una de las cuales fué hacer disparar la artillería del Fuerte al pasar nosotros delante), finezas que creo conveniente callar, porque pudieran creerse exageradas, se apartó volviendo algún poco hacia atrás, donde, montando en su carruaje, se transportó al



instante a la ciudad, y cuando llegamos nosotros, vino al Colegio a visitar en su propio cuarto al Padre Procurador.

C. CATTANEO y C. GERVASONI, S. J.

(*Buenos Aires y Córdoba en 1729*. Según cartas de los Padres C. Cattáneo y C. Gervasoni S. J. Estudio preliminar, traducción y notas del arquitecto Mario J. Buschiazzo. Buenos Aires, 1941, pág. 128).

## SANTA FE

### EL PUERTO PRECISO

1751

Tiene esta ciudad un teniente de gobernador, que es justicia mayor y capitán a guerra: tiene cabildo, justicia y regimiento. La iglesia es parroquial, con su cura y un vicario delegado del obispo de Buenos Aires. Hay conventos de Santo Domingo, San Francisco, de la Merced y Colegio de Jesuítas. La ciudad siempre ha sido pobre, mas, estos años ganaron una real cédula para que todos los barcos que bajen de la provincia del Paraguay, se presentasen en el puerto de esta ciudad y dejasen allí la hacienda. De esto utilizan: lo primero, ciertas gabelas que se impusieron a favor de esta ciudad, y luego el comercio que allí está establecido, de yerba, tabaco y demás efectos que bajan de dicha provincia, y los que allí no se despachan, si han de venir a Buenos Aires, ha de ser por tierra, para que también los de Santa Fe utilicen el importe de los fletes. Durísima cosa es que un pobre se haya de venir con su embarcación vacía desde Santa Fe a Buenos Aires, y que, desamparando su hacienda, sobre pagar nuevas gabelas y costos de almacén, le precisen a costear su hacienda por tierra. Pero, en fin, S. M. lo manda así, para que, con las utilidades que a dicha ciudad se siguen, pueda convalecer de los quebrantos pasados y fortalecerse para lo venidero, aunque hoy es poco lo que los infieles la hostilizan.

Dos o tres días estuve ocupado en recibir y volver visitas, que es una de las molestias de acá, porque con cualquier pretexto visitan a cualquiera prelado todas las comunidades, clérigos y cuantos se reputan por hombres de alguna formalidad, que son muchos los que acá piensan serlo. Entre otros que

me visitaron, fué uno el P. Juan Francisco Aguilar, jesuíta, de más de sesenta años, aragonés de nación, hijo del lugar de Zeladas en tierra de Teruel, hermano del párroco que había en este lugar el año de 47, a quien conocí estando yo colegial en Santa Catalina de Cariñena, en cuyo tiempo pasé a tener unas conclusiones a la ciudad de Teruel, por orden del P. Provincial fray Ignacio Domínguez, y de vuelta estuve en dicho lugar de Zeladas, y fué el cura quien me hospedó, que aunque entonces no hice concepto de su persona, pero después pude a este padre dar señas de su hermano, casa y algunos parientes, cuyas noticias oía con lágrimas, porque hacía cincuenta años que había salido de su casa.

Desembarazado de estas ceremonias, ocupé un día en escribir a los amigos de Buenos Aires, y los restantes se pasaron en aquella celebridad que permite el alegre tiempo de las pascuas dentro de un convento. El día 28 instó el síndico, que lo era el teniente de gobernador don Francisco Antonio de Vera, para que pasásemos a una isla que está por la parte del este de la ciudad, con ánimo de divertirnos en ella aquella tarde, con una moderada merienda; y, concluida esta función, hubo de suceder una desgracia, porque, embarcados en una canoa veintidós hombres, no conocimos el exceso de la carga hasta que casi no hubo remedio. Comenzó, con efecto, a naufragar la proa, y advirtiendo el peligro, dos esclavos del convento que iban en ella, se arrojaron al agua, y con el menos peso y el auxilio de éstos que la iban sosteniendo en la forma que a nado les era posible, llegamos a la otra banda del río, en el que sin duda perecemos, si el trecho es más largo. Aquella misma tarde me despedí en la ciudad de cuantos pude: concluí de hacerlo el día siguiente, y llegó la hora de la marcha.

FRAY PEDRO PARRAS<sup>[4]</sup>

## BUENOS AIRES

1773

Esta ciudad está situada al oeste del gran Río de la Plata, y me parece se puede contar por la cuarta del gran gobierno del Perú, dando el primer lugar a Lima, el segundo al Cuzco, el tercero a Santiago de Chile y a ésta el cuarto.

Las dos primeras exceden en adornos de iglesias y edificios a las otras dos. La de mi asunto se adelantó muchísimo en extensión y edificios desde el año 1749, que estuve en ella. Entonces no sabían el nombre de quintas, ni conocían más fruta que los duraznos. Hoy no hay hombre de medianas conveniencias que no tenga su quinta con variedad de frutas, verduras y flores, que promovieron algunos hortelanos europeos, con el principal fin de criar bosques de duraznos, que sirven para leña, de que carecía en extremo la ciudad, sirviéndose por lo común de cardos, de que abunda la campaña, con notable fastidio de los cocineros, que toleraban su mucho humo; pero ya al presente se conduce a la ciudad mucha leña en rajas, que traen las lanchas de la parte occidental del Paraná, y muchas carretas que entran de los montezuelos de las Conchas. Hay pocas casas altas, pero unas y otras bastante desahogadas y muchas bien edificadas, con buenos muebles, que hacen traer de la rica madera del Janeiro por la Colonia del Sacramento. Algunas tienen grandes y coposas parras en sus patios y traspatios, que aseguran los habitantes, así europeos como criollos, que producen muchas y buenas uvas. Este adorno es únicamente propio de las casas de campaña, y aún de ésta se desterró de los colonos pulidos, por la multitud de animalitos perjudiciales que se crían en ellas y se comunican a las casas. En las ciudades y poblaciones grandes, además de aquel perjuicio superior al fruto que dan, se puede fácilmente experimentar otro de peores consecuencias, porque, las parras bien cultivadas, crían, un tronco grueso, tortuoso y con muchos nudos, que facilitan el ascenso a los techos con buen descenso a los patios de la propia casa, de que se pueden aprovechar fácilmente los criados para sus insultos. Su extensión es de veintidós cuerdas comunes, tanto de norte a sur como de este a oeste. Hombres y mujeres se visten como los españoles europeos, y lo propio sucede desde Montevideo a la ciudad de Jujuy, con más o menos pulidez. Las mujeres en esta ciudad y en mi concepto, son las más pulidas de todas las americanas españolas, y comparables a las sevillanas, pues aunque no tienen tanto chiste, pronuncian el castellano con más pureza. He visto sarao en que asistieron ochenta, vestidas y peinadas a la moda, diestras en la danza francesa y española, y sin embargo de que su vestido no es comparable en lo costoso al de Lima y demás del Perú, es muy agradable por su compostura y aliño. Toda la gente común y la mayor parte de las señoras principales no dan utilidad alguna a los sastres, porque ellas cortan, cosen y aderezan sus batas y andrieles con perfección, porque son ingeniosas y delicadas costureras, y sin perjuicio de otras muchas que oí ponderar en Buenos Aires, de gran habilidad, observé por muchos días el gran arte,

discreción y talento de la hermosa y fecunda española doña Gracia Ana, por haberla visto imitar las mejores costuras y bordados que se le presentaban de España y Francia.

Las de medianos posibles, y aun las pobres, que no quiero llamarlas de segunda y tercera clase, porque no se enojen, no solamente se hacen y pulen sus vestidos, sino los de sus maridos, hijos y hermanos, principalmente si son de Tornay, como ellas se explican, con otras granjeras de lavar y almidonar, por medio de algunos de sus esclavos. Los hombres son circunspectos y de buenos ingenios.

---

Esta ciudad está bien situada y delineada a la moderna, dividida en cuadras iguales y sus calles de igual y regular ancho, pero se hace intransitable a pie en tiempo de aguas, porque las grandes carretas que conducen los bastimentos y otros materiales, hacen unas excavaciones en medio de ellas en que se atascan hasta los caballos e impiden el tránsito hasta a los de a pie, principalmente el de una cuadra a otra, obligando a retroceder a la gente, y muchas veces a quedarse sin misa cuando se ven precisados a atravesar la calle...

La plaza es imperfecta y sólo la acera del cabildo tiene portales. En ella está la cárcel y oficios de escribanos y el alguacil mayor vive en los altos. Este cabildo tiene el privilegio de que cuando va al fuerte a sacar al gobernador para las fiestas de tabla, se le hacen los honores de teniente general, dentro del fuerte, adonde está la guardia del gobernador.



Experiencias sobre la gravedad realizadas por Malaspina y Bustamante en Puerto Egmont en las islas Malvinas.

Todo el fuerte está rodeado de un pozo bien profundo y se entra en él por puentes levadizos. La casa es fuerte y grande, y en su patio principal están las cajas reales. Por la parte del río tienen sus paredes una elevación grande, para igualar el piso con el barranco que defiende al río. La catedral es actualmente una capilla bien estrecha. Se está haciendo un templo muy grande y fuerte, y aunque se consiga su conclusión, no creo verán los nacidos el adorno correspondiente, porque el obispado es pobre y las canonjías no pasan de un mil pesos, como el mayor de los curatos. Las demás iglesias y monasterios tienen una decencia muy común y ordinaria. Hay muy buenos caudales de comerciantes, y aun en las calles más remotas se ven tiendas de ropas, que creo que habrá cuatro veces más que en Lima, pero todas ellas no importan tanto como cuatro de las mayores de esta ciudad, porque los comerciantes gruesos tienen sus almacenes, con que proveen a todo el Tucumán y algo más...

La carne está en tanta abundancia que se lleva en cuartos a carretadas a la plaza, y si por accidente se resbala, como he visto yo, un cuarto entero, no se baja el carretero a recogerle, aunque se le advierta, y aunque por casualidad pase un mendigo, no le lleva a su casa porque no le cueste el trabajo de cargarlo. A la oración se da muchas veces carne de balde, como en los

mataderos, porque todos los días se matan muchas reses más de las que necesita el pueblo, sólo por el interés del cuero.

Todos los perros, que son muchísimos, sin distinción de amos, están tan gordos, que apenas se pueden mover, y los ratones salen de noche por las calles a tomar el fresco en competentes destacamentos, porque en la casa más pobre les sobra la carne, y también se mantienen de huevos y pollos, que entran con mucha abundancia de los vecinos pagos. Las gallinas y capones, se venden, en junto, a dos reales, los pavos muy grandes a cuatro, las perdices a seis y ocho por un real y el mejor cordero se da por dos reales...

Se hace la pesca en carretas, que tiran los bueyes hasta que les da el agua a los pechos, y así se mantienen aquellos pacíficos animales dos y tres horas, hasta que el carretero se cansa de pescar y vuelve a la plaza, en donde le vende desde su carreta al precio que puede, que siempre es ínfimo...

No creo que pasen de diez y seis los coches que hay en la ciudad. En otro tiempo, y cuando había menos, traían las mulas del campo y las metían en sus casas a la estaca, sin darles de comer, hasta que, de rendidas, no podían trabajar, y mandaban traer otras. Hoy día se han dedicado a sembrar alcacer, que traen a la ciudad con algunas cargas de heno para las caballerías, que se mantienen muy mal, a excepción de las de algunos pocos sujetos, que hacen acopio de alguna paja y cebada de las próximas campañas.

#### CONCOLORCORVO.

(*El Lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires hasta Lima*. Ed. de la Junta de Historia y Numismática. Buenos Aires, 1908).

CONCOLORCORVO, o Calixto Bustamante Carlos Inca, como él se decía, nacido en Cuzco, fué autor de un interesante libro titulado *Lazarillo de ciegos caminantes, etc.*, que describe un viaje desde Buenos Aires hasta Lima por Tucumán, ya promediado el siglo XVIII. El libro aparece como impreso en Gijón, en 1773, pero se cree que fué impreso en Lima. «Del título de Inca que se da el autor —dice el general Mitre— y que algunos han tomado a lo serio, se burla él mismo en el prólogo diciendo: Los cholos respetamos a los españoles como hijos del Sol y así no tengo valor (aunque descendiente de sangre real por línea tan recta como la del Arco Iris) a tratar a mis lectores con la llaneza que acostumbran los más despreciables escribientes». En cuanto al nombre de *Concolorcorvo*, dice Bustamante: «Los moros tienen color ceniciento y ustedes (los indios) de ala de cuervo. Por eso mismo me puse el nombre de *Concolorcorvo*». Lo cierto es que el libro de Bustamante constituye un valioso repertorio para estudiar el estado social del Río de la Plata, Tucumán y Perú, así como sus tipos y costumbres, a mediados del siglo XVIII. Hay edición de la Biblioteca de la Junta de Historia y Numismática Americana, Buenos Aires, 1908, con prólogo de Martiniano Leguizamón.

## MONTEVIDEO

El número de vecinos de esta ciudad y su ejido, aseguran llegan a mil. Los curas anteriores al actual no han formado padrones, enfermedad que casi cunde a todo el Tucumán. El año de 1770 nacieron en la ciudad y todo su ejido 170 y murieron 70, prueba de la sanidad del país y también de la poca fecundidad de las mujeres, si fijamos el número de un mil vecinos. Lo más cierto es que los casados no pasarán de trescientos, y que el crecido número que regulan se compone de muchos desertores de mar y tierra y algunos polizones, que a título de la abundancia de comestibles ponen pulperías con muy poco dinero para encubrir sus poltronerías y algunos contrabandos, que hoy día, por el sumo celo de los gobernadores actuales de Buenos Aires y Montevideo, no son muy frecuentes.

También se debe rebajar del referido número de vecinos muchos holgazanes criollos, a quienes con grandísima propiedad llaman *gauderios*, de quienes trataré brevemente. En esta ciudad y su dilatada campaña no hay más que un cura, cuyo beneficio le rinde al año 1500 pesos, tiene un ayudante y cinco sacerdotes avecinados, y no goza sínodo por el rey.

Hay un convento de San Francisco, con ocho sacerdotes, tres legos y tres donados, que se mantienen de una estanzuela con un rebaño de ovejas y un corto número de vacas, sin cuyo arbitrio no pudieran subsistir en un país tan abundante, en que se da gratuitamente a los ociosos pan, carne y pescado con abundancia, por lo que creo que los productos de la estancia no tendrán otro destino que el del templo y algunos extraordinarios que no se dan de limosna.

El principal renglón de que sacan dinero los hacendados es el de los cueros de toros, novillos y vacas que regularmente venden allí de seis a nueve reales, a proporción del tamaño. Por el número de cueros que se embarcan para España no se pueden inferir las grandes matanzas que se hacen en Montevideo y sus contornos y en las cercanías de Buenos Aires, porque se debe entrar en cuenta las grandes porciones que ocultamente salen para Portugal y la multitud que se gasta en el país. Todas las chozas se techan y guarnecen de cueros, y lo mismo los grandes corrales para encerrar el ganado. La porción de petacas en que se extraen las mercaderías y se conducen los equipajes son de cuero labrado y bruto. En las carretas que trajinan a Jujuy, Mendoza y Corrientes se gasta un número muy crecido, porque todos se pudren y se encogen tanto con los soles, que es preciso remudarlos a pocos días de servicio; y, en fin, usan de ellos para muchos menesteres, que fuera prolijo referir, y está regulado se pierde todos los años la carne de dos mil

bueyes y vacas, que sólo sirven para pasto de animales, aves e insectos, sin traer a la cuenta las porciones considerables que roban los indios pampas y otras naciones...

Además, en las grandes estancias de ganado mayor que hay de la parte occidental del Paraná, se crían muchos carneros del tamaño de los merinos de Castilla. Se vende cada uno a real y medio. La cuarta parte de un novillo o vaca se da por dos reales, y a veces por menos; doce perdices se dan por un real. Abunda tanto todo género de pescado, que van los criados a las orillas a pescarlo con tanta seguridad como si fueran a comprarlo a la plaza.

Es un espectáculo agradable ver las gaviotas y otros acuátiles lanzar en la tierra el pescado y la carne en el agua.

Esta increíble abundancia es perjudicialísima, porque se cría tanta multitud de ratones, que tienen las casas minadas y amenazando ruina, y en medio de ella se compran las gallinas a seis reales cada una, porque, aunque hay mucho trigo, y a precio ínfimo, no puede adelantarse la cría porque los ratones, fastidiados del pescado y carne, se comen los huevos y aniquilan los pollos, sacándolos de debajo de las alas de las gallinas, sin que ellas los puedan defender, por su magnitud y audacia y por esta razón se conducen las gallinas desde Buenos Aires y valen al referido precio. De esta propia abundancia, como dije arriba, resulta la multitud de holgazanes, a quien con tanta propiedad llaman *gauderios*.

CONCOLORCORVO.

DON FRANCISCO JAVIER DE ECHAGÜE Y ANDÍA,  
TENIENTE DE GOBERNADOR DE SANTA FE

1742

... Entre los muchos arbitrios de que se valió aquel señor excelentísimo, [Don Bruno Mauricio de Zavala] procurando la subyugación de los infieles, fué uno, la mudanza de don Martín de Barúa, forastero, y don Juan Lorenzo García Ugarte, vecino de Santa Fe, que había empleado de Tenientes de Gobernador en ella, siendo el último que la mandaba como tal, don Francisco de Ziburu, también vecino, por cuya grave enfermedad nombró su excelencia



a don Francisco Javier de Echagüe y Andía, noble hijo de la ciudad de Santa Fe, que con sus gloriosos trofeos esmaltó los timbres de dos nobilísimas casas de Navarra y Viscaya, de donde descendía y traen su origen ambos apellidos.

Hallábase Santa Fe en la consternación que se había referido, sin excedernos en nada y antes sí omitiendo muchas más noticias que se estamparon en los libros capitulares, y hallábase también Córdoba y toda su dilatada jurisdicción en casi iguales conflictos, porque, compartidas las tres naciones, de *Abipones*, *Mocovíes* y *Aquilotes*, la hostilizaban de tal suerte en aquellos últimos años, que se llegaron a internar hasta la sierra, dejando assoladas todas las poblaciones de los ríos Primero, Segundo y Tercero...

En este infausto y melancólico tiempo, en que ambas jurisdicciones se veían destruidas y despobladas, Córdoba sobresaltada, y Santa Fe zozobrada entre las turbulentas olas de tantas desdichas y miserias y tan cruel dilatada persecución, con atroces muertes de sus más floridos hijos, entró a mandar don Francisco Javier de Echagüe, quien, bien instruido de todos los parajes, montes y guaridas de los enemigos, no sólo defendió de ellos la ciudad, sino que los buscaba en sus mismas situaciones y tolderías, en donde los asaltaba al romper el día, o con la claridad de la luna, cuando la había; sin que a sus militares ardidés y precauciones hubieran podido superar las máximas y sutilezas que tienen los infieles, logrando, en fructuoso trofeo de sus fatigas, matar a muchos de sus enemigos, y sacar de su tiránico cautiverio algunos cristianos. Trabajó aquel valeroso y esforzado Campeón, con tal infatigable desvelo, que muchas veces parecía insensible a los trabajos e incomodidades, negándose, las más de las noches, el preciso descanso, no sólo por celar la seguridad y defensa de aquella desdichada ciudad, sino también para evitar las ofensas de la Majestad Divina, que son las causas de muchos desastres, y por lo mismo procuró desarraigarlas desde los principios de su gobierno, cuya felicidad en todas sus empresas encomendaba a la interposición del glorioso apóstol de la India, señor Francisco Javier, rindiendo al todopoderoso Dios, como a Señor de los ejércitos, solemnes gracias de todas sus victorias.

De esta suerte, habiendo ocupado en este incansable tesón, cinco años de su gobierno, viendo que ya sus enemigos no se atrevían a invadir la ciudad con la osadía que antes, trató de pacificarlos. Había en una noche asaltado cinco tolderías, y a más de la gran mortandad que hizo con sus siempre constantes santafecinos, con quienes únicamente se arrojaba a los mayores riesgos, logró llevar prisioneros algunos indios cautivos, que mantuvo en su casa, dándoles buen tratamiento, vistiéndolos y regalándolos con aquellas bujerías que estiman, como son; abalorios, espejitos y otras cosas de esta

naturaleza. Granjéales de esta suerte la voluntad y distinguiéndola más aventajada en uno de ellos, lo cargó de regalos para los caciques, y, dándole un caballo, lo despachó de mensajero, a proponerles las paces y su reducción en pueblos, donde serían asistidos de todo lo necesario. Logró los felices efectos que deseaba, porque, a poco tiempo, volvió aquel mismo indio, trayendo consigo tres principales caciques, con más de seiscientos indios, cuyos ánimos había conquistado con la evidencia de su trato, asegurando a los santafecinos la pacífica venida de aquel gentío con una bandera blanca, que a este fin le había dado don Javier de Echagüe, el cual, figurando más fuerzas de las que había, con hacer poner a caballo cuanta gente pudo, se encaminó a encontrarlos a distancia de una legua de la ciudad, donde paró con su más aparentado que verdadero ejército, en cuyo frente se puso el de los indios a tiro de fusil, formados ambos a modo de batalla. Llamó don Javier por medio del lenguaraz a los caciques, los que se resistieron, medrosos, a separarse de los suyos y pasar al campo español, porque en ellos es nativa la veleidad, la inconstancia y la traición, y la recelaron de aquél que nada más deseaba que atraerlos a sí. Viendo, pues, don Javier el recelo que los detenía, se arrojó a un evidente riesgo de su vida, porque, separándose de los suyos, con sólo el lenguaraz y su ayudante, se encaminó a ellos, y, llegado al frente de su ejército, se apeó del caballo, y sentado con los caciques sobre un *quiyapí*, empezó a tratar los conciertos y tratados de paz, repugnándoles los que no eran convenientes a Santa Fe y aceptando los que le eran conducentes, con tal desembarazo y ánimo, que se levantó uno de los caciques y le puso las manos sobre el corazón, a ver si con alguna violenta palpitación, indicaba sobresalto o miedo en aquel magnánimo pecho, que, sin temor a sus enemigos, ni horror de la muerte, se mantenía tan sereno como si tratase con los suyos, cuyo conocimiento abatió el orgullo de aquellos bárbaros y les hizo abrazar cuantas condiciones les propuso.



Soldados criollos contra los indios. (Según Florian Paucke).

Pactadas ya enteramente las paces, *el año mil setecientos cuarenta y dos*, que no se tiene presente el día, envió la noticia de tan feliz novedad a la ciudad de Santa Fe —que con devotas plegarias que se hacían en todas las iglesias, encomendaba al Dios de los ejércitos la felicidad de tan importante empresa—, previniendo se le esperase en la iglesia... donde se veneraba al Glorioso Apóstol de la India San Francisco Javier, patrón jurado de las armas de Santa Fe desde la feliz victoria conseguida en cuatro de marzo de mil setecientos diez y ocho. El singular júbilo y alegría con que aquella ciudad recibió tan plausible nueva, viendo ya romper la aurora del descanso de sus incesantes melancólicas fatigas, más son para omitirlas que para referirlas, porque no es posible explicarlas. Dispuso, pues, aquel victorioso jefe y ventajoso hijo de la ciudad de Santa Fe, que le acompañasen los tres caciques y algunos indios, sus más allegados, dejando a los demás a corta distancia, donde inmediatamente se les proveyó de carne y demás necesario: lleno de los mayores aplausos, llegó devoto a la Iglesia, donde el venerable clero y sagradas religiones le esperaban con continuos repiques de todas las

campanas, a rendir las más sumisas gracias al todopoderoso Dios y soberano Señor de los ejércitos, y al glorioso Apóstol de la India, intercesor de sus misericordias.

Hecha esta cristiana diligencia, los llevó a su casa, acompañados de todo el pueblo, sentólos a su mesa, vistiólos e hizo con ellos cuantas demostraciones de cariño le fueron posibles, a fin de atraer sus voluntades y las de todos los indios que los acompañaban, manteniendo siempre la ciudad en precausiva defensa.

Retirados éstos, trajeron otros caciques, que experimentando la misma acogida y benevolencia, fueron poco a poco desviándose del recelo de alguna traición que se les preparase, y, convencidos ya del verdadero amor con que les trataba, determinaron sujetarse a vivir en el pueblo que les prometía hacer; pero no logró ver éste complemento de sus fatigas, porque, habiendo asaltádole la peste, que arruinó mucha parte de aquel corto vecindario en principio del año de *mil setecientos cuarenta y tres*, falleció de ella, cubriendo de luto a toda la ciudad, con el muy justo sentimiento de su pérdida, que lloraron aun los infieles, formando lúgubres lamentaciones, con que acompañaron también su cadáver, sin separarse de él hasta que fué sepultado.

*(De una presentación de diputados santafecinas al Rey. MANUEL M. CERVERA, Actas del Cabildo Colonial).*

## SANTA FE

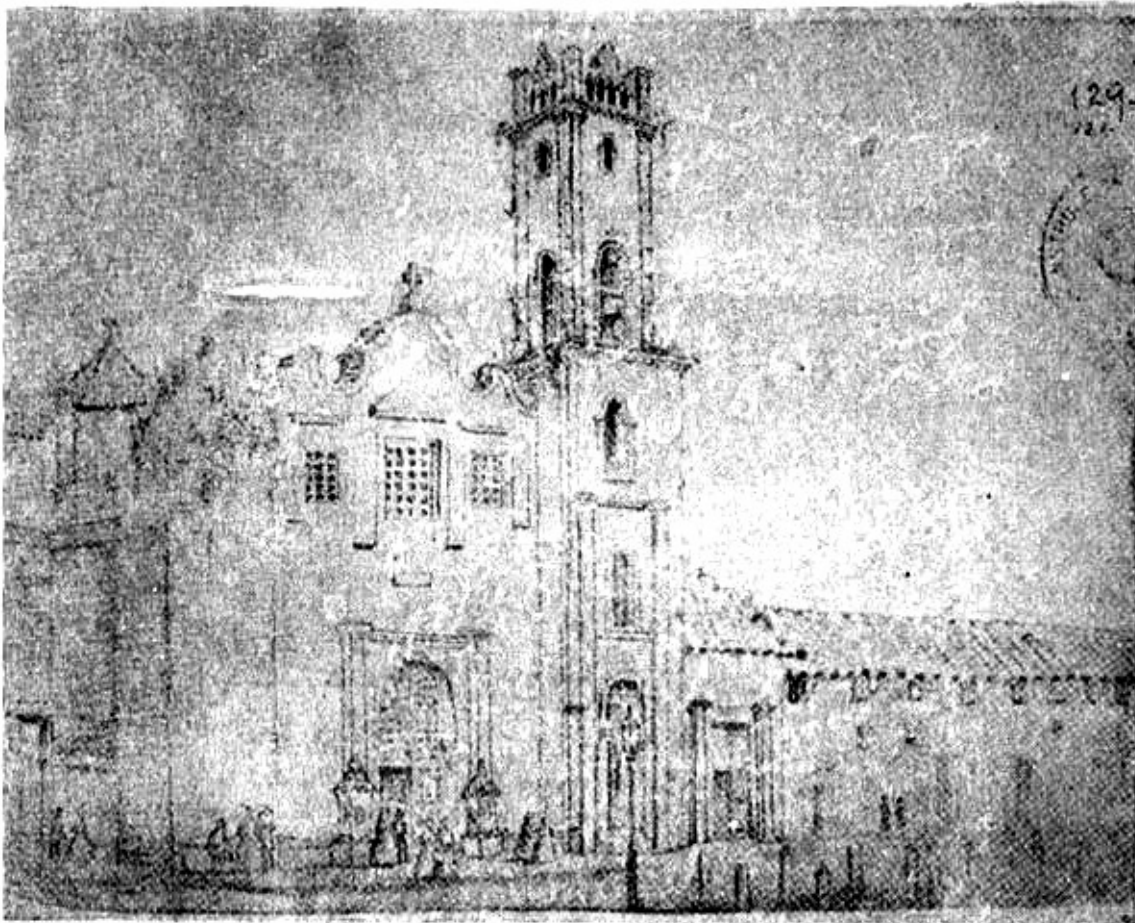
(DIARIO DE AZARA)

1783

El ramo de sisas produce a S. M. dieciocho mil pesos, y los años pasados llegaba a veinticinco mil. Cada tercio de yerba del Paraguay que pesa de 7 a 8 arrobas paga dos reales a su entrada en esta plaza, 19  $\frac{1}{4}$  si ha de salir para Chile, adonde es conducida en carretas por Santiago, etc., y se regula que en esta forma salen de aquí diez mil tercios de yerba anuales, la cual, cuando llega a su destino de Chile ha pagado, en diferentes aduanas, 14 reales por arroba. Para recaudar los derechos reales hay aquí un oficial real.

Llevan de aquí a Buenos Aires muchas y buenas batatas de diferente especie que las de Málaga, no tan delicadas, muchos limones y doscientas mil naranjas dulces, cuyo precio es aquí a seis reales el ciento y en Buenos Aires un medio por cada dos. Los naranjos son disformes y algunos dan cinco mil y más naranjas.

Hace unos tres años que se quitó a este pueblo el privilegio de ser puerto preciso para todos los barcos del Paraguay que traían la yerba del consumo de Buenos Aires y Chile, miel de caña, maderas, azúcar, algodón y tinajas de barro. Aquí se descargaba todo y se conducía en carretas a sus destinos. Aquí permutaban los paraguayos dichos géneros por los que necesitaban, y jamás por plata, que no corría en su país. Así esta ciudad era árbitra del comercio de río arriba, y de la conducción a otras partes. Los paraguayos se veían precisados a tomar la ley de los comerciantes de este pueblo, que los tiranizaban. Esto dió motivo a acudir por ambas partes a la superioridad, quien ha mandado, tres años ha, que los paraguayos tengan libertad para descargar en Santa Fe o en Buenos Aires, según les acomode. El comercio de Buenos Aires también protegió a los paraguayos. De esto resultará, y ya se empieza a conocer bastante, que esta ciudad y su comercio vayan en decadencia.



Iglesia y colegio de la Compañía de Jesús en Santa Fe, tal como fué hasta la segunda mitad del siglo XIX, desde su construcción a fines del XVII. Dibujo de mediados del siglo pasado. (Litografía existente en el Museo Histórico Nacional).

Además del comercio viven estas gentes de la cría de ganados, principalmente mulas para el Perú. Sus estancias las tienen a la otra banda del Paraná, y también se llevan mulas y caballos al Paraguay.

El vestido y lenguaje es el de Buenos Aires, bien que las mujeres gastan menos ropa. Sus camisas son bordadas por el pecho y hombros, de azul en la gente ordinaria, y las ricas usan cribos y bordaduras exquisitos de hilo que trabajan con primor: lo mismo hacen en sábanas, almohadas, toallas, calzoncillos y enaguas, y de todo esto llevan bastante a Buenos Aires. Tienen las mujeres fama de amables y hermosas y de taparse la boca cuando se ríen, aun cuando tengan buenos los dientes.

FÉLIX DE AZARA.<sup>[5]</sup>

(*Viajes inéditos* de D. FÉLIX DE AZARA. Buenos Aires, 1873).



Félix de Azara.

### 3

## LA VIDA EN EL CAMPO LOS INDIOS

### RELATO DE UN CAUTIVO

1600?

... El muchacho arriba dicho, ya hombre de 22 años, poco más, me dijo lo que referiré, al cual hallé quince leguas de Santiago del Estero, cuando yo iba a Córdoba, y le llevé conmigo, dándole de comer y caballo hasta aquella ciudad. El pobre muchacho cautivo servía a su amo de traerle leña, agua, trabajar en la chacra y en lo que le mandaba. De esta suerte sirvió más de catorce años, o poco menos. Viendo el daño que los *Chiriguanás* (nombraba la nación, que no me acuerdo, por eso los nombro *Chiriguanás*) hacían, un día que todos los más de los *Charrucas* estaban muy tristes porque los otros indios les habían llevado las comidas, dijo que si le daban licencia, él vendría a Buenos Aires y pediría favor a los españoles, los cuales lo darían luego y con ellos se podían vengar y destruir a sus enemigos; sobre esto hubo entre los *Charrúas* muchos dares y tomares, y los más eran de parecer no le diesen licencia; finalmente se la dieron y él les dió su palabra de volver a su amo pasado el invierno, porque estaba desnudo y había de buscar con qué vestirse. Salió a Buenos Aires; trató con el capitán y Cabildo a lo que venía; prometiéronle al tiempo, favor, y con esto despachó a dos indios que con él vinieron, tornando a dar su palabra que con los españoles o sin ellos, teniendo salud, no dejaría de volver. En Buenos Aires no halló cómo vestirse; venía a Santiago del Estero a buscar limosna para su vestido, y, encontrándole yo, le persuadí se volviese conmigo, pues sabía el camino, que yo le ayudaría de mi pobreza y le haría la costa; hízolo así y vino conmigo hasta Córdoba, y es



cierto que le persuadía yo, si no había jurado (decía que no), que se quedase por acá, y siempre me dijo no dejaría de volver, o con los españoles o sin ellos, porque entre aquellos indios es gran falta faltar la palabra, y más porque a los de Buenos Aires les convenía tener amistad con los *Charrucas*, y desde Córdoba, en la primera ocasión, se volvió; lo que ha sucedido no lo sé, y preguntándole de cosas particulares de aquellos indios, me decía que los viejos, de cuando en cuando, juntaban los mozos y les avisaban no hiciesen agravio ni mal a nadie, no fuesen holgazanes y viviesen de su trabajo.

FRAY REGINALDO DE LIZÁRRAGA.<sup>[6]</sup>

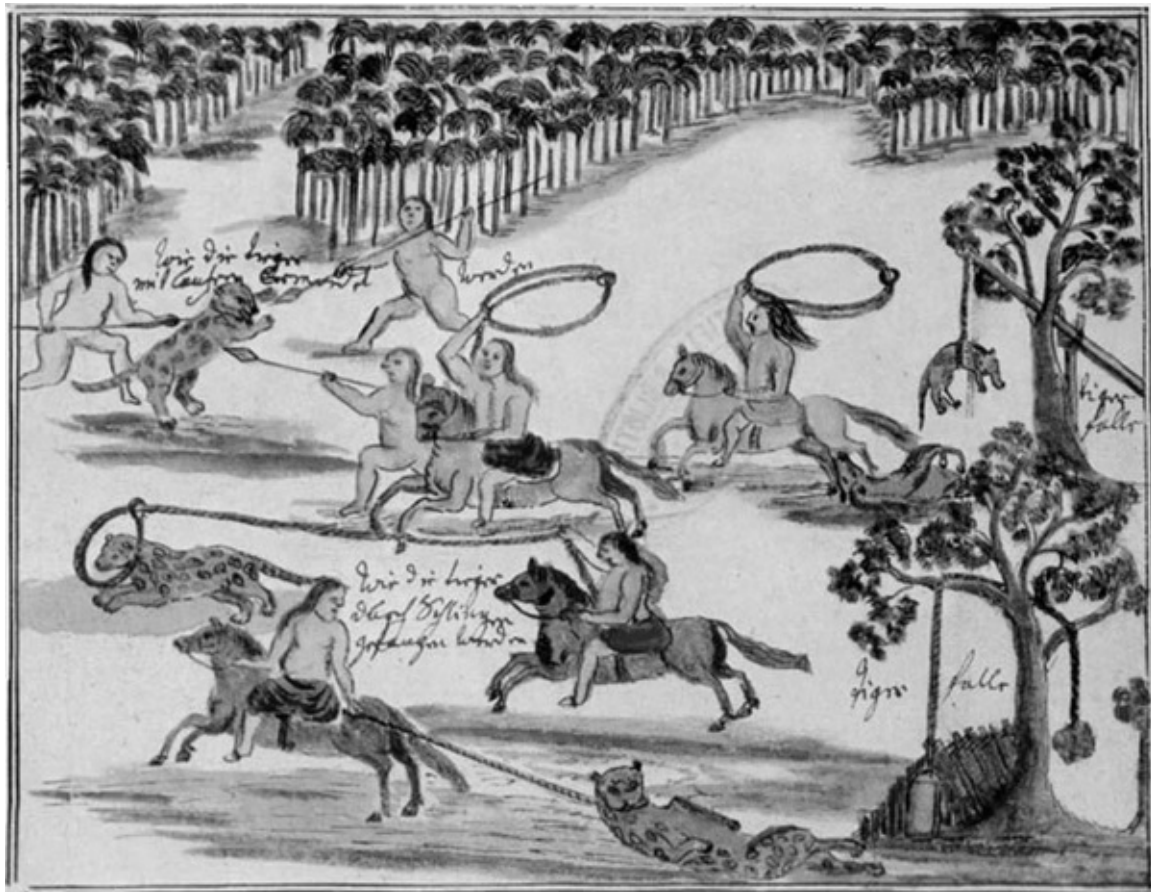
## LOS CHARRÚAS

1729

La nación más numerosa entre todas éstas es la de los *Charrúas*, gente bárbara que viven como bestias, siempre en el campo y en los bosques, sin cama ni techo. Van vestidos a la ligera y siempre a caballo, con arcos, flechas, mazas o lanzas y es increíble la destreza y prontitud con que manejan sus caballos. Esta habilidad es común a casi todas estas naciones; de modo que, aunque los españoles sean grandes jinetes, superiores a cualquiera otra nación de Europa, sin embargo, es rarísimo el caso de que puedan alcanzar en la carrera ni acometer con la lanza a un indio. Cierta día que volvimos a pasar a la derecha del río, nos vinieron al encuentro en la playa, no sé cuántos *Guandas*, que es otra nación numerosísima que habita el gran país situado entre el Uruguay y el mar, hasta nuestras Misiones.

Estaban todos a caballo, hombres y muchachos, entre los cuales observé un chiquillo que estaba acostado sobre su caballo como en una cama, con la cabeza en el cuello y los pies cruzados sobre la grupa, postura en que estaba mirándonos atónito a nosotros y a nuestros indios. No vestía más traje que un andrajo, que a manera de tahalí le venía desde el hombro derecho hasta debajo del brazo izquierdo, en cuyos pliegues guardaba sus provisiones como en una bolsa. Después de haber estado un rato mirándonos de ese modo, se enderezó de improvisó en su caballo y tomando la carrera desapareció. Pero lo más maravilloso de aquella ligereza en correr, era que no tenía silla, ni

estribos, ni espuelas, ni siquiera una varilla con qué estimular el caballo, sino que iba desnudo sobre un animal completamente desnudo también. Discurrid ahora cómo andarán los hombres, que son más ejercitados.



Distintos modos de cazar los tigres: a lanza; con lazos; trampas, etc. (Según Florian Paucke).

Volviendo a los *Charrúas*, son gente verdaderamente bárbara, y como se exponen casi desnudos a la lluvia y al sol, toman un color tostado; sus cabelleras, de no peinarlas jamás, son tan desgreñadas que parecen furias. Los principales llevan engastados en la barba algunos vidrios, piedras o pedazos de lata, y otros apenas tienen un dedo o dos en la mano, porque acostumbran cortarse una articulación en señal de duelo por cada pariente que muere: costumbre bárbara que comienza a desaparecer. Las mujeres son las que trabajan en las necesidades de la familia y particularmente en las continuas mudanzas de sus barracas de un sitio a otro, con las cuales van cargadas, además de llevar uno o dos niños cargados a la espalda, y marchan siempre a pie, mientras que sus maridos lo hacen a caballo, sin más peso que el de sus armas. No plantan, ni siembran, ni cultivan los campos de ningún modo, contentándose con los animales que encuentran en abundancia por todas

partes y forman el único alimento que apetecen. Gustan, sin embargo, lo mismo que los *Pampas* circunvecinos de Buenos Aires, más de los potros que de las vacas. No tienen habitación fija, sino que andan siempre vagamundos, hoy aquí y mañana allí, y lo mismo hacen los *Ganoas* en la otra banda. Esto ha sido siempre un impedimento grandísimo para su conversión, porque, no estando estables en ninguna parte, es imposible instruirlos ni administrarles los sacramentos, si hoy han de estar en un lugar y mañana en otro. Muchísimo y por largo tiempo han trabajado los padres por convertirlos, pero hasta ahora ha sido imposible.

CAYETANO CATTANEO, S. J.<sup>[7]</sup>

## LA VIRUELA EN UN VIAJE POR EL URUGUAY

SIGLO XVIII

... A pesar de todas las diligencias que usamos, el 20 de agosto se declaró finalmente con la caída casi simultánea de catorce en una sola balsa y otros acá y allá, en otras balsas, señal bastante clara de que, o por el aliento o por la comunicación de las ropas, el fuego serpenteaba ya ocultamente y no acabaría sin prorrumpir en un incendio universal. Podéis figuraros en que angustias nos encontramos, viéndonos a medio camino, a trescientas millas de Buenos Aires y casi a otras tantas de nuestras Misiones; no teniendo a quién recurrir, ni menos esperar nada de los infieles, cuyos países nos rodeaban por uno y otro lado —porque no hay cosa que teman más que esta peste, de tal manera que cuando aparece uno de ellos con viruelas, lo abandonan todos dejándolo en tierra con una vasija grande de agua y un cuarto de buey, al lado. Pasados tres o cuatro días vuelve uno girando alrededor a caballo, siempre de lejos, y mirando si el enfermo está vivo o muerto. Si muerto, se va en seguida, pero si está vivo le renueva la provisión y así hasta que muera o sane. De modo que cuando supieron que la peste se había encendido entre nosotros se internaron en el país y no se mostraron más. Permanecimos así en un desierto, sin haber persona viviente a quién recurrir. Comprendíamos perfectamente que el mejor camino era caminar cuanto se pudiera para acercarnos siempre más a *Yapeyú*,

que es la primera reducción de nuestras Misiones y recibir más fácilmente de allí socorros de provisiones...

Entonces fué cuando se declaró la peste más fieramente, pues, de improviso, a excepción de una, se encontraron infestadas todas las balsas y caían con tanta furia las personas que en pocos días nos encontramos con sesenta enfermos y otros amagados y no pasó mucho sin que cayeran ciento catorce: por lo cual, viéndonos totalmente imposibilitados de seguir viaje, enviamos apresuradamente un individuo por tierra a la reducción del *Yapeyú*, con aviso a los padres de nuestro infeliz estado, rogándoles, por amor de Dios, nos enviasen provisiones de que ya nos encontrábamos en suma escasez, a fin de que no murieran de hambre los que se salvaban de la peste. Toda la galleta, pan y otras provisiones que yo tenía en mi balsa para mí, lo distribuí a los indios, no pudiendo sufrir el verlos padecer de hambre; ni me daba pena la escasez cuando podía socorrer, con lo poco que tenía, su necesidad mucho mayor. Ni era menos la solicitud por los enfermos para los cuales construyó cada balsa, una o dos más casas de paja en el campo, para que estuviesen defendidos del aire y separados de los sanos. Como el Padre Giménez estaba con la otra tropa, a sólo tres millas del riachuelo, vino por tierra a confesar todos nuestros enfermos, después de lo cual, no teniendo necesidad de él, los asistimos nosotros en todo lo que pudieron precisar. Hasta ahora no había yo administrado el viático ni la Extrema Unción; pero la primera vez que lo hice, os aseguro que tuve la ocasión de adiestrarme. Una mañana, después de la santa misa que decíamos todos los días en el altar portátil, administré trece viáticos y otras tantas Extremas-Unciones. Ya no podía más por el gran trabajo que me costaba estar tanto tiempo encorvado hasta el suelo, donde yacían los enfermos, pasar por medio de ellos que estaban amontonados en aquellas cabañas y moverlos para ponerles el óleo santo sin hacerles daño —además del hedor que echaban y el horror que ocasiona el mirarlos porque no creo que se encuentre enfermedad más asquerosa. Del aspecto que presenta allá un niño bien cargado de viruelas, podéis conjeturar qué serán los indios, con tan malos humores, provenientes de la cantidad de carne casi cruda que comen, de los cuales se descarga la naturaleza en esta ocasión. Estaban, en efecto, tan contrahechos, que horrorizaba verlos, pues, a causa de la gran comezón que la enfermedad produce, se desfiguraban toda la cara, convirtiéndola en una llaga, de tal modo que no se les distinguía fisonomía humana. Un día, mientras sacaban un muerto de su cabaña para sepultarlo, al tomarlo por las piernas, empezó a

salírsele la piel, que estaba separada de la carne, como si fuesen medias sueltas: lo que da a entender mejor la malignidad de esta enfermedad.

---

Causaba grandísima edificación ver con qué premura pedían y con qué devoción recibían los sacramentos; así como la paciencia con que toleraban tan molesta enfermedad sin la menor queja y desfogándose sólo con invocar los santísimos nombres de Jesús y María. Un día, mientras administraba yo la Extrema Unción a uno que estaba en la agonía, otro que se encontraba al lado, envuelto en sus andrajos y con la cara cubierta a su modo, me llamó y como hablaba un poco español, le entendí mejor. Me rogó que le diese a besar el crucifijo para ganar la indulgencia plenaria *in articulo mortis*, complaciéndolo en el acto, agregando algunos sentimientos espirituales propios del estado en que se encontraba. Cuando el buen hombre comenzó a darme mil gracias, me prometió entre otras cosas acordarse de mí en el Paraíso, con otras expresiones semejantes que me enternecieron tan excesivamente, que no podía articular una sola sílaba. Murió el buen indio santamente y espero que en el Paraíso no me faltará a su palabra.

CAYETANO CATTANEO, S. J.

## INDIOS Y CRISTIANOS MONTARACES

1729

Sucede muy frecuentemente que, en treinta y tantas numerosísimas reducciones de cristianos, fundadas en estas Misiones del Uruguay y Paraná, se encuentran algunos disolutos o desarreglados, que, viendo por una parte que si no viven con la piedad y edificación de los otros, son acusados y castigados, y, no queriendo por otra parte volver al buen camino, huyen y se refugian entre los infieles para vivir a su capricho. Lo mismo se ha de decir de algunos españoles, que, o por sustraerse a la justicia, o por vivir con todo género de libertad, se refugian entre ellos, como se refugian en Italia los bandidos entre los asesinos, y figuraos qué idea harán concebir a los infieles, de la Religión Cristiana. Un día, dando vuelta la punta de un bosque, después del cual se abría un buen trecho de playa rasa, la encontramos cubierta casi

toda de indios a caballo, armados de arco y lanza, y dispuestos en forma de media luna, que nos esperaban en aquel paso para darnos carne y recibir de nosotros algunas cosas. Todos sus jefes tenían nombres de cristianos. El cacique principal se llamaba *don Simón*, y por cierto que era una caricatura bien ridícula. Llevaba una especie de manto de la figura de una capa pluvial, compuesto y remendado con varias piezas entre las que se veían algunas pieles viejas pintadas como cueros que habrá encontrado en alguna ciudad española, en casa de algún ropavejero. Llevaba en la mano un pequeño bastón negro con puño de latón, redondo, encima, y lo manejaba como un cetro, con la gravedad correspondiente a aquel manto y a su cabellera no menos desgredada que la de los otros. En cuanto a los demás jefes, uno se llamaba *Francisco* y hablaba español admirablemente; el otro tenía por nombre *Juan*. Uno de ellos era hijo de un excelente viejo, el mejor cristiano de la reducción de San Francisco de Borja. ¡Ved qué bien lo imitaba! *Don Simón*, por hacer una fineza a un padre que le regaló varias chucherías, le presentó un medio ternero, sobre el cual se sentaba en su caballo y le servía como de silla. En el decurso del viaje encontramos varias tropas de estos infieles, más o menos numerosas.

En cierta ocasión algunos padres más fervorosos hicieron la prueba de solicitarlos a convertirse, pero ellos oían todo con una indiferencia digna de indios, y a los más respondió alguno que tenía muchos parientes y no podía dejarlos. Otro, de nación distinta, diciéndole un padre que mirase bien, que si no se hacía cristiano iría al infierno, contestó: «*Y bien, si es así, me calentaré en la otra vida*». Con semejantes respuestas, se libraron bien pronto de que nadie quisiese predicarles. Por esto, sin detenernos mucho, pasamos adelante con la mayor celeridad que pudimos, por el temor muy probable, que habíamos concebido, que nos cogiese la peste, por otros tres o cuatro enfermos de viruelas que se habían descubierto, y que en el acto separamos de la gente, poniéndolos en una canoa suelta, para que nos siguiese de lejos.

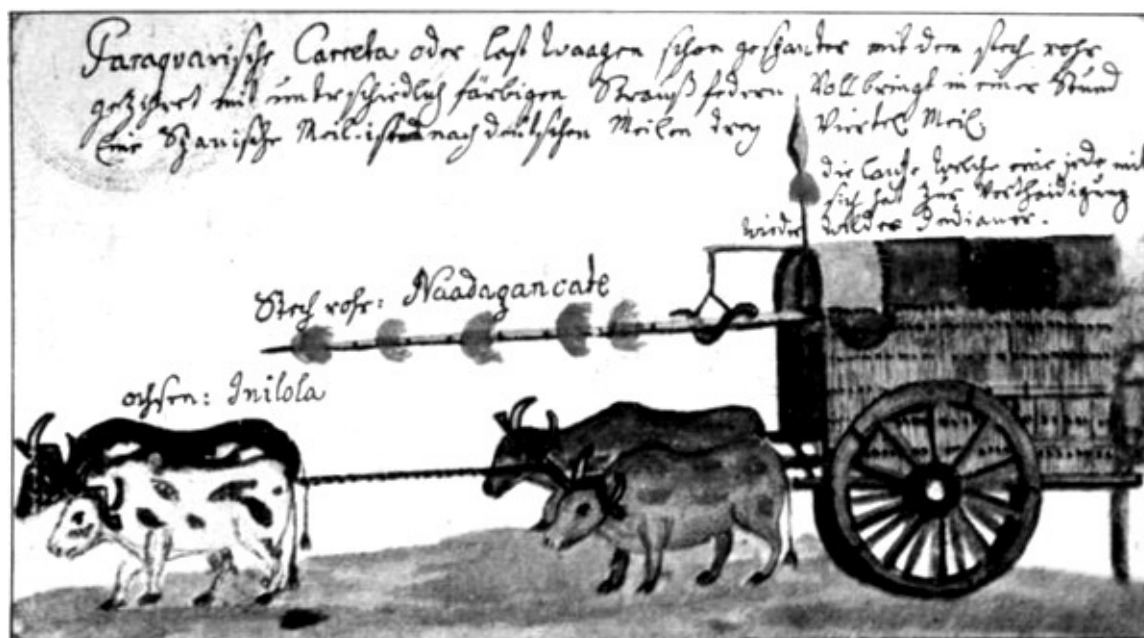
CAYETANO CATTANEO, S. J.

## VIAJE EN CARRETA

BUENOS AIRES - CÓRDOBA

... Los viajes ordinarios se hacen en carretas, como lo hicimos nosotros. La carreta es una especie de carro que en parte conviene con nuestro *biroccio*, en parte con los carretones romanos y en parte ni con unos ni con otros. Encima hay un tablado bien hecho con tablas gruesas, ancho y largo que pueda servir cómodamente de cama para una persona, y tenga espacio para el asiento de tres por cada lado. Bajo el lecho se ponen las provisiones, los cofres, los líos, y los paquetes se ponen fuera y sirven para sentarse encima. El todo está cubierto por cuatro muros de paja, con bóveda igualmente de paja, forrada exteriormente con cuero de buey y de tal altura que yo podía cómodamente estar derecho. La carreta tiene la puerta o entrada detrás y se entra con una escalera que se alza cuando se camina. Toda esta máquina está puesta y equilibrada sobre dos grandes ruedas mayores que las de los carretones romanos y es tirada siempre por cuatro bueyes.

Cuarenta y cinco fueron las carretas que nos condujeron a Córdoba, llevando cincuenta y ocho jesuítas, pues en una pueden dormir cómodamente dos personas si sobre el lugar en que se colocan los baúles de las provisiones se pone otro colchón.



Carreta de bueyes. En la parte superior se advierte la picana adornada con plumas de avestruz de distintos colores. (Según Florian Paucke).

Toda carreta tiene su carretero que la guía siempre sentado donde viene a estar el cochero en nuestras carrozas, dejándole un lugar como de dos palmos

dentro del cóncavo de la carreta en una especie de nicho cerrado detrás de él por un muro de paja, que lo separa del padre, que va dentro. Tiene el carretero en la mano dos púas, una enastada en una caña bastante larga, con la que dirige los bueyes que van adelante y la otra más corta para los dos que están al pértigo. El orden de la marcha es regularísimo. Dividíanse las cuarenta y cinco carretas en tres escuadras. Cada una de éstas venía separada de la otra una media milla. Precedía a todas un hombre a caballo que enseñaba el camino a la primera carreta, después seguían, una tras otra, presentando un lindísimo espectáculo. Detrás de cada escuadra venía una gran tropa de bueyes y caballos, los primeros para dar la muda a las carretas y la mantención durante el camino; los otros para la gente de servicio que nos acompañaba y que a caballo cuidaba los bueyes sueltos que no se apartasen de las carretas. Tres horas después de medianoche comenzaban los carreteros a echar el lazo a los bueyes, que les estaban señalados para ponerlos bajo el yugo. Una hora después empezaba la procesión. Al primer movimiento de la carreta saltaba yo fuera de la cama, no pudiendo sufrir aquella postura el trastorno de todo el cuerpo.





Escenas vinculadas al cultivo del trigo [en las Misiones]: acarreo del cereal; trilla; limpieza; embolsado. En la parte inferior se ve la rastreada y la arada empleadas por los mocovíes. (Según Florian Paucke).

Cuatro horas antes de mediodía nos deteníamos en el campo. Toda la tropa de carretas hacía un gran círculo, dejando entrada por una parte sola. Se soltaban los bueyes y se enviaban a pacer con los otros, haciéndose lo mismo con los caballos. En un sitio se encendía fuego, para la cocina de los padres, en otro para los carreteros, y en otro para la gente de servicio. En lugar cómodo para los tres círculos se alzaban dos grandes barracas: una servía para celebrar la misa y las otras dos para el refectorio común.

Una hora después de mediodía se encerraban los bueyes en el círculo y, echándoseles el lazo, se conducían al yugo. Se empleaba siempre más de una hora en esta función, porque los bueyes son muy furiosos y poco domados y es necesario mucho arte y mucha fuerza para subyugarlos. Embisten como osos, por lo que casi todos tienen los cuernos despuntados, y he visto más de una vez a los carreteros huir bajo las carretas a salvarse de sus asaltos. Pero al fin es preciso que vayan al yugo, porque si no basta el lazo que se les echa a los cuernos, se le echan otros a los pies y tirándoles en tierra los amarran al yugo y una vez atados, ya no hay peligro, porque el yugo es un buen pedazo

de madera, fuertemente unido a la viga que forma el timón, que puede resistir a cualquier esfuerzo que haga el buey, ya que los bueyes, como en Andalucía, no tiran al cuello, sino con los cuernos, que les atan estrechamente al yugo con una fuertísima cuerda de cuero. A la tarde, al ponerse el sol, nos deteníamos como por la mañana, y tres horas antes de medianoche, cada uno podía retirarse a dormir. Ésta es la regla ordinaria. Sólo un día caminamos toda la tarde y toda la noche siguiente hasta la madrugada para encontrar agua dulce para los animales que, montaban, entre bueyes y caballos, a quinientas cabezas, y hacía más de un día que no bebían, y sólo nos detuvimos media hora para almorzar un poco. Otra vez caminamos sólo después de comer, y fué el 20 de julio, porque la nieve caída en la noche no dejaba ver el camino...

CARLOS GERVASONI, S. J.

(*Carta del Padre Gervasoni al señor Angelino Gervasoni, su hermano. Revista de Buenos Aires, t. X.*).

CARLOS GERVASONI. — Jesuita italiano. Nació en Rimini en 1692. Vino al Río de la Plata en 1729. Fué profesor de la Universidad de Córdoba durante gran parte de su vida y falleció en Génova en 1772.

## CARRETEROS

1729

... Lo que me asombraba y confundía era ver cómo se lo pasan estos indios o mestizos (es decir hijos de españoles e indias) que casi todos son carreteros. Por lo general no saben lo que son medias ni zapatos, duermen siempre vestidos, o en tierra sobre un cuero, al sereno, o sentados en sus nichos. ¿Y la comida? Mataban por la tarde, sueltos los bueyes, uno o dos animales, lo que bastase por la tarde y el día siguiente, y todavía caliente lo desollaban. Tomaba cada uno la parte que le agradaba y, chorreando sangre, la ensartaban en un palo que clavaban en el suelo, de modo que la carne tocara la llama que estaba debajo, en el centro. Así volviéndola a un lado y otro, se la comían medio charruscada. Echaban en medio de las brasas la cabeza con pelo y cuernos, hasta que la piel reventase por el calor y entonces decían que estaba cocida. El mismo sistema observan siempre. Por esta razón, todos los indios

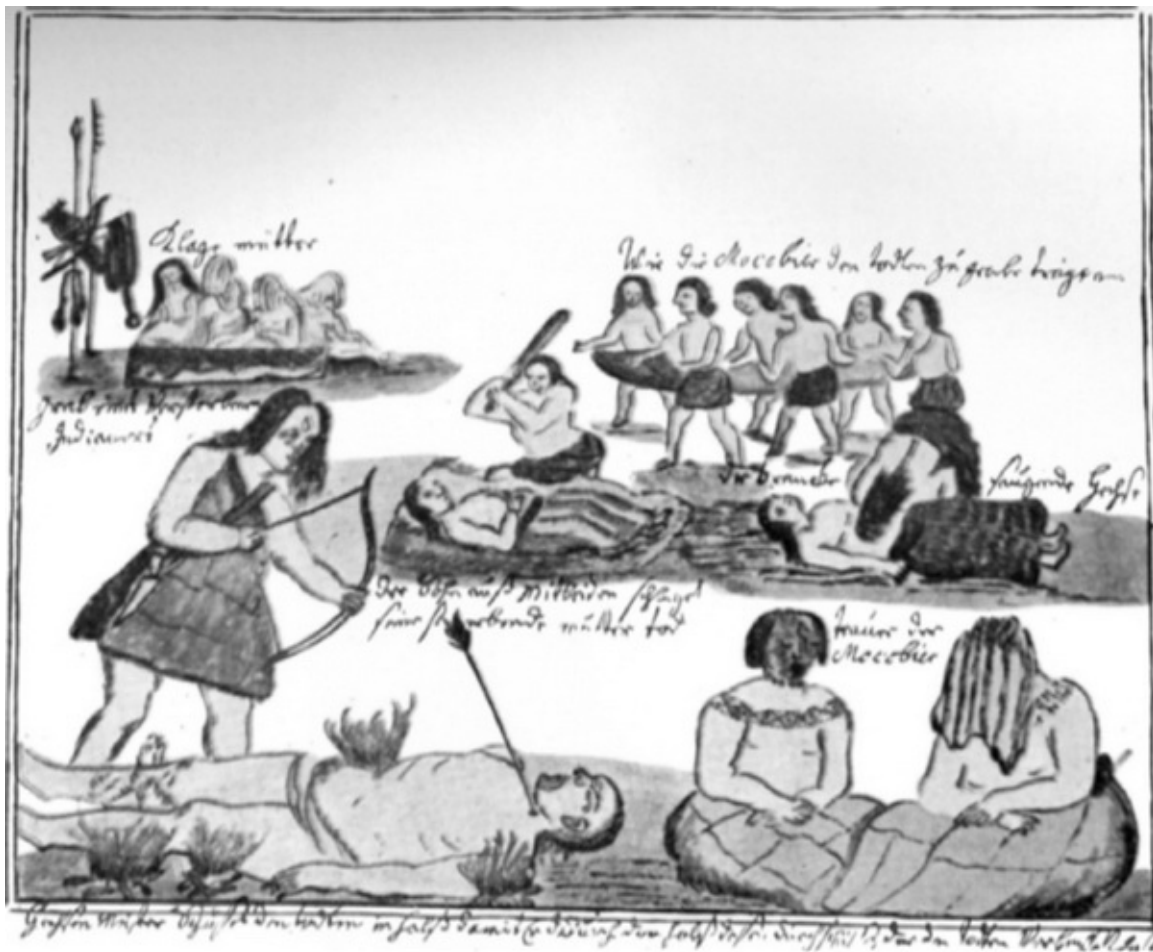
están dispensados por Roma de comer carne en cualquier día, por que no tienen ningún otro alimento. El mejor regalo que se les podía hacer era un pedazo de pan, que aumentaba la mesa y que tal vez no habían probado en muchos años. Su bebida habitual es agua pura, y por delicia echan dentro cierta yerba...

CARLOS GERVASONI, S. J.

## BRUJOS Y HECHICEROS ENTRE LOS PUELCHES

SIGLO XVIII

Los brujos de ellos, al son de sus cajas y de sus mates llenos de caracoles, dicen que ven en el mundo subterráneo, hombres, ganados, etc., con ventas de caña, aguardiente, cascabeles y muchas otras cosas más. Pero tengo fundados motivos de saber que no todos se prestan a creer en estas patrañas porque el cacique *Tehuelche Huentuya* me vino una mañana con el cuento que uno de sus hechiceros acababa de descubrir uno de estos lugares subterráneos y lo ubicaba precisamente abajo de donde ellos estaban; y al reirme yo, haciéndole ver su inocencia si se dejaba engañar con tales fábulas y desatinos, contestó con aire de desprecio: *Epucungeing'n*, son cuentos de vieja.



Sepultura de un indio y ceremonias fúnebres: mujeres plañideras; hechicera; conducción del muerto, etc. (Según Florian Paucke).

El espíritu malo se llama entre los *Moluches*, *hucuvoe*<sup>[8]</sup> esto es, el vago de afuera. Para los *Tehuelchets* y *Chechehets* es *Atskannkanatz* y para los demás *Puelches* *Valichú*.

De estos demonios reconocen que hay un sinnúmero que se andan por el mundo y a ellos les acumulan cuanto mal acontece en él, ya sea al hombre o a las bestias; y a tal extremo llegan con éstas sus creencias que para ellos son estos malhadados seres la causa del cansancio y del desfallecimiento que les sobreviene en sus largas jornadas o fatigas del trabajo. Según ellos, cada uno de sus hechiceros tiene dos de estos demonios continuamente a su lado que le suministran los medios de predecir lo que está por suceder, avisan lo que está aconteciendo en un momento dado, pero en otra parte, por distante que sea, y permiten curar a los enfermos, haciéndose ellos cargo de combatir, expulsar o ganarse a los otros demonios que son causa de su tormento. Creen también

que las almas de sus hechiceros, después que mueren, pasan a formar en el número de estos demonios.

El culto de los indios se dirige exclusivamente al ser maligno, excepción hecha de algunas ceremonias con que reverencian a los muertos. Tratándose del culto se reúnen en el toldo del hechicero quien se oculta en un rincón del mismo para que no lo vean los demás. En esta alcoba tiene él un pequeño tambor, uno o dos matecillos que contienen conchillas de mar, y algunas bolsitas de cuero, cuadradas, todas pintadas, en que guarda sus amuletos. Empieza la ceremonia con ruidos extraños de tambor y de las sonajas; en seguida se hace el accidentado, o finge luchar con el diablo que se ha apoderado de él; con los ojos hacia arriba se le desfigura toda la cara, echa espuma por la boca, se le encogen todas las coyunturas y después de las más violentas convulsiones queda tieso y yerto cual un epiléptico. Pasado cierto tiempo, vuelve en sí, como que ha vencido al demonio; en seguida y allá adentro de su tabernáculo finge que sale una voz débil, aguda, triste, como del espíritu maligno, quien por medio de esta voz lastimera, se supone confesar su derrota. En seguida, y desde una especie de trípode, pasa a contestar cuanto se le pregunta. Poco significa que las respuestas salgan ciertas o no, porque si resultan falsas la culpa la tendrá el diablo. En todas estas consultas se paga bien al hechicero.

El puesto de hechicero es bien peligroso, no obstante lo mucho que a veces lo respetan, porque suele acontecer que cuando muere algún cacique de los indios, matan también a algunos de los hechiceros y con más razón si han tenido cuestión con el finado poco antes de su muerte, porque en este caso los indios atribuyen la pérdida de su cacique al hechicero y sus demonios.

Cuando sobrevienen pestes o epidemias en que tantísimos sucumben, mal les suele ir a los hechiceros. Con motivo de la viruela que apareció después de la muerte de *Mayu Pilqui'ya* y su gente, y casi acabó con los *Chechehets*, *Cangapole* ordenó que diesen muerte a todos los hechiceros para ver si de este modo cesaba la peste.

Los hechiceros son de los dos sexos. Los hechiceros varones tienen que abandonar (por decirlo así) su sexo y vestirse de mujer y no se pueden casar aunque a las hechiceras o brujas se les permite esto. La separación para este oficio se hace en la niñez y siempre se da la preferencia a aquellos que en sus primeros años dan señales de un carácter afeminado. Desde muy temprana edad visten de mujer y se les entrega el tambor y las sonajas propias de la profesión que será la de ellos. Los epilépticos y los atacados del mal de San Vito son desde luego seleccionados para ese destino como designados por los

demonios mismos, porque los creen poseídos por ellos, y a ellos atribuyen las convulsiones y retortijones tan comunes en los paroxismos de la epilepsia.

TOMÁS FALKNER.<sup>[9]</sup>

## MATANZA DE GANADO

1750

... Pasamos mi compañero y yo a hacer tiempo a la estancia de don Antonio Rodríguez, distante del convento [de San Pedro] cuatro leguas, donde había capilla para decir misa y todas providencias para vivir con conveniencia y, sobre todo, concurría el grande afecto que siempre había merecido a los señores de la estancia, y en esta ocasión lo experimenté largamente. Detúveme en ella veinte días, y no faltaba aquella diversión que puede ofrecer el campo. Una de las mayores fué ver un día en una ensenada que hace el río, encerradas diez y ocho mil yeguas, y más de la mitad de ellas con sus crías. Habían recogido este ganado de todas las tierras de la estancia, que son siete leguas, a fin de matar algunos caballos enteros (que por acá llaman baguales), para que las yeguas con esta diligencia procreasen mulas, quedando con los borricos. Con efecto, mataron en dos días, más de doscientos hermosísimos caballos y vendieron cinco mil yeguas a dos reales y medio cada una. Tienen poca estimación por la multitud que hay. Vi también en diversos días matar dos mil toros y novillos, para quitarles el cuero, sebo y grasa, quedando la carne por los campos. El modo de matarlos es éste: montan seis o más hombres a caballo, y dispuestos en semicírculo, cogen por delante doscientos o más toros. En medio del semicírculo que forma la gente, se pone el vaquero que ha de matarlos; éste tiene en la mano un asta de cuatro varas de largo, en cuya punta está una media luna de acero de buen corte. Dispuestos todos en esta forma, dan a los caballos carrera abierta en alcance de aquel ganado. El vaquero va hiriendo con la media luna a la última res que queda en la tropa; mas no le hiere como quiera, sino que al tiempo que el toro va a sentar el pie en tierra, le toca con grandísima suavidad con la media luna en el corvejón del pie, por sobre el codillo, y luego que el animal se siente herido, cae en tierra, y sin que haya novedad en la carrera, pasa a herir a otro con la misma

destreza, y así los va pasando a todos, mientras el caballo aguanta; de modo que yo he visto, en sola una carrera (sin notar en el caballo detención alguna), matar un solo hombre ciento veinte y siete toros. Luego, más despacio, deshacen el camino y cada un peón queda a desollar el suyo, a los que le pertenecen, quitando y estaqueando los cueros, que es la carga que de este puerto llevan los navíos a España. Aprovechan, como se ha dicho, el sebo, la grasa y las lenguas y queda lo demás por la campaña...

FRAY PEDRO PARRAS<sup>[10]</sup>

## UNA TROPA DE MULAS

1751

En lugar inmediato a dicha estancia [de Ruiz Díaz, donde se juntan el río Tercero y Cuarto y componen el Carcarañá], nos detuvimos toda la siesta, en cuyo tiempo llegó una tropa de tres mil mulas, sacadas de las estancias de Buenos Aires, para el Perú. Eran todas de dos años y habían costado a dos pesos y medio cada una. Para conducir las, es necesario mucha peonada que las lleven o arreen en un medio círculo; porque, si por algún acontecimiento, dispara y se divide la tropa, se pierden todas o las más; porque como en estas vastísimas campañas hay muchos millares de yeguas y caballos cimarrones, alzados y sin dueño, una vez que se juntaron con estas manadas, ya no hay remedio para rodearlas y separarlas, porque es ganado que atropella a cuantos se presentan por delante, no obstante que, habiendo porción de gente, suelen algunos utilizarse con la industria del lazo.

A vista de nosotros, este día disparó y se desparramó la dicha tropa de tres mil mulas y salió dividida en más de veinte partes; pero tuvieron los conductores la fortuna de que eran las diez del día, y, ocupándose hasta ponerse el sol, pudieron reunir las en una manada como antes iban. Este es el mayor peligro que tienen los mercaderes, de los cuales muchos se pierden en un instante. Es necesario que el cuidado de los peones sea excesivo, porque es ganado que de nada se espanta; y no se necesita menor cuidado de noche, no obstante que lo encierran con corral de cuerda. Esta conducción de tropas tan numerosas, causa mucha admiración cuando se refiere en España y otras

partes, donde fuera imposible ejecutar lo mismo. Con efecto, refiriendo en conversación a uno, estas cosas, dijo que sólo hallaba dificultad en los pesebres que necesitaban en las posadas, como si éstas las hubiesen ni fuesen necesarias para este fin; pues nacidas estas mulas en campaña y criadas en ella, no tienen jamás otro modo de mantenerse que con el continuo pasto que ofrecen los campos...

FRAY PEDRO PARRAS.

## EPISODIO DE VIAJE

(DE CÓRDOBA A BUENOS AIRES)

1751

... El día 18 por la mañana, salimos algo tarde y paramos en un bosque sobre el mismo río en paraje bien peligroso de indios infieles. Aquí sucedió un bellissimo chiste. Venía en nuestra comitiva el custodio de la provincia, que cada instante se separaba de la tropa y quedaba atrás, otras veces se adelantaba, particularmente donde él tenía noticia que había algún rancho, aunque estuviese muy desviado del camino, no dejaba de reconocerlo, por lo que pasaban seis y siete horas sin que lo viésemos, y hubo noche que por no hallarnos estuvo solo por el campo y, sobre el gravísimo peligro a que se exponía, seguía el inconveniente de que para alcanzarnos maltrataba los caballos.

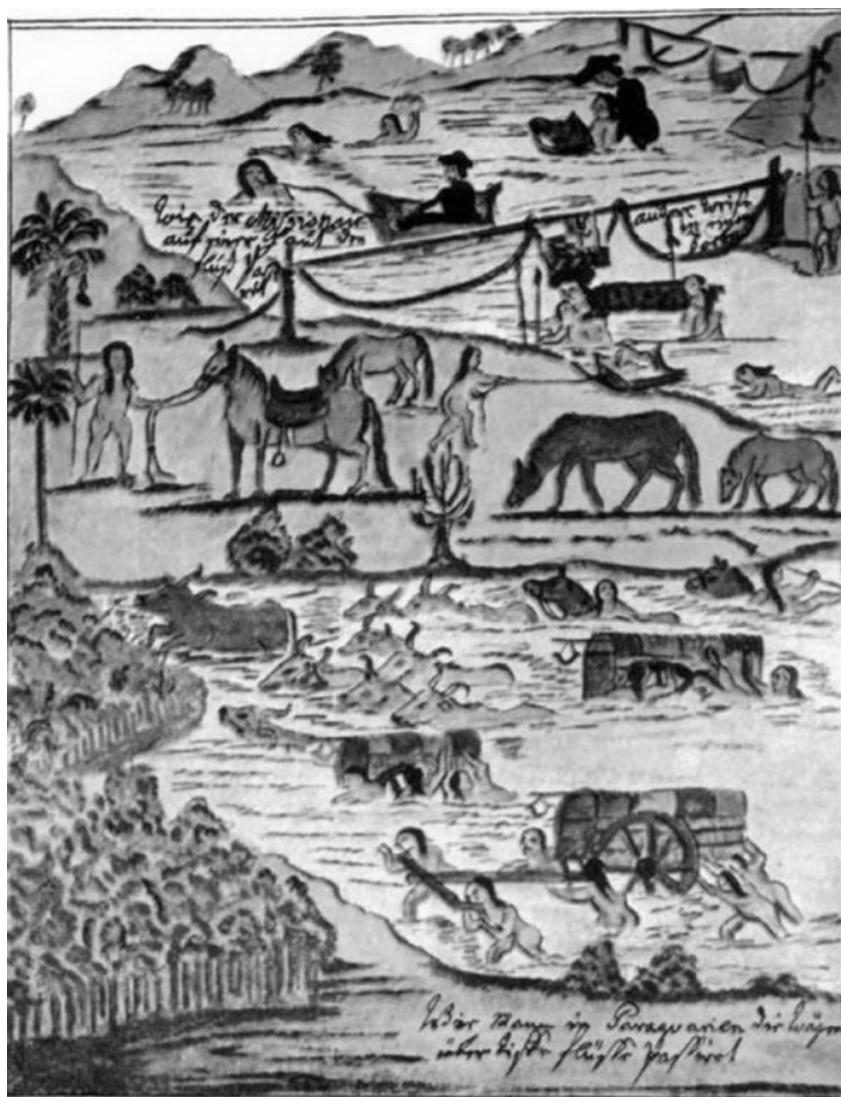
Habiendo, pues, determinado escarmentarlo, después de haber pasado este día, se dispuso que se desnudasen algunos de los peones de la tropa y tomando lanzas, bolas y macanas, que son las armas de que usan por este paraje, se pusiesen en lugar y cerca del camino, por donde había de pasar dicho padre, que no sabía dónde nosotros habíamos parado a sestear, pues aunque estábamos cerca del camino, pero estábamos en la raya del río, cubiertos de un espesísimo bosque. Cuando ya los peones descubrieron al padre, salieron de diversas partes y a gran distancia, como a cortarle el camino; iban con exorbitante gritería, y tocaban unas cornetillas que usan los indios cuando dan sus asaltos. Todavía estaban muy lejos, cuando ya el padre



comenzó a titubear y asustarse. Iba, a la sazón, montado en una mula blanca, y por consiguiente imposibilitado para la fuga, por ser la mula bestia improporcionada para carrera larga y precipitada, con que tuvo a bien de pararse a medio camino y ocuparse en hacer actos de contrición, y éstos mal formados y que más parecían actos maquinales que humanos.

Cuando ya los mozos se acercaron a él, y los vió enteramente desnudos, pintado el cuerpo y embarrada la cara, como los indios usan, estuvo para caer de la mula por causa del temblor que lo ocupó, hasta que por fin los mozos le hablaron y los conoció, teniendo éstos la gran fortuna de hallarle enteramente desarmado, que de no, creo que después de conocidos, embiste con ellos. Finalmente, logróse el susto que se intentó, y también el efecto que se pretendía; porque la consideración de que podía suceder de veras en aquellas campañas lo que acababa de experimentar de burlas, le dejó tan atemorizado, que en lo restante del camino jamás se apartó seis pasos de la comitiva...

FRAY PEDRO PARRAS.



Misionero pasando el río sobre un cuero. Otra manera de cruzar: cesta. Carros cruzando corrientes profundas. (Según Florian Paucke).

## GAUDERIOS

1773

Éstos son unos mozos nacidos en Montevideo y en los vecinos pagos. Mala camisa y peor vestido procuran encubrir con uno o dos ponchos, de que hacen cama con los sudaderos del caballo, sirviéndoles de almohada la silla. Se

hacen de una guitarrita que aprenden a tocar muy mal y a cantar desentonadamente varias coplas, que estropean, y muchas que sacan de su cabeza, que regularmente ruedan sobre amores. Se pasean a su albedrío por toda la campaña y con notable complacencia de aquellos semibárbaros colonos, comen a su costa y pasan las semanas enteras tendidos sobre un cuero cantando y tocando. Si pierden el caballo o se lo roban, les dan otro o lo toman de la campaña enlazándolo con un cabresto muy largo que llaman rosario. También cargan otro, con dos bolas en los extremos, del tamaño de las regulares con que se juega a los trucos, que muchas veces son de piedra que forran de cuero, para que el caballo se enrede en ellas, como asimismo en otras que llaman ramales, porque se componen de tres bolas, con que muchas veces lastiman los caballos, que no quedan de servicio, estimando este servicio en nada, así ellos como los dueños.

Muchas veces se juntan de éstos, cuatro o cinco, y a veces más, con pretexto de ir al campo a divertirse, no llevando más prevención para su mantenimiento que el lazo, las bolas y un cuchillo. Se convienen un día para comer la picana de una vaca o novillo; le enlazan, derriban y bien trincado de pies y manos, le sacan, casi vivo, toda la rabadilla con su cuero, y haciéndole unas picaduras por el lado de la carne la asan mal, y medio cruda se la comen, sin más aderezo que un poco de sal, si la llevan por contingencia. Otras veces matan sólo una vaca o novillo por comer el matambre, que es la carne que tiene la res entre las costillas y el pellejo. Otras veces matan solamente por comer una lengua que asan en el rescoldo. Otras se les antojan caracuces, que son los huesos que tienen tuétano, que revuelven con un palito, y se alimentan de aquella admirable sustancia; pero lo más prodigioso es verlos matar una vaca, sacarle el mondongo y todo el sebo que juntan en el vientre, y con sólo una brasa de fuego o un trozo de estiércol seco de las vacas, prenden fuego a aquel sebo y luego que empieza a arder y comunicarse a la carne gorda y huesos, forma una extraordinaria iluminación, y así vuelven a unir el vientre de la vaca, dejando que respire el fuego por la boca y orificio, dejándola toda una noche o una considerable parte del día, para que se ase bien y a la mañana o tarde la rodean los gauderios y con sus cuchillos van sacando cada uno el trozo que le conviene, sin pan ni otro aderezo alguno, y luego que satisfacen su apetito abandonan el resto, a excepción de uno u otro, que lleva un trozo a su campestre cortejo.

CONCOLORCORVO.<sup>[11]</sup>



Enlazando ganado en las pampas. 1794. (Grabado de F. Brambilla).

## LAS CARRETAS Y SUS VIAJES

1773

Las dos ruedas son de dos y media varas de alto, puntos más o menos, cuyo centro es de una maza gruesa de dos a tres cuartas. En el centro de ésta atraviesa un eje de quince cuartas sobre el cual está el lecho o cajón de la carreta. Éste se compone de una viga que se llama pértigo, de siete y media varas de largo, a que acompañan otras dos de cuatro y media, y éstas, unidas con el pértigo, por cuatro varas o varejones que llaman *teleras*, forman el cajón, cuyo ancho es de vara y media. Sobre este plan lleva de cada costado seis estacas clavadas, y en cada dos va un arco que, siendo de madera a especie de mimbre, hacen un techo ovalado. Los costados se cubren de junco tejido, que es más fuerte que la totora que gastan los mendocinos, y por encima, para preservar las aguas y soles, se cubren con cueros de toro, cosidos, y para que esta carreta camine y sirva se le pone al extremo de

aquella viga de siete y media varas un yugo de dos y media, en que se uncen los bueyes, que regularmente llaman pertigueros.

En viajes dilatados, con carga regular de 150 arrobas, siempre la tiran cuatro bueyes, que llaman a los de adelante cuarteros. Éstos tienen su tiro desde el pértigo, por un lazo que llaman tirador, el cual es del grosor correspondiente al ministerio, doblado en cuatro y de cuero fuerte de toro o novillo de edad. Van igualmente estos bueyes uncidos en un yugo igual al de los pertigueros, que va asido por el dicho lazo. Estos cuarteros van distantes de los pertigueros tres varas, poco más o menos, a correspondencia de la picana, que llaman de cuarta, que regularmente es de caña brava de extraordinario grosor o de madera que hay al propósito. Se compone de varias piezas y la ingieren los peones y adornan con plumas de colores.

Esta picana pende como en balanza en una vara que sobresale del techo de la carreta, del largo de vara y media a dos, de modo que, puesta en equilibrio, puedan picar los bueyes cuarteros con una mano, y con la otra, que llaman picanilla, a los pertigueros, porque es preciso picar a todos cuatro bueyes casi a un tiempo. Para cada carreta es indispensable un peón, que va sentado bajo el techo delantero, sobre un petacón en que lleva sus trastes, y sólo se apea cuando se descompone alguna de las coyundas o para cuartear pasajes de ríos y otros malos pasos.

Además de las ciento cincuenta arrobas llevan una botija grande de agua, leña y maderos para la compostura de la carreta, que con el peso del peón y sus trastes llega a doscientas arrobas. En las carretas no hay hierro alguno ni clavo, porque todo es de madera. Casi todos los días dan sebo al eje y bocinas de las ruedas, para que no se gasten las mazas, porque en estas carretas va firme el eje en el lecho y la rueda sólo es la que da vuelta. Los carretones no tienen más diferencia que ser las cajas todas de madera, a modo de un camarote de navío. Desde el suelo al plan de la carreta, o carretón, hay vara y media y se sube por una escalerilla, y desde el plan al techo hay nueve cuartas. El lecho de la carreta se hace con carrizo o de cuero, que estando bien estirado es más suave...

A los bueyes sólo les fatiga el calor del sol, por lo que regularmente paran a las diez del día, y cada picador, después de hecho el rodeo, que es a proporción del número de carretas, desunce sus cuatro bueyes con gran presteza y el bueyero los junta con las remudas para que coman, beban y descansen a lo menos hasta las cuatro de la tarde. En estas seis horas, poco más o menos, se hace de comer para la gente, contentándose los peones con asar mal, cada uno, un trozo de carne. Matan sus reses si hay necesidad y

también dan sebo a las mazas de las ruedas, que todo ejecutan con mucha velocidad. Los pasajeros se ponen a la sombra de los elevados árboles unos, y otros a la que hacen las carretas, que por su elevación es dilatada; pero la más segura, permanente y con ventilación, será pareando dos carretas de modo que quepa otra en el medio. Se atraviesan sobre las altas toldas dos o tres picanas y sobre ella se extiende la carpa o toldo para atajar los rayos del sol y se forma un techo campestre capaz de dar sombra cómodamente a ocho personas. Algunos llevan sus taburetitos de una doble tijera, con sus asientos de baqueta o lona. Este género lo tengo por mejor, porque, aunque se moje, se seca fácilmente y no queda tan tieso y expuesto a rasgarse como la baqueta, porque estos muebles los acomodan siempre los peones en la toldilla, a un lado de la caja, de la banda de afuera, por lo que se mojan y muchas veces se rompen con las ramas que salen al camino real de los árboles de corta altura, por lo que el curioso podrá tomar el partido de acomodarlos dentro de su carreta o carretón, como asimismo la mesita de campaña, que es muy cómoda para comer, leer y escribir.

A las cuatro de la tarde se da principio a caminar y se para por segunda vez el tiempo suficiente para hacer la cena, porque en caso de estar la noche clara y el camino sin estorbos, vuelven a uncir a las once de la noche y se camina hasta el amanecer, y mientras se remudan los bueyes hay lugar para desayunarse con chocolate, mate o alguna fritanguilla ligera para los aficionados a aforrarse más sólidamente, porque a la hora se vuelve a caminar hasta las diez del día. Los poltrones se mantienen en el carretón o carreta con las ventanas y puertas abiertas, leyendo u observando la calidad del camino y demás que se presenta a la vista. Los alentados y más curiosos montan a caballo y se adelantan o atrasan a su arbitrio, reconociendo los ranchos y sus campestres habitantes, que regularmente son mujeres, porque los hombres salen a campear antes de amanecer y no vuelven hasta que el sol los apura, y muchas veces el hambre, que sacian con cuatro libras netas de carne gorda y descansada, que así llaman ellos a la que acaban de traer del monte y matan sobre la marcha...

Algunos caminantes llevan caballos propios, que compran por lo general a dos pesos cada uno. Este es un error grande, porque por la noche se huyen a sus querencias o los estropean los rondadores. Lo más seguro es ajustarse con el dueño o mayordomo de la tropa, a quien rara vez se le pierde caballo y muchas veces se le aumentan con los que están esparcidos por el campo y agregan los muleros por género de represalia...

Con estas prevenciones y otras que dicta la prudencia, se pueden hacer ambos viajes con mucha comodidad, teniendo cuidado siempre se tolden bien las carretas y carretones para preservarse de las goteras, mandando abrir dos ventanillas, una enfrente de otra, a los costados para la ventilación, y que caigan a la mitad del lecho, por donde entra un aura tan agradable que da motivo a despreciar la que se percibe debajo de los árboles y refresca el agua notablemente. Cuidado con las velas que se encienden de noche, porque con dificultad se apaga la llama que se prende al seco junco de que están entretejidas las carretas. De este inminente riesgo están libres los carretones, y tienen también la ventaja de que no crían tantos avechuchos, principalmente en la provincia de Tucumán, que es cálida y algo húmeda. Las linternas son precisas para entrar y salir de noche, así en las carretas como en los carretones, y también para manejarse fuera en las noches oscuras y ventosas, y para los tiempos de lluvia convendrá llevar una carpita en forma de tijera para que los criados puedan guisar cómodamente, y no se les apague el fuego, no descuidándose con las velas, pajuelas, eslabón y yesca, que los criados desperdician gratuitamente, como todo lo demás que está a su cargo y hace una falta irreparable.

CONCOLORCORVO.

## LA GRAN FERIA DE SALTA

1773

En la gran feria de Salta hay muchos interesados. La mayor parte se componen de cordobeses, europeos y americanos, y el resto de toda la provincia con algunos particulares que hacen sus compras en la campaña de Buenos Aires, Santa Fe, Corrientes y parte de la provincia de Cuyo; de modo que se puede decir que las mulas nacen y se crían en las campañas de Buenos Aires hasta la edad de dos años o poco más, que comúnmente se llama sacarlas del pie de las madres; se nutren y fortalecen en los potreros del Tucumán y trabajan y mueren en el Perú. No por esto quiere decir que no haya crías en el Tucumán o mulas criollas; pero son muy pocas respecto del crecido número que sale de las pampas de Buenos Aires. Los tucumanos

dueños de potreros son hombres de buen juicio, porque conocen bien que su territorio es más a propósito para fortalecer este ganado que para criarlo, y los de las pampas tienen justos motivos para venderlo tierno, porque no tienen territorio a propósito para sujetarlo desde que salen del pie de la madre.

Las que se compran en las referidas pampas, de año y medio a dos años, cuestan de doce a diez y seis reales cada una, regulando los tres precios: el ínfimo, a doce reales; el mediano a catorce, y el supremo a diez y seis; de algunos años a esta parte, pues, hubo tiempo en que se vendieron a cinco reales y a menos cada cabeza al pie de la madre. Esta propia regulación obsérvese con las que se venden en Córdoba y Salta, por ser las dos mansiones más comunes para internadas. Las tropas que salen de las campañas de Buenos Aires, sólo se componen de seiscientas a setecientas mulas, por la escasez de las aguadas, en que no pueden beber muchas juntas, a que se agrega la falta de montes para formar corrales y encerrarlas de noche; y para suplir esta necesidad se cargan unos estacones y con unas sogas de cuero se hace un cerco para sujetar las mulas, a que se agrega el sumo trabajo de doce hombres que las velan por tandas, para lo cual son necesarios cuarenta caballos, que cuestan de ocho a diez reales cada uno. Aunque el comprador eche más número de caballos, no solamente no perderá, aunque se le mueran y pierdan algunos, sino que ganará, porque en Córdoba valen a dos pesos, y se venden a los vecinos y dueños de potreros, que los engordan de su cuenta y riesgo para venderlos y lucrar en la siguiente campaña... Están regulados los costes de cada mula desde las campañas de Buenos Aires hasta la ciudad de Córdoba y sus inmediatos potreros en cuatro reales, independiente del gasto que hace el dueño y principal costo.

En estos potreros se mantienen aquellas mulas tiernas y que regulan de dos años, catorce meses poco más o menos... Ya tenemos estas tropas capaces de hacer segunda campaña hasta Salta, adonde se hace la asamblea general, saliendo de Córdoba a últimos de abril o principios de mayo para que lleguen a Salta en todo junio... En los potreros de Salta descansan estas tropas cerca de ocho meses... En esta segunda mansión, y antes de hacer la tercera jornada, las mulas tienen de costo al comprador en las pampas a cuarenta y siete reales cada una, y al que compra en Córdoba a cuatro pesos y medio, le sale cada cabeza por siete pesos y un real, si no se hace el dueño fletador, que así se llama al que conduce las mulas de su cuenta, costo y riesgo. El precio de las mulas en Salta, de estos últimos años, fué de ocho pesos a ocho y medio, y el supremo, nueve. El comprador paga al contado los seis reales de sisa. En cada tropa se necesitan dos caballadas: la una para apartar y recoger



el ganado; la otra caballada se fleta hasta la Abra de Queta, sesenta leguas distante de Salta. Esta caballada sirve para atajar y contener las mulas, que salen lozanas y muy briosas de la invernada de Salta... En el resto del camino ya no se necesitan caballos, porque además de que perdieron el primer ímpetu, las mulas caminan ya como encallejonadas entre los empinados cerros, y ya desde Salta no se hacen corrales para encerrar el ganado de noche, que se moriría de hambre, respecto del poco y mal pasto que hay en el camino real en la mayor parte del Perú, por lo que es preciso que coman y descansen de noche en algunas enseñadas y cerros. Cada tropa que sale de Salta se compone de mil setecientas a mil ochocientas...

CONCOLORCORVO.

## MÚSICOS INDIOS EN BUENOS AIRES

1755

La fama de mis *músicos* llegó a la ciudad de *Buenos Aires* en la cual se hallaba nuestro *P. Provincial*. Por muchos caballeros, tanto eclesiásticos como seculares, se solicitó que / mis *músicos Mocabíes* fueron llamados también a *Buenos Aires*. Al año siguiente recibí una carta de mi Provincial por la cual él llamaba a mí con mis *músicos* a la ciudad de *Buenos Aires*, pero que yo apareciere allí por lo menos tres meses antes de la fiesta de *S. Ignacio*. Yo extrañé esta carta en modo de no saber qué debía pensar. El camino desde mi pueblo hasta esa ciudad era de más de cien leguas, había duda que los padres de estos *músicos* permitirían que sus hijos se trasladaran por un camino tan largo y a esta ciudad forastera porque ellos podían creer que se quería raptarles sus hijos y entregarlos a los españoles. Especialmente encontré dificultad con los hijos de *Cithaalin* de los cuales tres debían viajar conmigo: *Sebastián*, *Vicente* y *Antonio*, el más joven de entre ellos; todos los demás *músicos* eran hijos de los *indios* más principales. Pero los padres tenían en mí una confianza mayor de la que yo imaginé y permitieron muy alegres que sus hijos se pusieren conmigo en camino. Mi partida fué en los últimos días del mes de abril y al décimo tercer día de mi viaje llegué a la ciudad de *Buenos Aires*.<sup>[12]</sup> Como nosotros tomamos nuestro alojamiento *in Collegio*,

fué destinado un cuarto amplio y grande para mis muchachos, pero yo debía habitar mi *quartier* [alojamiento] especial. Esto no fué nada agradable a mis muchachos pues no querían habitar sin mí, todos vinieron a mí y no se dejaron alejar de mi cuarto. ¿Qué iba a hacer yo?, pues la mitad de ellos no tenía cabida alguna a mi lado. Por esto yo debí desocupar mi cuarto y pasarme con ellos a la sala grande donde quedamos todos reunidos día y noche. [Mi cuarto] asemejaba pronto a un cuarto de guardia, lleno de hedor y suciedad, todos se admiraron que yo podía permanecer así entre ellos.

Si acaso yo iba del *Colegio* a la ciudad, todos mis *músicos* estaban en zaga mía y me seguían por las calles. / A los habitantes les era una cosa extraña de ver en sus calles los veinte muchachos *indios* que cubiertos sólo con una manta única iban completamente desnudos en lo demás. Si yo entraba en una casa, ellos quedaban parados en la puerta de calle hasta que yo volvía a salir y así me acompañaban otra vez al *Colegio*. Yo les di permiso que pasearan sin mí por la ciudad y contemplaran bien todo pero ellos se negaron y dijeron:

—Nosotros no debemos partir de tu lado pues esto nos han ordenado nuestros padres porque ellos temen que tú quedarás con los españoles y nos abandonarás.

Yo comencé a repasar con mis *músicos* en parte en el coro, en parte en mi cuarto las primeras *Vísperas* y misa cantada. Después que fué conocido en la ciudad que los *indios* recién venidos eran todos *músicos* y hacían en la iglesia su ensayo, tuvimos pronto huéspedes de la más principal nobleza de la ciudad que con admiración escuchaban esta *música india*. Se reunían hasta treinta o cuarenta de ellos, demostraban gran amabilidad a mis niños y les regalaban dinero.

Finalmente a la víspera del santo padre *Ignacio*, el pueblo se reunió en tanta cantidad para la víspera que nosotros no sólo tuvimos que cerrar el coro sino que dos granaderos armados debían estar al lado de la puerta para que no entrara el pueblo. Los coros laterales, que alcanzaban por toda la iglesia, estaban repletos por ambos lados con nobles y villanos abajo en la iglesia en gran apretujamiento, lo que ocurrió más por el motivo de ver la *música* nueva y los *músicos* que atender su devoción, pues aunque en las iglesias de *Las Indias* se hace *música* no se halla dotada tan perfectamente con instrumentos sino sólo por el órgano y los cantores. Cuando hay una *música* con instrumentos, tienen ellos acaso un arpa y algunos *violines*, tocan *minuetes* marchas y / piecitas semejante entre una misa chica por lo cual les ha parecido muy extraño pero les ha gustado muchísimo que vísperas y misa fueren cantadas conforme al orden, y esto por *indios* que pocos años antes

eran aún paganos y no habían oído *música* en toda su vida. El obispo de *Buenos Aires* celebró él mismo las Vísperas y al día siguiente<sup>[13]</sup> la misa cantada por las cuales mis *indios* recibieron una buena cantidad de dinero.

Transcurridos algunos días el obispo envió al *Colegio* y me hizo pedir de permitir a mis *indios* hacer *música* durante su mesa. Yo los envié con sus *instrumentos* y sus *musicales* [libros de notas] de las que yo tenía en existencia una buena cantidad y que mis *músicos* podían tocar muy hábil y graciosamente. El obispo envió su carruaje y me hizo invitar también a su mesa. Si bien al principio mis muchachos se negaron a ir sin mí, se alegraron mucho después de que yo también estaría presente. La *música* de mis muchachos fué para la admiración y diversión de todos los huéspedes, y [éstos] no hubieran creído jamás que entre semejantes *bárbaros* se encontraría tal habilidad para un arte armonioso tan difícil, si ojos y oído no los hubieran convencido. Ellos los trataron tan afable y graciosamente como si provinieren de los padres más distinguidos. Yo noté que los sirvientes de mesa les llevaban mucha comida y con ella también vino; ellos notaban bien que yo tenía mis ojos dirigidos de continuo sobre ellos; ellos comían bien, pero se negaban a tomar vino, pero los sirvientes estaban empeñados en hacerles llegar vino. Yo quise salvar mis *músicos* del peligro y pedí al obispo de no hacerles dar vino porque ellos estaban acostumbrados al agua y no al vino. A la vez yo temía que uno u otro de ellos enfermara como también ha ocurrido que mi mejor violinista *Joaquín Giochimbogui enfermara* a los pocos días, y la punzada al costado pronto / le habría aniquilado no por causa de tomar vino sino por otra causa que yo no pude saber. Pero fué la conversación unánime que un *indio Guaraní*, maestro de ocho instrumentos y maestro de orquesta en la aldea del santo Tomás le había pegado por hechizo esta enfermedad por que él había oído entre los españoles tanta ponderación de mi Joaquín que sobre el violín nadie le fuera igual en *Buenos Aires*. Pero él también estaba en esta ciudad y por lo general recibía la ponderación de un maestro en la *música*; él *instruía* también muchos niños de los españoles. Sea como fuere yo estuve contento que mi *Joaquín* volvió a sanar.

FLORIAN PAUCKE, S. J.

(*Hacia allá y para acá. Una estada entre los indios mocobíes. 1749-1767.* Traducción castellana por Edmundo Wernicke. 4 vols. Tucumán-Buenos Aires, 1942, Vol. II, pág. 261).

FLORIAN PAUCKE. (1719-1780). — Jesuita alemán llegado al Río de la Plata como misionero en 1749. Estuvo en Córdoba y después en Santa Fe, donde desempeñó como misionero entre los indios mocovíes de San Javier una plausible y dilatada labor hasta la expulsión de la Compañía en 1767. «Paucke —dice el traductor de su obra don Edmundo Wernicke— reunía a su gran celo de propagador

de la fe y a su amplia cultura general, una provechosa experiencia en los trabajos generales y un profundo conocimiento de la música, siendo a la vez un buen compositor». Vuelto el P. Paucke a su país después de la expulsión de los jesuítas, escribió un extenso memorial sobre sus trabajos en América y dejó sus manuscritos en el convento cisterciense de Zwettl, en la Baja Austria, donde fué huésped porque había sido disuelta la orden a que pertenecía. En el referido monasterio se sacaron copias que allí permanecieron junto con los dibujos de Paucke, algunos coloreados y de un gran valor documental. La obra de Paucke ha sido publicada íntegra en castellano por el departamento de investigaciones regionales de la Universidad de Tucumán, traducida por don Edmundo Wernicke, en 1942. La obra de Paucke representa riquísimo venero para el estudio de los historia colonial en múltiples aspectos.

## INGENUIDADES DE LOS INDIOS

### UN INDIO QUIERE MATAR A OTRO POR MISERICORDIA

(MEDIADOS DEL SIGLO XVIII)

Yo no sé si ya he escrito algo de la misericordia cristiana india; es un suceso raro que ha ocurrido entre uno de *mis indios* y un escapado de las antiguas *misiones*. Yo debí hacer apuradamente un viaje a la ciudad de Santa Fe; a las cuatro de la tarde cabalgué desde mi aldea con la idea de haber hecho a la mañana temprano las treinta y cuatro leguas y estar en Santa Fe. En hora nocturna llegamos a un bosque espeso; vimos entonces ahí tje, debajo de un árbol el viento levantaba chispas de un fogón; esta era una señal que poco antes unas gentes habían parado allí. Descendimos de nuestros caballos e hicimos un fuego para ver si podíamos encontrar las huellas de las gentes que habían estado allí, pero no pudimos notarla porque la hierba era bastante alta, salvo de que en un sitio estaba aprensada hacia abajo. Después que el fuego hizo llamarada, mi *Baltasar Davaguín* que me acompañaba como guía, miró hacia arriba, a los árboles, y apercibió entre las ramas un recostadero que estaba hecho por ramas dispuestas al través; entonces mi Baltasar gritó hacia arriba que bajara el que estaba arriba. Como no ocurrió ningún movimiento, gritó por segunda vez con la amenaza que él subiría y mataría lo que encontrara, a lo cual el recostadero comenzó a moverse y descendió un hombre que, por su cabeza rapada parecía ser un *Guaraní* de las antiguas Misiones, y en realidad era un semejante. Él vino muy sumiso a besarme la mano; yo no entendía su lengua pero él sabía charlar algo en español, lo que yo pude entender y dijo que él era un *Guaraní* escapado de una barca de las que vienen de las Misiones. Como el patrono del barco le había azotado, se

había escapado y buscaba donde poder encontrar una reducción india. Mientras yo me entretenía en esta plática con él, mis indios lo contemplaban con ojos compasivos. Al fin *Baltasar* no pudo contenerse más y me pidió que yo le permitiera matar este indio.

—¿Qué pedido es éste?... —le dije—. En el quinto mandamiento de Dios... ¿no se prohíbe matar?...

—Muy bien —dijo él—, pero tú nos predicaste que nosotros debemos tener compasión de nuestros prójimos.

—¡Linda compasión —repuse— de matar un prójimo que jamás me ha ofendido!

A esto respondió Baltasar:

—A mí me parece mejor matarle antes de que él vague por la naturaleza silvestre y tal vez muera de hambre o sea desgarrado por un tigre.

Yo contesté a esto:

—Pero ¿él acaso está obligado a permanecer en esa naturaleza silvestre? ¿No estamos aquí nosotros? ¿No puede él viajar con nosotros a la ciudad?...

Entonces se le abrieron recién los ojos a mi *Baltasar* y dijo:

—(Es cierto, yo no había pensado en esto. Así él puede viajar con nosotros.

Yo mandé dar un caballo al indio, él cabalgó con nosotros y en Santa Fe fué entregado nuevamente a su barca, donde en seguida quisieron ponerle hierros, pero sin embargo no se hizo. Para seguridad, le di una carta para su misionero.

FLORIAN PAUCKE.

(*Ob. cit.*, t. III, pág. 52).

## DE BUENOS AIRES A SAN JAVIER (SANTA FE)

1755

Este viaje a Buenos Aires me da ocasión de recordar y aportar algunas cosas que han ocurrido en el viaje de retorno. Cuando viajamos de nuevo desde Buenos Aires hacia Santa Fe, cruzamos el río de las Conchas en cuya región vimos manadas enteras de perros cimarrones que suelen alimentarse de

terneros y potrillos en el campo, ellos viven en pleno campo en cuevas debajo tierra; según los agujeros por los cuales un campo muy ancho y amplio está minado, se puede deducir cuántos miles de perros viven sobre este campo. Aunque los vecinos de Buenos Aires y alrededores salen a caballo de cien a doscientos hombres armados para exterminar estos perros, parece no ser posible de exterminarlos. No les falta alimento alguno porque sobre este campo pacen tantos miles de ganado astudo y caballos, en parte de ganado manso, en parte de arisco; si no fuere esto, ningún ser humano / podría viajar por este camino sin peligro de ser desgarrado por los perros. Pero como ellos son perseguidos, se asustan y tienen miedo; en cuanto ven a alguien a caballo, emprenden pronto la huida y buscan sus agujeros.

Mis músicos tuvieron en este campo una caza divertida. Todos estuvieron encabalgados con sus lazos y boleadoras; como ellos vieron tantos perros reunidos, cabalgaron rápidamente hacia ellos. Si los agujeros no hubieran estado tan cercanos uno del otro en los cuales se metieron presto, ellos hubieron agarrado muchos, si bien quince quedaron entre sus lazos y boleadoras a los cuales mataron todos. Pero como ellos son también grandes amantes de los perros, habían agarrado también seis chicos y atado en los dos carros de carga que yo llevaba conmigo, pero fué imposible llevarlos, pues como eran fuertes y ariscos y trataban siempre de libertarse de las sogas, se ahorcaban ellos mismos; los otros mordían en derredor de ellos que nadie se podía acercárseles; por ello debieron matar a todos pues nunca se hubieron amansado y tal vez nosotros hubiéramos llenado nuestro contorno, campos y bosques, con perros cimarrones que hubieren causado un gran peligro tanto al ganado como también a las gentes.

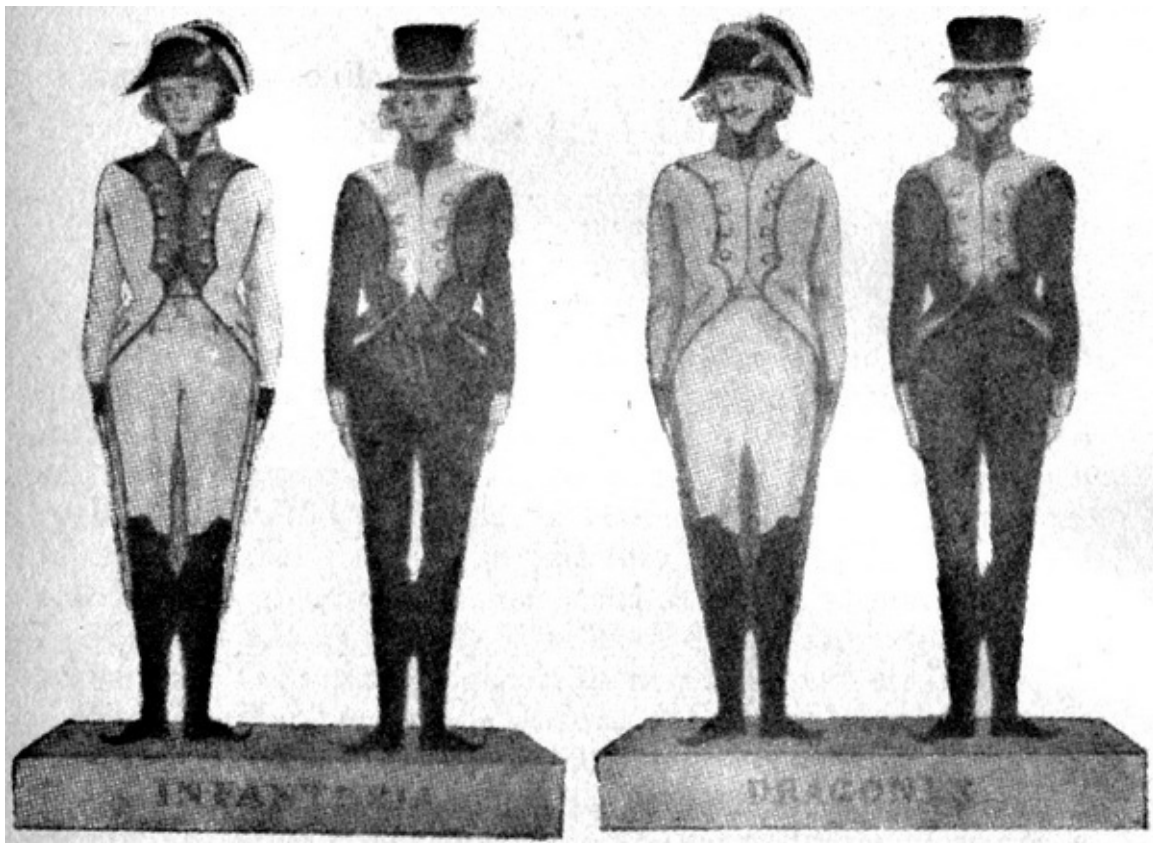


Carreras de caballos. (Según Florian Paucke).

Después pasamos el río Arrecifes y finalmente llegamos al río de Areco, a veintidós leguas de Buenos Aires donde el Colegio de Buenos Aires tenía una pequeña alquerita<sup>[14]</sup> que ellos llaman estancia. Allí vivían tres jesuitas, dos hermanos que dirigían la explotación y un sacerdote que como capellán atendía las almas de los moros negros de ahí, que eran esclavos del Colegio y cuidadores de ganado. Allí vivían alrededor de cuarenta familias de negros, que también ejercían la agricultura y trabajaban en un horno de ladrillo. Los demás estaban encargados del ganado del cual vivía el Colegio, junto con sus esclavos. Había hasta doce mil cabezas de ganado astudo; ellos tenían también algunos miles de caballos junto con una numerosa / crianza de mulares. Diariamente debían ser arreados temprano los caballos desde el vasto campo hasta la estancia a los corrales, para que los negros tuvieran los caballos necesarios para el resto del día para revisar el campo y recoger el ganado. Yo permanecí con mis indios cuatro días en este paraje; allá tenían suficiente diversión y ocasión de probar sus boleadoras las que también los moros conocen con gran maestría y pueden usar tal vez aun mejor que mis indios. Cuando los moros traían en la madrugada los caballos a los corrales, había siempre veinte a cuarenta caballos cimarrones mesturados entre ellos,

que sobre los amplios o extensos campos se habían agregado a los caballos mansos; pero como tales caballos cimarrones son perjudiciales a los mansos cuando se mezclan con ellos, y extravían frecuentemente muchos cientos de caballos mansos, por trescientos, cuatrocientos y más que sobre un campo de cien y más leguas ya no son de encontrar más ni pueden ser campeados a causa del gran calor solar y carencia de agua, tratan ellos de matar los caballos cimarrones (que junto con los mansos fueron arreados a los corrales) lo que ocurre del siguiente modo: los negros les tiran al pescuezo el lazo que está bien asegurado a la cincha del recado del jinete, sacan a la fuerza al caballo cimarrón desde los corrales al campo; ahí ya están otros negros de a pie con sus lazos, los tiran a los caballos brincantes a las patas, cierran a tirones [el lazo] y los voltean al suelo. Cuando está echado, libran de lazos los pies y el pescuezo, y con un cuchillo filoso abren de un solo tajo la barriga; el caballo se endereza de un salto y se aleja con las tripas colgantes para afuera de la barriga que son desgarradas por los saltos del caballo hasta que éste finalmente a los cien pasos se cae y muere. En una mañana yo he visto matar así cuarenta caballos cimarrones que todos quedaron tirados no lejos de los corrales. Al día siguiente todo blanqueaba a la mañana donde yacían los caballos, tampoco no vi otra cosa que los limpios huesos completamente despejados de carne de todos los cuarenta cadáveres. Yo extrañé que bestias salvajes habrían comido en una noche los cuarenta caballos y supe que / los perros cimarrones de la región han hecho esto por lo cual se puede deducir que sobre estos campos los perros cimarrones viven a miles.





Regimientos veteranos de Buenos Aires, 1802. (De un original existente en el Archivo General de la Nación).

Si ellos encuentran entre estos caballos encerrados algunos potrillos bien formados, los dejan vivir, los jinetean y los amansan. Mis músicos deploraban el gran desperdicio de tantos caballos, rogaron a los negros les cedieren algunos de los jóvenes equinos útiles, ellos querían llevarlos consigo a su aldea. Los negros les dieron la libre elección de llevar consigo los que quisieren.

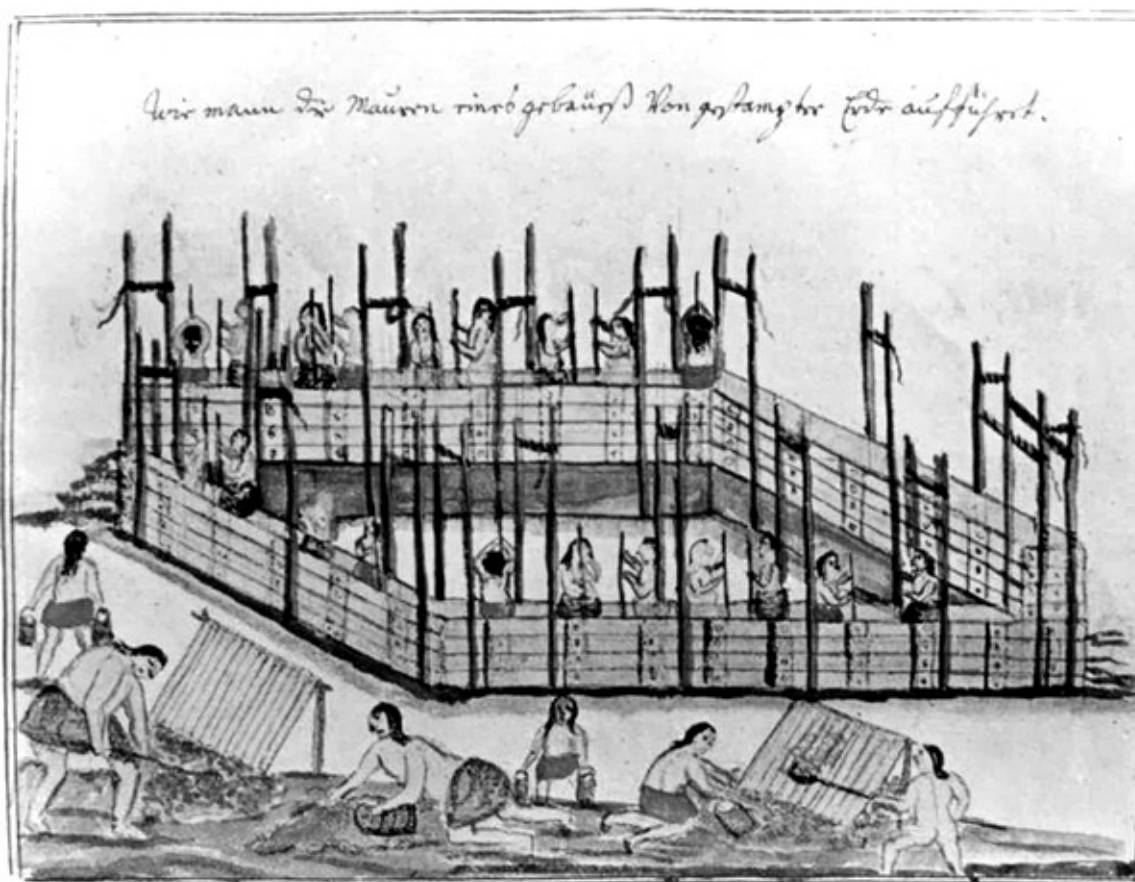
FLORIAN PAUCKE.

## 4 LAS MISIONES

### EL RÉGIMEN DE COMUNIDAD EN LAS MISIONES JESUÍTICAS

... Ni basta el hacerle coger [al indio] toda su cosecha. Lo que más cogerá un indio ordinario es tres o cuatro fanegas de maíz. Bien pudiera coger veinte si quisiera. Si esto lo tiene en su casa, desperdicia mucho y lo gasta luego, ya comiendo sin regla, ya dándolo de balde, ya vendiéndolo por una bagatela, lo que vale diez por lo que vale uno. Por esto se le obliga a traerlo a los graneros comunes, cada saco con su nombre: y se le deja uno solo en su casa, y se le va dando conforme se le va acabando. Toda esta diligencia es necesaria para su desidia...

Para remediar tan grande desidia, están entabladas sementeras comunes de maíz, legumbres y algodón; y estancias de ganado mayor y menor. A las sementeras van en los seis meses de su tiempo los lunes y sábados, excepto los tejedores, herreros y demás oficiales mecánicos, que no van a las faenas de comunidad en todo el año; y se remudan para la labor de sus tierras, una semana a ella, otra a su oficio. Todos sus oficios los ejercen, no afuera, en sus casas, que nada harían de provecho, sino en los patios que para ello hay en casa de los Padres; y es tanta su sinceridad, que todos estos oficios los hacen sin paga, aunque de los bienes comunes se remunera más a éstos por trabajar más, que a los demás. Los visita el Padre con frecuencia para que hagan bien su oficio. Pónese en cada oficio el que al Cura le parece más a propósito para él, y no repugnan a ello; antes algunos los pretenden, porque, como ya se dijo, se tiene por nobleza el tener algún oficio. Sólo el ser tamborilero o flautero no se dan. Se mete a ello el que tiene afición y hay pueblo que tiene diez, doce o veinte...

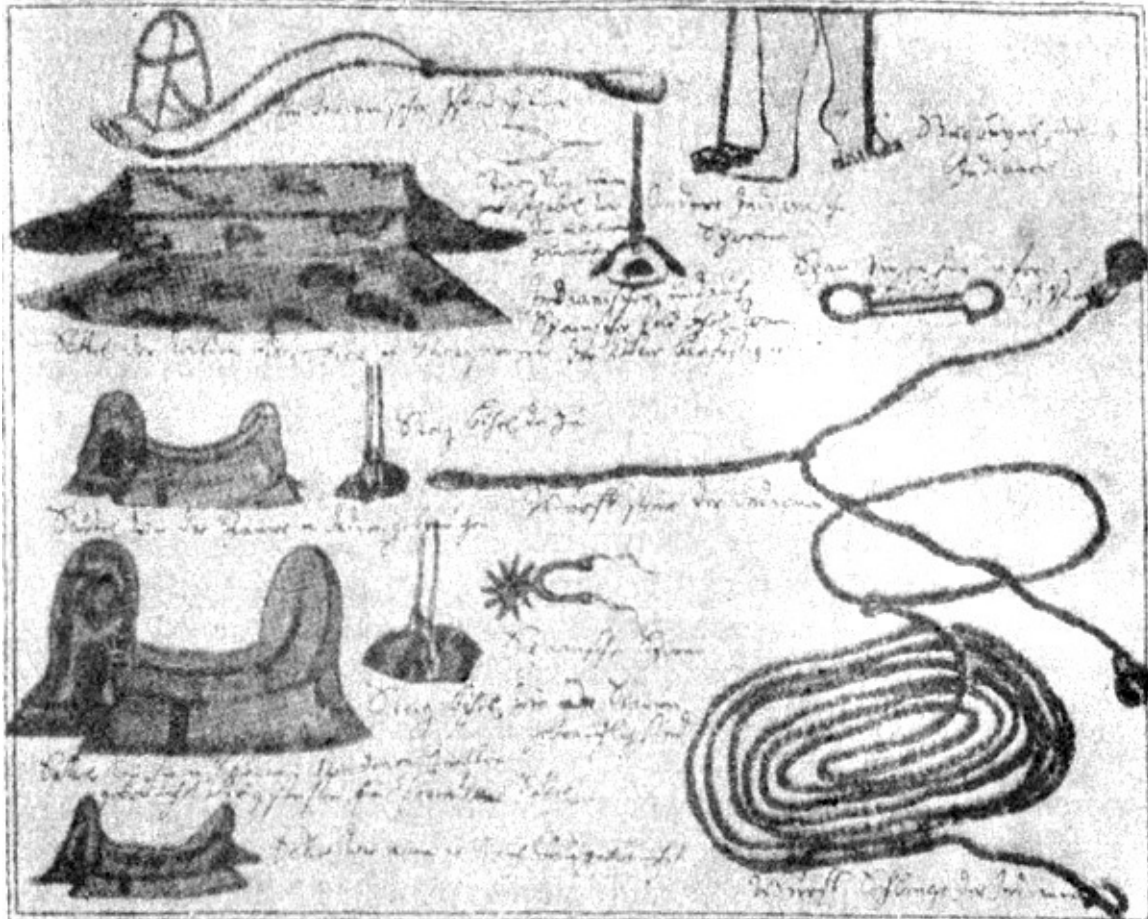


«De qué modo se levantan [en las Misiones jesuíticas] las paredes de un edificio mediante tierra pisoneada». (Según Florian Paucke).

Estos bienes comunes sirven para dar qué sembrar al que no tiene, por habérselo comido o perdido; para el sustento de la casa de las recogidas... para avío y provisión de los viajes en pro del pueblo; para dar de comer a los muchachos y muchachas cuando van a las sementeras comunes, u otras faenas; para los caminantes para agasajarlos, y a los huéspedes, que a todos, sea español, mulato, mestizo, negro o indio, esclavo o libre, se les hospeda y da de comer y aun se les pasa en embarcaciones por los ríos grandes que no tienen puente...

Los algodones comunes sirven para vestir a todos los muchachos de uno y otro sexo: que si el Padre no los viste, los más andarían del todo desnudos, por la incuria de sus padres naturales; y son tantos en pueblos tan numerosos, que cuidando yo del pueblo de Yapeyú, que es el mayor, el año de 55, serían tres mil. El pueblo tenía entonces mil seiscientas y tantas familias. Dase también el lienzo que del algodón se hace, a los que van a hacer yerba del Paraguay, a las viudas y recogidas, viejos e impedidos y por premio en las fiestas y funciones militares y políticas a los que mejor se portan. Y se guarda

una gruesa porción para enviar a vender a Buenos Aires y a Santa Fe del Paraná, y comprar con ello lo necesario de fierro, paños, herramientas, etc., para el pueblo y sedas y adornos para las iglesias. Hácese lienzo blanco de varias calidades, delgado, grueso, de cordoncillo, torcido y de varios colores listados...



Una rienda india; estribo; recado; espuela de una horqueta; estribo de campaña; boleadoras, etc., empleadas por los mocovíes y por los españoles. (Según Florian Paucke).

Los otros bienes comunes y más principales son el ganado mayor y el menor. Los indios no tienen en particular, vacas, ni bueyes, ni caballos, ni ovejas ni mulas: sino gallinas, porque no son capaces de más. Hemos hecho en todos tiempos muchas pruebas para ver si les podemos hacer tener y guardar algo de ganado mayor y menor y alguna cabalgadura y no lo hemos podido conseguir. En teniendo un caballo, luego lo llena de mataduras: no le da de comer ni aun le deja ir a buscar y luego se le muere. El burro es más propio para su genio; pero lo suele tener tres y cuatro días atado al pilar del corredor de su casa, sin comer ni beber, sin echarlo al campo, por no tener el trabajo de ir a cogerlo allá. Les damos un par de vacas lecheras para que las

ordeñen y tengan leche y por el corto trabajo de ordeñarlas, no las ordeñan o matan las terneras y se las comen. Lo mismo sucede con los bueyes, que los pierden o matan o comen. Sólo en tal cual de los más principales y capaces podemos lograr que tengan alguna mula o bueyes y que los conserven. Todo esto está de común.

---

Además de los bienes comunes de vacas, algodón, etc., hay otro muy particular y cuantioso que es el de la *yerba* del Paraguay, que comúnmente llaman yerba, sin más ádito...

Siémbrase también en todos los pueblos tabaco para el común. De éste envían también algunos pueblos a las ciudades, que allí se usa mucho para fumar y mascar. Es muy común en estos dos usos, entre la gente baja y no pocos de distinción. Los indios no usan sino para mascar, que dicen les da así mucha fortaleza para el trabajo, especialmente en tiempo de frío. No se usa en polvo por las prohibiciones reales. El de polvo viene de España y vale, lo más barato, a cuatro pesos libra...

De todos los bienes de comunidad dichos, sólo salen de los pueblos el lienzo y algo de hilo para pabilos, la yerba y el tabaco, dejando lo necesario para el consumo de los vecinos. Los demás bienes quedan para el gasto, y para contratar unos con otros: porque en unos abunda el algodón, en otros escasea, de manera que con dificultad se coge lo necesario para el pueblo: y lo mismo sucede con el maíz y legumbres y con los ganados: y acuden, a tiempo, varias plagas de gusano, langosta, etc., en algunas partes, dejando otras; por lo que hay mucha comunicación de unos con otros en compras y ventas. No corre dinero en esto. Todo se hace por trueques...

... Los indios no disponen las faenas, viajes por tierra y agua y demás menesteres del común ni su avío y matalotaje; que el indio no tiene talento para prevenir sustento más que para cuatro o seis días, aunque tenga con qué prevenirlo y aunque sepa que el viaje ha de durar meses enteros...

No se da sueldo porque lo hacen para el común, tanto para ellos como para los demás y mientras éstos están en el viaje, los demás les están componiendo y haciendo su casa, labrando los maizales y demás sementeras comunes para ellos y para todos y haciendo todo lo demás que sirve para ellos y para los que quedan. Sólo en caso de ser mayor trabajo el de los viajeros que el de los que quedan en el pueblo, o de haber hecho su viaje con especial cuidado y utilidad, se les remunera a la vuelta y el premio suele ser: rosarios, lienzo de listado (de que gustan mucho), cuchillos, espuelas, frenos, hachas y cuñas.

JOSÉ CARDIEL, S. J.

(*Breve relación de las Misiones del Paraguay*. En: *Organización Social de las Doctrinas Guaraníes de la Compañía de Jesús*, por el P. PABLO HERNÁNDEZ. Barcelona, 1913).

P. JOSÉ CARDIEL, español, natural de La Guardia, en la provincia de Álava, nació en 1704 y entró en la Compañía de Jesús en 1720. Por el 1730 vino a la Provincia jesuítica del Paraguay y desempeñó diversos ministerios, ya como cura en las doctrinas guaraníes, ya en la fundación de nuevas reducciones. Realizó dos largos viajes, uno (1745) hasta la costa magallánica acompañando al P. José Quiroga y con el proyecto de fundar una población en la bahía de San Julián; otro (1746) en compañía del célebre P. Tomás Falkner, al sur de la actual provincia de Buenos Aires, donde se fundó la reducción de Nuestra Señora del Pilar; de este último viaje dejó Cardiel un *Diario* publicado en resumen por don Pedro de Ángelis en el tomo V de su colección. Con motivo de la guerra guaraníca —visto su conocimiento de las reducciones— vino el P. Cardiel a las misiones del Uruguay dirigiéndose luego al Paraguay.

Terminada la guerra guaraníca, incorporado al ejército español como capellán, cuando dicho ejército invadió en son de guerra los territorios de Río Grande, escribió Cardiel su conocida *Declaración de la verdad*, que circuló manuscrita y tuvo por objeto refutar las acusaciones que fulminaba contra la Compañía de Jesús el portugués Gomes Freire. Este opúsculo de Cardiel no se imprimió hasta el año 1900, con introducción del P. Pablo Hernández, de acuerdo a una copia manuscrita que poseía el general Mitre. Además de este opúsculo, escribió Cardiel, el ya citado *Diario* de su viaje al Vulcán, una *Carta geográfica de la costa de Magallanes*, *De moribus Guaraniorum*, *Dificultades que hay en la conversión de los indios*, etc. El P. Cardiel se encontraba en el pueblo de Concepción cuando llegó la orden de Carlos III sobre expulsión de 103 jesuitas. Como muchos otros de sus cofrades, pasó Cardiel a Italia después de haber permanecido veintiocho años en América. Para 1772, se encontraba en Bolonia.

La mayoría de los cronistas jesuíticos citan con frecuencia al P. Cardiel, como que es uno de los escritores de la orden que mejor supo reflejar, con emoción y color, aparte su seria documentación, la vida de las reducciones guaraníes.

## LA ESCUELA Y LA MÚSICA

En la crianza de los muchachos de uno y otro sexo se pone mucho cuidado, como lo ponen todas las repúblicas bien ordenadas; pues de su educación depende todo el bienestar de la república. Hay escuelas de leer y escribir, de música y de danzas para las fiestas eclesiásticas, que no se usan en cosas profanas. Vienen a la escuela los hijos de los caciques, de los cabildantes, de los músicos, de los sacristanes, de los mayordomos, de los oficiales mecánicos; todos los cuales componen la nobleza del pueblo, en su modo de concebir, y también vienen otros si lo piden sus padres. Estas escuelas ya se dijo que están en el primer patio de los padres, para poder cuidar mejor de ellas: no porque los Padres sean sus maestros inmediatos, que esto no puede ser, habiendo otros muchos ministerios en tanto número. Tienen sus maestros

indios; aprenden algunos a leer con notable destreza y leen la lengua extraña mejor que nosotros. Debe de consistir en la vista, que la tienen perspicaz y la memoria, que la tienen muy buena: ojalá fuera así el entendimiento... También hacen la letra harto buena: algunos, que se dan a hacer letra de molde, la hacen con tanta perfección, que nos engañan ser de alguna bella imprenta.

De los de la escuela se escogen los de mejor voz para cantores de la música y los de más esfuerzo para los instrumentos de boca. Tienen su maestro de capilla que les enseña su facultad del modo que lo hacen en las catedrales de España; pero no se halla hasta ahora maestro que sepa componer. Toda su felicidad está en entender el papel que le dan, y cantarlo más o menos presto, pues algunos no cantan de repente, sino que lo van repasando despacio, y enterados de él, cantan y tocan y nunca añaden cosa alguna, ni trinado, hermosata, o cosa semejante, como hace cualquiera músico, aunque no pase de mediano talento: todo lo canta y toca liso y llano como está en el papel: no alcanza más su entendimiento. Ni en la poesía jamás se ha encontrado indio que aprenda sus reglas de asonantes y consonantes ni para hacer coplas de ciego. No obstante, con el continuo ejercicio desde niños, en que tienen mucha más paciencia que nosotros, y constancia, tocan muy bien los violines y demás instrumentos; y entre tanta multitud de muchachos como se escogen, se encuentran muy buenos triples, que después quedan tenores.



Lámina del *Catecismo en lengua guaraní*, impreso en las misiones jesuíticas en 1724.

En cada pueblo hay una música de 30 o 40 entre tiples y tenores, altos, contraltos, violinistas y los de los otros instrumentos. Los instrumentos comunes a todos los pueblos son violines, de que hay cuatro o seis; bajones, chirimías, seis u ocho; violones, dos o tres; arpones, tres o cuatro; y uno o dos órganos y dos o tres clarines en casi todos los pueblos. En algunos pueblos hay otros instrumentos más: les buscamos papeles de los mejores músicos de España y aun de Roma para cantar y tocar. Todas las vísperas de fiestas de precepto y las de nuestro Santo Padre y San Javier y las de sus congregaciones y del patrón del pueblo, hay vísperas solemnes. Repícanse todas las campanas, que suelen ser ocho o diez, con toda solemnidad. Viene



toda la música plena, sin que falten los clarines. Viene todo el Cabildo y cabos militares, de gala, con vestidos de seda, todo lo cual se guarda, como se ha apuntado, en casa del Padre, que si estuviera en su casa, todo lo llenaran de humo y destruirían.

Puestos ya en sus bancos los dichos y el pueblo en su lugar, sale el preste que oficia y preside, con sobrepelliz, estola, capa pluvial rica, y el compañero o los que hubiere, con sobrepelliz. Entona el preste y prosiguen los músicos con todo el devoto estruendo de instrumentos de cuerda y boca, y los clarines, al punto de la música, y así van sucediendo las Antífonas y Salmos correspondientes, le inciensan, etc. Acabadas las Vísperas, salen todos al patio de la iglesia y delante de él se hacen unas cuantas danzas, una tras otra, en honra del santo de la fiesta.

Todos los días cantan y tocan en la Misa. El orden cotidiano es éste: al empezar la Misa tocan instrumentos de boca y a veces de cuerda y tal vez uno y otro hasta el Evangelio. Al empezar éste, cantan un Salmo de Vísperas. Lunes, *Dixit Dominus*; martes, *Confiteor*; y por este orden hasta la misa solemne de la Virgen, el sábado. Una semana los Salmos de una composición y otra de otra. A la consagración, o poco después, se acaba el Salmo, excepto el de *Laudate Pueri*, y alguna composición de algún otro, que suele durar hasta el fin de la Misa. Como son de los mejores maestros de Europa, suelen estar compuestos al sentido de la letra, causando notable devoción. En el *Laudate* comienzan los tenores y demás músicos grandes con los clarines y chirimías, instando a los niños tiples: *Laudate Pueri, Pueri Laudate, Laudate Nomen Domini*: repitiendo e instando que alaben a nuestro Dios. Comienzan los niños tiples: *Sit Nomen Domini Benedictum*, etc., etc., y después de algunos versículos, vuelven los grandes a instar con devotísimo estruendo de instrumentos: *Pueri Laudate Nomen Domini* (no se maravillen si va mojado de lágrimas este papel). Vuelven a repetir que alaben a Dios; y esto hacen cuatro o cinco veces hasta que se acaba el Salmo. Al *Gloria Patri*, todos juntos, altos, contraltos, tiples, clarines, bajones, chirimías, violines, arpas, órganos, cantan el *Gloria*. Cantan con tal armonía, majestad y devoción, que enternecerá el corazón más duro. Y como ellos nunca cantan con vanidad y arrogancia, sino con toda modestia y los niños son inocentes, y muchos de voces que pudieran lucir en las mejores catedrales de Europa, es mucha la devoción que causan. Acabado el Salmo, después de la consagración vuelven a tocar, un poco; y luego entonan algún Himno: *Jesu Dideis Memoria, Ave Maris Stella*, u otra alguna letrilla a nuestro Señor, a la Virgen, a San Ignacio nuestro Padre o al Santo de aquel día: y en lo que resta, tocan. Dícese el Acto

de contrición del modo dicho; cántase el *Alabado* con toda solemnidad de instrumentos y se van todos a prevenir en la sala de música para lo que han de tocar y cantar al día siguiente, después van a tomar la yerba, los grandes a su casa, y los chicos se quedan en la escuela con sus maestros.

JOSÉ CARDIEL, S. J.

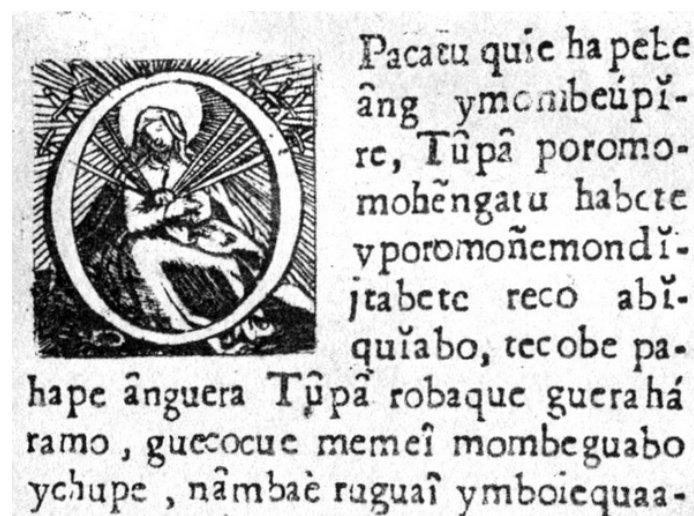
## DISTRIBUCIÓN CUOTIDIANA

SIGLO XVIII

Los demás muchachos que no son de estas tres escuelas, se van a las labores de sementeras y otras cosas comunes del pueblo. La distribución cotidiana de todos los muchachos y muchachas, es ésta: al oír la campana de las Avemarias, un cuarto de hora después de tocar a levantar los padres, suenan en la plaza los tamboriles de los muchachos y sus alcaldes o mayores, esparcidos por las calles, comienzan a gritar: «Hermanos, ya es hora de levantar: ya han tocado a la oración: enviad luego vuestros hijos e hijas a rezar y encomendarse a Dios: no seáis flojos y dormilones, que vengan a la iglesia a oír la Misa para que Dios eche la bendición a las labores del día».

A estas voces y al ruido de los tamboriles van saliendo de sus casas y encaminándose al patio de la iglesia, a un lado los muchachos y a otro las muchachas. En juntándose, comienzan las oraciones dos voces, las mejores, y responden o alternan todos. Las muchachas hacen lo mismo en competente distancia. Acabados sus rezos, que como son en voz alta y tantos, se oyen de todo el pueblo, si sobra tiempo, cantan alguna letrilla, empezando algunos tiples y respondiendo todos. Estas letrillas y canciones, todas muy santas... son hechas en versos por los padres, que ellos (como se dijo), no atinan con la poesía. Las aprenden de memoria y después las cantan cuando grandes en sus viajes. Acabada la oración mental de los padres... abren los sacristanes todas las puertas de la iglesia. Dan vuelta los muchachos para entrar por la puerta de los varones... y las muchachas entran por las tres puertas del pórtico: ellas y ellos cantando el *Alabado*. Acabada la Misa... salen los muchachos al patio de los padres: vuelven allí a rezar un poco y cantar algunas de sus canciones (todas estas canciones son en su lengua), se les da de almorzar. Después

cargan con la comida de medio día, los peroles para cocerla, los escardillos para escardillar los sembrados, que es faena muy frecuente, u otros instrumentos para otros trabajos y una pequeña estatua de San Isidro labrador en sus andas, con su caja para resguardo cuando llueve. Tocan sus tamboriles y flautas: y al son de estos rudos instrumentos, van alegres a su labor que se les manda, con sus alcaldes. Las muchachas hacen lo mismo por otro lado, haciendo otra faena, y nunca se juntan con los muchachos. Los de leer, escribir, cantar y danzar, van a sus escuelas. Los de danza, tal cual vez, que no es menester tanto ejercicio, y comúnmente es un día a la semana los que ya saben: y en los restantes van con la turba magna a sus labores. No van con sus padres, porque no saben cuidar de ellos, como lo han mostrado muchas experiencias: y andan vagos y ociosos, sin alimento ni vestido: por esto han tomado estos medios los padres. Por la tarde tocan una de las campanas de la torre, que ellos llaman *Tain Tain*, a venir a la iglesia: para lo cual, si están distantes del pueblo, ponen un espía. Vienen con su santo y tamboriles y flautas; van de presto a su casa a dejar su poncho de trabajo y se ponen otro mejor para la iglesia. Vienen en verano a las cinco y en invierno a las cuatro: que allí, en este tiempo, no son los días tan cortos como en España.



Letras capitales del *Catecismo en lengua guaraní*.

Colocados en su lugar, empiezan los de las más claras voces el Padre Nuestro y demás oraciones, repitiendo todos. Después empieza el catecismo con preguntas y respuestas entre cuatro: y hacen dos coros. El un coro pregunta: *¿Hay Dios?* y responde el otro: *Sí hay* y así van hasta el fin. Acabado el catecismo, viene un alcalde de los suyos, que siempre está con ellos, a avisar al padre que ya se ha acabado el catecismo para que vaya a

enseñar la doctrina. Al ir a la iglesia comienza a tocar la campana al Rosario, para que mientras dura la doctrina pueda venir el pueblo. Enséñala el padre con una cruz en la mano y es aquella que dije se llevaba a los enfermos cuando van a confesar. Pregunta a unos y a otros y da sus premios como en España. Acabada ésta, entra el Rosario y lo demás como se dijo. Van los muchachos al patio: rezan otro poco: dáseles ración de carne, y diciendo a voz en grito todos juntos: *Tupa Tanderaró Cheruba, Dios te guarde, padre mío*, se van a sus casas. Este es el modo que se tiene en todos los pueblos con esta inocente infantería.

JOSÉ CARDIEL, S. J.



Viñeta del mismo libro.

## PROCESIÓN DEL CORPUS

SIGLO XVIII

Esta se hace con notable solemnidad y devoción. Días antes van indios a los campos y montes, a coger fieras y pájaros y flores. Alrededor de la plaza hacen una gran calle por donde ha de rodear la procesión. Toda la plaza que coge esta calle está llena de arcos de vistosas ramas y flores, y a los lados hay el mismo adorno. Estos arcos y lados los adornan con muchos loros y pájaros

de varios colores, y otros varios pájaros, a quien añaden, a trechos, monos y venados y otros animales bien amarrados. Los sacristanes, a los cuatro ángulos, adornan cuatro capillas con sus chapiteles muy aderezados, con muchos frontales y otras alhajas de la iglesia. Están prevenidos los músicos y danzantes, muy ensayados en su facultad. Después de la misa, sale el preste con su custodia (que es vistosa y rica) al sonoro y devoto estruendo de cuantos instrumentos hay en el pueblo: violines, arpas, bajones, clarines, tambores, tamboriles y flautas. Van siempre dos acólitos con ricos roquetes y sotanas, incensando con dos incensarios de plata y otros con una vistosa cestilla llena de flores echándolas por toda la procesión a los pies del sacerdote.

Al llegar a la primera capilla, pone la custodia en el altar: inciensan, cantan los músicos alguna devota letrilla y el versículo: y el preste su oración. Luego se sienta delante de la capilla en una rica silla de las tres que sirven para las Vísperas solemnes, que por lo común son de terciopelo carmesí con galones de oro: y los cabildantes y cabos con sus vestidos de gala, en los asientos correspondientes. Salen las danzas. Ocho, diez o más, danzan alguna de las más devotas danzas delante del Santísimo, ya de ángeles, ya de naciones. Diré tal cual. Salen vestidos diez de asiáticos con cazoletas de incienso de su tierra y en ellas un grano grande como una nuez en cada una para que dure toda la danza. Puestos de hilera, comienzan a incensar al Señor, con reverencias hasta el suelo, al uso de su tierra: y al mismo tiempo cantan *Lauda Sion Salvatorem* y con bellísimas voces, que casi todos son tiples. Esto lo cantan despacio, al compás de la incensación. Repiten todos más apriesa, danzando y cantando y prosiguen dos o tres mudanzas. Cantan segunda vez dos de ellos *Quantum Potes Tamtum Aude*, etc., incensando y cantando con pausa, y repiten todos *Lauda Sion Salvatorem*, etc., danzan y cantan más apriesa. Con este orden van cantando todo el sagrado himno. Al fin van, de dos en dos, sucesivamente, al altar, con muchas vueltas y genuflexiones y dejan allí delante, en orden, todas su cazoletas con sus pebetes.

Otra vez salen cuatro reyes que representan las cuatro partes del mundo, con sus coronas y cetros y un corazón de palo, oculto, pintado, en el seno. Esos suelen ser tenores y traen el traje correspondiente a su país o región. Pónense en fila delante del Señor y con gran gravedad cantan el *Sacris Solemnis*. Acabados estos primeros versos, danzan algunas mudanzas con majestad de reyes. Paran, y vuelven a cantar los segundos, y vuelven a danzar sus mudanzas. Al fin van los dos primeros al Santísimo con grandes reverencias: danzan y allí ofrecen la corona, y vuelven por el mismo orden de

vueltas a sus compañeros. Éstos van del mismo modo, y ofrecen del mismo modo. Después de alguna mudanza, vuelven los primeros y ofrecen los cetros: y después de otra, arrancan a un tiempo el corazón y con él en la mano, con festivas vueltas y reverencias le ofrecen a aquel Señor, dejando allí corona, cetro y corazón.

Prosiguen desde esta primera capilla a la segunda y allí se hace lo mismo, con sus letrillas, motetes y danzas: y lo mismo en la tercera y cuarta: y como la gente va con tanto silencio y devoción (cosa que usan en todas las procesiones, y de que se admiran y edifican mucho los españoles virtuosos), y sobre todo, va la música repitiendo el *Tantum Ergo*: y es tanto el estrépito de las campanas, clarines, clarinetes, y demás instrumentos de boca y de cuerda, tambores, tamboriles, cajas, flautas, que parece cosa de la gloria. Acabada la procesión, reparte el padre a los más necesitados gran multitud de mandiocas y batatas, tortas, de maíz y otros comestibles que pusieron en los adornos de la procesión; y después se van a prevenir su convite, que este día es grande.

JOSÉ CARDIEL, S. J.

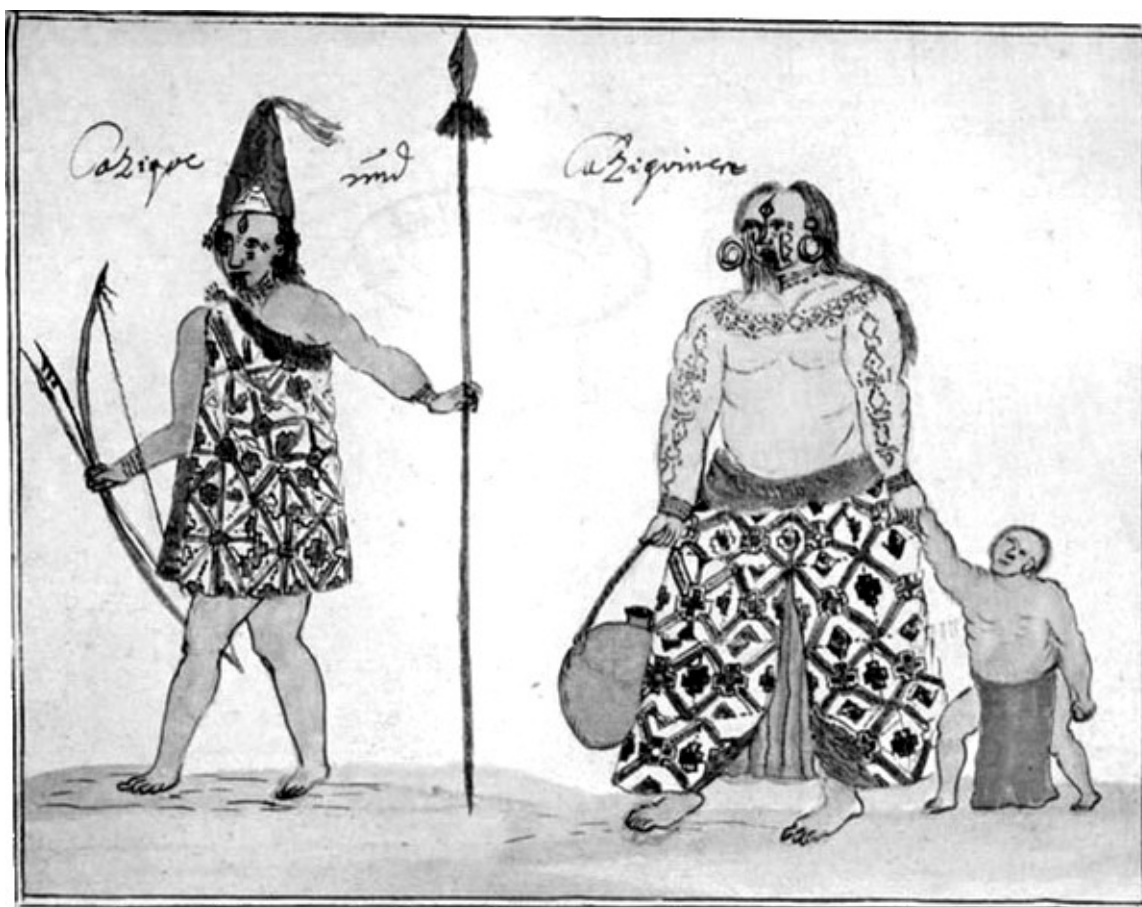
## LA EXPULSIÓN DE LOS JESUITAS

1767

---

*Los jesuítas son detenidos en todas las ciudades españolas.* — Las órdenes del Rey se ejecutaron con la misma facilidad en todas las ciudades. En todas partes los jesuítas fueron sorprendidos, sin haber tenido el menor indicio, y se puso mano sobre sus papeles. Se les hizo bien pronto partir de sus diferentes casas, escoltados por destacamentos de tropas que tenían orden de tirar sobre los que intentaran escaparse. Pero no hubo necesidad de llegar a este extremo. Dieron muestras de la más perfecta resignación, humillándose bajo la mano que los castigaba y reconociendo, decían, que sus pecados habían merecido la pena con que Dios les castigaba. Los jesuítas de Córdoba, en número de más de ciento, llegaron a fines de agosto a la Ensenada, donde se les reunieron, poco después, los de Corrientes, Buenos Aires y Montevideo. Fueron en seguida embarcados, y este primer convoy aparejó, como hemos dicho ya, a

fin de septiembre. Los demás, en tanto, estaban en camino para llegar a Buenos Aires a esperar un nuevo embarque.



Cacique y cacica. (Según Florian Pancke).

*Llegada de los caciques y corregidores de las Misiones a Buenos Aires.* — Se vió llegar, el 13 de septiembre, a todos los corregidores y un cacique de cada pueblo con algunos indios de su séquito. Habían salido de las Misiones antes de que se supiese por qué se les hacía llamar. La noticia, que supieron en el camino, les hizo impresión; pero no les impidió continuar su marcha. La única instrucción con que los curas hubiesen previsto al partir a sus queridos neófitos, había sido no creer nada de todo lo que les dijese el Gobernador General. «Preparaos, hijos míos, les habían dicho, a oír muchas mentiras». A su llegada, se les condujo en derecha al Gobierno, donde yo estuve presente a su recepción. Entraron a caballo en número de ciento veinte y se formaron en media luna, en dos filas; un español, sabedor de la lengua de los *guaranis*, les servía de intérprete.

*Se presentan al Gobernador General.* — (El Gobernador apareció en un balcón; les hizo decir eran bienvenidos, que fuesen a descansar y que les

informaría del día en que resolviese significarles las intenciones del Rey. Añadió sumariamente que acababa de sacarlos de la esclavitud y de ponerles en posesión de sus bienes, de que hasta el presente no habían gozado. Respondieron con un grito general, alzando la mano derecha hacia el cielo y deseando mil prosperidades al Rey y al Gobernador. No parecían descontentos; pero era fácil distinguir en sus caras más sorpresa que alegría. Al salir del Gobierno, se les condujo a una casa de los jesuítas, donde fueron alojados, alimentados y mantenidos a expensas del Rey. El Gobernador, al hacerles venir había llamado en persona al famoso cacique Nicolás; pero escribieron que su mucha edad y sus achaques no le permitían moverse.

A mi partida de Buenos Aires, los indios no habían sido llamados todavía a la audiencia del General. Quería dejarles tiempo para aprender un poco la lengua y conocer la manera de vivir de los españoles. He estado varias veces a verlos. Me han parecido de un natural indolente y les encontraba el aire estúpido de animales cogidos en una trampa. Me hicieron notar que se decían muy instruidos; pero, como no hablaban más que la lengua *guaraní*, no pude apreciar el grado de sus conocimientos; únicamente oí tocar el violín a un cacique que se nos aseguraba ser gran músico: tocó una sonata y creí oír los sonidos rutinarios de un aristón. Por lo demás, poco tiempo después de su llegada a Buenos Aires, habiendo llegado a las Misiones la noticia de la expulsión de los jesuítas, el marqués de Bucarelli recibió una carta del provincial, que se encontraba allí en esta ocasión, en la cual le aseguraba de su sumisión y de la de todos los poblados a las órdenes del Rey...

L. A. DE BOUGAINVILLE.

(*Viaje alrededor del mundo*, t. I.).

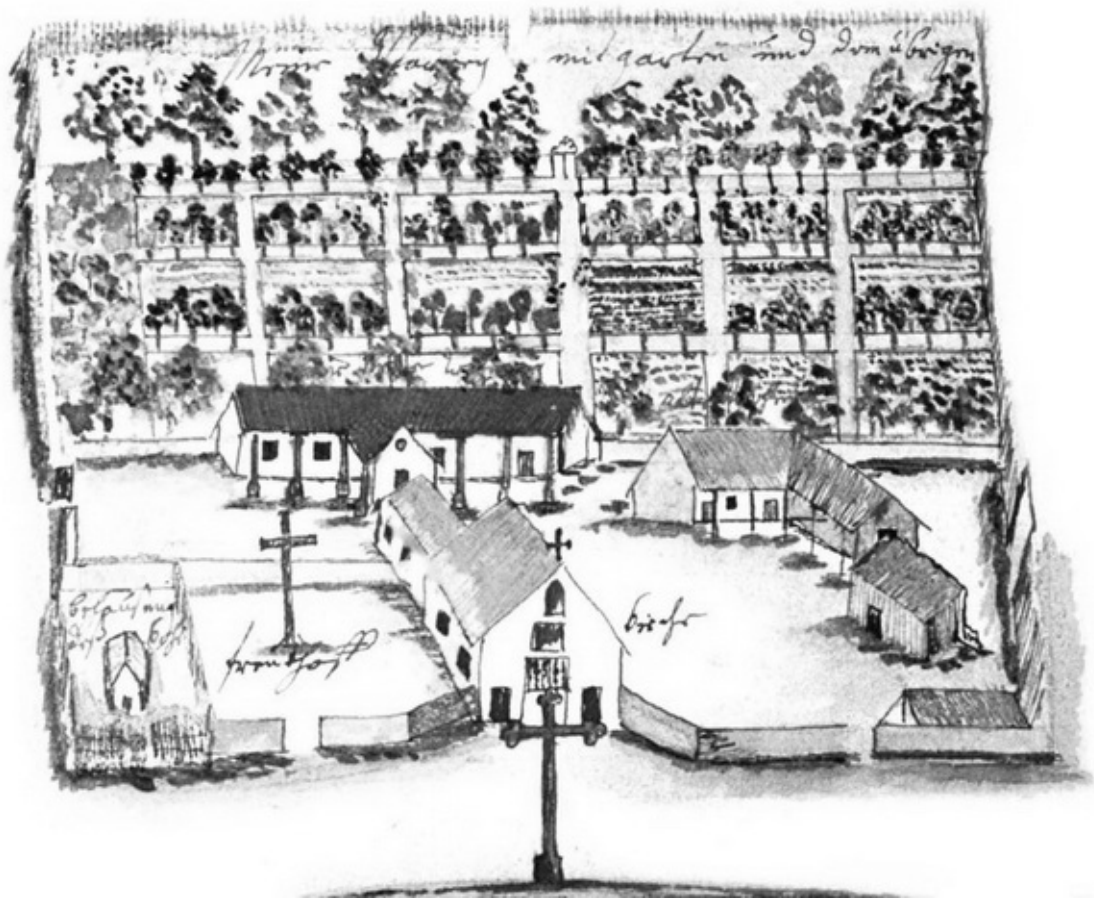
LUIS ANTONIO DE BOUGAINVILLE. — Ilustre navegante y marino francés (1729-1814). En 1763 hizo un primer viaje a las islas Malvinas. En 1766 emprendió su viaje científico alrededor del mundo que ilustró su nombre y le dió fama imperecedera. Volvió a Francia en 1769 después de enriquecer la geografía de su tiempo con buen número de descubrimientos. En 1781 publicó su libro *Viaje alrededor del mundo*, que obtuvo gran éxito. Bougainville se distinguió también como militar en las guerras entre Francia e Inglaterra, durante la segunda mitad del siglo XVIII.

## LOS JESUITAS EXPULSADOS



Cuando nuestras carretas comenzaron a partir de nuestro pueblo [San Javier] comenzó entonces en la aldea el llanto y lloro, que también a los *diputados* les corrieron las lágrimas desde los ojos. Todos cabalgábamos a caballo, desde todos lados los *indios* gritaban a los *misioneros*: ¡*Amé loguiji e Padril enomal ncopata gdapiliji!* ¡Andad y viajad padres, pero volved en corto tiempo! El pueblo entero estuvo parado en la plaza, chicos y grandes en la mayor pesadumbre. *Aletín*, que en lugar de *Domingo* se había hecho cargo del cuidado del nuevo sacerdote, quiso acompañarme también, pero tras largo ruego retornó; sus últimas palabras fueron: *Naatic Padri zolemta tapeco gdiogdenatagan gaigui tomalet jovidos mjalamac m Dieleb*. Yo agradezco *Pater* la compasión y misericordia que tú me has demostrado y he de recordarla hasta que llegará mi muerte. *Loqui calagam ncopata gdapili*. Anda pero en poco tiempo retorna.

Llegamos al contorno de la ciudad de *Santa Fe* con nuestros carros que llevaban nuestros baúles y camas. Cuando nosotros [llegamos] a la estancia del señor Sargento Mayor *don Hieronymo Leys* (de quien como buen amigo mío yo he escrito en la construcción de la *reducción* del santo *Petri*)<sup>[15]</sup> estaba sentada ahí delante de la puerta de la casa toda su familia en completo llanto y lamento: ellos golpearon las manos por sobre las cabezas; era doloroso contemplarlo; ellos querían que nos detuviéramos ahí por un rato pero nosotros no tuvimos permiso de hablar ni una palabra con ellos y pasamos por delante de ellos. El señor *don Hieronymo* corrió a caballo tras nosotros y rogó a los *diputados* que dieran permiso que él pudiese decirme siquiera una palabra, pero él no obtuvo ninguno pues ellos alegaron no poder dar alguno, sería contra la orden del Rey. Tal mentira era en realidad bien española y así apareció española<sup>[16]</sup> a cada uno; por lo tanto debimos mirarnos el uno al otro, y con lágrimas deplorar nuestra aflicción. Al rato llegó tras nosotros un enviado por la mujer del señor *Hieronymo* con una medida<sup>[17]</sup> hecha de cuero que fácilmente podía contener dos celemines de trigo; en esta medida ella enviaba para todos nosotros diez y ocho chorizos largos secados al aire que los españoles denominan *salchichas* y aun otros gruesos cuartos de chanco, no secados a manera de jamones en la chimenea sino al aire. Obtuvimos sin embargo el permiso de aceptar todo esto aunque el *Comandante* había amenazado de quien hablara con nosotros o nos alcanzara algo sería detenido en séguida como preso y enviado por la ciudad a la cárcel.<sup>[18]</sup> ¡Oh, cuán estólidamente entendió la autoridad paracuaria el mandamiento del rey! La diferencia conocimos recién en España y supimos cuál era el tenor del mandamiento del Rey.



«Mi parroquia con huerta y lo demás: vivienda, casa parroquial, iglesia, cementerio, casa del cocinero, etc.». (Según Florian Paucke).

Así seguimos cabalgando hasta un cuarto de camino delante de la ciudad de *Santa Fe*; ahí nos detuvimos cerca del anochecer. En seguida fue enviada desde la ciudad una guardia que no debía permitir una conversación con españoles. Para seis *misioneros*<sup>[19]</sup> fueron encargados también seis hombres que debían vigilarnos durante la noche. A nosotros nos semejaba como cuando los niños juegan a los soldados, puramente una completa *ceremonia* y nada de serio. Los españoles que nos habían entregado a la ciudad y fueron relevados, dieron *reporte* al *Comandante* de haber llegado nosotros pero que el *cacique* con veinte y cinco *indios* bien armados había acompañado los seis Padres, por lo tanto era de temer que los *indios* aún en camino hiciesen algo indebido contra los españoles que por lo tanto se alejaron de la ciudad estos *indios* y se los mandara de vuelta a su casa. Pronto vino el mensaje desde la ciudad por parte del *comandante* que los *indios* *volvieren* en la mañana temprano a sus casas. Cuando *Domingo* oyó esto, quedó / tan irritado que sin reparar en el mandamiento, contestó lo más apresuradamente a los españoles.

La alocución fué tan terrible y vergonzosa para los españoles que la prédica *india* por el intérprete presente y también en mi presencia no les quiso saber en forma alguna. *Domingo* habló tan osada e insistentemente como yo jamás lo hubiera creído. Algunas expresiones eran tan poderosas que a los españoles podían haber sido muy sensibles. Recuerdo aún algunas palabras que yo no me hubiera atrevido a decir sin haber sido llevado tal vez esposado hasta *Buenos Aires* o hasta España. Él dijo así: —Yo no puedo imaginarme que vuestro Rey— haya ordenado esto de despojar de nuestros padres a nosotros infelices, mucho menos que nosotros ya no debemos hablar con ellos. Vosotros mismos lo habéis urdido tal vez entre vosotros; vuestra picardía que habéis mostrado contra nosotros y nuestros padres y aun queréis demostrar, es toda la causa que este mal ha venido tan inesperadamente sobre nosotros. ¿Acaso creéis que vosotros mediante el exterminio de nuestros Padres seréis más felices? Yo no sé por cuál motivo vosotros lo habéis podido pensar y esperar. Vosotros sabéis muy bien cómo procedimos con vosotros primero y antes de que hemos vivido con nuestros Padres; ¿qué cosa buena tendréis ahora que esperar de nosotros después de habernos quitado nuestros Padres que nos han inducido a la vida moral y a la obediencia al Rey? ¿Sois vosotros seudo-cristianos o habéis vivido únicamente con el engaño de defraudar a nosotros? ¿Ya se han sanado vuestras heridas que tiempos antes os hemos inferido? ¡Tened cuidado!; nosotros podemos renovarlas. Yo conozco bien vuestros actos de amistad que nos habéis brindado después que nosotros nos hemos sometido a la cruz; vosotros no nos habéis sometido a vuestro Rey mediante vuestras espadas y fusiles, / nuestros Padres nos han dominado con la cruz de nuestro Salvador, por esto no hemos llegado a ser vuestros *esclavos*. No es posible que nuestro Rey os haya dado semejantes mandamientos, pues nuestros Padres nos han ponderado siempre su benignidad cristiana. Si vosotros fuerais buenos y fieles cristianos, sentiríais también como nosotros esta partida. Decid a vuestro *Comandante* que él ha recibido recientemente la vara que él porta mientras yo la llevo desde más tiempo y que ella me ha sido enviada a mí espontáneamente por el *Gobernador* antes que a él. Que él nos dé una prueba de su valentía y no se quede sentado en la ciudad; si él quiere seguir combatiéndonos, no debe imaginarse que nosotros huiremos. Que él mande en su ciudad, pero no a nosotros; yo no regresaré antes sino cuando me plazca y si él quiere ¡que salga y nos eche a la fuerza! Yo no cedo ante su orden y he de acompañar nuestros Padres hasta donde nuestros caballos tengan fuerzas.

Cuán agradable fué este mensaje al *Comandante* ha evidenciado la siguiente respuesta que vino desde la ciudad: que *Domingo* con sus compañeros acompañara los *Padres* hasta donde él quisiera; que no había sido su orden de alejarlos; sólo debía haber sido la invención de algún soldado; en cuanto él lo conociere lo haría castigar especialmente. Todo esto era sólo una engañifa para los testigos. No hay duda de que el *Comandante* lo había hecho ante el pedido de los seis soldados que debían acompañarnos hasta *Buenos Aires*, porque ellos temían que los *indios* les infligirían algo para despedida. Pero el haber hablado *Domingo* tan *acrememente* contra el *Comandante* y haberse negado a obedecerle, tiene su fundamento pues todos los *indios* en las / *reducciones* son sometidos completamente sólo al Rey y en lugar del Rey al *Gouverneur*, pero ni en lo más mínimo a los *comandantes* de las ciudades salvo que tuvieren orden del *Gouverneur* sobre lo cual *Domingo* se fundamentaba.

Aunque la guardia estaba presente enviaron sin embargo los españoles a la noche diversas pastas, bizcochos, cajas con frutas acarameladas y semejante provisión más para que nosotros nos pudiéramos mantener durante el camino a *Buenos Aires* pues teníamos que viajar aún más de cien leguas. Hacia medianoche recibí de un buen amigo de la ciudad *don Narciso de Echagüe* un pequeño carrito completamente cargado con provisiones, en parte grandes panes y dulces. El primer *diputado don Pedro de Miura* me envió un par de medias de algodón y pañuelos. Al día siguiente fuimos pasados desde el lado *norte* al lado *sur* de la ciudad donde tuvimos que *pasar* dos ríos que pasan cerca de la ciudad. En el resto de este día hasta el tercer día que fué el sexto día del mes de *septembris* quedamos parados cerca de algunas viviendas. En seguida de nuestra llegada el *Comandante* mandó preguntar qué faltaba a cada uno en ropa blanca, vestimenta y otras cosas; debimos transmitirle todo por escrito pues él había nombrado al efecto un español que debía anotar todo cuanto pidiéramos. Al día siguiente recibí seis camisas nuevas, cinco pañuelos blancos, un par de medias negras, un traje de casa, zapatos y un gran *breviario* pues el mío ya no era utilizable porque en los viajes por la tierra silvestre y los ríos se me había caído alrededor de seis veces al agua y cuando en la última vez lo puse a secar al sol, fué despedazado por perros que jugaban en derredor.

Aunque estaba terminantemente prohibido que desde la ciudad algún / español se nos allegara para hablar con nosotros, la antecedente prédica de mi *Domingo* había hecho sin embargo tanto efecto al *Comandante* que los españoles contrariando toda orden o prohibición nos visitaron uno tras otro

bajo el pretexto que los *indios* lo tomarían a mal si los *Padres* fueren mantenidos tan abandonados que ningún español debía hablarles. El *Comandante* lo supo pero por causas importantes debía callar ante ello. Hasta trajeron diariamente consigo mucha comida, buenos vinos españoles para beber, comieron con nosotros y trataron de consolarnos. Mi mejor amigo en la ciudad *don Narciso de Echagüe* junto con su amistad nos ha visitado en ambos días en que estuvimos parados en este lugar y diariamente ha traído todo para nuestro alimento; quedó también diariamente desde temprano hasta el anochecer al lado nuestro y ha hecho muchísimos gastos. Cada sacerdote tenía su propia *carreta*; fuera de éstas había otras dos que conducían toda la vajilla de cocina y mesa que toda contada se prestó desde el *Colegio* con la orden que toda se trajere de vuelta con las *carretas*. Nuestras propias *carretas* en que viajábamos los sacerdotes, estaban plenamente cargadas de comestibles y canastos de botellas llenas de vino, todos los cuales nos habían remitido nuestros buenos amigos desde la ciudad. El último día se hicieron ver también desde la ciudad muchas mujeres que venían a despedirse y cuando nos daban el besamanos nos apretaban en la mano disimuladamente en un papel hasta cinco, también más *pesos* o «harte Taler» y se retiraban llorando y entristecidas. Cuando ya íbamos a partir se me acercó *don Narciso de Echagüe* y me apretó a la mano tres piezas de moneda de oro portuguesa [y] dijo a la vez: *antes martyr que confessor* «eher ein Martyrer ais ein Beichtiger»; él quiso decir si acaso en el camino nosotros seríamos visitados<sup>[20]</sup> yo me hiciera martirizar antes que / confesar de quién yo había recibido este dinero.

FLORIAN PAUCKE, S. J.

## LA MISIÓN FRANCISCANA DE ITATÍ

1751

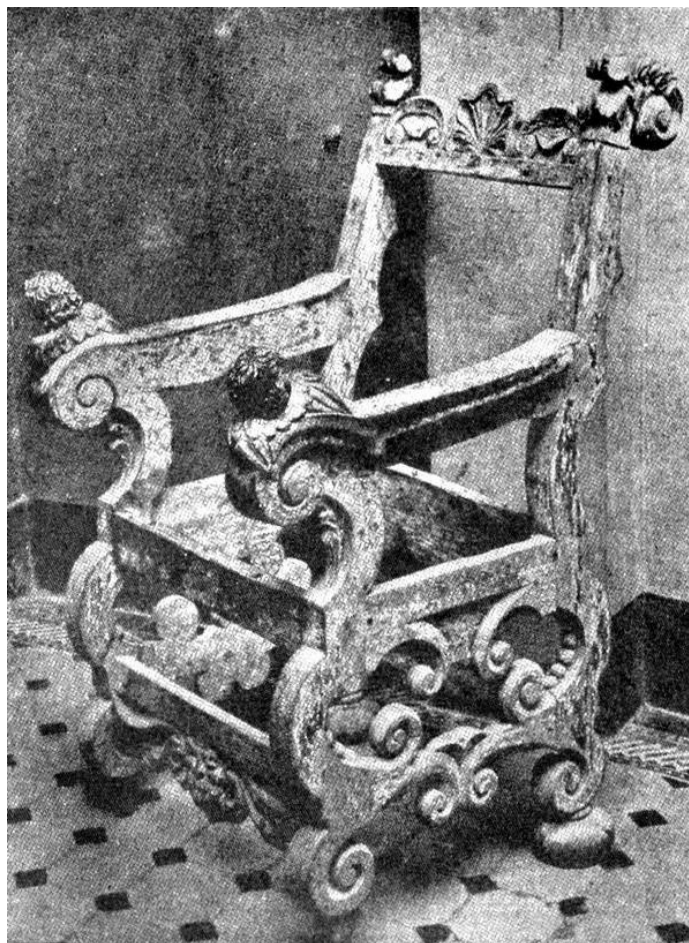
Los más de los indios de este pueblo, son hombres de campo, pero hay muchos oficiales en sus respectivas oficinas. En una trabajaban carpinteros, en otra vi doce telares que continuamente estaban tejiendo algodón, de cuya tela se viste todo el pueblo. Hay herrería y los demás oficios mecánicos

necesarios en el país. Hay escuela de música en que con gran facilidad se instruyen los indios: son muy fáciles para danzar y bailar y lo hacen con primor; y he visto entre ellos bailar algunos minuets y contradanzas con tanto garbo como pueda verse en Madrid. Particularmente admira la destreza de aquellos mocitos y muchachos que están dedicados a este empleo. El concierto de música que en estos pueblos tienen pudiera lucir en la mejor catedral de España. Tienen arpas, violines, chirimías, oboes, trompas de caza, clarines, flautas, etc., y todos los instrumentos están duplicados y algunos triplicados. Tañen todos los días al romper el alba en la puerta de la celda del cura y cantan el Bendito, luego le acompañan a la iglesia y cantan Misa; cuando está el prelado superior que va de visita, ejecutan lo mismo y tañen asimismo cuando come, y por la tarde desde oraciones hasta que se recoge a dormir, tañen en la puerta de la celda algunos instrumentos y no puede cederse de este obsequio, para mantenerlos en aquel gran respeto con que miran al prelado que va de visita.



Caza de langostas; preparación del *charque*; indiecito ejercitándose en el tiro de boleadoras; mujer dando de comer al perro; etc. (Según Florian Paucke).

Varios días se juntan a sus diversiones, como son danzar, correr toros, jugar cañas y sortijas y manejar las armas que ellos usan, que son flechas, lanzas y dardos, las que nunca apartan de sí, de manera que cuando van a la iglesia, llevan también las armas consigo, costumbre que sin duda ha introducido la necesidad, la que todavía existe en algunos pueblos amenazados de los indios infieles y montaraces que suelen dar un asalto en el día más solemne, cuando a los del pueblo, por razón de alguna celebridad, suponen con algún descuido.



Sillón de uso religioso. Procede de Trinidad, hoy en el Museo de la Plata.

---

El gobierno que tienen es trabajar para el común, como sucede, v. g. entre nosotros los religiosos franciscanos. Hay almacenes comunes donde se deposita todo cuanto el pueblo tiene de todos efectos, y el cura, que por orden de S. M. es el administrador también en lo temporal, distribuye aquella hacienda, trata y contrata con ella, los viste y alimenta, y, en una palabra, compónese todo el pueblo de menores cuyo tutor y curador es el cura, a quienes los gobernadores en sus visitas toman las cuentas, y también lo

hacemos los preladados de los mismos curas, para enterarnos de su procedimiento y presentar otro, en caso necesario. También visitan los señores obispos, pero sólo la iglesia y sacristía.

Son los indios aficionadísimos a que resplandezca toda pompa y riqueza en sus iglesias y no he podido averiguar esta afición de dónde nace, porque a ellos jamás se les ve rezar un Ave María, si no es en la iglesia, a la cual son muy puntuales; pero es por temor del castigo, porque cosa de devoción, jamás he reconocido en ellos. Todas las mañanas van el corregidor, los alcaldes, regidores y procuradores del pueblo a tomar órdenes del cura; las oyen con mucha sumisión y luego las distribuyen a los demás del pueblo, ordenando a cada uno adonde y qué es lo que ha de trabajar, y por la tarde vienen los mismos a dar cuenta de lo que se hizo, y avisan si algún indio dejó de obedecer o si cometió algún delito y son terribles para acusarse unos a otros.

A todas las indias del pueblo, capaz de trabajo, se les da el lunes el algodón que han de hilar, y el sábado entregan el hilo que corresponde, por peso, y está presente el Fiscal del pueblo, el escribano que las va llamando por su orden y el compañero del padre cura, y si alguna ha dejado de trabajar, o trae menos hilo del que corresponde, le dan veinte y cinco azotes sobre la marcha. Para esto de recibir el castigo son resignadísimos. No hay indio a quien, si el cura manda castigar con azotes, que es la pena ordinaria, pregunte por qué, o por qué no, ni replique una palabra, ni jamás el padre defiende al hijo, ni a la mujer, ni al amigo; y han concebido con tanta tenacidad esto de que el castigo es una señal de amor, que sucede cada instante llegar un indio al cura con grandes quejas porque no le mandaba castigar, y que era señal que no le quería, y verse precisado el cura a mandar que le diesen veinte y cinco azotes, los cuales siempre se dan en medio de la plaza.

El vestuario de los indios es ordinario, de chupa, calzones, calzoncillos y camisa; calzado no se les permite, aunque sean alcaldes, corregidores, etc., ni tampoco se les permite criar el pelo largo; porque no obstante su connatural humildad, cobardía y bajeza de ánimo, es menester mantenerlos en esta sujeción y servidumbre, para que no peligre la fidelidad y obediencia, que, a mi ver, se arriesga siempre que se varía de sistema; de cuyo asunto haremos más adelante una digresión oportuna y aduciremos las novedades que hoy ocurren y suceden con las Misiones de los padres de la Compañía, de los que siete pueblos están enteramente sublevados y no se duda que todos lo estarán dentro de breve tiempo, y no dejaremos de apuntar algunas de las principales causas que los han puesto en este estado.



Las indias usan un traje totalmente extraordinario. Redúcese a un saco de algodón blanco, con dos agujeros para sacar los brazos. Es talar esta vestidura y más ancha de arriba que de abajo.

FRAY PEDRO PARRAS.<sup>[21]</sup>

## 5 LAS FIESTAS COLONIALES

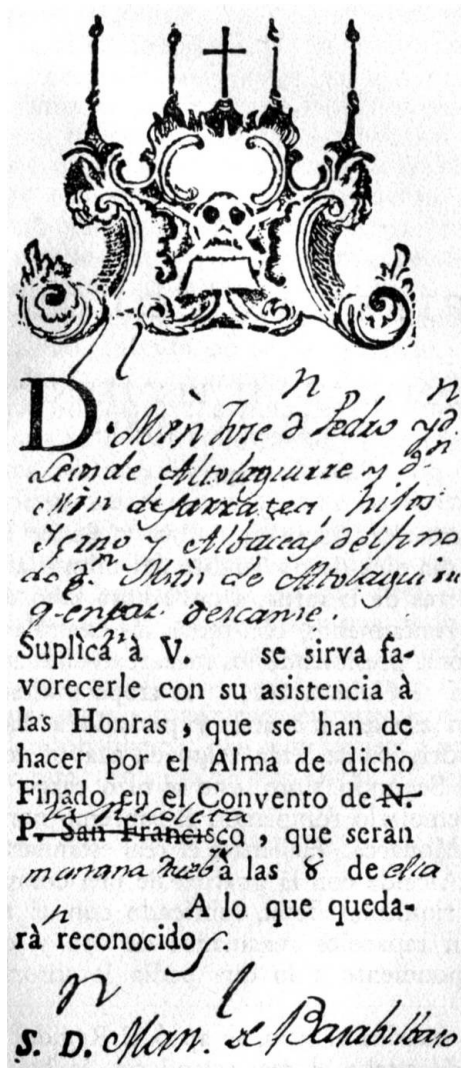
### PROCLAMACIÓN DEL REY FERNANDO VI, EN BUENOS AIRES

1747

... La aclamación de nuestro Rey y Señor Don Fernando se celebró el día diez de noviembre del mismo año de cuarenta y siete, a las tres de la tarde, a cuya hora salió de las casas del Cabildo el Ayuntamiento, con todos sus capitulares, que son en número de doce, presidiendo los maceros vestidos de encarnado, acompañando al Gobernador, y la tropa militar de Dragones formados con espada en mano; y pasando a las casas de don Francisco Rodríguez de Vida, Alguacil Mayor de la Inquisición y Alcalde de Segundo Voto, éste se hizo cargo del real estandarte para tremolarlo rompiendo el supremo nombre de Nuestro Católico Monarca. Hallábase el real estandarte colocado en las casas del Alcalde con la guardia de una compañía de infantería, en un riquísimo dosel, fabricado con el mayor primor, adornado con rapacejos recamados de oro y encajería y un sitial, correspondiente a lo que pedía la autoridad regia del asunto.

Llegada la marcha al sitio, se apeó el Regidor decano, y subiendo adonde estaba el real estandarte, lo bajó y entregó al Alférez Real, quien, después de haberlo recibido, empezó a marchar con el acompañamiento que estaba preparado, y caminó de esta manera: en la vanguardia marchaba un cuerpo de Dragones, con espada en mano; siguióse la compañía de los vecinos, oprimiendo los brutos en sillas de brida muy costosas, con hermosos mandiles y tapafundas bordados de oro y plata, en la Europa, con galonería y rapacejos también de oro y plata, y todos vestidos de ricas galas. Aparecía después en el

centro la representación del Cabildo, Justicia y Regimiento, en cuyo extremo se colocaba el Alférez Real, llevando a la mano derecha al Gobernador y a la izquierda al Alcalde de Primer Voto; proseguía después otra marcha de Dragones por retaguardia, como las antecedentes. La alegría que causaba la regular formación de todo el paseo, su respetuoso concurso, el armonioso tañido de clarines, acompañado de las cajas, era incentivo al júbilo para los que, llenos de regocijo, admiraban que en la república se hubiese unido en todos tanto esfuerzo para celebrar la justa aclamación real.



Esquela fúnebre. Imprenta de los Niños Expósitos. (Según R. de Lafuente Machain).

Llegaron con este concierto a la Plaza Mayor, donde estaba dispuesto un hermoso tablado adornado de muy preciosas colgaduras, al cual subieron el Alférez Real con el real estandarte, el Gobernador Alcalde de Primer Voto y Escribano de Cabildo. Estaba en el otro lado, en tablado correspondiente, un concierto de música, cuyas bien acordadas sonatas deleitaban el oído,

mientras la vista esperaba ansiosa la aclamación, y después de los preliminares para ella, enarbolando el Alférez Real el estandarte, publicó con animosa voz hallarse Castilla y las Indias por el Señor don Fernando Sexto y rendirle la debida obediencia a su dominio, cuyas proclamaciones, correspondidas con las voces del pueblo, demostraban la constante lealtad de los vecinos, cuyo numeroso concurso pedía doblado ámbito al que contiene el espacioso terreno de la plaza, a la cual se arrojaron las palanganas de plata que el Alférez Real había prevenido, así en moneda acuñada en el Perú, como en medallas que mandó hacer en esta ciudad para la función, con imagen e inscripción de Nuestro Rey...

Caminó el numeroso acompañamiento a asistir en la Iglesia Catedral a las vísperas de San Martín, Patrón de la ciudad, en donde se cantó el himno de Te Deum Laudamus, con muy acorde, dulce y agradable música, retirándose, después de fenecidos los divinos oficios a su casa el Alférez Real con el mismo honroso acompañamiento, en la cual tenía dispuesta una sala muy bien adornada para el real estandarte, que se puso bajo de un dosel y en él estaban colocados dos retratos de nuestros Reyes y Señores.

*(Archivo General de la Nación. Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires. Publicados bajo la dirección del Vicedirector del Archivo, Eugenio Corbet France, Serie II, t. IX, lbs. XXV, XXVI, XXVII. Años 1745 a 1750, Buenos Aires, 1931).*

## UN CARRO TRIUNFAL

... Salió al otro día por la tarde, un elevado famoso Carro Triunfal. Lo exterior del carro manifestaba una delicada pintura, en la popa las armas reales, en la proa las de la ciudad y dos costados con trofeos militares y otros follajes... Iluminábanle treinta hachas de cera y seis faroles que le hacían avivar las pinturas. Ocupaban su espaciosa capacidad las cuatro partes del mundo, vestidas con trajes correspondientes a su naturaleza, que, en distintos metros, felicitaban a un Infante que en representación del nuevo Rey se vistió y ocupó el lugar más elevado en una preciosa silla que se colocó para el efecto. En la parte inferior se puso un concierto de música bien acorde, y de muy acompasada composición, por cuyas sonatas se iban cantando varios elogios y alabanzas a nuestros reyes y señores; tirábanle ocho robustas mulas de un color, y, para más adorno de su célebre aparato, dispuso don Tomás Esquíós, Capitán de Forasteros, suficiente número de uniformes encamados

con bandas franjeadas, para que con espada en mano fuesen acompañando la carroza; y en esta conformidad paseó todas las calles, llenando de alborozo la ciudad, retirándose el paseo a la medianoche con sentimiento de los que en él se deleitaban y muchos procuraban ganar las esquinas por donde había de seguir, para lograr repetir su vista, y los clamores obligaron a que al otro día se repitiese el paseo, para que el pueblo quedase en alguna manera satisfecho.

El día siguiente salió una marcha burlesca, acompañando, con más de cuatrocientos hombres, un carro en cuyo centro, iba, de pintura, el Tiempo y a sus espaldas el dios Baco, cada uno con las insignias que lo representaban. Llevaba dentro una escuela de fingidos niños, todos con barba y el maestro que gobernaba las cartillas, sin ellas; deletreaban bastante lo que les prevenía la imaginación y prorrumpían todos a una voz, en: *¡Viva Fernando!... ¡Viva Marta Bárbara!...* En sus intermedios, tenían su concierto músico, que, dentro del mismo carro, cantaba en la misma conformidad, y luego que acababa la música, se oía el ruido de un órgano de gatos, bien discurrido, de menor a mayor, para concertar sus aullidos, que, acompañados de los ronquidos que daban unos lechoncitos que servían de bajos, hacía más sainetosa la jocosa diversión, agradando esto mucho al público, porque los trajes e invenciones que sacaron, por habérseles dado libertad a todos para que saliese cada uno según su antojo, causó la más armoniosa marcha que pudiera producirse. Compusieronla y costeáronla los gremios de las artes mecánicas y por que no quedase sin parte el de los párvulos, dispusieron éstos una calesita a lo burlesco, en que fuese un niño seriamente sentado con su acompañamiento de vanguardia y retaguardia, montados en carneros y con copia de luces, con cuyo particular alborozo, anduvieron por toda la ciudad tres noches, recogiendo en cada una al amanecer del día siguiente por pasear los barrios todos de la ciudad.

## JUEGOS DE SORTIJAS — COMEDIAS — TOROS

... Siguióse el juego de cañas y sortija, que se hizo en la plaza por cuatro cuadrillas de a doce hombres cada una, de los principales vecinos de esta ciudad, comandados por el Maestre de Campo don Juan de San Martín, la una de españoles, otra de moros, otra de turcos y otra de indios... Entraron a la plaza a las cuatro de la tarde, las tres a son de caja y clarín y la de indios de

flauta y tamboril, todos muy bien vestidos, especialmente los turcos e indios, que, después de haber mandado hacer a propósito los vestidos correspondientes al traje, de muy ricas telas de brocados guarnecidos con franjas de plata y oro y encajes muy finos, adornaron toda su bizarría con joyas de piedras preciosas, perlas y otras alhajas... Puestos en los ángulos destinados a cada uno de los cuadrilleros, empezaron la corrida de cañas, después de paseada la plaza, lo que desempeñaron con gran acierto, el que no menos tuvieron en la sortija que enlazaron quince veces. Y a cada sujeto gratificaba el Alférez Real una medalla de las que habían mandado hacer con la imagen de nuestro Católico Monarca en un lado, y en el otro, las armas de esta ciudad... y tenía reservadas para este día, en lo cual quedó toda la república grandemente regocijada por los lazos que figuraron y paseo que, después de despedirse el Gobernador y Cabildo, hicieron por las calles, acompañando a los comandantes y después a los cuadrilleros, quienes tenían preparado refresco de dulces, alojas y otras especies.

Pasáronse después a ejecutar, en dos subsecuentes noches, dos comedias que tenían dispuestas los militares de este presidio, la una intitulada: *Las armas de la hermosa* y la otra: *Efectos de odio y amor*, precediendo a las dos una loa de aprobado metro. Fué crecido el gasto que tuvieron para esta función, porque, habiéndose empeñado en su mayor aire, mandaron hacer y pintar... bastidores que se corriesen conforme los lances de las comedias con armoniosa perspectiva y diesen alma a los sucesos con la voz de los cómicos.

Estaba tan viva la pintura de cada mutación, que parecía se quería asomar a salir del lienzo y mostrar eran realidades las apariencias. Formaron con ellos un espacioso y magnífico teatro que merecía lugar y alabanza en el mejor coliseo...

Siguiéronse después cuatro días de toros, para los que estaba dispuesta la plaza, circunvalada en cuadro... con tablados vestidos de colgaduras, damascos y tafetanes, cuya vistosa variedad, juntamente con el tremoleo de copia de banderas y gallardetes enarbolados al viento, causaban un placer muy gustoso, sin que hubiese persona alguna poco contenta. Estaba un concierto de música, inmediato al asiento del Gobernador y Cabildo... Lucieron en la lid tres galanes que rejonearon, vestidos en cuerpo, en bien briosos caballos, cada uno con su criado asimismo a caballo para que alcanzase los rejonos, después de empleados los que tenía en la mano. No faltaron algunos diestros capeadores que mostraron con bizarría su habilidad y otros en manifestar la que tenían en el total acierto de clavar banderillas a una y otra parte de las cervices de los toros. Algunos de los más feroces

salieron ensillados, con un jinete que se burlaba de sus sangrientas iras, corriendo toda la plaza deshecho en cólera, sin que pudiese hacer moción en el jinete. Empezábanse las fiestas a las cuatro de la tarde y acababan a las siete y media, que es el tiempo de dar la oración.

## FIESTAS EN LA FORTALEZA

... Ocupáronse otras dos noches en la Real Fortaleza, con saraos y armonioso concierto de música, adonde acudió toda la nobleza del pueblo, de uno y otro sexo, entrando desde la oración hasta la medianoche, en cuyo intermedio danzaban bailes... así los caballeros como las señoras, festivos todos de mirar tan lucido congreso. En las dos noches, el Gobernador y Capitán General propinó un magnífico refresco a todos los circunstantes, que sirvió de paréntesis a las contradanzas, minuets y arias.

La noche siguiente, ejecutaron, en la misma Real Fortaleza los indios de los reverendos padres jesuítas una ópera de muy bien acompañada composición, que tenían prevenida, queriendo interesarse en los aplausos generales y universal regocijo de su Rey y Señor natural. Cantaron con dulce proporción de voces los recitados, alegres, adagios, fugas y demás composiciones músicas que componían la ópera... Acabada, la sainetearon con bailes muy agradables y que eran, en sus mudanzas, de particular primor.

La subsecuente se repitió en la misma Real Fortaleza una de las comedias dispuestas y costeadas por el cuerpo militar, habiendo para ello formado los bastidores en la debida colocación y ejecutaron los papeles con sobresaliente propiedad, a lo que asistió lo más florido de esta república, por no haber ámbito para todos los deseosos de ver tanta belleza, así en las pinturas como en las damas y galanes, que salieron al teatro con riquísimas galas, cuajados de joyas preciosísimas, de diamantes, esmeraldas, topacios, jacintos y demás piedras y con perlas de fino oriente, todo proporcionado con muy lucida compostura.

Últimamente, habiéndose convocado doce personas de España, y formado compañía para representar otras dos comedias... eligiendo para ello las intituladas *Primero es la honra* y *La vida es sueño*... las ejecutaron con primor, en lucido teatro, que compusieron de primero y segundo cuerpo, en aquél, vestidos siete arcos de tafetanes muy vistosos y colgaduras de damasco

carmesí, que sirviesen para las entradas y salidas que hicieron con tan natural propiedad, que los lances de ternura causaban igual compasión al ánimo, como alegría al gusto de los que miraban. En el segundo cuerpo, que se componía de tres arcos, igualmente costosos en su ornamento, se veía un hermoso dosel en donde estaban colocados dos retratos de nuestros Reyes y Señores y en el centro de la cima las armas reales, adornado todo el ámbito de colgaduras, iluminados ambos cuerpos con muchas luces que recibían con grande franqueza la variedad de arañas de plata, cornucopia de cristal, que en uno y otro se habían fijado y reflejaban en los espejos que adornaban el cuerpo alto. Intermediaban a uno y otro, tres balcones en cuyos extremos se hicieron dos montes para que en ellos se pudiesen representar a lo vivo los pasajes de las comedias. Remataba en la cumbre del teatro una cenefa de prolija compostura, adornada en encajería de plata y en la cumbre una corona vestida con igual conformidad.

«NOTICIAS SOBRE LA ENTRADA DEL  
EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON NICOLÁS  
ARREDONDO, VIRREY DE BUENOS AIRES,  
SUCESOR DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR MARQUÉS  
DE LORETO»

1789

... El 25 de noviembre de 1789, salió de Córdoba y el 29 llegó a la Esquina de la Guardia, primer punto de esta jurisdicción y siguiendo su viaje con la prontitud que se había experimentado, el 2 durmió en la posta de la Cañada de la Cruz, de donde salió por la mañana y se condujo a Luján, comió en casa del cura... donde, por mano de don Antonio de Pinedo, le tenía preparada la comida el Excmo. señor de Loreto.

En dicho Luján estaban esperando para cumplimentarlo, un diputado de la Audiencia, que fue el Oidor don José Pareja y Cortés; los diputados del ilustre Cabildo secular; el Alcalde de Segundo Voto don Miguel de Azcuénaga y el Alcalde Provincial don Diego Mansilla y por parte del Illmo. Obispo, su provisor...



Luego que comió su Excelencia con la Excma. señora su esposa y dos hijos que traían... emprendió su viaje para la posta de la Cañada de Morón, adonde llegó a cosa de la tarde, con ánimo de dormir en ella y por la mañana seguir hasta la Chacarita de los Colegiales, en donde, por disposición de dicho señor Loreto le estaba preparado su primer alojamiento por don Manuel Basabilbaso.

En la expresada posta de la Cañada de Morón se hallaban esperando a sus Excelencias, el dicho don Manuel de Basabilbaso, y, en nombre del Exento, marqués de Loreto, les hizo presente estaba preparado su alojamiento con camas y todo lo necesario, en la Chacarita, pero... como había más de cuatro leguas de camino... determinaron no conducirse hasta la Chacarita, hasta el día siguiente a mediodía para comer allí y a la tarde hacer su entrada en la ciudad.

En vista de esto se retiró Basabilbaso y al día siguiente, a mediodía, llegaron los Excelentísimos a la expresada Chacarita, donde esperaba la guardia correspondiente y se les recibió con una orquesta de música, y aunque estaba prevenida por disposición del señor Loreto una gran mesa con ramilletes y treinta cubiertos, sus Excelencias determinaron comer solos en uno de los cuartos adornados y prevenidos, y allí se les sirvió la gran comida y sólo estuvieron a la mesa sus Excelencias y sus dos hijos y en la otra mesa comieron algunos sujetos y... se hallaban seis colegiales y su Rector. Al concluirse la comida de sus Excelencias, llegaron el Illmo. señor Obispo, el Inspector don Antonio Olaguer y Feliú... y habiendo cumplimentado ligeramente al Excmo. señor Virrey, que salió a la gran sala que estaba muy adornada con dosel y dos sillas de proporción... cojines y otra silla... se retiraron.

A poco tiempo, y como a las cuatro de la tarde, llegó el Excmo. señor de Loreto que iba en su carroza con el Regente y Oidor Decano al vidrio, y en el otro coche los demás señores de la Real Audiencia, Tribunal de Cuentas y Cuerpo de individuos, con sus maceras, y habiéndose apeado a la puerta y formándose en dos alas..., el señor Loreto al medio..., entraron en el gran patio, y saliendo el Excmo. señor nuevo Virrey al encuentro... adelantándose el señor Loreto por medio de las dos filas, se saludaron y abrazaron y después de los primeros cumplimientos y antes de entrar al salón, el señor Loreto, tomando la izquierda, le entregó el bastón en señal de ejecutarlo del mando, y el señor nuevo Virrey le dió el que llevaba, que expresó no era correspondiente porque no estaba prevenido ni había considerado sucediese esto.

Entrados los Excmos. señores y demás de la comitiva al salón, siguieron allí los cumplimientos y luego el señor Loreto presentí) al nuevo señor Virrey a la Exenta. señora... y habiendo salido a la sala y sentándose en la silla del dosel de la izquierda, recibió los cumplimientos de todos, y, pasado en todo esto más de media hora, se determinó salir a tomar los coches, que, en el mismo orden que habían ido, volvieron a la ciudad y el Exento, señor nuestro Virrey se condujo en la carroza del Excmo. señor Loreto y a su derecha y a los vidrios el Regente y Oidor decano. Su Exenta, señora quedó en la Chacarita para salir después de algún tiempo, y quedaron acompañándola en el salón, Basabilbaso y otros sujetos... y cuando consideró Su Excelencia, significó se emprendiese la marcha, que la ejecutó en una carroza con seis mulas que había ido de la ciudad, y sólo vinieron con su Excelencia sus dos hijos al vidrio, y con la guardia correspondiente que había quedado para el efecto y después seguían los coches de los particulares que quedaron acompañando a Su Excelencia.

Como los coches de los Tribunales y de los Excmos. señores iban muy despacio, a poco más de la mitad del camino se vinieron a unir ambas comitivas, de suerte que, la retaguardia de la del señor Virrey iba unida con la vanguardia de la señora Virreina, y en esta conformidad se entró en la ciudad por toda la calle derecha, desde lo que llaman Miserere y calle de las Torres, que se dirige a la Plaza Mayor por el puente de la calle Nueva, y se fué en derechura al Fuerte, donde dejaron el coche los Excmos. señores Virreyes en la puerta que hace frente a la Real Audiencia, donde ya se hallaba formado el Tribunal y Ciudad como que había ido entrando primero... despidiéndose allí mismo el Exento, señor Loreto, tomó su coche y se dirigió a su casa... El Tribunal, Ciudad y el señor Virrey entraron al Real Acuerdo donde se leyó el Real Despacho e hizo Su Excelencia el juramento, y, acabado este acto, subió con todo el Acuerdo a sus habitaciones y recibió los cumplimientos de todo lo principal del pueblo, oficialidad, y prelados de las religiones que estaban en el salón y corredores, esperando a Su Excelencia.

Entretanto que había entrado el Real Acuerdo, como se ha dicho, llegó la Excma. señora Virreina, y, apeándose del coche en el arco, frente a la escalera, la recibió el Inspector don Antonio de Torres, sobrino y Secretario de Cámara del mayor grado y otros oficiales y caballeros que allí estaban y subieron acompañándola para su habitación, donde se hallaban la mujer del Inspector, las de los señores Oidor y Fiscal, la del Administrador de la Aduana y las criadas; y las dos oidoras... se adelantaron... a hacerle el primer cumplimiento y en el mismo salón del dosel las demás señoras, y

seguidamente entraron todas al preparado para Su Excelencia, que tiene puerta a dicho salón, y tomaron sus asientos, sobre lo que hubo sus etiquetas e historietas graciosas entre las mismas oidoras y la mujer del Inspector, puesto que todas querían preferencias...

La señora Virreina pretendió conducirse, a la entrada a la ciudad, en la carroza con el señor Virrey y sus hijos, pero como esto no era compatible con la circunstancia de la concurrencia del señor Loreto y Real Acuerdo, no pudo obtemperarse... y la atención y finura del señor Loreto cortó los disgustos que se preparaban, con el arbitrio de que entrase Su Excelencia como por separado y seguidamente, y su guardia igual y que toda la tropa le hiciese los honores, lo que así se verificó. Como la señora Virreina había expresado en todo el camino que no gustaba del trato con las señoras y que tampoco le agradaba saliesen a recibirla, no se determinaron, ni las oidoras ni las demás, a ir a la Chacarita como parecía regular y correspondiente, y determinaron recibirla y hacerle el primer cumplimento en el Fuerte, cuando llegase.

El día siguiente, por la noche, volvieron las mismas señoras... y otras a cumplimentarla y aunque después siguieron distintas visitándola, como se llevaron el petardo de que no recibiese a algunas por haberse manifestado hallarse incómoda de jaqueca... se retrayeron y a pocos días, Su Excelencia, para no incomodarse todos los días en recibir y que las señoras supiesen en el que podrían ir a visitarla, y sería mejor señalar una noche a la semana... con efecto eligió la del miércoles...

Como Su Excelencia se ha retraído grandemente del trato de las gentes, así de hombres como de mujeres, y de cumplimientos, y dedicado a los cuidados domésticos, no se ven concurrencias diarias en el Fuerte y sólo los domingos hay Corte, y los miércoles por la noche suelen concurrir el señor Regente y algunos otros Oidores y particulares, pero pocos, y se ha notado que esta señora no ha salido ninguna vez del Fuerte desde que llegó, y tampoco ha ido a la Comedia, a la que desde el principio ha concurrido algunas veces el señor Virrey con sus hijos.

En el palco de dicha Comedia, se ha hecho alguna novedad, dándole otra figura, poniendo... por delante una gran cortina y centinelas abajo y sobre el teatro, que antes no se acostumbraba, ...y se dice que es al uso de Lima.

*(De la época colonial, por HORACIO ARREDONDO, hijo; documento mauscrito en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. Sección manuscritos. Publicado en la Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, t. III, N.º 2, Montevideo, 1924).*

6  
CUADROS Y COSTUMBRES  
COLONIALES. LA VIVIENDA. EL  
VESTIDO

LLEGADA DE JESUITAS A CÓRDOBA

1729

... Dejamos la ciudad de Santa Fe noventa millas a la derecha, y, sin embargo, los padres de aquel colegio, sabiendo que pasábamos, vinieron con carretas a darnos la bienvenida y a proveernos abundantemente de nuevos víveres. Lo mismo hizo el Padre Procurador de la provincia, esperándonos en el paso del río Tercero, setenta y cinco millas de Córdoba, en nombre de toda la provincia del Paraguay. Finalmente, en el paso del río Segundo, encontramos al Padre Rector de esta Universidad con otros tres padres, queriendo abrazarnos a todos antes que llegásemos a su colegio, y, volviendo al día siguiente a la ciudad, preparó nuestro público recibimiento en esta forma: llegados en la tarde del 27 del mes dicho a una media milla de Córdoba, dormimos en nuestras carretas como las noches anteriores. La mañana del 28, después que dijo la Misa el Padre Provincial, que venía con nosotros, nos encaminamos a pie, poco a poco, hacia la ciudad. Encontramos primero a todos los colegiales en número de 51, muy bien vestidos, como acostumbran en España, de largo y color tabaco y una banda roja muy ancha, que, cruzándoles sobre el pecho, tiene una hermosa lámina de plata con el escudo español. Éstos, haciéndonos alas, nos abrieron el camino a encontrarnos con toda la comunidad de nuestros padres, en número de sesenta entre viejos decrepitos, jóvenes estudiantes y novicios, y con mil abrazos y congratulaciones nos recibieron llorando de alegría. Poco distante

encontramos al señor Lugarteniente con algunos de los principales, que hicieron lo mismo.

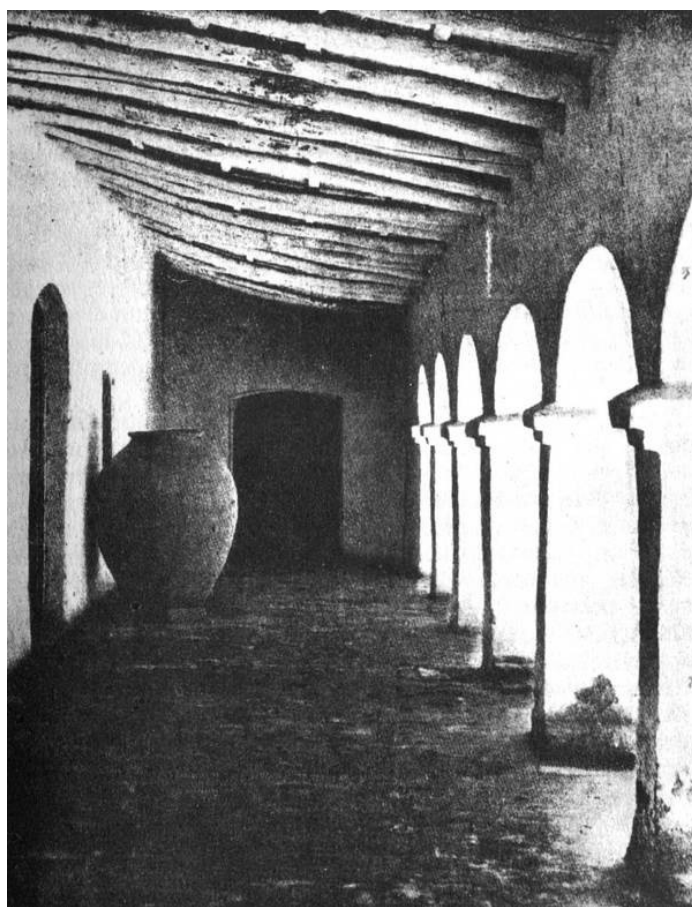
Acompañados en esta forma, entramos a la ciudad al son de las campanas, seguidos de todo el pueblo, y nos dirigimos directamente a nuestra iglesia, donde encontramos esperándonos al señor Obispo en la capilla mayor, que, después de hacernos cumplimientos muy corteses, poniendo en medio al Padre Provincial, a la derecha el segundo Padre Procurador y él a la izquierda, arrodillados todos, se entonó con música solemne el *Tedéum* y acompañándonos al colegio se retiró después a su palacio. Empleamos en el camino un mes, ni más ni menos, pues partimos de Buenos Aires el 25 de junio, a pie, a una posesión que tiene aquel colegio, distante cinco millas de la ciudad. Nos detuvimos allí hasta el 28 para ordenar las carretas y proveemos de la leña que bastase hasta que encontráramos más. El mismo día, después de comer, se empezó el viaje, y el 28 de julio entramos a Córdoba, haciéndose por lo general quince millas diarias de camino.

CARLOS GERVASONI, S. J.<sup>[22]</sup>

## MONTEVIDEO EN 1763

### EN LAS AFUERAS DE LA CIUDAD

A la hora de la partida, M. de Bougainville, los principales oficiales y yo, fuimos a casa del Gobernador, encontrando allí los caballos prontos. La señora Gobernadora, vestida de amazona, llevando un gran sombrero bordado en oro, con el ala dada vuelta a la militar, montada en un caballo soberbio, se puso al frente de la cabalgata. Después de más de una hora de marcha, llegamos al bosque del Gobernador, el cual es un huerto delicioso, formado de manzanos, durazneros, perales e higueras, plantados en filas poco regulares, con excepción de la del centro, que tiene más de media legua. Un arroyo bastante caudaloso serpentea a través del vergel; las avenidas son muy agrestes a causa de la cantidad de plantas altas y bajas que crecen sin mayor cuidado, además de la hierba que hay en abundancia.



Corredor de casa colonial.

Los árboles están tan cargados de fruto que la mayor parte de las ramas, no pudiendo soportar el peso inmenso, están quebradas. Todos los frutos — dicese— son excelentes; no pudimos comprobarlo, porque, a pesar de que tenían muy buena apariencia, no estaban en madurez sino hasta fin de febrero.

De este jardín podría hacerse un paseo encantador, pero el Gobernador no ha querido trabajarlo, pues tiene el propósito de volver a Europa y fijar allí su residencia. Fue en este bosque donde hice conocimiento con un franciscano, de nombre el P. Roch, que era preceptor de los hijos del Gobernador Viana. Durante el paseo conversamos en latín sobre algunas cuestiones de física; me fué fácil cerciorarme que no había estudiado casi sino en las escuelas de la filosofía de Aristóteles. Él mismo me lo confesó: «Yo soy —me dijo— peripatetico, y socratista para la vida».

Hemos comido muchas veces en casa del Gobernador, que nos ha dado almuerzos y comidas tan espléndidas, como las que permite el país; los platos son preparados según la costumbre, es decir, la mayor parte con grasa refinada de vaca, la cual se sirve en vez de aceite y manteca, y sazonada con

tanta pimienta y *carthamo* hasta dejar completamente cubiertas las comidas; sin embargo, tenía bastante cuidado de no poner estas especias en todos los platos. Los vinos de España y de Chile eran los que nos servían de bebida; la vajilla toda era de plata maciza, aun cuando también la había de porcelana. Un mantel muy corto cubría la mesa y las servilletas eran un poco más pequeñas que los pañuelos medianos, con fleco, naturalmente, o para hablar correctamente, deshilachados por los dos extremos.

Los españoles no beben, ordinariamente, más que agua en las comidas, trayéndose a cada uno, a los postres, una copa de vino, aun sin solicitarla. Cuando nosotros pedíamos vino con agua, se nos traía separadamente y era necesario beberlo de ese modo.

El vino de Chile tiene un color semejante a una porción de *ruibarbo* y de *sen*; su gusto se le aproxima bastante. Ese sabor puede ser debido al terreno donde se produce o más bien al cuero de cabra en los cuales se lo transporta. En todo el Paraguay no se bebe otra cosa, haciéndose uno, bien pronto, a su gusto y encontrándolo bueno después de algunos días.

ANTONIO JOSÉ PERNETY.

(*Descripción de Montevideo durante la gobernación del Mariscal don José Joaquín de Viana* (1763-1764). Fragmentos tornados de la obra intitulada *Histoire d'un voyage aux isles Malouines. Fait en 1163 et 1164. Avec des observations sur le detroit de Magellan et sur le Patagon*. Par DOM. PERNETY. Abbé de la Abbaye de Burgel. París, 1770. [Existente en la Biblioteca Nacional de París]. *Revista Histórica de Montevideo*, t. VI, N.º 16, 4.º Trimestre, 1912. Montevideo, 1913, pág. 264. Traducción de Pablo Blanco Acevedo).

ANTONIO JOSÉ PERNETY.— Escritor francés (1716-1801). Pertenecía a la orden de los benedictinos y había publicado ya algunos libros de arte y de religión cuando acompañó como capellán a Bougainville en su expedición a las islas Malvinas (1763). En 1769 escribió el *Journal historique du voyage fait aux isles Malouines et au detroit de Magellan*, etc. (Berlín, 1769), al que pertenecen todos los fragmentos que publicamos, relativos a Montevideo. Pernety fué muy aficionado a la alquimia y dado a la superstición. En sus últimos años se apartó de la Iglesia y fundó una secta religiosa que logró escasos adeptos.

## EL CULTO

Las ceremonias de la religión, son más o menos lo mismo que en Madrid. Durante todo el tiempo de la misa y a falta de órgano, un individuo, desde una tribuna, toca el arpa. No he visto demostraciones especiales de devoción, sino la de golpearse el pecho hasta cinco o seis veces, desde el comienzo del *canon*

hasta la comunión. El rosario está allí muy en boga y casi es la única plegaria que se acostumbra en Montevideo. Los portugueses de Santa Catalina, blancos, negros y mulatos, hacen todos gala de tenerlo. También tienen devoción al escapulario del Monte Carmelo; hombres y mujeres lo llevan. Por medio del escapulario y de las avillas se creen al abrigo de todos los peligros y en seguridad para su salvación eterna. Estas *avillas*, las cuales se ven colgadas en el cuello de las personas, son unas especies de castañas de mar, parecidas a una haba, aplastada y redonda, del tamaño de un pequeño escudo, de dos líneas de espesor. Yo he recogido muchas en la orilla del mar, en la isla de Santa Catalina, sin conocerlas, y las he visto, varias, engarzadas en plata, en casa de un orfebre de Montevideo. Me dicen que llevadas al cuello preservan de los malos aires y de las brujerías.

En cada altar de la iglesia hay una cortina extendida, siempre delante de la principal imagen, que se corre de arriba abajo. En el comienzo de la misa el sacristán tira del cordón que suspende la tela y descubre la imagen; cuando concluye deja caer la cortina y el cuadro queda oculto.



Pileta tallada en piedra. Procede de Apóstoles, hoy en el Museo Histórico Nacional.



No hay más que un eclesiástico en la ciudad, el cual nos ha hecho muy buen acogimiento; él tenía conocimiento no sólo de lo que el rey de Portugal hizo contra los jesuítas de sus Estados, sino también, lo que, tanto el parlamento como el gobierno de Francia había estatuido contra la Sociedad. Así pues, me rogó que le diese por escrito el extracto de lo que representaba el célebre cuadro encontrado entre los jesuítas de Billón, en Auvernia, cuando el inventario hecho de los bienes y muebles de estos padres, después del cierre y supresión de su Instituto.

## LA VIVIENDA

Montevideo es, en mi manera de ver, una colonia nueva. Hace veinticinco años no se veían más que algunas casas. Sin embargo, es el único sitio cómodo para surgidero de los navíos que remontan el río de la Plata. En la actualidad es una pequeña ciudad que se embellece todos los días. Sus calles son tiradas a cordel y bastante anchas, como para que tres carrozas puedan pasar de frente. Las casas no tienen más que un piso, bajo la armazón del techo —con excepción de una sola, situada en la plaza principal y que pertenece al ingeniero que la ha mandado construir, para su residencia. Ésta consta de una planta baja y una especie de bohardilla con una parte sobresaliente en la cual descansa un balcón colocado en medio de la fachada.

Cada casa burguesa se compone, por lo general, de una sala que sirve de entrada con algunos cuartos-dormitorios, y de una cocina, único sitio éste donde hay una chimenea y donde se hace fuego. Propiamente estas casas no son sino una planta baja, de catorce a quince pies de altura, comprendiendo el techo.

Así, la casa del Gobernador consta de una sala de entrada, la cual es una pieza en forma de cuadrilongo, que no recibe la luz más que por una sola ventana, bastante pequeña, con una vidriera, mitad papel, mitad vidrio, estando la parte baja de la misma cerrada por obra de carpintería. Esta primera sala tendrá quince pies de ancho por diez y ocho de largo. De ésta se pasa a la sala de recibo, que es casi cuadrada, teniendo más fondo que ancho. Al fondo, frente a la única ventana que la alumbraba, se ve una especie de estrado, ancho de seis pies, cubierto de pieles de tigre, y en cuyo centro hay un sillón para la señora Gobernadora y a cada lado seis taburetes, tapizados,

lo mismo que el sillón, de terciopelo carmesí. Toda la decoración consiste en tres malos y pequeñas cuadros y algunos grandes planos, mitad pintados, mitad coloreados, todavía más malos en cuanto a la pintura. Los asientos para los hombres ocupan los dos otros lados de la sala, formados por sillas de madera con un respaldo muy elevado, semejantes a las de la época de Enrique IV, teniendo dos columnas torneadas que sostienen un cuadro que adorna el centro, el cual es tapizado en cuero estampado con bajos relieves lo mismo que el asiento. La puerta de comunicación de esta sala al cuarto que sigue, donde duermen el Gobernador y su esposa, está cerrada por una cortina de tapicería. Los otros dos ángulos están ocupados, el uno por una mesa de madera, donde siempre hay una bandeja para tomar el mate y el otro por un armario con dos o tres estantes, adornados con algunas tazas y platos de porcelana. La señora de la casa es la única que toma asiento en el estrado, cuando no hay más que hombres en su compañía, a menos que ella no invite a algunos, especialmente, a sentarse en los taburetes al lado de ella.

Generalmente estas salas no tienen piso adecuado, ni cielo raso, viéndose en el interior los soportes que sostienen el tejado.

Los españoles de Montevideo son muy ociosos; no se ocupan casi, más que en conversar en ruedas, tomar mate y fumar un cigarro. Los comerciantes y algunos artistas en muy escaso número, son las únicas personas ocupadas en Montevideo. No hay allí ninguna tienda a la vista ni tampoco letreros que la anuncien; sin embargo, suele encontrarse alguna en el ángulo formado por el encuentro de dos calles. Por lo demás, el mismo comerciante vende vino, aguardiente, géneros, ropa blanca y quincallería, etcétera.

## LA INDUMENTARIA. EL BAILE

... Los españoles están vestidos poco más o menos como los portugueses de la isla de Santa Catalina; pero llevan, bastante comúnmente, sombrero blanco de alas retorcidas y de un tamaño desmesurado.

Las mujeres son bastante bien, por la cara y su porte, pero no sabría decir hasta cuánto su color fuese el de la rosa o del lirio; su tez es oscura y muy a menudo les faltan los dientes, o no son éstos precisamente blancos.

Su traje consiste exteriormente en un *corset* blanco o de color, sin ajuste, y que sigue las proporciones del talle, que baja hasta más de cuatro dedos

sobre la falda. Ésta es de un género más o menos rico, según las facultades o fantasía de la que lo lleva y está bordado de un galón o de una franja de plata, de oro o de seda, algunas veces en doble hilera, pero sin fleco (falbalá). En el peinado no llevan por lo general, ni tules ni puntillas. Una sola cinta, pasada alrededor de la cabeza, mantiene sus cabellos reunidos, en alto, los cuales, pasando por detrás de la cabeza caen en forma de trenzas por la espalda y a veces hasta la rodilla. Ellas fundan ciertamente su belleza en el largo de su cabellera.

Cuando salen a la calle se cubren la cabeza con una pieza de género fino, blanco, y de lana, adornado de un galón de oro, de plata o de seda. Es a esta pieza de género a lo que llaman *iquella* o mantilla; ésta cubre los hombros y los brazos y desciende hasta abajo de la cintura, cruzándose las dos puntas sobre el pecho y pasándolas sobre los brazos, como nuestras damas francesas lo hacen con su manteleta. Cuando están en su casa, generalmente, no llevan este velo, pero en la calle y sobre todo en la iglesia, se lo arreglan de modo que no se les vea más que un ojo y la nariz: entonces es imposible reconocerlas.

Las mujeres en sus casas tienen la misma libertad que en Francia. Ellas hacen sociedad de muy buen grado y no se hacen de rogar para cantar, bailar, tocar el arpa, la guitarra o el mandolino. Son mucho más complacientes que nuestras francesas. Cuando no bailan se mantienen sentadas en sus taburetes, colocados, como ya lo he dicho, sobre un estrado en el fondo de la sala de recibo.

Los hombres no pueden sentarse allí más que cuando se les invita, y un tal favor prueba una gran familiaridad.

La manera de bailar de las damas tiene algo de la indolencia en la cual ellas pasan sus días, aunque sean naturalmente muy animadas. En la mayor parte de los bailes llevan los brazos caídos, o cruzados bajo la mantilla, a la cual también llaman *rebozo*. Bailando el *zapateo*, uno de los bailes más en uso, levantan sus brazos en alto, golpeando las manos, como se hace algunas veces en Francia, cuando se baila el *rigodón*. El *zapateo* se baila sin cambiar mucho de lugar, golpeando alternativamente la punta del pie y el talón. Apenas parecen moverse; diríase más bien que deslizan suavemente el pie sin marchar con cadencia. Hay, sin embargo, un baile muy entusiasta y lascivo que se baila algunas veces en Montevideo; se llama *calenda*, y a los negros, lo mismo que a los mulatos, cuyo temperamento es fogoso, les gusta con furor. Este baile ha sido llevado a América por los negros del reino de Adra, en la

costa de Guinea; los españoles lo bailan como ellos, en todos sus establecimientos de América, sin el menor escrúpulo.

El Gobernador y los militares están vestidos a la francesa, pero no se rizan ni se empolvan el cabello, lo mismo que las mujeres. Por lo demás, aquéllos viven sin mayores preocupaciones.

En cuanto al vestir de la gente del pueblo, los mulatos y los negros llevan en vez de capa, una pieza de género rayada en bandas de diferentes colores, abierta solamente al medio para pasar la cabeza. Este abrigo cae sobre los hombros y cubre hasta los puños, descendiendo por atrás y adelante hasta más abajo de la rodilla, teniendo además un fleco a su alrededor; se le da el nombre de *poncho* o *chony*. Cuando montan a caballo, todos lo llevan y lo encuentran más cómodo que el sobretodo y la levita. El señor Gobernador nos mostró un *poncho* bordado en oro y plata que le había costado trescientos y tantos pesos. Se hacen en Chile hasta del precio de dos mil, y es de esta comarca de donde se ha llevado el uso a Montevideo.

## VIDA Y COSTUMBRES

La manera de vivir de los españoles es muy simple. La costumbre hace que las mujeres y los hombres se levanten muy tarde, excepto aquellos que están empleados en el comercio, permaneciendo entonces de brazos cruzados hasta que se les ocurre la idea de ir a fumar un cigarro con alguno de sus vecinos. Es así que muy a menudo se les encuentra delante de la puerta de una casa, conversando y fumando. Otros, en cambio, montan a caballo, pero no para hacer un paseo por los alrededores, sino simplemente para dar una vuelta por las calles. Si el deseo los lleva, descienden del caballo, se juntan con algunos amigos, hablan dos horas sin decirse nada, fuman, toman mate y vuelven a montar a caballo de regreso. En general, es raro encontrar un español paseando a pie: en las calles se ven tantos transeúntes como caballos.

Durante las horas de la mañana, las mujeres permanecen sentadas en los taburetes de sus salas, teniendo bajo los pies una estera y arriba una cubierta de... o de pieles de tigre. Allí tocan la guitarra o algún otro instrumento y cantan y toman mate mientras los esclavos preparan la comida en su apartamento. A las doce y media o una, se sirve el almuerzo, que consiste en carne de vaca preparada de diferentes maneras, pero siempre con mucha

pimienta y azafrán. Se sirve algunas veces guiso de cordero, también pescado y aves aunque es muy raro; la caza abunda en el país, pero los españoles no son cazadores, por cuanto este ejercicio los fatigaría. El postre es siempre compuesto de dulce y confituras.



Gaucha enlazando. 1808. (Grabado de William Holland).

Después del almuerzo, amos y esclavos hacen lo que ellos llaman *la siesta*, es decir se desvisten, se acuestan y duermen dos o tres horas. Los obreros, que no viven sino del trabajo de sus manos, no dejan pasar estas horas de reposo. Esta buena parte del día perdida, es causa de que se trabaje poco, siendo, por tanto, excesivamente cara la mano de obra. También debe provenir esta inercia de que el dinero es, allí, abundante. Es por esta razón, quizás, que no debe sorprender su indolencia. La carne, en efecto, no les cuesta otro trabajo que matar, desollar y cortar el animal para prepararlo. El pan, del mismo modo, es bien barato. Los cueros de vacunos les sirven para hacer sacos de todas especies y para cubrir una parte de sus habitaciones. Estos cueros son tan comunes que muy a menudo se ven en pedazos, desparramados, aquí y allá, a lo largo de las calles poco frecuentadas, en las plazas y en las paredes de los jardines.

En realidad, pocos son los jardines que se encuentran cultivados, aun cuando cada casa tenga el suyo. Yo no he visto más que uno bien arreglado y esto se debía a que su jardinero era inglés. Las legumbres, de idéntico modo,

son raras. Lo que más se cultiva es el azafrán, o *carthamo*, usado especialmente en las sopas y salsas.

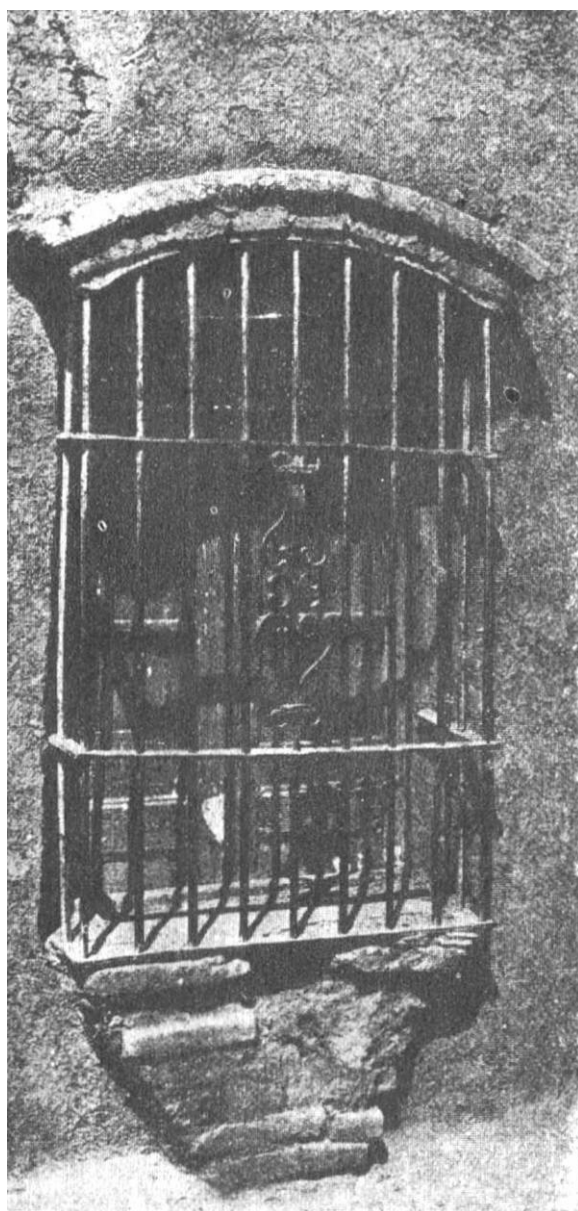
ANTONIO JOSÉ PERNETY.

## BUENOS AIRES

REUNIONES FAMILIARES. 1807

... Era invierno cuando nos adueñamos de Buenos Aires; durante esa estación se daban tertulias o bailes todas las noches en una u otra casa. Allí acudían todas las niñas del barrió, sin ceremonia, envueltas en sus largos mantos, y cuando no estaban comprometidas, se apretaban juntas, aparentemente para calentarse, en un sofá largo, pues no había chimeneas y se utilizaba el fuego solamente con frío extremo, trayéndose al cuarto en un brasero, que se coloca cerca de los pies, y entonces ningún extranjero deja de sufrir jaqueca por los vapores del carbón. No se ofrecían refrescos en estas ocasiones, a que unos pocos eran especialmente invitados y donde todos, aun los ligeramente presentados, eran bienvenidos. Los valeses estaban en boga y la música era de piano acompañado con guitarra, que todos los rangos tocaban. Ninguna otra matrona, a no ser la de casa, estaba presente, quien era su única protectora, y todos se iban a las diez. Cuando cualquiera del clero entraba, se producía una reserva general y tan cohibidas estaban las damas por un sentimiento transitorio de decoro y de servil fanatismo, que exclusivamente se dirigían a él durante su estada. Había algunos literatos y caballeros entre el clero secular, pero la pluralidad que vimos tenía mejores disposiciones para agentes del diablo, por su ignorancia, sus vicios e iliberalidad, que para escogidos espirituales en la propagación de las verdades sagradas de su vocación cristiana y sus generosos preceptos.

La música era tenida como una perfección preeminente, y no se ahorraban gastos con ese fin, sea en instrumentos o composición. Estos artículos siempre tendrán venta fácil en Buenos Aires, pues tienen una debilidad por ambos, cuando son de manufactura inglesa.



Reja colonial.

Como en todos los países lindantes con un estado natural, la poesía parece el genio conductor de las clases inferiores en esta parte de la América del Sur, pues al pedírsele a cualquiera que toque la guitarra, siempre la adaptará a estrofas improvisadas y convenientes, con gran facilidad.

Los jefes de familia demostraban su gran bondad hacia nosotros, por sus ofrecimientos de dinero y de todas las comodidades, pero siempre había una reserva visible en ellos y un descontento evidente en la enunciación de cualquier tema político o religioso, que necesariamente chocaban con sus nociones. Los que presumían espetarlos, muy pronto se percataban de una enajenación de su favor y de sus maneras cordiales, y algunos ingleses que así

se habían conducido, dejaron de ser visitantes bienvenidos. Un día recibí invitación para una comida de un capitán de ingenieros, cuyos detalles describiré como probablemente demostrativos de las costumbres generales en ocasiones de ceremonia. Todos los que se sentaron a una mesa muy larga, profusamente tendida, fueron tres: su esposa, el capitán Belgrano y yo. No había sirvientes presentes en ningún tiempo, excepto cuando entraban o sacaban los servicios, que consistieron en veinticuatro manjares: primero sopa y caldo y sucesivamente patos, pavos y todas las cosas que se producían en el país, con una gran fuente de pescado al final y fuimos servidos durante la comida por cuatro de sus parientes más cercanos, que nunca se sentaban. Los vinos de San Juan y Mendoza se hicieron circular libremente y mientras gozábamos de nuestros cigarros, la dueña de casa con otras dos damas que entraron, nos divirtieron con algunos lindos aires ingleses y españoles en la guitarra, acompañados por esas voces femeninas. Comimos a las dos y la compañía se deshizo, para su siesta, a las cuatro.

ALEJANDRO GILLESPIE.

(*Buenos Aires y el Interior*. Traducción y prólogo de Carlos A. Aldao. Buenos Aires, 1921).

ALEJANDRO GILLESPIE.— Mayor del ejército británico que se apoderó de Buenos Aires durante la primera invasión inglesa. Tomada la ciudad, Gillespie desempeñó el cargo de Comisario de Prisioneros. Después de la reconquista fue confinado en San Antonio de Areco y Calamuchita. En Londres publicó (1818) su libro titulado *Gleanings and remarks collected during many months of residence at Buenos Aires within the upper country*, etc., que fue utilizado por Groussac y Mitre para sus estudios sobre las invasiones inglesas. En 1921 «La Cultura Argentina» publicó la traducción castellana de ese libro con el título de *Buenos Aires y el interior. Observaciones reunidas durante una larga residencia*, etc. Ha sido reeditado en la presente colección, n.º 22.

## TRATO DE LOS ESCLAVOS

1807


... Entre los más amables rasgos del carácter criollo no hay ninguno más conspicuo y ninguno que más altamente diga de su no fingida benevolencia, que su conducta con los esclavos. Con frecuencia, testigo del duro tratamiento de aquellos prójimos en las Indias Occidentales, de la indiferencia total a su instrucción religiosa allí prevalente, me sorprendió instantáneamente el contraste entre nuestros plantadores y los de América del Sur. Estos infelices



desterrados de su país, así que son comprados en Buenos Aires, el primer cuidado del amo es instruir a su esclavo en el lenguaje nativo del lugar y lo mismo en los principios generales y el credo de su fe. Este ramo sagrado se recomienda a un sacerdote que informa cuando su discípulo ha adquirido conocimiento suficiente del catecismo y de los deberes sacramentales para tomar sobre sí los votos del bautismo. Aunque este proceso en lo mejor debe ser superficial, sin embargo tiene tendencia a inspirar un sentimiento de dependencia del Ser Supremo, obliga a una conducta seria, tranquiliza el temperamento y reconcilia a los que sufren con su suerte. Hasta que se naturalizan de este modo, los negros africanos y sus hermanos nacidos en América son estigmatizados por el vulgo, como infieles y bárbaros. Los amos, en cuanto pude observar, eran igualmente atentos a su moral doméstica. Todas las mañanas, antes que el ama fuese a misa, congregaba a las negras en círculo sobre el suelo, jóvenes y viejas, dándoles trabajo de aguja o tejido, de acuerdo con sus capacidades. Todos parecían joviales y no dudo que la reprensión también penetraba en su círculo. Antes y después de la comida, así como en la cena, uno de estos últimos se presentaba para pedir la bendición y dar las gracias, lo que se les enseñaba a considerar como deberes prominentes y siempre los cumplían con solemnidad.


ALEJANDRO GILLESPIE.

Nº 83  
Dn Roberto Cross Presidente de los Directores del  
Real Asiento de Inglaterra establecido en este  
Puerto para la Introducción de Esclavos Negros en  
estas Provincias las del Peru y Chile &c.

  
Certifico que he vendido ad Guillermo Duquoy vecino  
de esta Ciudad seis negros varones de diferentes edades  
de los que de cuenta de la Real Comp<sup>a</sup> Trajeron los navios  
Nombrados La Sirena y el Essex marcados con la m<sup>ca</sup>  
del Margen, y para que dho Comprador pueda  
disponer de ellos asu Voluntad y embiarlos donde le  
Combenza ady esta Certificacion firmada de mi mano  
y sellada con el setto de las Armas de la Real Comp<sup>a</sup>  
En Buenos ayres a primero de Junio de Mil Setecientos  
y Treinta años =



Roberto Cross Pres<sup>te</sup>



Facsímile de una certificación de venta de esclavos hecha por el Real Asiento de Inglaterra a un vecino de Buenos Aires, existente en el Archivo General de la Nación. Documento tomado del libro *La trata de negros en el Rio de la Plata*, de Elena F. S. de Studer, quien señala «la marca asentada en el margen que con la carimba se aplicaba a los esclavos». (1730).

## VÍSPERAS DE LA INDEPENDENCIA

### INVASIONES INGLESAS

UN SOLDADO INGLÉS EN MONTEVIDEO

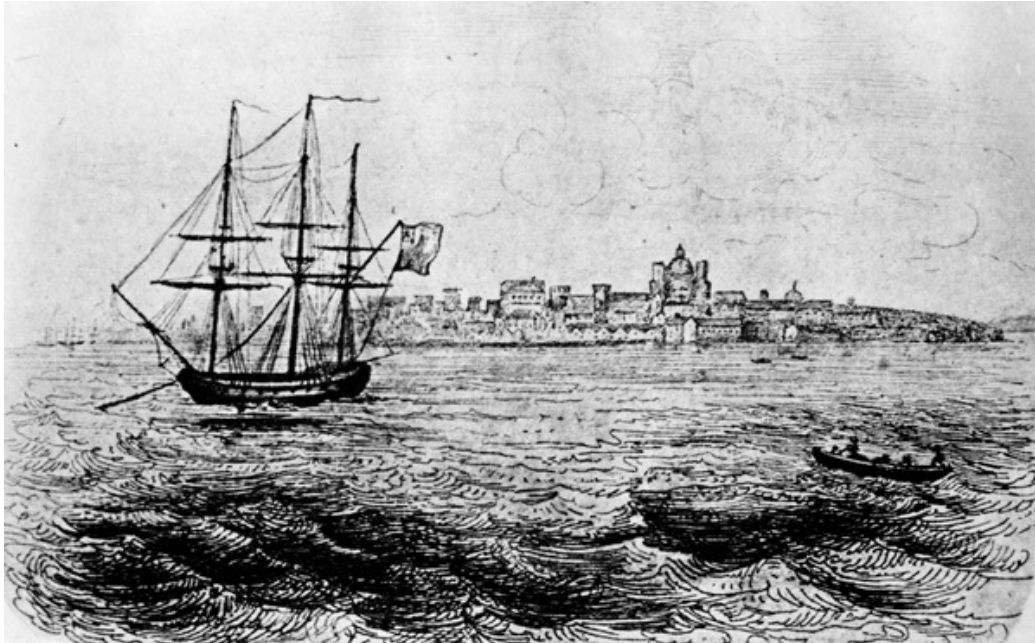
1806

No tomé parte en la toma de Montevideo; permanecimos en el campamento para proteger la retaguardia. Mientras estábamos delante de la ciudad, las granadas del enemigo caían con frecuencia cerca de donde yo estaba; una, sobre todo, pareció como si fuese a caer a nuestros pies. Un joven oficial corría adelante y atrás, como si quisiese esconderse y un veterano soldado le dijo, con toda la gravedad de un turco: «No necesitáis esconderos, señor; si hay allí alguna cosa para vos os atraparé de cualquier modo». El joven quedó todo avergonzado, cumplió con su deber y nunca más lo vi parecer nuevamente incómodo: con tal rapidez se convirtió a la doctrina del guerrero.

Al día siguiente del ataque penetramos en Montevideo donde permanecí siete meses. Sería el paraje más encantador si no fuese tan caluroso; el atardecer es el único momento tolerable del día. La brisa del mar comienza a soplar alrededor de las ocho o nueve de la mañana mitigando en gran manera el calor, a pesar de todo, fue mucho lo que sufrí. Era entonces a mediados de diciembre; el verano había comenzado con todos sus frutos, en un grado que yo no concebía ni del cual pueda dar una idea por medio de palabras. Teníamos la mayor abundancia de todo artículo de alimentación, y, al avanzar el verano, las frutas más escogidas, muchas más en realidad de las que hubiéramos podido consumir; a la larga llegamos a detestarlas.

Junto con los demás bisoños había sido destinado a la guardia personal de Sir Samuel Auchmuty, como la obligación menos fatigosa. Hubiera sido

relativamente feliz, si hubiera sabido que mis padres estaban buenos y me habían perdonado. La incertidumbre de esto y las reflexiones sobre mi pasada conducta me tuvieron en un estado de continua melancolía.



Vista de Montevideo. (Según d'Orbigny).

Fui alojado en casa de una joven viuda que, junto con su anciano padre, hicieron lo que estaba en su poder para satisfacerme. Su marido había muerto durante el primer ataque de nuestras tropas a la plaza y ella continuaba inconsolable. Durante los siete meses que permanecí en Montevideo se condujo como una madre para conmigo; a ella le fui deudor de muchas comodidades. Nunca me olvidaré de María de Parides. Era de talla pequeña pero de elegante aspecto. Era muy morena, como las demás mujeres del país; sus brillantes ojos eran negros como el azabache y sus dientes blancos y parejos. Cuando se engalanaba, llevaba su propio pelo —que era sumamente largo y de un negro lustroso—, en trenzas que le caían a lo largo de la espalda, a la usanza del país. Su traje era sumamente sencillo: un negro velo cubría su cabeza y su mantilla se anudaba de la manera más graciosa debajo del mentón. Éste era el atavío general de todas las mujeres; la única diferencia estaba en el color de sus mantillas y de su calzado; éste era frecuentemente de todos los colores y, a veces, el velo era blanco. Los hombres usaban el sombrero y la capa española, pero muchos de ellos llevaban alpargatas y muchos más carecían tanto de botines como de medias.

Las mujeres nativas eran las menos agraciadas que yo nunca hubiese contemplado. Tienen anchas narices, labios gruesos y son de muy pequeña

estatura. Su cabello, que es largo, negro y áspero al tacto, lo llevan rizado y levantado sobre la frente de la manera más horrible, mientras cae por detrás de sus espaldas hasta más abajo de la cintura; cuando se engalanan entrelazan en él plumas y flores y se pasean en la plena ostentación de su fealdad. Los hombres son de corta estatura, fornidos y de fuertes coyunturas. Son valerosos, pero indolentes hasta el exceso. Los he visto galopar aquí y allá sobre sus caballos, casi en cueros, con espuelas de plata en sus desnudos talones y si acaso una raída manta sobre sus espaldas. No tienen miedo al dolor; los he visto con heridas horribles de mirar, aun cuando nunca parecían preocuparse de ellas. En lo que respecta a su indolencia, los he visto permanecer extendidos durante un día entero contemplando el río, y a sus mujeres traerles sus alimentos, y si no estaban conformes con su cantidad, llegar hasta golpearlas furiosamente. Éste es el único esfuerzo que siempre hacen con prontitud: descargar su furor sobre sus mujeres. Prefieren la carne a cualquier otro alimento y la comen casi cruda y en cantidades que un europeo creería imposible.

(Fragmentos del «Diario de un soldado del Regimiento 71, de Glasgow». Traduc. de Carlos Rubio Egusquiza. *Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología*, t. III, 1929, Montevideo).

## LOS CACIQUES PAMPAS EN EL CABILDO DE BUENOS AIRES

1806

... En este estado se avisó por el portero que diez caciques de estas pampas pedían permiso para entrar en la sala, y, habiéndolo obtenido, entraron, tomaron asiento y arengaron por medio de intérprete en la forma siguiente: «A los hijos del Sol: a los que tan largas noticias tenemos de lo que han ejecutado en mantener estos Reinos; a los que gloriosamente habéis echado a esos colorados de vuestra casa, que lograron tomar por una desgracia; a vosotros, que sois los Padres de la Patria, venimos personalmente a manifestaros nuestra gratitud, no obstante que por nuestros diferentes enviados os tenemos ofrecido cuantos auxilios y recursos nos acompañan: hemos querido conocerlos por nuestros ojos, y llevamos el gusto de haberlo conseguido; y pues reunidos en esta grande habitación donde igualmente

vemos a nuestros Reyes, en su presencia, y no satisfechos de las embajadas que os tenemos hechas, os ofrecemos nuevamente, reunidos todos los grandes Caciques que veis, hasta el número de veinte mil de nuestros súbditos, todos gente de guerra y cada cual con cinco caballos; queremos sean los primeros a embestir a esos colorados que parece aun os quieren incomodar. Nada os pedimos por todo esto y más, que haremos en vuestro obsequio: todo os es debido, pues que nos habéis libertado, que tras de vosotros siguieran en nuestra busca: tendremos mucha vigilancia en rechazarlos por nuestras costas, donde contamos con mayor número de gente que el que os llevamos ofrecido; nuestro reconocimiento en la buena acogida que dais a nuestros frutos y permiso libre con que sacamos lo que necesitamos, es lo bastante a recompensaros con este pequeño servicio: mandad sin recelo, ocupad la sinceridad de nuestros corazones y ésta será la mayor prueba y consuelo que tendremos; así lo esperamos ejecutaréis, y será perpetuo vuestro nombre en lo más remoto de nuestros súbditos, que a una voz claman por vuestra felicidad, que deseamos sea perpetua en la unión que os juramos».

Concluida la arenga, hicieron su cortesía, se pararon todos; procedieron los señores a abrazar a los diez caciques, que manifestaron mucho contento en ello, y el señor Alcalde de Primer Voto habló en estos términos: «El Cabildo ha oído con indecible gozo el afecto y reconocimiento que merece a los grandes caciques que tiene a la vista. Si hasta hoy han conocido cuánto se ha esmerado en contribuir a su prosperidad, en cumplimiento de las disposiciones de sus Soberanos, que tanto los ama y recomienda, ahora, con mayor razón, deben esperar se aumente la protección que les dispensa por la fidelidad con que se ofrecen gustosos a defender sus dominios. Este Cuerpo admite la unión que le juráis, y en prueba de ello os abraza como a fieles hermanos, no dudando ni por un momento cumpliréis con exactitud cuanto le habéis ofrecido, siempre que la necesidad exija vuestro servicio, en cuyo caso se os dará aviso por quien corresponde. Por ahora no hay un motivo para que os incomodéis. La fidelidad, amor y patriotismo de las numerosas y esforzadas tropas que en cuerpos se hallan formadas, aseguran la defensa de esta hermosa capital y por lo mismo sólo os recomienda hoy el celo y vigilancia de nuestras costas, para que los ingleses, nuestros enemigos y vuestros, a quienes llamáis colorados, no os opriman ni priven vivir con la tranquilidad que disfrutáis y os ha proporcionado el Superior Gobierno, conforme en todo a la sensibilidad y amor que os profesan los mejores y más benignos de los Soberanos del Mundo, de quienes somos vasallos y a quienes daremos cuenta de vuestra heroica fidelidad. El Altísimo os mantenga en

iguales sentimientos para que de este modo seáis siempre felices». Acabada esta oración hicieron todos varias demostraciones de agradecimiento, los señores mandaron se les obsequiase y gratificase, se retiraron los caciques, y dichos señores lo firmaron, de que doy fe. Franco. de Lezica. — Anselmo Sáenz Valiente. — Manuel Mansilla. — Josef Santos Inchaurregui. — Gerónimo Merino. — Franco. Ant. de Herrero. — Manuel José De Ocampo. — Franco. Belgrano. — Marn. Gregorio Yaniz. — Lic. do d.n Justo José Núñez. — Ess.no púb.co y de Cav.do.

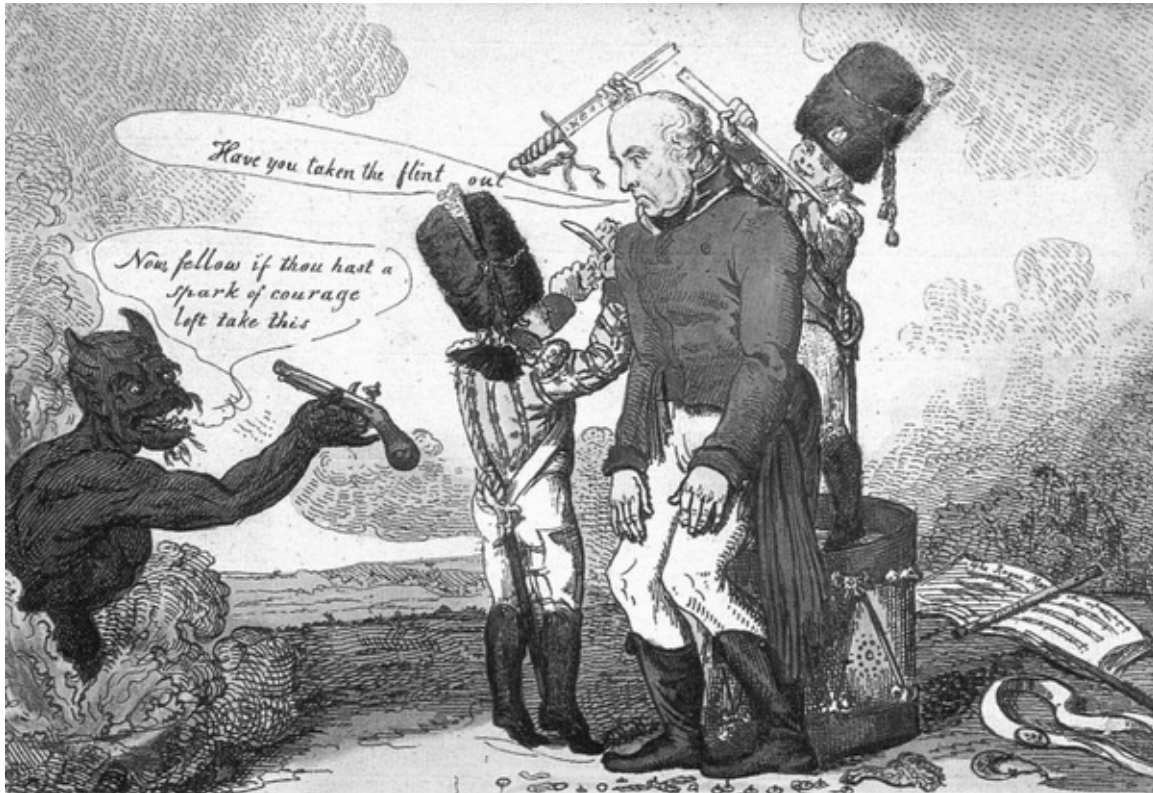
*(Acta del Cabildo del 22 de diciembre de 1906. Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires. Serie IV, t. II, lbs. LIX, LX, LXI y LXII. Años 1805-1807).*

## LA SEGUNDA INVASIÓN INGLESA

5 DE JULIO. ATAQUE A BUENOS AIRES

1807

Las calles de Buenos Aires corren todas paralelas o en ángulos rectos entre sí. Como están a distancias iguales, la ciudad está dividida en un número de cuadrados. El lado de cada uno de ellos tiene 136 yardas. Al fondo de la ciudad, cerca del río, hay un fuerte poderoso. Se propuso hacer un falso ataque sobre las tres calles que llevan por el centro de la ciudad inmediatamente sobre el fuerte, con la artillería y el 6 de Dragones. Al mismo tiempo trece columnas debían penetrar en la ciudad y ocupar cualesquiera posiciones fuertes de que pudieran apoderarse cerca del río; el fuego de la artillería era la señal para que avanzaran estas columnas, cuyas cabezas habían sido colocadas por la noche en las cabeceras de las calles. El enemigo había situado su defensa principal dentro de unas cinco cuerdas del Fuerte y las columnas que llegaron a esa distancia fueron severamente atacadas con fuego de mosquetería y granadas de mano desde las casas vecinas.



Caricatura de *Whitelocke*: «Cortándole las alas». (De un grabado inglés de la época).

A las 6 las columnas empezaron a moverse. La brigada del general Craufurd fué dividida en dos; él dirigió la fracción derecha, consistente en cuatro compañías de infantería ligera y cuatro del 95, con un cañón para balas de tres libras. El coronel Pack dirigió la izquierda, consistente en cinco compañías de infantería ligera y cuatro del 95, con un cañón para balas de tres libras. Al pasar a través de la ciudad con el general Craufurd no se nos molestó mucho; se nos hizo poco fuego. Avanzamos hasta que llegamos al agua. Volvimos entonces a la izquierda y nos juntamos con el coronel Pack. Lo habían hostilizado duramente y se retiraba a un puesto llamado la Residencia, a cierta distancia a la derecha. El propio Pack tenía cinco balazos en sus ropas, dos de los cuales le habían herido levemente; había perdido gran número de oficiales y soldados, entre muertos y heridos. Algunos fueron abandonados en las calles y unos pocos estaban con él. Habían sido tiroteados desde las casas.

El regimiento 45.º había avanzado por nuestra derecha sin encontrar oposición y tomado posesión de la Residencia, un fuerte edificio de las afueras de la ciudad. Después que el coronel Guard hubo colocado a sus hombres en este puesto, con su compañía de Granaderos, se unió a nosotros.



## LANCELOT HOLLAND.

(«Diario del Teniente Coronel Lancelot Holland», en *La Nación*, julio 2 de 1937, Buenos Aires).

LANCELOT HOLLAND. — Distinguido oficial de las fuerzas que intentaron la segunda invasión inglesa. Este prestigioso militar se graduó de alférez de los *Coldstreams Guards* el 15 de mayo de 1795, fué trasladado a los *Grenadier Guards* en 1798 y obtuvo el grado de capitán en 1799. Luego, en 1804, se le designó ayudante permanente del intendente general del ejército en Irlanda y posteriormente fué ascendido a teniente coronel en el 134.º de Infantería. Prestaba servicio en el estado mayor del general Craufurd cuando fué incorporado a las fuerzas que se dirigían a Buenos Aires. (*La Nación*).

## SANTO DOMINGO

1807

Había una gran catedral al extremo de la calle por la cual había avanzado el coronel Pack, y el general Craufurd dispuso que nos apoderásemos de ella y nos mantuviéramos allí hasta que supiésemos la suerte de las columnas de la izquierda. Destrozamos las puertas a cañonazos y apostamos nuestros fusileros por todo el techo del edificio para que pudieran desalojar a los españoles de las azoteas de las casas cercanas, desde donde mantenían un fuerte fuego muy vivo. Sin embargo, los fusileros no pudieron conseguir ese propósito. En la Catedral, que se llama Santo Domingo, hallamos los colores del 71.º, que Pack tuvo el placer de recobrar. Al entrar en la Catedral habíamos esperado encontrarla llena de soldados. Sin embargo, había muy pocos. Dos monjes estaban mal heridos, uno había perdido un brazo y otro estaba herido en el pecho. Reunimos a todos los monjes y frailes, que había muchos y estaban muy asustados, y los protegimos, así como a su altar, con centinelas. Fué difícil impedir el saqueo; la Catedral era rica y magnífica.

Entre tanto el enemigo hacía fuego contra nosotros a través de todos los orificios y ventanas y hería a muchos de nuestros hombres. Nada oímos de las otras fuerzas y el enemigo traía cañones para atacarnos. Entramos en la Catedral a eso de las 8; más o menos a las 12, Liniers envió un edecán para instarnos a la rendición, diciendo que el ejército estaba derrotado y hecho prisionero todo el 88'. Al ver que el enemigo se acercaba mucho a nosotros y nos apuntaba con más artillería, se decidió hacer una carga. El coronel Guard, con el 45.º de Granaderos y el mayor Trotter, con un poco de infantería ligera,

salieron inmediatamente de la iglesia, calle abajo. Las dos secciones de primera fila quedaron destrozadas y todos sus hombres murieron o resultaron heridos. El capitán de Granaderos fué herido malamente en el pecho; la espada que Guard tenía en la mano fué atravesada por tres balas de mosquete. El mayor Trotter murió y la infantería ligera quedó disminuida. El enemigo, durante esta salida, perdió pocos hombres y se retiró dentro o detrás de las casas, desde donde hizo fuego fríamente y con precisión.

Las tropas recibieron orden de replegarse. El coronel Pack había dejado al coronel Cadogan con tres compañías de infantería ligera a cierta distancia de nosotros, en un puesto que no consideraba bueno. No oímos disparos por ese lado y supimos que habían caído prisioneros.

La Residencia, donde estaba apostado el 45.º, se hallaba muy distante de nosotros, seis cuerdas, y no podíamos abrigar la esperanza de llegar hasta ella bajo el fuego a que nos expondríamos. Teníamos un centenar de soldados y oficiales heridos en la Catedral. El enemigo nos atacaba con metralla y cada vez traía más cañones. Esperábamos que pronto quedaría destruido el edificio. Nuestros soldados estaban alarmados y desalentados. A las 4 el general Craufurd consultó a los coroneles Guard y Pack y al mayor Mac Leod, con respecto a las medidas que podían adoptarse, y se acordó tener una comunicación con el enemigo. Se izó una bandera de parlamento. Esto hizo venir a un oficial español que dijo que nuestras tropas estaban prisioneras, muertas o en retirada; que el general Liniers estaba dispuesto a recibirnos como prisioneros de guerra, pero que no aceptaría otras condiciones. Después de algunas conferencias le enviamos de vuelta con ciertas proposiciones. Regresó y dijo que el general Illio estaba a la puerta y deseaba hablar con el general Craufurd, quien salió a verle.

Apareció un hombre sucio y mal vestido que al presentarse a él dijo ser el general Illio. Estaba rodeado por una vociferante gentuza armada, que ululaba y chillaba y de la que esperábamos que en cualquier momento nos hiciera fuego. Como los coroneles Guard y Pack habían coincidido con el general Craufurd en que estábamos reducidos a la necesidad de la rendición, el general Craufurd arregló con ese Illio que nos entregáramos como prisioneros de guerra. Se ordenó que saliéramos sin armas. Fué un amargo deber; todos lo sentimos así. Los soldados estaban todos llorosos. Se nos hizo marchar a través de la ciudad hasta los fuertes. Nada podía ser más mortificante que el paso a través de las calles entre la gentuza que nos había conquistado. Eran gentes de tez muy obscura, bajas y mal hechas, cubiertas con mantas, armadas

con largos mosquetes y, algunos, una espada. No había orden ni uniformidad entre ellos.

LANCELOT HOLLAND.

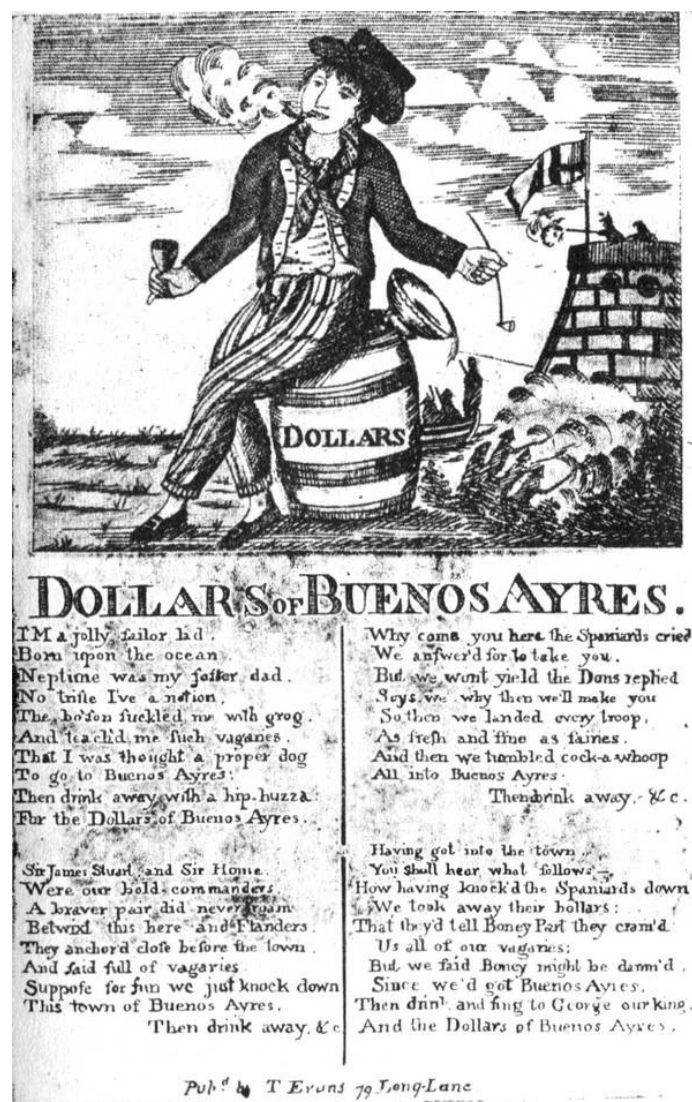
#### PRISIONEROS INGLESES EN EL FUERTE

... Se nos llevó a la casa de Liniers, en el Fuerte, donde se nos introdujo en una sala llena de oficiales británicos. Hallamos a todos los del 88.º que se habían salvado de morir o de quedar heridos, y al coronel Cadogan con los oficiales a sus órdenes. Un general Barbiani, hombrecillo enojadizo, pero cortés, nos recibió y nos hizo firmar una promesa de no servir contra España o sus aliados hasta que se nos canjeare. Había en total 60 o 70 oficiales en dos grandes salas bien vigiladas. Nos trajeron algunos bizcochos y un trozo de carne, ahumada y horrible. No había nada más que ladrillos para tendernos encima. El general Barbiani nos dió al general Craufurd y a mí algo de comida en su propia mesa y también al general Craufurd un colchón para que se acostara. Yo me tendí en algunas tablas, a su lado.

Por la mañana, Barbiani nos dió a Craufurd y a mí un poco de chocolate como desayuno. Nada puede ser más cortés que su trato, así como el de los demás oficiales españoles. Parecen vivir de una manera sucia e incómoda. Barbiani es segundo jefe y además intendente general. Sin embargo, él mismo se hace la cama, se limpia la mesa, etcétera. Él y su estado mayor duermen todos en una sola pieza, sobre colchones, sin sacarse la ropa. Parecen considerar que el lavarse es una operación muy innecesaria y no se afeitan con frecuencia. Son grandes fumadores de cigarros. En general, parecen gentes corteses, analfabetas, mal educadas. Hay, sin embargo, algunas excepciones. Algunos de ellos han leído y conocen el mundo. Tienen a lo sumo algún conocimiento de francés y de latín. Sus ropas son diferentes y parecen estar regidas más por la fantasía que por la uniformidad. Entre esta gente, la mitad estaba formada por comerciantes del lugar que habían tomado las armas y recibido sus grados de Liniers.

Después del desayuno volvimos a nuestros compañeros de prisión, a quienes encontramos envueltos en humo. Se habían hecho más admiradores de los cigarros que los mismos españoles. Les habían llevado para el

desayuno algunos bizcochos muy buenos, por los cuales hubo una avidez general. A las 3 el general Liniers invitó a todos los oficiales a comer. Nos recibió un número más o menos igual de españoles. La comida fue muy buena, sin ninguna pretensión de estilo o de lujo. Todo transcurrió muy bien. Liniers es un hombre de buen talante y muy conversador y no parece tener talento. Al terminar la comida, el general Gower llegó para tratar con Liniers, como consecuencia de una carta que Liniers le había enviado por la mañana con una bandera de parlamento. Estuvieron mucho tiempo encerrados juntos. Pasamos una noche muy semejante a la anterior, pero quizá sentimos más profundamente nuestro infortunio.



Caricatura inglesa de época: «Los dólares de Buenos Aires».

7 de julio

Por la mañana un emprendedor irlandés, un capitán Carroll, del 88.º, que habla español y por ello consiguió intimar con los españoles, al verme en un estado sucio e incómodo ofreció procurarme una camisa limpia y una navaja. No era ésta una proposición para pasarla por alto. Le seguí, sin saber a dónde me llevaba. Con gran asombro mío me condujo a una habitación, en la que Liniers, que acababa de dejar el lecho, se estaba vistiendo. Muy fríamente le dijo para qué me había llevado y Liniers me buscó inmediatamente en persona una navaja, una camisa, etc., después de lo cual estuvo media hora buscando un nuevo cepillo de dientes para mí. Hablaba continuamente y con poco sentido. Mientras estuve con él, no menos de diez españoles mal entrazados, algunos militares y otros civiles, entraron en su cuarto sin ceremonias para proferir fuertes quejas contra los ingleses. Sus modales eran los de personas que tratan de igual a igual.

LANCELOT HOLLAND.

## PROCLAMACIÓN DE FERNANDO VII EN BUENOS AIRES

1808

El 20, víspera del día señalado para la proclamación del señor don Fernando VII, se principió la iluminación en que a porfía se esmeraron todos los habitantes de este fidelísimo pueblo para manifestar el regocijo de que estaban llenos sus corazones con las mayores muestras de alegría y continuas aclamaciones. El cuerpo de Patricios, situado en la calle de la Victoria, colocó al frente de su cuartel un vistoso arco, en cuyo frontis se veían dos manos entrelazadas y debajo, en ambos frentes, escritos versos, quedando todo el resto iluminado; en lo interior del arco, sobre un tablado con balcones a los lados, colocaron la música del cuerpo, que por espacio de seis horas divirtió al público con alegres sonatas.

En la Plaza Mayor, en todo el frente de la casa capitular y la del cuartel de Miñones, cuyo comandante era Alférez Real, iluminada con hachones y vasos de colores, formaba una perspectiva agradable.

Dos orquestas divirtieron sucesivamente al pueblo, estando colocadas, la una sobre los balcones del Cabildo y la otra en un tablado construido al efecto en la plaza. El Real Consulado, queriendo exceder a todos en su regocijo, después de haber adornado toda su fachada poniendo en cada ventana de las ocho que tiene, un bastidor, cada uno con una cuarteta en loor al Rey Fernando, el resto del frontispicio fué iluminado con vasos de aceite de colores, y colocado en el medio el retrato de nuestro augusto Monarca, a quien hacían la guardia cincuenta hombres del batallón de Vizcaínos, con su música puesta en un tablado en la vereda opuesta, que se mantuvo tocando hasta muy tarde de la noche, y era ciertamente digno de observarse el innumerable concurso que concurrió a ver esta iluminación tan hermosa y sobresaliente entre las demás del pueblo.

El 21 se hizo la proclamación con la mayor solemnidad, y jamás se vió en Buenos Aires otra igual. Luego que se concluyó, el Alférez Real dió un espléndido convite. El 22 a la tarde llegó a esta capital el brigadier don José Manuel de Goyeneche, enviado de la Suprema Junta de Sevilla, con pliegos para el gobierno de aquí y condecorado de altas facultades.

FRANCISCO RAMÓN DE UDAETA.

*(Revista de Buenos Aires, t. XV.).*

## EL CABILDO CONTRA LINIERS

ENERO, 1809

El señor Liniers continuó en su mando, siempre estimado y querido del pueblo y del ejército. Sin embargo, el Cabildo se propuso el plan de echarlo abajo y reasumir el mando. Para esto entró a gobernar y seducir alguna gente de la plebe, echando sus emisarios con este objeto, y cuando más distante estábamos de que pudiese haber novedad alguna en el pueblo respecto de la persona del señor Liniers, empieza una mañana, muy temprano, la campana del Cabildo a llamar al pueblo. A esta señal concurre mucha gente de la chusma a la plaza. A esta novedad corrimos también a ella don Juan Ramón Balcarce y yo, y preguntamos en el camino qué novedad era. Se nos dijo que

se trataba de quitar el mando al señor Liniers y reasumir el Cabildo, compuesto de españoles, a pretexto de que Liniers era francés.

Fuimos al Fuerte; subimos y nos encontramos al señor Liniers que andaba solo, paseándose en la sala de recibo, y los miembros el Cabildo, en el despacho mismo de este señor, extendiendo el acta de abdicación. Salimos corriendo de allí; le di la orden al teniente coronel Balcarce para que fuese al cuartel, montase el regimiento y se uniese a la plaza; mientras yo me dirigía al cuartel de Patricios, suponiendo una orden del Virrey para Saavedra. Llegué al cuartel y me encontré con don Francisco Pico, que era el capitán de Granaderos. Pregunté si estaba Saavedra allí, y diciéndome que sí, le dije: «El señor Virrey me manda que le diga qué hace; que si no oyen la campana del Cabildo y que si no saben que el pueblo se está reuniendo en la plaza». Lo primero que hizo Pico fué tirar allí mismo la capa y subir corriendo a llamar a Saavedra, quien bajó inmediatamente y le dije lo mismo que le había dicho a Pico, suponiendo siempre que era de parte del señor Liniers.

Felizmente, con la novedad de la llamada del Cabildo y de reunirse la gente en la plaza, todos los Patricios corrieron a su cuartel. Así lo que, en el acto, se tocó llamada, se formaron los batallones y salimos inmediatamente. Yo no me separé del lado de Saavedra hasta que formó sus batallones en la plaza, encontrando ya allí formado el batallón de artillería. A los pocos momentos llegó Balcarce con el regimiento. Entonces marchamos con Saavedra y porción de oficiales que nos seguían, al Fuerte. Saavedra iba con un pañuelo atado en la cabeza. Subimos y desde que nos vió el señor Liniers, se vino a nosotros. Entonces, tomé yo la palabra y le dije: «—Señor, ¿qué novedad es ésta?». Y me contestó: «—Dicen que el pueblo no quiere que continúe más en el mando y que con ese objeto se está reuniendo en la plaza». Le contesté yo que era obra del Cabildo; que todo lo que había en la plaza era una chusma indecente; que por lo que era el pueblo, lo apreciaba; que el ejército estaba resuelto a sostenerlo; que se asomase a la plaza y lo vería, que estuviese seguro, así del pueblo como del ejército y que nadie osaría llegar a su persona sin pisar nuestros cadáveres. Entonces tomó la palabra Saavedra y le habló en el mismo sentido con mucha firmeza. Liniers, después de haberlo oído, dió vuelta; fué adonde estaba el Cabildo; agarró lo que hasta entonces habían escrito, lo hizo pedazos y ordenó al Cabildo que se retirase. Nosotros en seguida bajamos con el objeto de despejar la plaza. En el momento que la reunión sintió esto, los que la componían se mandaron mudar más que de prisa, y a algunos obstinados en mantenerse allí, Balcarce los cargó, los acuchilló y metió a muchos en la cárcel. De los revoltosos quedaron algunos

muertos y varios heridos. Así es que, en menos de quince minutos, quedó este negocio concluido; y el señor Liniers continuó en Su mando hasta que concluyó su período legal, sin que en lo sucesivo hubiese habido la menor novedad.

## MARTÍN RODRÍGUEZ.

(Museo Histórico Nacional. *Memorias y Autobiografías*).

MARTÍN RODRÍGUEZ. — Guerrero de la independencia y político. Nació en Buenos Aires en 1771 y falleció en Montevideo, 1844. Actuó en las invasiones inglesas y en la revolución de Mayo. Prestó servicios en el ejército del Litoral y luego en el ejército del Norte, combatiendo en las batallas de Tucumán y Salta. Jefe de vanguardia, cayó prisionero de los españoles en la acción del Tejar. En 1820 fue elegido gobernador de Buenos Aires (1820-1824). Contribuyó a la paz del Litoral, firmando con Estanislao López el tratado de Benegas. Tuvo como colaboradores a Rivadavia y a García, realizando un gobierno que ha pasado a la historia por sus acertadas medidas administrativas y políticas. Ya en la vejez empezó a escribir sus *Memorias*, que dejó inconclusas por la enfermedad que terminó con su vida. En ellas se consigna la participación de Rodríguez en las invasiones inglesas y en los prolegómenos de la revolución de Mayo.





Patricio de Salta, 1810. (De un original existente en el Archivo General de la Nación).

### III

## VIDA INDEPENDIENTE

- 1) HOMBRES Y SUCESOS DE LA EMANCIPACIÓN
- 2) LAS GUERRAS CIVILES
- 3) LA DICTADURA
- 4) TIPOS Y ESCENAS DE LAS CIUDADES (1810-1850)
- 5) EL INDIO Y EL DESIERTO (1810-1870)
- 6) EL CAMPO ARGENTINO: PAISAJES, TIPOS, COSTUMBRES (1810-1870)
- 7) TRANSPORTES: CARRETAS, ARRIAS, MENSAJERÍAS, LOS PRIMEROS FERROCARRILES
- 8) ALGUNAS FIGURAS DE LA ORGANIZACIÓN NACIONAL
- 9) LA GUERRA DEL PARAGUAY
- 10) REVOLUCIONES Y GUERRAS CIVILES EN LA ERA CONSTITUCIONAL
- 11) LAS LUCHAS CÍVICAS POR EL PODER REPRESENTATIVO
- 12) RETRATOS DE OTRO TIEMPO
- 13) LAS CIUDADES DESPUÉS DE 1853



Mariano Moreno según un grabado publicado en Londres por su hermano Manuel.

# 1

## HOMBRES Y SUCESOS DE LA EMANCIPACIÓN

### EL 24 Y 25 DE MAYO

1810

El 24, procedió el Cabildo al nombramiento de vocales de que se debía componer la Junta de Gobierno de estas provincias y las que comprendía la dilatada extensión del Virreinato. El doctor don Juan Nepomuceno Sola, don José Santos Inchaurregui, el doctor don Juan José Castelli y yo, fuimos los electos en aquel día; y para la presidencia, el mismo don Baltazar Hidalgo de Cisneros; se recibió esta Junta el mismo día 24 a la tarde. El 24 principió sus sesiones y nada se hizo en ellas que mereciese la atención. El 25 volvió a aparecer, de un modo bastante público, el descontento del pueblo con ella; no se quería que Cisneros fuera el presidente ni por esta cualidad darle el mando de las armas, ni a los vocales Sola e Inchaurregui, por sus notorias adhesiones a los españoles. Todo aquel día fue de debates en las diferentes reuniones que se hacían y particularmente en los cuarteles. Al fin, el día 25, quedó también disuelta esta Junta y yo fui el que dijo a Cisneros que era necesario se quedase sin la presidencia, porque el pueblo así lo quería; a lo que también él allanó sin dificultad. Reunido éste en la plaza, aquel mismo día, procedió por sí al nombramiento de la Junta, que estaba resuelto se estableciese en los acuerdos anteriores y recayó éste en las personas de *don Manuel Belgrano, el doctor Juan José Castelli, el doctor don Manuel Alberti, don Juan Larrea, don Domingo Matheu y yo, que quisieron fuese el presidente de ella y comandante de las armas*. Con las más repetidas instancias, solicité, al tiempo del recibimiento, se me excusase de aquel nuevo empleo, no sólo por la falta de

experiencia y de luces para desempeñarlo, sino también porque, habiendo tan públicamente dado la cara en la revolución de aquellos días, no quería se creyese había tenido el particular interés de adquirir empleos y honores por aquel medio.



El arco de la Recova. Al fondo, la pirámide y el Cabildo. (Según E. E. Vidal).

A pesar de mis reclamos no se hizo lugar a mi separación. El mismo Cisneros fué uno de los que me persuadieron aceptase dicho nombramiento por dar gusto al pueblo. Tuve al fin que rendir mi obediencia y fui recibido de Presidente y Vocal de la Excelentísima Junta, prestando con los demás señores ya dichos, el juramento de estilo en la sala capitular, lo que se verificó el 25 de mayo de 1810, el que prestaron igualmente los doctores don Juan José Paso y don Mariano Moreno, que fueron nombrados secretarios para dicha Junta. Por política fué preciso cubrirla con el manto del señor Fernando VII, a cuyo nombre se estableció y bajo de él expedía sus providencias y mandatos.

LA JUNTA PROVISIONAL GUBERNATIVA  
DE LA CAPITAL DEL RIO DE LA PLATA  
A LOS HABITANTES DE ELLA,  
Y DE LAS PROVINCIAS DE SU SUPERIOR MANDO.

PROCLAMA.

**T**eneis ya establecida la Autoridad que remueve la incertidumbre de las opiniones, y calma todos los recelos. Las aclamaciones generales manifiestan vuestra decidida voluntad; y sola ella ha podido resolver nuestra timidez á encargarnos del grave empeño á que nos sujeta el honor de la eleccion. Fixad pues vuestra confianza, y aseguraos de nuestras intenciones. Un deseo eficaz, un zelo activo, y una contraccion viva y asidua á proveer por todos los medios posibles la conservacion de nuestra Religion Santa, la observancia de las Leyes que nos rigen, la comun prosperidad, y el sosten de estas Posesiones en la mas constante fidelidad y adhesion á nuestro muy amado Rey y Señor Don Fernando VII y sus legitimos sucesores en la corona de España: ¿No son estos vuestros sentimientos? Esos mismo son los grandes objetos de nuestros conatos. Reposad en nuestro desvelo y fatigas; dexad á nuestro cuidado todo lo que en la causa pública dependa de nuestras facultades y arbitrios; y entregaos á la mas estrecha union y conformidad reciproca en la tierna efusion de estos afectos. Llevad á las Provincias todas de nuestra Dependencia, y aun mas allá, si puede ser, hasta los últimos terminos de la tierra, la persuasion del exemplo de vuestra cordialidad, y del verdadero interes con que todos debemos cooperar á la consolidacion de esta importante obra. Ella afianzará de un modo estable la tranquilidad y bien general á que aspiramos. — Real Fortaleza de Buenos-Ayres á 26 de Mayo de 1810. — *Cornelio de Saavedra.* — *Dr. Juan José Castelli.* — *Manuel Belgrano.* — *Miguel de Azcuena.* — *Dr. Manuel Alverti.* — *Domingo Mateú.* — *Juan Larrea.* — *Dr. Juan José Passo, Secretario.* — *Dr. Mariano Moreno, Secretario.*

CON SUPERIOR PERMISO:

*Buenos-Ayres: en la Real Imprenta de Niños Expósitos.*

Facsimile de la primera Proclama del gobierno de Mayo.

La destitución del virrey y creación consiguiente de un nuevo gobierno americano, fué a todas luces el golpe que derribó el dominio que los reyes de España habían ejercido en cerca de 300 años en esta parte del mundo, por el injusto derecho de conquista; y sin justicia no se puede negar esta gloria a los que, por libertarla del pesado yugo que la oprimía, hicimos un formal abandono de nuestras vidas, de nuestras familias e intereses, arrojando los riesgos a que con aquel hecho quedamos expuestos. Nosotros solos, sin precedente combinación con los pueblos del interior, mandados por jefes españoles que tenían influjo decidido en ellos, confiados en nuestras pocas fuerzas y su bien acreditado valor, y en que la misma justicia de la causa de la libertad americana, le acarrearía en todas partes prosélitos y defensores, nosotros solos, digo tuvimos la gloria de emprender tan abultada obra. Ella, por descontado, alarmó al cúmulo de españoles que había en Buenos Aires y

en todo el resto de las provincias, a los gobernadores y jefes de lo interior y a todos los empleados por el rey, que preveían llegado el término del predominio que ellos les daban entre los americanos. En el mismo Buenos Aires, no faltaron hijos suyos que miraron con tedio nuestra empresa: unos la creían inverificable por el poder de los españoles; otros la graduaban de locura y delirio de cabezas desorganizadas; otros, en fin, y eran los más piadosos, nos miraban con compasión, no dudando que en breves días seríamos víctimas del poder y furor español, en castigo de nuestra rebelión e infidelidad contra el legítimo soberano, dueño y señor de la América y de las vidas y haciendas de todos sus hijos y habitantes, pues hasta estas calidades atribuían al rey en su fanatismo. ¿Será creíble que al fin éstos han salido más bien parados que no pocos de nosotros? Pues así sucedió. No pocos de los que en el año 10 y sus inmediatos eran, o fríos espectadores de aquellos sucesos, o enemigos de aquellas empresas y proyectos de la libertad e independencia, cuando vieron que el fiel de la balanza se inclinaba en favor de ellos, principiaron también a manifestarse patriotas y defensores de la causa y por estos medios han conseguido reportar el fruto de nuestras fatigas, mientras algunos de mis compañeros de aquel tiempo, y las familias de los que han muerto, sufren como yo, no pocas indigencias, en la edad menos a propósito para soportarlas o repararlas con nuestro trabajo personal. Sin embargo, ellos y yo, en el seno de nuestras escaseces, y desde el silencio de nuestro abandono y retiro, damos gracias al Todopoderoso por haber alcanzado a ver realizada nuestra obra y a la América toda independiente del dominio español. Quiera él mismo también la veamos libre del incendio de pasiones y facciones que en toda ella han resultado en estos últimos años...

CORNELIO DE SAAVEDRA.

(Museo Histórico Nacional, Memorias y Autobiografías).

CORNELIO DE SAAVEDRA. — Precursor de la independencia y presidente de la Primera Junta Gubernativa. Nació en Potosí, en 1761; murió en 1829, en Buenos Aires. Después de la Reconquista fue jefe del regimiento de Patricios y en 1809 (1.º de enero) desbarató el plan de los españoles para eliminar al Virrey Liniers de la escena política. Su voto arrastró la mayoría en el Cabildo abierto del 22 de mayo de 1810, y su actitud como militar decidió el movimiento revolucionario del 25. Sufrió las consecuencias de la revolución del 5 y 6 de abril de 1811, siendo objeto de persecuciones y vejámenes injustos. Vivió confinado hasta 1816 en que fue reintegrado a su rango militar, desempeñando la jefatura del estado mayor del ejército. Se retiró poco después y vivió oscuramente dedicado a trabajos de campo. En 1831, el gobierno de Buenos Aires decretó un monumento a la memoria de Saavedra en el cementerio del Norte.

## LA MUERTE DE MORENO

El día 24 de enero de 1811, salió el doctor Moreno del puerto de Buenos Aires, en la escuna de S. M. B. la Mistletoe, para el de la Ensenada. Allí estuvo un día y visitó otra vez su puerto. El 25, por la tarde, se trasbordó a la fragata inglesa de comercio, nombrada la Fama, donde estaba ajustado el pasaje para Inglaterra. En este buque le esperaban, hacía ya ocho días, dos secretarios de su comisión, de los cuales tengo yo el honor de haber sido nombrado el primero. La fragata estaba anclada enfrente de la Punta de Piedras y el Banco de Ortiz: recién había entrado en ella el doctor Moreno, cuando sobrevino un fuerte temporal del S. E. que duró dos días y nos hizo temer un naufragio. Al fin, vencido este peligro, la navegación continuó medianamente buena, pero muy demorosa. Desde que perdimos de vista las costas, una continuación de vientos contrarios nos acompañó incesantemente, de manera que, a principios de marzo, nos hallábamos aún a los 28° sur, de la línea.

Somos deudores a la política atención del comandante de la escuna Mistletoe, capitán R. Ramsay, de la protección que nos dió a la salida del río de la Plata, convoyándonos hasta cien leguas más afuera del cabo de Santa María en cuya altura nos dejó por apresurarse en su viaje a Europa, Esta protección nos fué hasta allí de la mayor importancia, porque, divulgada nuestra partida, era muy de temer algún atentado por parte de Montevideo, que las fuerzas de nuestro buque no podrían rechazar, ni la de otros tres que navegaban en nuestra compañía.

Desde antes de embarcarse, la salud del doctor Moreno se hallaba grandemente injuriada por la incesante fatiga en los asuntos públicos. Los últimos disgustos abatieron considerablemente su espíritu y la idea de la ingratitud se presentaba de continuo a su imaginación, con una fuerza que no podía menos de perjudicar su constitución física. En vano era que la reflexión ocurriera a aliviar las fuertes impresiones causadas en su honor por el ataque injusto de las pasiones vergonzosas de sus contrarios. La extrema sensibilidad le hacía insoportable la más pequeña sombra de la irregularidad absurda que se atribuía obscuramente a sus operaciones.

Debilitado su sistema, sufrió un mareo demasiado fuerte, después del cual cayó en una languidez tan profunda que le fue imposible sostener las incomodidades anexas a una navegación penosa. Esta deplorable situación se aumentaba con la total falta de medicinas en que se hallaba el barco. Mas sus continuados padecimientos no le impedían el volver incesantemente su vista



hacia su amada patria; y el estado en que la había dejado no podía separarse un instante de su consideración. En medio de su enfermedad y aflicciones, sus discursos, sus operaciones, sus deseos se dirigían continuamente a los medios de establecer la felicidad de su país y precaver sus riesgos. Su espíritu, acostumbrado al trabajo, no podía acomodarse con el ocio de la navegación y su patriotismo le hacía insoportables los días pasados sin utilidad de sus conciudadanos. A pesar de la progresiva decadencia de su salud, se dedicó a traducir del idioma inglés la obra intitulada el *Joven Anacharsis*, que aún no se halla, vertida al castellano. Este trabajo ha quedado incompleto y los americanos españoles se verán todavía reducidos a leer esta importante producción en el original francés, o en otros idiomas extranjeros. Como lo había prometido a sus amigos y exigía su reputación, el doctor Moreno pensaba, después de su llegada a Inglaterra, publicar un manifiesto de su conducta pública en toda su carrera y particularmente de sus motivos en la transacción que produjo los últimos disgustos.



La Recova. (Según E. E. Vidal).

¡Cuántas efusiones del más recomendable patriotismo producía a cada paso, aún en medio de los peligros del mar y conociendo que se le acercaba la

muerte! La incertidumbre de la suerte de su tierna familia era un motivo que concurría a desolar su espíritu angustiado...

El doctor Moreno vió venir su muerte con la serenidad de Sócrates. Ya a los principios de la navegación, le pronosticó su corazón este terrible lance. «*No sé qué cosa funesta se me anuncia en mi viaje*», nos decía con una seguridad que nos consternaba. No pudiendo proporcionarse a sus padecimientos ninguno de los remedios del arte, ya no nos quedaba otra esperanza de conservar sus preciosos días, que en la prontitud de la navegación; mas, por desgracia, tuvimos ésta extraordinariamente morosa, y todas las instancias hechas al capitán para que arribase al Janeiro o al Cabo de Buena Esperanza, no fueron escuchadas.

Después de esto, el doctor Moreno se entregó tranquilamente a su duro destino. A las cuidadosas atenciones que le pagaba nuestra amistad y respeto, correspondía con una suavidad admirable, pero con el triste desengaño de que serían sin efecto. En el momento en que escribo estas líneas, todavía las lágrimas que corren de mis ojos vienen a perturbar mi razón: igual tributo pagarán a la memoria de este recomendable ciudadano todos aquellos que están animados de los deseos de la libertad de la América.

Su último accidente fué precipitado por la administración de un remedio que el capitán de la embarcación le suministró imprudentemente y sin nuestro conocimiento. A esto siguió una terrible convulsión, que apenas le dió tiempo para despedirse de su patria, de su familia y de sus amigos. Aunque quisimos estorbarlo, desamparó su cama ya en este estado, y con visos de mucha agitación, acostado sobre el piso solo de la cámara, se esforzó en hacernos una exhortación admirable de nuestros deberes en el país en que íbamos a entrar y nos dió instrucciones del modo que debíamos cumplir los encargos de la comisión, en su falta. Pidió perdón a sus amigos y enemigos de todas sus faltas; llamó al capitán y le recomendó nuestras personas; a mí en particular me recomendó, con el más vivo encarecimiento, el cuidado de su *esposa inocente* — con este dictado la llamó muchas veces. El último concepto que pudo producir, fueron las siguientes palabras: *¡Viva mi patria, aunque yo perezca!* Ya no pudo articular más.

Tres días estuvo en esta situación lamentable: murió el 4 de marzo de 1811, al amanecer, a los veinte y ocho grados y siete minutos sur de la línea, en los 32 años, 6 meses y un día de su edad. Su cuerpo fué puesto en el mar, a las cinco de aquella misma tarde, después de haberle tributado las demostraciones compatibles con nuestra situación.

La bandera inglesa, a media asta y las descargas de fusilería, anunciaron a las otras fragatas del convoy la desgracia sucedida en la nuestra y el cadáver estuvo expuesto todo aquel día sobre la cubierta, envuelto también en la bandera inglesa.

MANUEL MORENO.

(*Vida y Memorias del Dr. D. Mariano Moreno*. Memorias y Autobiografías. Museo Histórico Nacional, t. II, Buenos Aires, 1910).

MANUEL MORENO. — Nació en Buenos Aires, 1790; falleció en la misma ciudad en 1857. Era hermano menor de Mariano Moreno, el secretario de la Junta de Mayo, a quien acompañaba en el viaje de 1811 cuando se produjo el fallecimiento de aquél. Manuel Moreno siguió a Londres y escribió allí el libro *Vida y Memorias de Mariano Moreno*. De regreso en Buenos Aires tomó parte activa en la política y fué desterrado a Estados Unidos, donde permaneció hasta 1821. En ese país adquirió una seria cultura política, como lo reveló en los debates del Congreso Constituyente de 1824-27. Manuel Moreno actuó en ese Congreso como defensor del sistema federal, destacándose como eminente orador y dialéctico. Fué ministro de Relaciones Exteriores durante el gobierno de Dorrego. En 1828 pasó a Inglaterra como ministro argentino en ese país y permaneció en ese cargo diplomático durante veinte años. Después de la caída de Rosas volvió a Buenos Aires y desempeñó el cargo de Director de la Biblioteca Nacional.

## RETRATO DEL GENERAL BELGRANO

El general Belgrano era de regular estatura, pelo rubio, cara y nariz fina, color muy blanco, algo rosado, sin barba; tenía una fístula bajo un ojo —que no lo desfiguraba porque era casi imperceptible—; su cara era más bien de alemán que de porteño. No se le podía acompañar por la calle porque su andar era casi corriendo; no dormía más que tres o cuatro horas, montando a caballo a medianoche, que salía de ronda a observar el ejército, acompañado solamente de un ordenanza. Era tal la abnegación con que este hombre extraordinario se entregó a la libertad de su patria, que no tenía un momento de reposo, nunca buscaba su comodidad, con el mismo placer se acostaba en el suelo que en la mullida cama.

No es cierto que hiciese demasiada ostentación de los usos europeos hasta el grado de chocar las costumbres nacionales (como lo dice Paz), como no es cierto que se presentase en público con lujo ni con el esmero de un elegante refinado. Se presentaba aseado, como lo había conocido yo siempre, con una levita de paño azul, con alamares de seda negra, que se usaba entonces, su espada y gorra militar de paño. Su caballo no tenía más lujo que un gran mandil de paño azul, sin galón alguno, que cubría la silla y que estaba yo

cansado de verlo usar en Buenos Aires a todos los jefes de caballería. Todo el lujo que llevó al ejército fué una volanta inglesa de dos ruedas, que él manejaba, con un caballo y en la que paseaba algunas mañanas, acompañado de su segundo el general Cruz. Esto llamaba la atención porque era la primera vez que se veía en Tucumán. En los días clásicos, en que vestía uniforme, se presentaba con un sombrero ribeteado con un rico galón de oro que le había regalado el hoy general Tomás Iriarte... La casa que habitaba, y que el general mandó edificar en la Ciudadela, era de techo de paja, dos bancos de madera, una mesa ordinaria, un catre pequeño de campaña con delgado colchón que siempre estaba doblado, y la prueba de que su equipaje era muy modesto fue que, al año de haber llegado, me hizo presente se hallaba sin camisas, y me pidió le hiciese traer de Buenos Aires dos piezas de irlandia de hilo, lo que efectué. Se hallaba siempre en la mayor escasez, así es que muchas veces me mandó pedir cien o doscientos pesos para comer. Lo he visto tres o cuatro veces, en diferentes épocas con las botas remendadas, y no se parecía en esto a ningún elegante de París y Londres...



Manuel Belgrano. (*Dibujo de Rugendas*).

El general Belgrano era un hombre de talento cultivado, de maneras finas y elegantes, gustaba mucho del trato de las señoras; un día me dijo que, algo de lo que sabía, lo había aprendido en la sociedad con ellas. Otro día me dijo: «Me lleno de placer cuando voy de visita a una casa y encuentro en el estrado, en sociedad con las señoras, a los oficiales de mi ejército, en el trato con ellas los hombres se acostumbran a los modales finos y agradables, se hacen amables y sensibles; en fin, el hombre que gusta de la sociedad de ellas, nunca puede ser un malvado». Esta ocurrencia me hizo reír mucho.

El general era muy honrado, desinteresado, recto; perseguía el juego y el robo en su ejército; no permitía que se le robase un solo peso al Estado, ni que se le vendiese más caro que a los otros. Como yo le había hecho a él algunos servicios, y muy continuos al ejército, sin interés alguno, cuando necesitaba paños, lencería u alguna otra cosa para el ejército, me llamaba y me decía: «Amigo Balbín, necesito tal cantidad de efectos, tráigame las muestras y el último precio, en la inteligencia de que, a igual precio e igual calidad usted es

preferido a todos, pero a igual calidad y un centavo menos, cualquier otro». Después llamaba a los demás comerciantes. Generalmente éstos no tenían las cantidades que necesitaba el general ni podían vender tan acomodado como yo, por ser más valioso el negocio a mi cargo; así es que, continuamente le hacía ventas.

JOSÉ CELEDONIO BALBÍN.

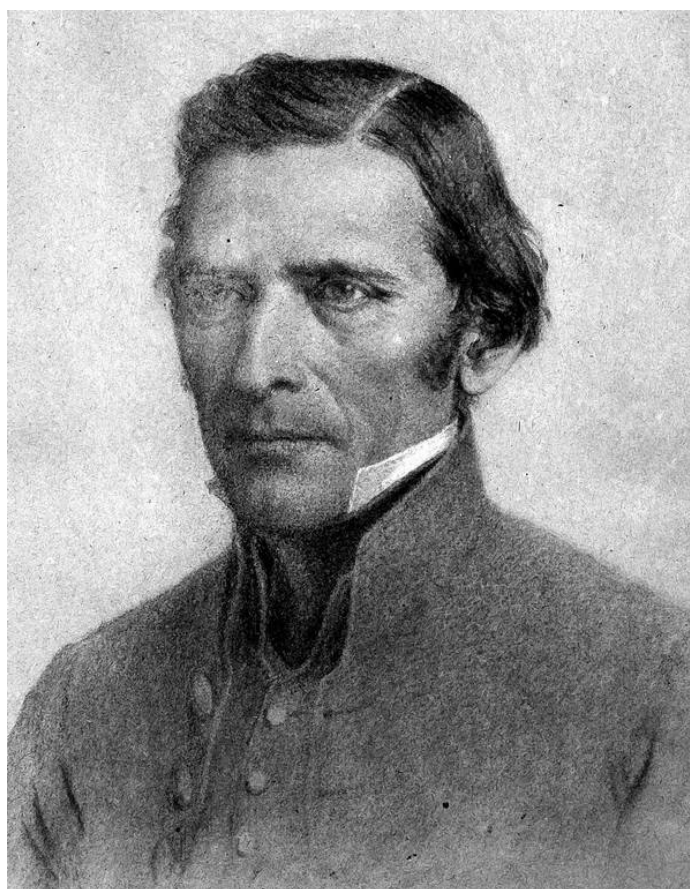
(Museo Mitre. *Documentos del Archivo de Belgrano*, t. I, Buenos Aires, 1913).

JOSÉ CELEDONIO BALBÍN. — El señor Balbín era comerciante y conoció muy de cerca al general Belgrano en Tucumán y Buenos Aires. En 1860, escribió al general Mitre —entonces coronel— dos interesantes cartas sobre la personalidad de Belgrano, de las que se han entresacado los párrafos anteriores.

## ARTIGAS EN EL AYUÍ

1812

El ejército se compone de cuatro a cinco mil hombres armados con fusiles, carabinas y lanzas, reuniendo dos divisiones y varias partidas, cuatrocientos indios charrúas armados con flechas y bolas, y estoy persuadido que aun en los pueblos de indios ha dispuesto formar sus compañías, porque he visto algunos corregidores informados. En esta hora me comunica el secretario sobre este punto: nueve cañones y un obús, de diferentes calibres, pólvora hay como para operar un sitio de seis meses, guardando la intermisión que corresponde en los tiros. Todo esto debe entenderse juntamente con el auxilio de Buenos Aires, reunido a esta fuerza. Veinte mil pesos plata, dos mil uniformes, y mucha partida de camisas, calzoncillos y jergas, que hasta el día no se ha tomado conocimiento de los fardos, ambas partidas de dinero y vestuarios, remitidas igualmente de Buenos Aires.



Cabeza de Artigas (carbón). (Según J. M. Blanes).

Toda esta costa del Uruguay está poblada de familias, que salieron de Montevideo, unas bajo de las carretas, otras bajo los árboles, y todas a las inclemencias del tiempo, pero con santa conformidad y gusto que causa admiración y da ejemplo.

La tropa es buena, bien disciplinada, y toda gente aguerrida. La mayor parte compuesta de los famosos salteadores y gauchos que cortaron estos campos, pero subordinados al general, y tan endiosados en él, que estoy en que no han de admitir a otro jefe en caso que Buenos Aires quiera sustituir a éste...

Fué tan general la complacencia del ejército con la unión del Paraguay, y el general tan obsequioso y adheso a la provincia, que me tributó los mayores honores que por ningún título yo merecía. A distancia de diez leguas del campamento mandó a tres capitanes y su secretario a recibirme y a acompañarme, a la de dos leguas al mayor general y tres tenientes coroneles a igual homenaje y luego el general con toda la oficialidad, y la milicia, a distancia de dos cuadras, a pie, recibiéndonos con un abrazo al encontrarnos. Llegando a la tienda de campaña, y después de muchos cumplimientos, y

considerando ya ser ocasión oportuna, me paré, y, hecha la venia al general y oficiales, les eché mi narración..., les significué, cómo la Junta Gubernativa del Paraguay me había hecho el honor de comisionarme al objeto de felicitarle a él y demás señores oficiales en reconocimiento de su gratitud y en obsequio de la unión a nombre de aquel gobierno... A [lo] que me satisfizo con iguales expresiones, y un ¡*Viva el Paraguay y su sabio gobierno!*!, con golpe de música. Se siguió desde aquella hora una fiesta que duró cuatro días con sus noches y otros tantos de comilona con muchos brindis y vítores de ¡*Viva el gobierno del Paraguay!* Al tercer día, a la tarde, mandó formar sus tropas y me hizo revistarlas, haciendo que cada división, en el acto, obrase sus evoluciones y ejercicios, y en su conclusión me dijo que aquellas tropas y todo el ejército se contaba por la provincia del Paraguay, y que así dispusiese de ellas su gobierno. A lo que satisface con el mayor cariño y cumplimiento, haciendo una protesta pública de reconocimiento y gratitud a nombre del citado gobierno. Ha llegado a justificar su voluntad el general con otras acciones más relevantes con el Paraguay. Los oficiales Pardos han pedido por los desertores de su cuerpo que iban a ser pasados por las armas al otro día de su llegada al campamento, a nombre del gobierno del Paraguay, y les indultó la vida a todos seis, y otros presos los liberó, sin embargo de ser muy tenaz en sus justicias.

FRANCISCO B. LAGUARDIA.

(*De un oficio de ..... a la Junta Gubernativa del Paraguay. Nueve de marzo de 1812. Museo Mitre. Contribución documental para la Historia del Río de la Plata, 1913, t. I.*)

FRANCISCO BARTOLOMÉ LAGUARDIA. — Oficial paraguayo enviado por el gobierno de la Asunción al Campamento de Artigas, en el Ayuí, a principios de 1812, para entablar relaciones con el caudillo uruguayo y combinar operaciones militares contra los portugueses.

## EL COMBATE DE SAN LORENZO

1813

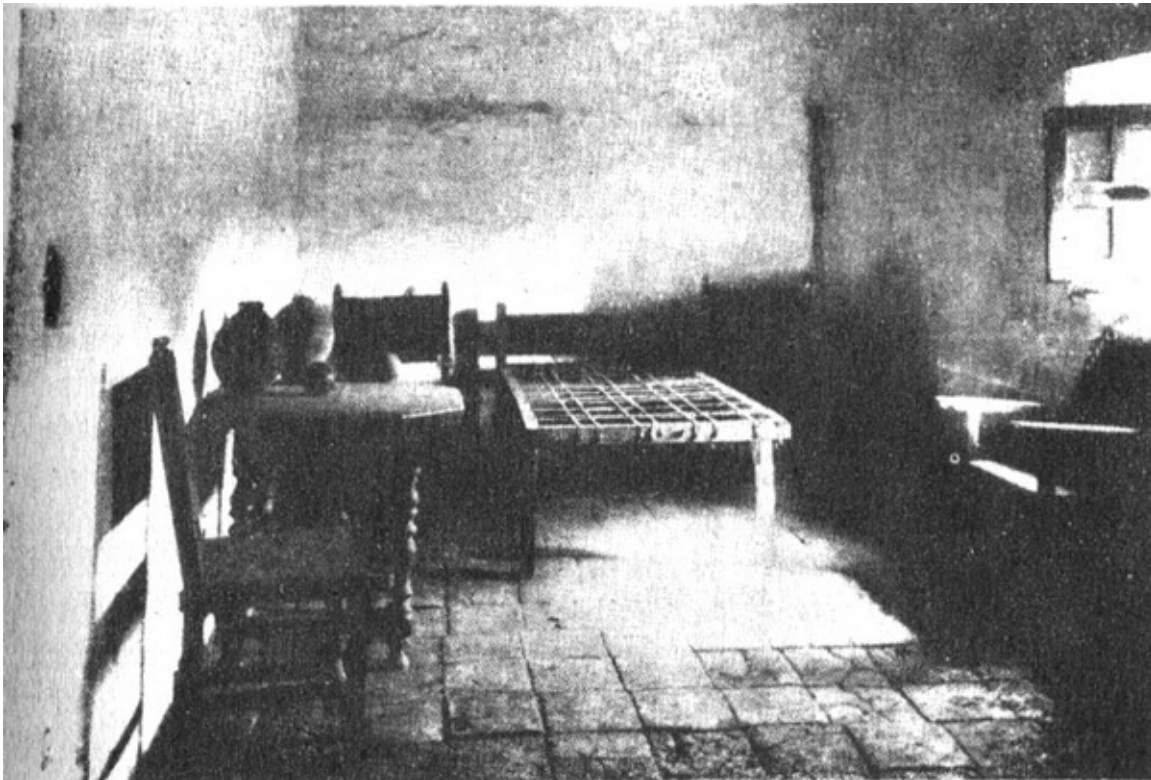
No habían corrido muchas horas cuando desperté de mi profundo sueño a causa del tropel de caballos, ruido de sables y rudas voces de mando a inmediaciones de la posta. Vi confusamente en las tinieblas de la noche los tostados rostros de dos arrogantes soldados en cada ventanilla del coche.



No dudé estar en manos de los marinos. «¿Quién está ahí», dijo autoritariamente uno de ellos. «Un viajero», contesté, no queriendo señalarme inmediatamente como víctima, confesando que era inglés. «Apúrese», dijo la misma voz «y salga». En ese momento se acercó a la ventanilla una persona cuyas facciones no podía distinguir en lo obscuro, pero cuya voz estaba seguro de conocer, cuando dijo a los hombres: «No sean groseros: no es enemigo, sino, según el maestro de posta me informa, un caballero inglés en viaje al Paraguay».

Los hombres se retiraron y el oficial se aproximó más a la ventanilla. Confusamente, como pude entonces discernir sus finas y prominentes facciones, combinando sus rasgos con el metal de voz, dije: «Seguramente usted es el coronel San Martín, y, si es así, aquí está su amigo míster Robertson».

El reconocimiento fué instantáneo, mutuo y cordial; y él se regocijó con franca risa cuando le manifesté el miedo que había tenido confundiendo sus tropas con un cuerpo de marinos. El coronel entonces me informó que el gobierno tenía noticias seguras de que los marinos españoles intentarían desembarcar esa misma mañana, para saquear el país circunvecino y especialmente el convento de San Lorenzo. Agregó que, para impedirlo, había sido destacado con ciento cincuenta granaderos a caballo, de su regimiento; que había venido (andando principalmente de noche para no ser observado) en tres noches desde Buenos Aires. Dijo estar seguro de que los marinos no conocían su proximidad y que dentro de pocas horas esperaba entrar en contacto con ellos. «Son doble en número», añadió el valiente coronel, «pero por eso no creo que tengan la mejor parte de la jornada».



Celda que ocupó San Martín en el Convento de San Lorenzo (Santa Fe).

«Estoy seguro que no», dije; y descendiendo sin dilación empecé con mi sirviente a buscar a tientas, vino, con qué refrescar a mis muy bienvenidos huéspedes. San Martín había ordenado que se apagaran todas las luces de la posta, para evitar que los marinos pudiesen observar y conocer así la vecindad del enemigo. Sin embargo, nos manejamos muy bien para beber nuestro vino en la obscuridad y fué literalmente la copa del estribo; porque todos los hombres de la pequeña columna estaban parados al lado de sus caballos ya ensillados, y listos para avanzar, a la voz de mando, al esperado campo de combate.

No tuve dificultad en persuadir al general que me permitiera acompañarlo hasta el convento. «Recuerde solamente», dijo, «que no es su deber ni oficio pelear. Le daré un buen caballo y si ve que la jornada se decide contra nosotros, aléjese lo más ligero posible. Usted sabe que los marineros no son de a caballo». A este consejo prometí sujetarme y, aceptando su delicada oferta de un caballo excelente y estimando debidamente su consideración hacia mí, cabalgué al costado de San Martín cuando marchaba al frente de sus hombres, en obscura y silenciosa falange.

Justo antes de despuntar la aurora, por una tranquera en el lado del fondo de la construcción, llegamos al convento de San Lorenzo, que quedó

interpuesto entre el Paraná y las tropas de Buenos Aires y ocultos todos los movimientos a las miradas del enemigo. Los tres lados del convento visibles desde el río, parecían desiertos; con las ventanas cerradas y todo en el estado en que los frailes, atemorizados, se supondría lo habían abandonado en su fuga precipitada pocos días antes. Era en el cuarto lado y por el portón de entrada al patio y claustros que se hicieron los preparativos para la obra de muerte. Por este portón San Martín, silenciosamente, hizo desfilar sus hombres, y una vez que hizo entrar los dos escuadrones en el cuadrado, me recordaron, cuando las primeras luces de la mañana apenas se proyectaban en los claustros sombríos que los protegían, la banda de griegos encerrados en el interior del caballo de madera tan fatal para los destinos de Troya.

El portón se cerró para que ningún transeúnte importuno pudiese ver lo qué adentro se preparaba. El coronel San Martín, acompañado por dos o tres oficiales y por mí, ascendió al campanario del convento y con ayuda de un antejo de noche y por una ventana trasera trató de darse cuenta de la fuerza y movimientos del enemigo.

Cada momento transcurrido daba prueba más clara de su intención de desembarcar; y tan pronto como aclaró el día percibimos el afanoso embarcar de sus hombres en los botes de siete barcos que componían su escuadrilla. Pudimos contar claramente alrededor de trescientos veinte marinos y marineros desembarcando al pie de la barranca y preparándose a subir la larga y tortuosa senda, única comunicación entre el convento y el río.

Era evidente, por el descuido con que el enemigo ascendía el camino, que estaba desprevenido de los preparativos hechos para percibirlo, pero San Martín y sus oficiales descendieron de la torrecilla, y después de preparar todo para el choque, tomaron sus respectivos puestos en el patio de abajo. Los hombres fueron sacados del cuadrángulo, enteramente inapercibidos, cada escuadrón detrás de una de las alas del edificio.

San Martín volvió a subir al campanario y deteniéndose apenas un momento, volvió a bajar corriendo, luego de decirme: «Ahora, en dos minutos más estaremos sobre ellos, sable en mano». Fué un momento de intensa ansiedad para mí. San Martín había ordenado a sus hombres no disparar un solo tiro. El enemigo aparecía a mis pies, seguramente a no más de cien yardas. Su bandera flameaba alegremente, sus tambores y pitos tocaban marcha redoblada, cuando en un instante y a toda brida los dos escuadrones desembocaron por atrás del convento, y flanqueando al enemigo por las dos alas comenzaron con sus lucientes sables la matanza que fué instantánea y espantosa. Las tropas de San Martín recibieron una descarga solamente, pero

desatinada, del enemigo; porque, cerca de él como estaba la caballería, sólo cinco hombres cayeron en la embestida contra los marinos. Todo lo demás fué derrota, estrago y espanto entre aquel desdichado cuerpo. La persecución, la matanza, el triunfo, siguieron al asalto de las tropas de Buenos Aires. La suerte de la batalla, aun para un ojo inexperto como el mío, no estuvo indecisa tres minutos. La carga de los dos escuadrones instantáneamente rompió las filas enemigas, y desde aquel momento los fulgurantes sables hicieron su obra de muerte tan rápidamente que, en un cuarto de hora, el terreno estaba cubierto de muertos y heridos.

Un grupito de españoles había huido hasta el borde de la barranca; y allí, viéndose perseguidos por una docena de granaderos de San Martín, se precipitaron barranca abajo y fueron aplastados en la caída. Fué en vano que el oficial a cargo de la partida les pidiera se rindiesen para salvarse. Su pánico les había privado completamente de la razón, y en vez de rendirse como prisioneros de guerra, dieron el horrible salto que los llevó al otro mundo y dió sus cadáveres, aquel día, como alimento a las aves de rapiña.

De todos los que desembarcaron volvieron a sus barcos apenas cincuenta. Los demás fueron muertos o heridos, mientras que San Martín solamente perdió en el encuentro ocho de sus hombres.

La excitación nerviosa proveniente de la dolorosa novedad del espectáculo, pronto se convirtió en mi sentimiento predominante; y quedé contentísimo de abandonar todavía el humeante campo de la acción. Supliqué a San Martín, en consecuencia, que aceptase mi vino y provisiones en obsequio a los heridos de ambas partes, y, dándole un cordial adiós, abandoné el teatro de la lucha, con pena por la matanza, pero con admiración por su sangre fría e intrepidez.

Esta batalla (si batalla puede llamarse) fué, en sus consecuencias, de gran provecho para todos los que tenían relaciones con el Paraguay, pues los marinos se alejaron del río Paraná y jamás pudieron penetrar después en son de hostilidades.

J. P. Y G. P. ROBERTSON.

(*La Argentina en la época de la Revolución*. Trad. de Carlos A. Aldao).

JUAN PARISH ROBERTSON y GUILLERMO P. ROBERTSON. — Dos hermanos ingleses, comerciantes, que viajaron por asuntos de negocios en el Río de la Plata, de 1811 a 1815. Estuvieron en Buenos Aires, Santa Fe, Corrientes, y sobre todo en Asunción donde conocieron muy de cerca al dictador Francia. Juan visitó a Artigas en Purificación, 1815. Francia los expulsó del Paraguay ese mismo año. Tuvieron también negocios en Chile y Perú. Juan volvió a Inglaterra en 1830 y Guillermo en 1834. Publicaron en ese país *Letters on Paraguay* (2 vol.) 1838; *Francia's Reign of Terror* (1839) y *Letters on South America* (1843). El ilustre escritor inglés Carlyle se ocupa de los Robertson y de sus

libros en su folleto sobre el doctor Francia. El señor Carlos A. Aldao ha traducido los dos volúmenes de *Letters on Paraguay*, y seis cartas (o capítulos) de *Francia's Reign of Terror*, en un volumen con título general de *La Argentina en la época de la Revolución*.

Las *Cartas de Sud América*, traducidas por José Luis Busaniche, han sido publicadas por la Editorial Emecé en tres volúmenes.

## HÁBITOS MILITARES DEL GENERAL BELGRANO

1818

En el año 1818, cuando el general Belgrano, general en jefe del ejército del Perú estaba estacionado en la ciudad de Tucumán, su vida era tan activa y vigilante como si estuviese en campaña al frente del enemigo: una parte del día la destinaba al descanso, la otra al estudio: durante la noche no dormía, montaba a caballo acompañado de un ordenanza, recorría los cuarteles y patrullaba por las calles de la ciudad. Si encontraba un individuo del ejército la corrección era infalible, porque todas las clases estaban obligadas a dormir en sus cuarteles de la ciudadela, y en la de oficiales uno por compañía —el de semana.

Muchas veces lo acompañé en estas excursiones nocturnas. Se retiraba a descansar al amanecer. Durante el almuerzo el general Cruz, mayor general, se presentaba a recibir órdenes. Después de almorzar despachaba, leía y se acostaba hasta que servían la comida. Los edecanes de servicio se sentaban a la mesa, que era bastante frugal. Después de comer iba a recrearse a su pequeño jardín y yo sólo lo acompañaba. Hablábamos del país, de su situación, del estado de la guerra; y era en estas ocasiones cuando me favorecía con confidencias que mucho lisonjeaban mi amor propio —joven como era yo entonces— sobre asuntos importantes conexiónados con la causa pública.

Era tan estricto el sistema de economía establecido por el general, y su escrupulosidad para que el erario no fuese defraudado, que hasta para las datas de la Tesorería de tres y cuatro pesos, él mismo firmaba las órdenes. El ejército estaba mal pagado, pero el general señaló una porción de terreno a cada regimiento para su cultivo: todos los cuerpos tenían una huerta abundante de hortalizas y legumbres, y de este modo, y estableciendo la mesa común entre los jefes y oficiales por cuerpos, todos llenaban su necesidad y entretenían su equipo, porque los frutos que sobraban se vendían en beneficio

de los individuos de todos los cuerpos del ejército. Este sistema geodésico es excelente y debería establecerse en los cuerpos acantonados en la campaña, pues no sólo produce el beneficio de mejorar la condición material del soldado, sino que lo preserva de los fatales efectos del ocio y de la disipación, que es su infalible consecuencia.

TOMÁS IRIARTE.

(*Revista de Buenos Aires*, t. I, 1863, págs. 29-32).

TOMÁS IRIARTE. — Militar y escritor argentino (1794-1876). El general Iriarte se formó en España y en la guerra contra Napoleón alcanzó el grado de teniente coronel. Como guerrero de la independencia argentina figuró al lado de Belgrano en sus campañas del Alto Perú. Tuvo participación muy saliente en la campaña del Brasil y en la batalla de Ituzaingó. Actuó en el gobierno de Dorrego (1828) y fue perseguido por los autores del motín de diciembre de 1828. Combatió al unitarismo en 1831 y después fué decidido adversario de Rosas. Tomó parte en la revolución del sur de Buenos Aires (1839), en la campaña de Lavalle (1840-41). Vencida la coalición del Norte, Iriarte pasó a Chile y de allí a Montevideo, donde preparó las fortificaciones del sitio. Después de Caseros desempeñó diversas comisiones civiles y militares. El general Iriarte figura entre los primeros escritores militares argentinos. Hizo traducciones del francés e inglés. Publicó *Ataque y defensa*, rectificaciones a las *Memorias* del general Paz, *Glorias Argentinas (Recuerdos históricos)*, una biografía de José Miguel Carrera. Dejó muchos volúmenes de obras inéditas, entre ellos sus *Memorias*, *Las dos Américas* y *Noticias para la historia de las repúblicas del Plata y del Imperio del Brasil*. Las *Memorias* del general Iriarte están en curso de publicación.

## EL DOCTOR FRANCIA<sup>[1]</sup>

1813

En una de esas agradables tardes paraguayas, después que el viento sudoeste ha clareado y refrescado el aire, fui llevado en busca de caza a un valle apacible (no lejos de la casa de doña Juana) y extraño por su combinación de todas las características sorprendentes del paisaje en aquella tierra. De repente di con una cabaña limpia y sin pretensiones. Voló una perdiz, hice fuego, y la presa cayó. Una voz desde atrás, exclamó: «Buen tiro». Me di vuelta y contemplé un caballero de unos cincuenta años de edad con traje negro y capa granate sobre las espaldas. Tenía el mate en una mano y el cigarro en la otra; y un bribonzuelo negro, con los brazos cruzados, estaba al lado del caballero. El rostro del desconocido era sombrío y sus ojos negros, muy penetrantes, mientras su cabello de azabache, peinado hacia atrás sobre una frente

atrevida, y colgando en bucles naturales sobre los hombros, le daban un aire digno que llamaba la atención. Usaba hebillas de oro en las rodillas de sus calzones y de sus zapatos.

Me disculpé de haber disparado el arma tan cerca de su casa; pero con gran bondad y cortesía, el propietario me aseguró que no había motivo para pedir la mínima disculpa y que su casa y terreno estaban a mi disposición cuando quisiera divertirme con mi escopeta en aquellos parajes. Para brindar la primitiva hospitalidad, común en el país, me invitó a sentarme debajo del corredor y a tomar mate y un cigarro. Un globo astronómico, un gran telescopio y un teodolito estaban bajo el pequeño pórtico, e inferí inmediatamente que el personaje que tenía por delante no era otro que el doctor Francia.

Los utensilios concordaban con lo que había oído de su reputación acerca de sus conocimientos en ciencias ocultas; pero no me dejó vacilar mucho tiempo sobre este punto; por que inmediatamente informó en respuesta a mi pregunta de si tenía el honor de dirigirme al doctor Francia, que él era en carne y hueso.

—Y presumo —continuó— que usted es el caballero inglés que reside en casa de doña Juana Esquivel.

Respondí que así era; agregó que tenía intención de visitarme, que era tal la situación política del Paraguay y particularmente en lo tocante a su persona, que encontraba imprescindible vivir en gran reclusión. No podía de otro modo —añadió— evitar que se diesen las más siniestras interpretaciones a sus actos más insignificantes. Dejando este tema, se mostró complacido de que yo supiese cuáles eran sus ocupaciones. Me hizo entrar en su biblioteca, un cuarto encerrado con pequeñísima ventana, y tan sombreado por el techo del corredor, que apenas entraba la luz necesaria para estudiar. La biblioteca estaba distribuida en tres filas de estantes extendidos a través del cuarto y se compondría de trescientos volúmenes. Había muchos libros voluminosos de derecho; pocos de ciencias experimentales; algunos en latín y en francés sobre literatura general, con los Elementos de Euclides y algunos textos escolares de álgebra. Sobre una ancha mesa había pilas de escritos y procesos forenses. Varios tomos in folio encuadernados en pergamino estaban desparramados sobre la mesa; una vela encendida (colocada allí con el solo objeto de encender cigarros) prestaba su débil ayuda para alumbrar la habitación; mientras un mate y un tintero de plata adornaban otra parte de la mesa. No había alfombra ni esteras sobre el piso de ladrillo y las sillas eran de moda tan antigua, grandes y pesadas, que se requería esfuerzo considerable para

moverlas de un lugar a otro. Estaban cubiertas por viejas suelas estampadas con jeroglíficos raros y a causa del uso prolongado, oscuras y lustrosas. Sus respaldos rectos eran considerablemente más altos que la cabeza del que se sentaba en ellas, y no había que pensar en acomodarse en postura descansada. En el suelo de la habitación se hallaban desparramados sobres abiertos y cartas dobladas. Una tinaja para agua y un jarro se alzaban sobre un trípode tosco de madera, en un rincón, y el aseo del doctor, en otro. Chinelas, botines y zapatos yacían desparramados sin orden, y el conjunto de la pieza presentaba un aire de confusión, oscuridad y falta absoluta de comodidad, más que sorprendente, cuanto el exterior del rancho, aunque humilde, estaba prolijamente limpio, y ubicado de modo tan romántico, que tenía toda la apariencia de ser habitado por la belleza y la paz.

Ni vestigios de las inclinaciones sanguinarias o del capricho ingobernable con cuya práctica alcanzo después tan triste celebridad, se reconocían en las maneras o se deducían de la conversación de Francia, en la época de que estoy hablando. Todo lo contrario. Su porte tranquilo y sin ostentación; sus principios, en cuanto se podía deducir de sus mismas manifestaciones, eran justos, aunque no muy elevados; y su integridad legal como abogado, nunca fué puesta en duda. La vanidad me pareció ser el rasgo dominante de su carácter; y aunque había seriedad y casi continua severidad latentes en su fisonomía, no obstante, cuando se permitía sonreír, producía solamente por contraste, una impresión más cautivadora en aquellos con quienes conversaba.

Agradábale que se supiese que entendía francés, rama de los conocimientos muy poco común en el Paraguay. Hacía alguna ostentación de su familiaridad con Voltaire, Rousseau y Volney, y asentía del todo a la teoría del último. Pero, más que todo, se enorgullecía de ser reputado algebrista y astrónomo. En realidad había penetrado muy poco en esas ciencias. Lo bastarte, sin embargo, en el Paraguay, para justificar el proverbio español de que «en tierra de ciegos el tuerto es rey». En el Paraguay, con conocimientos de francés, los *Elementos de Euclides*, las ecuaciones, la manera de servirse del teodolito o con libros prohibidos por el Vaticano, él era en punto a saber, completa excepción de la regla general.

La noche se acercaba aprisa y me despedí de mi hospedador tan locuaz como agradable. Poco me imaginé, entonces, que iba a figurar, como lo ha hecho después, o que una relación, comenzada con tanta amabilidad, debía concluir con una tan grande injusticia.

J. P. Y G. P. ROBERTSON.



## LA DECLARACIÓN DE LA INDEPENDENCIA

1816

El martes 9 de julio, hubo sesión ordinaria, en la que se dió lectura de la nota anterior y se puso término al largo debate sobre sistema de votación, promovido por el diputado Anchorena. A las 2 de la tarde el acto magno se inició. Era un día «claro y hermoso», según el extracto de un manuscrito todavía en poder de la familia Aráoz; un público numeroso, en que por primera vez se confundían «nobleza y plebe», llenaba el salón y las galerías adyacentes. A moción del doctor Sánchez de Bustamante, diputado por Jujuy, se dió prioridad al proyecto de «deliberación sobre libertad e independencia del país». No hubo discusión. A la pregunta formulada en alta voz por el secretario Paso: *Si querían que las Provincias de la Unión fuesen una nación libre e independiente de los reyes de España*, los diputados contestaron con una sola aclamación, que se trasmitió como repercutido trueno al público apiñado desde las galerías y patio hasta la calle. Después, se tomó el voto individual, que resultó unánime, labrándose entre tanto el acta inmortal, a la que sólo falta la firma del diputado Corro, ausente en comisión. No hubo ese día otra manifestación pública, dejándose para el siguiente las fiestas anunciadas.

Desde la mañana del 10, reprodujéronse con mayor júbilo y pompa las ceremonias del día de la instalación. A las 9 de la mañana, los diputados y autoridades, reunidos en la casa congresal, se dirigieron en cuerpo al templo de San Francisco, encabezando el séquito el Director Supremo, Pueyrredón, entre el presidente Laprida y el gobernador Aráoz. A lo largo de las tres cuadras que median hasta la iglesia, formaban doble hilera las tropas de la guarnición. En la plaza mayor, todavía libre de columnas o pirámides, hormigueaba el pueblo endomingado: artesanos de chambergo y chaqueta, paisanos de botas y poncho al hombro, cholas emperifolladas, de vincha encarnada y trenza suelta, luciendo, entre los ojos de azabache y el bronce de la tez, su deslumbrante dentadura. No se encontraba un solo «decente»,

estando todos sin excepción en el cortejo oficial; pero sí una que otra niña rebozada que, ligera como perdiz y remolcando a la chinita de la alfombra, se apuraba hacia el convento, enseñando sin querer —o queriendo— bajo la breve falda de seda, las cintas del zapatito cruzadas sobre el tobillo. En cada esquina se estacionaban grupos de gauchos a caballo, fumando su cigarro de chala, apoyado sobre el muslo el cabo del rebenque.

Por decreto soberano de m. de el congreso se ha ordenado que  
 la siguiente canción se cante en las Provincias unidas de la América.  
Marcha Patriótica.

<p>Vid, mortales el grito sagrado          Libertad, libertad, libertad,          vid el punto en que cadamos          vid un trazo a la noble igualdad          de levamos en la faz de la tierra          una nueva gloriosa estación          coronada de cielos laureles,          y a sus plumas tendido un arco          Como          Sean coronados los laureles</p>	<p>todo el País se coronaba por grito          de venganza, de guerra, y furor          En los fieros tiranos la embidia          creció su perversa hiel,          su estandarte sangriento levanaban          provocando a la lid mas cruel          Sean coronados los laureles &amp;c.          1.<sup>o</sup>          2. No lo que otros Estados y Guías          coronarse con su misma gloria</p>
--	---

Parte superior de la primera página del texto de la «Marcha Patriótica», aprobado por la Asamblea General Constituyente, el 11 de Mayo de 1813.

Después de la misa solemne y del sermón, predicado por el doctor Castro Barros, la comitiva salió en el mismo orden, entre salvas y músicas, dirigiéndose a casa del gobernador Aráoz, donde se celebró (por estar en poder de los organizadores del baile el salón congresal) una breve sesión para conferir al Director Supremo el grado de brigadier, y nombrar a Belgrano general en jefe del ejército del Perú, en reemplazo de Rondeau, tan desprestigiado después de la derrota de Sipe-Sipe, como el mismo Belgrano después de Ayohuma. Esa misma tarde, Pueyrredón se ponía en camino para Córdoba, donde llegó el 15 (habiendo recorrido en menos de cinco días aquel trayecto de 150 leguas de posta, lo que es, sin duda, un bonito andar); allí, antes de seguir viaje a Buenos Aires, tuvo con San Martín, que vino expresa y secretamente de Mendoza, la memorable entrevista de dos días que decidió de la campaña de Chile, y acaso de la independencia sudamericana.

El baile del 10 de julio, quedó legendario en Tucumán. ¡Cuántas veces me han referido sus grandezas mis viejos amigos de uno y otro sexo, que habían

sido testigos y actores de la inolvidable función! De tantas referencias sobrepuestas, sólo conservo en la imaginación un tumulto y revoltijo de luces y armonías, guirnaldas de flores y emblemas patrióticos, manchas brillantes u oscuras de uniformes y casacas, faldas y faldones en pleno vuelo, vagas visiones de parejas enlazadas, en un alegre bullicio de voces, risas, jirones de frases perdidas que cubrían la delgada orquesta de fortepiano y violín. Héroes y heroínas se destacaban del relato según quien fuera el relator. Escuchando a doña Gertrudis Zavalía, parecía que llenaran el salón el simpático general Belgrano, los coroneles Álvarez y López, los dos talentosos secretarios del congreso, el decidor Juan José Paso y el hacedor Serrano... Oyendo a don Arcadio Talavera, aquello resultaba un baile blanco, de puras niñas *imberbes*, como él decía. Y desfilaban ante mi vista interior, en *film* algo confuso, todas las beldades de sesenta años atrás: Cornelia Muñecas, Teresa Gramajo y su prima Juana Rosa, que fué «decidida» de San Martín; la seductora y seducida Dolores Helguera, a cuyos pies rejuveneció el vencedor de Tucumán, hallando a su lado tanto sosiego y consuelo, como tormento con madame Pichegru...<sup>[2]</sup>

Pero en un punto concordaban las crónicas sexagenarias, y era en proclamar reina y corona de la fiesta, aquella deliciosa Lucía Aráoz, alegre y dorada como un rayo de sol, a quien toda la población rendía culto, habiéndole adherido la cariñosa divisa de «rubia de la patria». Para que nada le faltara, había de convertirse, poco después, en Iris de paz entre los partidos airados: Capuletos y Mónteseos de tierra adentro, que, como dije alguna vez, hicieron poesía sin saberlo, al lograr que Lucía, venciendo íntimas resistencias, concediera su blanca mano al gobernador Javier López, hasta entonces enemigo mortal de los Aráoz.

PAUL GROUSSAC.

(Paul Groussac. *El Viaje Intelectual. Impresiones de Naturaleza y Arte* (segunda serie), Bs. As., 1920).

PAUL GROUSSAC.— (1848-1929). Ilustre escritor franco-argentino, director por muchos años de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y autor de obras perdurables, honra de la literatura y de la historiografía argentina. Dirigió *La Biblioteca y Anales de la Biblioteca*, publicaciones que no han sido superadas, la última por los valiosos conjuntos documentales dados a luz en textos impecables (como no se habían visto hasta entonces), y por sus prólogos, de auténtica erudición y magistral estilo. *El Viaje Intelectual, Del Plata al Niágara, Estudios de Historia Argentina, Los que pasaban*, son obras que sobresalen en la literatura nacional por el rigor de su pensamiento, la cultura excepcional de su autor y el arte sobrio y depurado del estilo.

## CELEBRACIÓN DE LA INDEPENDENCIA EN TUCUMÁN

1816

El 25 de julio fue el día fijado para la celebración de la independencia en la provincia de Tucumán. Un pueblo innumerable concurrió en estos días a las inmensas llanuras de San Miguel. Más de cinco mil milicianos de la provincia, se presentaron a caballo, armados de lanza, sable y algunos con fusiles; todos con las armas originarias del país, lazos y boleadoras. La descripción de estas últimas (las boleadoras) me obligaría a ser demasiado minucioso, pero tengo ejemplares en mi poder.

Las lágrimas de alegría, los transportes de entusiasmo que se advertían por todas partes, dieron a esta ceremonia un carácter de solemnidad que se intensificó por la feliz idea que tuvieron de reunir al pueblo sobre el mismo campo de batalla donde cuatro años antes, las tropas del general español Tristán, fueron derrotadas por los patriotas. Allí juraron ahora, sobre la tumba misma de sus compañeros de armas, defender con su sangre, con su fortuna y con todo lo que fuera para ellos más precioso, la independencia de la patria.

Todo se desarrolló con un orden y una disciplina que no me esperaba. Después que el gobernador de la provincia dió por terminada la ceremonia, el general Belgrano tomó la palabra y arengó al pueblo con mucha vehemencia prometiéndole el establecimiento de un gran imperio en la América meridional, gobernado por los descendientes (que todavía existen en el Cuzco) de la familia imperial de los Incas.

JEAN ADAM GRAANER.

(Las Provincias del Río de la Plata en 1816. Informe presentado al príncipe Bernadotte Traducción y notas de José Luis Busaniche. Prólogo de Axel Paulin. Buenos Aires, 1949, pág. 65).

JEAN ADAM GRAANER. (1782-1819). — Oficial sueco, agente oficioso o emisario de Bernadotte cuando este último había sido elegido ya príncipe heredero de Suecia. Hizo dos viajes al Río de la Plata entre los años 1816 y 1819. Su presencia en estas regiones parece que tuvo relación con los proyectos de instaurar una monarquía argentina con un príncipe de Braganza o de la casa de Borbón. Graaner estuvo en Tucumán cuando se proclamó la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, y la descripción de la ceremonia del 25 de julio, celebrada en las afueras de la ciudad la escribió como testigo presencial. Viajó también en Chile, donde conoció algunos próceres de ese país y de la Argentina. El señor Axel Paulin hace una pequeña biografía de Graaner en el prólogo que escribió para la traducción castellana del informe que el agente presentó al príncipe Bernadotte.



La casa donde se declaró la Independencia en Tucumán. (Según un grabado de la segunda mitad del siglo XIX).

## EL GENERAL ALVEAR

Don Carlos Alvear, otro carácter distinguido en la historia de recientes acontecimientos de la revolución del Río de la Plata, fué empleado en la feliz expedición contra Montevideo en 1813. A la edad, creo, solamente de veintiséis años, fué elegido gobernador de Buenos Aires y derrocado por el

espíritu de partido. Luego fué a Río de Janeiro y no volvió a hacerse notar hasta los últimos años de la revolución. Haciendo un largo y horrible camino en compañía del general Alvear, tuve la mejor oportunidad que un extranjero tenga para formar juicio de su carácter. Él resultado de mis observaciones es que le supondría hombre de singular habilidad, bien dotado para empresas de valor e importancia, rara vez pierde el tino para un recurso en cualquier emergencia y es muy versado en la parte más material del conocimiento humano en tiempos turbulentos: el hombre.

El general Alvear es de cuarenta años, de contextura vigorosa, porte arrogante y hermosa figura. Es de estatura baja, notablemente bien educado y fino de maneras. Las Provincias Unidas del Río de la Plata no podían haber elegido mejor representante para la misión en que le encontré. Por lo que a mí toca, no puedo menos de volver a expresar mi agradecimiento por la bondad que me demostró en la jornada del desierto, entre Humahuaca y la Quiaca; y estaría mucho más endeudado de lo que estoy, si no consignase aquí mi reconocimiento de estas obligaciones que han dejado en mi ánimo la impresión duradera de la bondad del hombre. Nota: Las recientes victorias de este distinguido oficial sobre los brasileños, es agradable reflexionar, me confirman la opinión que había formado de sus talentos en mis diferentes entrevistas con él y cuando me honré con su sociedad como compañero de viaje. Es hombre de estampa no común.

JOSÉ ANDREWS.

(*Viaje de Buenos Aires a Potosí y Arica en los años 1825 y 1826*. Trad. de Carlos A. Aldao. Buenos Aires, 1920).

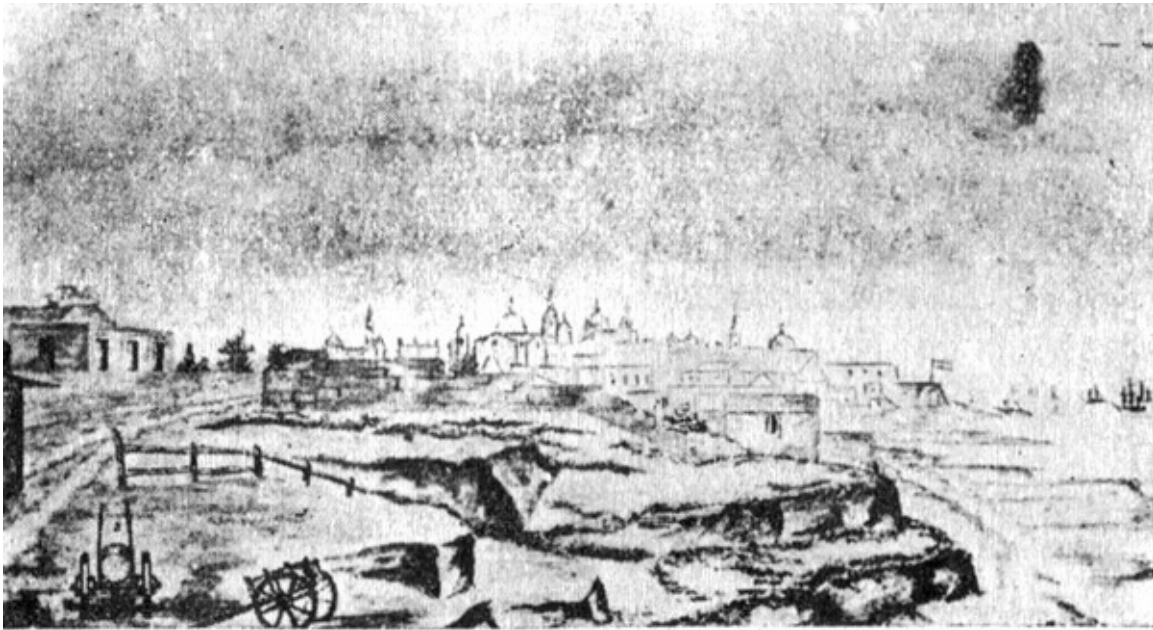
JOSÉ ANDREWS.— Marino y negociante inglés, conocido como Capitán Andrews porque fué propietario y comandante del buque «Windham». Vino a Buenos Aires en 1825 e hizo un viaje al norte, llevado por especulaciones mineras, muy en boga, en aquella época. Andrews debía explorar los famosos minerales de Famatina. Pasó después a Potosí, donde conoció a Bolívar, Sucre y otros oficiales del ejército libertador. Durante su viaje trató al general Alvear, cuya silueta figura en un capítulo del libro *Journey from Buenos Aires, through the Province of Córdoba, Tucumán, etc.*, traducido al castellano para «La Cultura Argentina» en 1920.

## UN BAILE A LOS VENCEDORES DE CHACABUCO

Para que se vea cuán sencillas eran las costumbres de aquel entonces, voy a referir muy a la ligera lo que fué aquel mentado baile, que si hoy viéramos su imagen y semejanza, hasta lo calificaríamos de ridículo, si no se opusiera el sagrado propósito a que debió su origen.

Ocupaba la casa de mi abuelo el mismo sitio que ocupa ahora el palacio del héroe de Yungay, y contaba como todos los buenos edificios de Santiago, con sus dos patios que daban luz por ambos lados al cañón principal.

Ambos patios se reunieron a los edificios por medio de toldos de campaña hechos con velas de embarcaciones que para esto sólo trajeron de Valparaíso. Velas de buques también hicieron las veces de alfombras sobre el áspero empedrado de aquellos improvisados salones. Colgáronse muchas militares arañas para el alumbrado, hechas con círculos concéntricos de bayonetas puntas abajo, en cuyos cubos se colocaron velones de sebo con moños de papel en la base para evitar chorreras. Arcos de arrayanes, espejos de todas formas y dimensiones adornaron con profusión las paredes, y en los huecos de algunas puertas y ventanas se dispusieron alusivos transparentes debidos a la brocha-pincel del maestro Dueñas, profesor de Mena, quien, siendo el más aprovechado de sus discípulos, para pintar un árbol comenzaba por trazar en el lienzo, con una regla, una recta perpendicular, color de barro; cogía después una brocha bien empapada en pintura verde, embarraba con ella sobre el extremo de la recta, que él llamaba tronco, un trecho como del tamaño de una sandía, y si al palo aquel con cachiporra verde, no le ponía al pie «éste es un árbol», era porque el maestro no sabía escribir.



Buenos Aires desde la ribera sud. (Acuarela).

Detrás de nos grandes biombos, pintados también, se colocaron músicas en uno y otro patio, y se reservó una banda volante para que acudiese, como cuerpo de reserva, a los puntos donde más se necesitase. Pero lo que más llamó la atención de la capital, fué la estrepitosa idea de colocar en la calle, junto a la puerta principal de la entrada al sarao, una batería de piezas de montañas, que, contestando a los brindis y a las alocuciones patrióticas del interior, no debía dejar vidrio parado en todas las ventanas de aquel barrio. Los salones interiores vestían el lujo de aquel tiempo, y profusión de enlazadas banderas daban al conjunto el armonioso aspecto que tan singular ornamentación requería.

Ocupaba el carón principal de aquel vasto y antiguo edificio una improvisada y larguísima meca sobre cuyos manteles, de orillas añascadas, lucía su valor, junto con platos y fuentes de plata maciza que para esto sólo se desenterraron, la antigua y preciada loza de la China.



CUESTA  
DE  
CHACABUCO

*Oficio del Gobernador Intendente de la Provincia de Cuyo al Exmo. Sr. Director.*

**E**xmo. Sr. Hoy á las 12 llegó el Capitán de granaderos á caballo D. Manuel Escalada con la grata noticia de que el jueves 13 fue derrotado completamente el enemigo en número de 2000 hombres en la Cuesta de Chacabuco, quedando 600 prisioneros, 30 oficiales y 400 muertos. El triunfo de tan gloriosa acción se ha debido al valor impertérito de nuestro ínclito General el Exmo. Sr. D. José de SAN MARTÍN que á la cabeza de dos esquadrones derrotó y desbarató al fiero tirano de Chile.

Por algunas comunicaciones del mismo ejército se asegura haberse tomado al enemigo 2 cañones, 1200 fusiles, muchos cartuchos, vestuarios, la botica, caballada, y otros innumerables artículos. Doy á V. E. este aviso anticipado por posta para el caso de que por algunos accidentes de enfermedad, ú otros imprevistos llegue á retardarse el arribo del capitán, antes que este parte.

Dios guarde á V. E. muchos años. Mendoza 16 de Febrero de 1817.— Exmo. Sr.— Toribio Luzuriaga. — Exmo. Sr. Supremo Director del Estado.

*Artículo de carta confidencial al Exmo. Sr. Director desde Mendoza.*

MENDOZA FEBRERO 16 de 1817.— A las 12 de este día vemos entrar el pregon cierto de nuestra victoria sobre Chile con una bandera realista, que ya se ha presentado en espectáculo baxo la de la Patria en los Portales de Cabildo.— El correo dice que Marcó se ha escapado. Que salian innumerables coches á encontrar á S. Martín, que habia quedado muy enfermo de resultados de la acción que decidió en persona con sus esquadrones, sin que se le pudiese contener.

*Está conteste otra carta de la misma fecha.*

**Enemigos del nombre americano! Cesad de derramar sangre inutilmente. Respetad á los heroes de la Cuesta de Chacabuco.**

IMPRESA DE NIÑOS EXPOSITOS

Parte de la batalla de Chacabuco.

Fue convenido que las señoras concurriesen coronadas de flores y que ningún convidado dejase de llevar puesto un gorro frigio lacre, con franjas de cintas bicolors, azul y blanco.

Excusado me parece decir cuál fué el estruendo que produjo en Santiago este alegre y para entonces suntuosísimo sarao. Dió principio con la canción nacional argentina, entonada por todos los concurrentes a un mismo tiempo, y seguida después con una salva de veintiún cañonazos, que no dejó casa sin estremecerse en todo el barrio. Siguió el minué, la contradanza, el rin o rin, bailes favoritos entonces, y en ellos lucían su juventud y gallardía el patrio bello sexo y aquella falange chileno-argentina de brillantes oficiales, quienes supieron conseguir, con sus heroicos hechos, el título para siempre honroso de Padres de la Patria.

Jóvenes entonces y trocado el adusto ceño del guerrero por la amable sonrisa de la galantería, circulaban alegres por los salones aquellos héroes que en ese momento no reconocían más jerarquías que las del verdadero mérito, ni más patria que el suelo americano. Allí el glorioso hijo de Yapevú estrechaba con la misma efusión de fraternal contento la mano del esforzado teniente Lavalle, como la encallecida del temerario O'Higgins, y nadie averiguaba a qué nación pertenecían los orientales Martínez y Arellano, los argentinos Soler, Quintana, Beruti, Plaza, Frutos, Alvarado, Conde, Necochea, Zapiola, Melián, los chilenos Zenteno, Calderón, Freire, los europeos Paroisin, Arcos y Crámer, y tantos otros cuya nacionalidad se escapa a mis recuerdos, como Correa, Nozar, Molina, Guerrero, Medina, Soria, Pacheco y todos aquellos a quienes los asuntos del servicio permitieron adornar con su presencia la festiva reunión en que se encontraban. Concurrieron también a ella lo más lucido de la juventud patriótica de Santiago, los contados viejos que la crueldad de Marcó dejó sin desterrar, el alegre y decidor Vera, y aquel célebre pirotécnico de la guerra, el padre Beltrán.

La mesa vino a dar en seguida la última mano al contento general. La confianza, hija primogénita del vino, hizo más expansivos a los convidados, y los recuerdos de las peripecias de la reciente batalla de Chacabuco, contados copa en mano por la misma heroica juventud que acababa de figurar en ella, unidos al estrépito de las salvas de artillería, produjeron en todo aquel recinto y en sus contornos el más alegre estruendo que al compás del cañón, de las músicas y de los ¡hurras! había oído Santiago desde su nacimiento hasta ese día.

Todos brindaban; cada brindis descollaba por su enérgico laconismo y por las pocas pero muy decidoras palabras de que constaba.

San Martín, después de un lacónico pero enérgico y patriótico brindis, puesto de pie, rodeado de su estado mayor y en actitud de arrojar contra el suelo la copa en que acababa de beber, dirigiéndose al dueño de casa dijo: «Solar, ¿es permitido?», y habiendo éste contestado que esa copa y cuanto había en la mesa estaba allí puesto para romperse, ya no se propuso un solo brindis sin que dejase de arrojarse al suelo la copa para que nadie pudiese profanarla después con otro que expresase contrario pensamiento. El suelo, pues, quedó como un campo de batalla lleno de despedazadas copas, vasos y botellas.

Dos veces se cantó la canción nacional argentina y la última vez lo hizo el mismo San Martín. Todos se pusieron de pie, hízose introducir en el comedor dos negros con sus trompas, y al son viril y majestuoso de estos instrumentos,

hízose oír, electrizando a todos, la voz de bajo, áspera, pero afinada y entera, del héroe que desde el paso de los Andes no había dejado de ser un solo instante objeto de general veneración. No pudo entonces la canción chilena terciar en el sarao porque aún no había nacido este símbolo de unión y de gloria que sólo fué adoptado por el Senado el 20 de septiembre de 1819 y cantado por primera vez, con música chilena, ocho días después.

VICENTE PÉREZ ROSALES.

(*Recuerdos del Pasado*).

VICENTE PÉREZ ROSALES.— Escritor y hombre público chileno. Nació en Santiago el 5 de abril de 1807; niño aún emigró con su familia a Mendoza en 1818; asistió al suplicio de los hermanos Carrera; en 1825, partió para Europa y completó su educación en París, donde conoció al general San Martín. Volvió a Chile en 1830, fué hacendado y minero, empresario de teatro, viajó por América del Sur y Estados Unidos. En Chile fué Agente de la Colonización del Sud (1850), cargo en que se destacó por sus iniciativas fecundas. En 1855 fué nombrado Agente de la Colonización y Cónsul de Chile en Hamburgo y contribuyó al progreso de su país. Desempeñó en su tierra natal cargos de importancia y se destacó en el periodismo. La historia de su vida está en su interesantísimo libro *Recuerdos del pasado*, de gran valor anecdótico y documental, tal vez *el libro más original que hasta hoy ha producido la prensa chilena* (Luis Montt). Don Vicente Pérez Rosales murió en Santiago de Chile, en 1886, a los 79 años de edad.

## SILUETAS DE 1818

Entre nuestros visitantes más distinguidos estaban Álvarez y Rondeau, el primero un joven de veinte y ocho o treinta años, de aspecto fino y maneras distinguidas. Parecía sumamente deseoso de cultivar nuestra relación; su conversación era interesante e inteligente. Había estado en el ejército desde su juventud; es natural de Arequipa, Perú, y tiene actualmente varios hermanos al servicio de España, tal es la naturaleza de la guerra civil. Es casado con una sobrina del general Belgrano, mujer muy superior en punto de belleza personal y perfecciones; posee una elevación y valentía de carácter que haría honor a cualquier país. Rondeau es un hombre pequeño, pero de porte resuelto y varonil, aparentemente de unos cincuenta años de edad. Fue uno de los prisioneros tomados por los británicos en su primera invasión de este país, y fué llevado a Inglaterra, de donde se dirigió a España y sirvió algún tiempo en la guerra de la península, pero regresó a Buenos Aires, como otros americanos, cuando su país requirió sus servicios. Ha tomado parte distinguida en la revolución, se le confió varias veces el sitio de Montevideo,

y lo había llevado cerca del fin, cuando fué substituido por Alvear. Ganó dos victorias contra los españoles en Perú pero perdió la batalla de Sipe Sipe, en noviembre de 1815, aunque no por falta de habilidad y prudencia, según lo admitió su contricante, el general español Pezuela. Le fué retirado, sin embargo, el mando, y su popularidad, por algún tiempo, se oscureció. Tiene una familia amable, pero como la mayor parte de los oficiales distinguidos en este servicio, sus circunstancias son algo estrechas. Otro oficial distinguido es el general Soler, de figura notablemente esbelta, seis pies y dos o tres pulgadas de alto, y de aspecto muy marcial. En la vida privada, sin embargo, dicen que es disipado y se refieren algunas anécdotas suyas que dan apariencia un tanto desfavorable al estado de las costumbres. Su esposa es muy bella pero presumida; Soler mandó la vanguardia que pasó los Andes y por su conducta en la batalla de Chacabuco le fué ofrecida una espada en el campo de batalla por el general San Martín.



Alcalde de barrio (1810).



Vigilante de caballería (1819).

Esto dió lugar a una serie de publicaciones, no considerándole sus enemigos con títulos a tal recompensa; los que se inclinan a tomar el justo medio, dicen que fue un acto de generosidad por parte de San Martín; que la acción por que premió a Soler fué, en realidad, ejecutada por él mismo, pero que Soler había prestado importantes servicios como

organizador, y al cruzar las montañas. Así se percibirá que los mismos celos de fama militar prevalecen en este país como en los otros. Una colección de diferentes publicaciones por el estilo, salidas de la prensa bonaerense dará algunos materiales valiosos para la historia. A veces éramos visitados por Sarratea, que había sido miembro conspicuo del gobierno y después agente en la corte de Londres. Es hombre de talento notable e instrucción general, pero por todo lo que pude saber no está alto en el gobierno y todavía más bajo con el pueblo.

Con frecuencia veíamos a un anciano venerable. Deán Funes, de Córdoba, y autor de la Historia Civil de Buenos Aires. Pocos han tomado parte más activa en los sucesos políticos de su país. Recibió de los jesuítas los rudimentos de su educación, y después la completó en España. Es un excelente erudito en bellas letras, y sus



Peón de policía (1821).



Celador (1825).

escritos dan prueba de sus extensas lecturas y gusto clásico. En el año 1810, en un consejo convocado por Liniers y Concha, fué el único que votó en favor del reconocimiento de la Junta de Buenos Aires; cuando las tropas de aquel lugar marcharon sobre Córdoba, él y un hermano suyo intercedieron por la vida de Liniers y el obispo Orellana, pero sin resultado en cuanto al primero. Fué después miembro de la Junta de Observación y tomó parte activa en la política del día. En las convulsiones revolucionarias que siguieron, experimentó su parte de mortificaciones. No parece haber previsto el estado calamitoso y perturbado, necesariamente producido por tales acontecimientos, y, en consecuencia, está, acaso, bajo la influencia del pesar y disgusto. Llevándole sus intereses y sentimientos hacia Córdoba, lugar de su nacimiento, se inclina a lo que aquí se llama el sistema federativo, esencialmente diferente del nuestro; pero también piensa que hasta que la independencia no se complete, es absolutamente necesario abandonar todas las pretensiones de esta clase con el propósito de concentrar sus fuerzas. Cultivé su relación con asiduidad y por su intermedio me hice conocido de otros que frecuentaban su casa.

E. M. BRACKENRIDGE.

(*La Independencia Argentina*. Trad. de Carlos A. Aldao, t. I, Buenos Aires, 1927).

ENRIQUE M. BRACKENRIDGE. — Nació en Pittsburgh (Pensilvania) en 1786, vino al Río del Plata como secretario de la Misión encomendada por el Gobierno de los Estados Unidos, en 1817, a los señores Graham, Rodney y Bland. Los componentes de esta misión llegaron a Buenos Aires en 1818. De vuelta a su país, Brackenridge reunió las notas y materiales recogidos durante su viaje y en 1819 escribió con ellos una obra en dos volúmenes titulada *A voyage to South America*, impresa en

Baltimore. Brackenridge fue también juriconsulto distinguido y como historiador escribió *History of the Eastern Insurrection* (1859) y *Letters on Mexican War* (1847). Brackenridge murió en la ciudad de su nacimiento, en 1871.

## EL GENERAL SAN MARTÍN EN SANTIAGO

1817

Aquella noche el general San Martín daba una gran fiesta y baile en honor del comodoro Bowles (comandante británico en el Pacífico), cuya fragata *Anphion* estaba anclada en la bahía de Valparaíso. Todos los ingleses iban a asistir a la fiesta y nos ofrecieron cortésmente invitaciones a mister Robinson y a mí; en consecuencia, por la noche, nos rasuramos por primera vez desde nuestra partida de Mendoza, y vistiéndonos para la ocasión, nos dirigimos al Cabildo, grande edificio público donde debía tener lugar la reunión.

Se había arreglado para la fiesta el espacioso patio cuadrado del Cabildo y sido techado con un toldo adornado con banderas enlazadas de Argentina, Chile y otras naciones amigas; todo se hallaba bellamente iluminado con farolillos variopintos y algunas ricas arañas de cristal colgaban en diferentes partes del techado. El gran salón y las habitaciones que cuadraban el patio se habían destinado para cena y refrescos y otros cuartos se habían dispuesto para las autoridades superiores, civiles y militares.

Esa noche fui presentado al general San Martín por mister Ricardo Price y me impresionó mucho el aspecto de este *Aníbal de los Andes*. Es de elevada estatura y bien formado, y todo su aspecto sumamente militar: su semblante es muy expresivo, color aceitunado oscuro, cabello negro y grandes patillas, sin bigote; sus ojos grandes y negros tienen un fuego y animación que se harían notables en cualesquiera circunstancias. Es muy caballeroso en su porte, y cuando le vi conversaba con la mayor soltura y afabilidad con los que le rodeaban, me recibió con mucha cordialidad, pues es muy partidario de la nación inglesa. La reunión era brillantísima, compuesta por todos los habitantes de primer rango en Santiago, así como por todos los oficiales superiores del ejército; cientos se entregaban al laberinto del vals y el contento general era visible en todos los rostros.

SAMUEL HAIGH.

(*Bosquejo de Buenos Aires, Chile y Perú*. Trad. de Carlos A. Aldao. Buenos Aires, 1920).

SAMUEL HAIGH. — Comerciante inglés que residió diez años en Sud América, habiendo llegado a Buenos Aires en 1817. Viajó por Argentina, Chile y Perú y tuvo ocasión de tratar a eminentes personalidades de la época. En 1831 publicó en Londres el libro *Sketches of Buenos Aires, Chile and Perú*, editado en castellano (1920) por «La Cultura Argentina».

## RETRATO DE ARTIGAS

Era o es, Artigas, de regular estatura, algo recio y ancho de pecho, su rostro era agradable, su conversación afable y siempre decente. Comía parcamente, bebía con frecuencia, pero a sorbos, jamás se empinaba los vasos. No tenía modales agauchados, sin embargo de haber vivido siempre en el campo. Cuando manifestaba su resentimiento contra Buenos Aires o contra «los de Buenos Aires», como él decía, era exacto en sus relatos y a veces elocuente. En los sitios (de Montevideo) se le vió siempre montar en silla y vestir de levita azul sobre la cual ceñía su sable. Dicen que hacía el amor a muchas a un tiempo, ¿pero, qué héroe, sino Bonaparte, no ha tenido la misma propensión?...

NICOLÁS DE VEDIA.

(Museo Mitre. *Contribución documental para la Historia del Río de la Plata*).

NICOLÁS DE VEDIA (1771-1852). — Militar, nacido en Montevideo. Luchó contra la invasión inglesa y contra el ataque llevado por el brigadier Auchmuty a dicha ciudad en 1807. Figuró en la Revolución de Mayo en Buenos Aires. Fué diplomático y luego tomó parte en las guerras civiles de 1820, al lado del general Alvear. Después desempeñó altos cargos en Montevideo. El general de Vedia era hombre de cultura superior a la común de su época. Conocía idiomas extranjeros y escribía con soltura y propiedad. Dejó unas *Memorias* sobre los relevantes servicios que prestó a ambas repúblicas del Plata.

## SILUETAS DE PRÓCERES POR UN OFICIAL SUECO

SAN MARTÍN. O'HIGGINS. BALCARCE. GUIDO

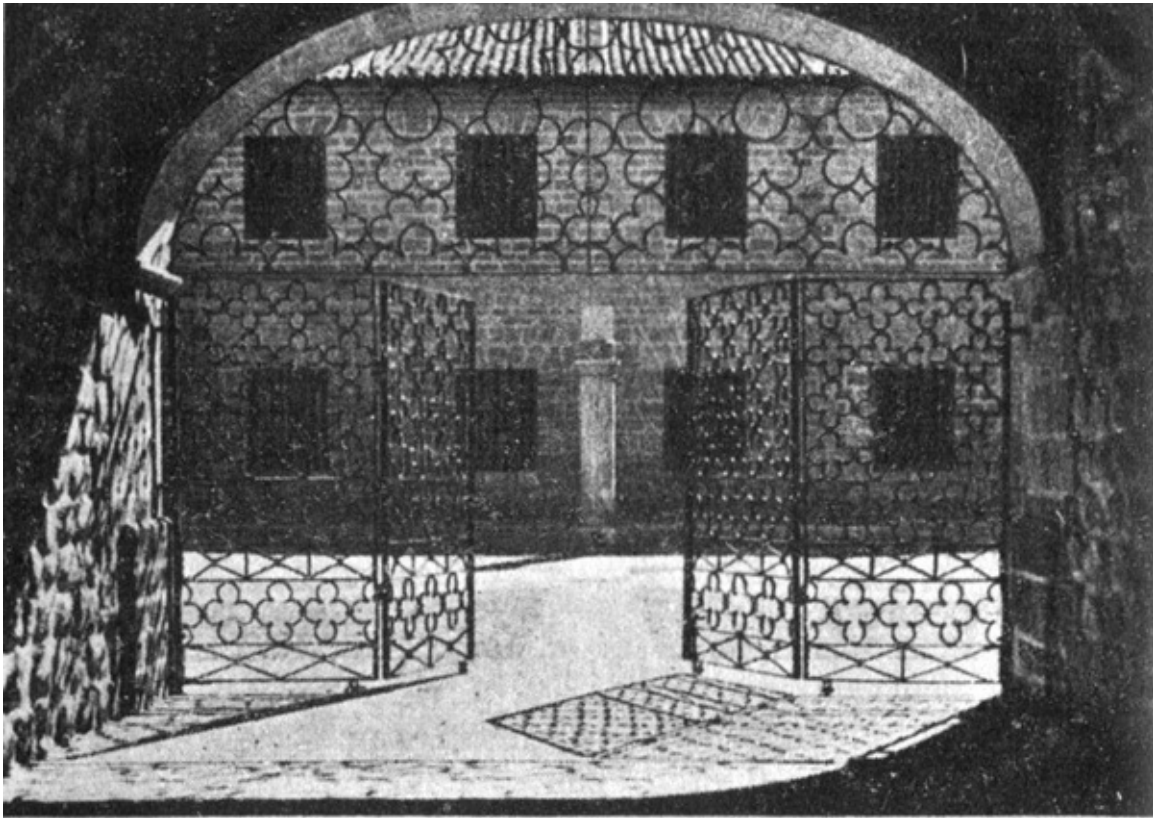
SAN MARTÍN

Este general llegó de Chile a Buenos Aires (mayo de 1818) unos días antes de lo que se esperaba, para evitar los homenajes preparados. Se fué directamente al Palacio Directorial. El día siguiente fui presentado a él y lo vi en los días siguientes casi a diario, siendo yo muy amigo y huésped frecuente de don Antonio de Escalada, su suegro.

Don Antonio me invitó a comer en su casa y así tuve la ocasión de ver a San Martín y conversar largamente con él, una vez casi todo un día. San Martín es hombre de estatura mediana, no muy fuerte, especialmente la parte inferior del cuerpo, que es más bien débil que robusta. El color del cutis algo moreno con facciones acentuadas y bien formadas. El óvalo de la cara alargado, los ojos grandes, de color castaño, fuertes y penetrantes como nunca he visto. Su peinado, como su manera de ser en general, se caracterizan por su sencillez y es de apariencia muy militar. Habla mucho y ligero sin dificultad o aspereza, pero se nota cierta falta de cultura y de conocimientos de fondo. Tiene un don innato para realizar planes y combinaciones complicados. Es bastante circunspecto, tal vez desconfiado, prueba de que conoce bien a sus compatriotas. Con los soldados sabe observar una conducta franca, sencilla y de camaradería. Con personas de educación superior a la que él posee, observa una actitud reservada y evita comprometerse. Es impaciente y rápido en sus resoluciones. Algo difícil de fiarse en sus promesas, las que muchas veces hace sin intención de cumplir. No aprecia las delicias de una buena mesa y otras comodidades de la vida, pero, por otro lado, le gusta una copa de buen vino. Trabaja mucho, pero en detalles, sin sistema u orden, cosas que son absolutamente necesarias en esta situación recientemente creada. Hay motivos para reprocharle no haber actuado con energía y aprovechado las victorias que sus tropas han ganado en Chacabuco y Maipú. Es difícil juzgar si esto tiene su origen en falta de energía o en intrigas políticas, demasiado complicadas para exponer aquí.<sup>[3]</sup>

Sus costumbres y sus hábitos de vida son sencillos, y lo han hecho sumamente popular. Espero tener ocasión de conocerlo mejor en Chile.





El segundo patio de la Casa de la Moneda. Potosí. (Foto M. Kirchooff, según M. Buschiazzo).

#### O'HIGGINS

O'Higgins, Director Supremo de Chile, es hombre de unos treinta y dos años, de estatura mediana, bastante corpulento, con cara redonda y rosada, que poco se asemeja a la de los criollos en general. Su rostro no da la impresión de un carácter firme ni apasionado. O'Higgins da la impresión de ser lo que es, un soldado bueno, honrado y franco. Ama la comodidad, cuando puede gozar de ella, y le repugna toda ocupación en que haya de concentrarse, lo mismo que los problemas complicados. Por eso se deja muchas veces convencer y acepta planes de cuyos propósitos o maquinaciones no se ha dado cuenta muy bien. San Martín ejerce mucha influencia sobre O'Higgins, especialmente porque este último está muy agradecido a su compañero de armas argentino, a quien es deudor de su elevación política actual. Sin embargo, ahora está tratando de

independizarse de su compañero de armas argentino, con gran descontento de este último.

ANTONIO G. BALCARCE

Al salir de casa de O'Higgins me fui a hacer una visita al general Balcarce, jefe militar interino que tuve ocasión de conocer hace dos años en Buenos Aires siendo él Director interino. Este general, a pesar de su juventud, es un jefe lerdo, limitado y sin energía cuyo mérito principal consiste en haber ganado la primera batalla sobre los españoles en la primera campaña de 1810 (Suipacha). Y basta de comentarios sobre este general que fuma y dormita.

TOMÁS GUIDO

Mi próxima visita fué a casa de don Tomás Guido, coronel, y ministro del gobierno de Buenos Aires ante el gobierno de Chile. Le entregué una carta de San Martín. Me recibió de manera muy cortés y diplomática y al día siguiente me retribuyó la visita. Este hombre no tiene otra cosa de notable que ser un *debutante* diplomático de un estado nuevo en un mundo nuevo. Como quizá he de ocuparme de él más adelante, daré aquí algunos de sus rasgos característicos, tal como pude observarlos. Es, literalmente, hombre pequeño, grave, cortés y ceremonioso, con una expresión de rostro entre mística y diplomática. Habla con voz muy apagada y ceceando, hace largas pausas, cuidado y prevenido a veces, en tono de misterio y con frecuencia en tono confidencial. En ocasiones parece advertir que se ha descuidado y se detiene en mitad de la frase. Estoy seguro de que podría contar mucho si quisiera y si no tuviera temor en hacerlo. También aparenta no tener conocimiento de cosas que todo el mundo sabe y de que él asimismo está informado, y habla confidencialmente sobre asuntos que uno sabe perfectamente bien que él no conoce sino de manera muy superficial.

JEAN ADAM GRAANER.

(*Las Provincias del Río de la Plata en 1816*. Traducción de José Luis Busaniche. Buenos Aires, 1949. Las siluetas de San Martín, Balcarce y Guido fueron traducidas directamente del sueco por el señor Axel Paulin y figuran como apéndice en la obra referida).

## EL DÍA DE MAIPÚ

(SAN MARTÍN Y UN AGENTE NORTEAMERICANO)

1818

San Martín es una personalidad sobre la cual es necesario que usted tenga todos los datos que estoy en condiciones de hacerle conocer, aunque no sean muy prolijos ni nada parecido a una biografía regular. Sin embargo, trataré de esbozar algunos de sus rasgos más salientes. Es nativo de la región del virreinato de Buenos Aires, colonizada en forma tan original por los jesuitas y que se llama el territorio de Misiones. San Martín vió la luz en un pueblo denominado Yapeyú. Tiene, según creo, treinta y nueve años; es hombre bien proporcionado, ni muy robusto ni tampoco delgado, más bien enjuto; su estatura es de casi seis pies, cutis muy amarillento, pelo negro y recio, ojos también negros, vivos, inquietos y penetrantes, nariz aquilina; el mentón y la boca, cuando sonrío, adquieren una expresión singularmente simpática. Tiene maneras distinguidas y cultas y la réplica tan viva como el pensamiento. Es valiente, desprendido en cuestiones de dinero, sobrio en el comer y beber; quizás esto último lo considere necesario para conservar su salud, especialmente la sobriedad en el beber. Es sencillo y enemigo de la ostentación en el vestir, decididamente retraído y no le tienta la pompa ni el fausto. Aunque un tanto receloso y suspicaz, creo que esta personalidad sobrepasa las circunstancias de tiempo en que le ha tocado actuar y las personalidades con quienes colabora. Habla francés y español y fué ayudante del marqués de la Solana en la guerra peninsular. Tiene predilección por el arma de caballería, en la que se distinguió por primera vez en la batalla de San Lorenzo. Confía mucho, según creo, en sus cualidades de estratega como militar y en su sagacidad y fineza en materia de partidos y de política; sin embargo, parece haber encontrado en sus cualidades militares los mejores y más eficaces medios para seguir adelante. Me temo que si lo hacen Director, en Buenos Aires, no tardará en descubrir algún complot, y si ocupa el sillón

de gobernante, aunque sea por un año, su salud, lo mismo que su fama, sufrirán mucho, si no resultan destruidas para siempre. Cuando se reconcentra demasiado en asuntos políticos y diplomáticos, suele sufrir hemorragia de los pulmones y es de natural predispuesto a la melancolía, con alguna sombra de superstición.

Sin embargo, en materia de religión es liberal y ha sido el primero en ocuparse de que sean tolerados los matrimonios de extranjeros no católicos con señoritas sudamericanas pertenecientes a esa religión, sin que se obligue a cambiar de credo a los maridos. Es verdad que en un gran Te Deum lo he visto conducirse con una especie de estudiada formalidad y no pude menos de recordar en determinado momento a Oliverio Cromwell, porque San Martín debe darse cuenta de que muchas de esas costumbres y ceremonias religiosas son contrarias a la nueva situación creada, si es que en realidad se trata de liberarse del Rey de España y del Papa de Roma. Mi primera entrevista con él tuvo lugar después del desastre de Talca (Cancha Rayada). Me pareció que lo había conmovido mucho, pero lo soportaba como un hombre. Yo había recibido la adjunta carta original que me escribió desde San Fernando y que instruirá a usted sobre su cortesía de maneras, etc. En cuanto a las cartas a que se refiere y que me fueron dadas por personas muy distinguidas de Buenos Aires, debo decir que la esposa del general fué tan amable que me dió una carta de presentación muy gentil para él. Cuando llegué a Buenos Aires no tenía más que una carta conmigo y era del Departamento de Estado para míster Halsey. Cuando partí de esa ciudad para Chile, llevaba todo un baúl de ellas.

En mi primera visita me sentí muy impresionado por el general, y antes de pedir permiso para retirarme, le dije:

—Señor, quisiera manifestar a usted algo por lo cual le pido previamente disculpas. Parece que en diversas oportunidades usted ha creído que los norteamericanos venidos a Sudamérica con el general Carrera le son hostiles y ha obrado de acuerdo con esa convicción. Yo estoy seguro de que, tratados ellos de otra manera, hubieran sido sus amigos; la misma adhesión al general Carrera, demostraría la firmeza de sus principios, y puesto que venían a servir a la causa de América, y no a Carrera, habrían sido tan fieles a usted como lo han sido para él, de haber sido tratados, no como partidarios de Carrera, sino como voluntarios de la causa americana.

Éste era un asunto muy delicado pero yo iba dispuesto a terminar con él. San Martín me respondió un tanto alterado:

— ¿Sabe usted que había dos partidos en Chile?

—Sí —le contesté—, y por lo mismo creo que la mejor política consistiría en fortalecer su partido de usted con elementos del bando opuesto, en vez de irritarlos o anularlos.

El general respondió con afabilidad:

—Bien, ya pensaremos todo eso.

Lo cierto es que después ha dispensado atenciones y favores a algunos de esos jóvenes que en un principio le habían sido sospechosos. Poco antes de la batalla de Maipú lo visité en su tienda. Estaba muy ocupado, pero le presenté dos oficiales que me acompañaban, uno suizo y otro norteamericano. Recordando que en Talca (Cancha Rayada) le habían tomado de sorpresa, me aventuré a decirle:

—Parece, general, que Osorio avanza con mucha precaución... Por el énfasis con que me contestó, comprendí que había alcanzado mi intención.

—*Nous le verrons...* —fué toda su respuesta, y no en tono de duda, antes bien como si tuviera puestos los ojos sobre el enemigo. Me acompañó hasta fuera de la tienda y me agradeció el honor (así lo dijo) de mi visita. Al estrechar su mano y en momentos en que el choque de los ejércitos parecía inminente, le dije:

—De esta batalla, señor general, depende, no solamente la libertad de Chile, sino, acaso, de toda la América española. No sólo Buenos Aires, Chile y Perú tienen los ojos puestos en usted, sino todo el mundo civilizado—. Dije esto sin presunción, y con cierta tímida solemnidad, como lo sentía, y como lo sintió él, por la forma en que escuchó mis palabras, y luego se inclinó y se volvió a su tienda.

Vi a San Martín después de la batalla de Maipú, porque estuve por la noche a congratular al Director. San Martín estaba sentado a su derecha. Me pareció despreocupado y tranquilo. Vestía un sencillo levitón azul. Al felicitarlo muy particularmente por el reciente suceso, sonriendo con modestia me contestó:

—Contingencias de la guerra, nada más...—. Acompañó a usted la proclama que dió después de la derrota de Cancha Rayada; me parece que es una muestra de sinceridad, no diferente al reconocimiento que hizo Napoleón de su desastre en la campaña de Rusia. Le he visto en otras ocasiones —como lo tengo escrito— después de su vuelta de Buenos Aires (a través de los Andes). Estuve con él en casa del Director y demostró particular alegría en saludarme. Como yo sabía que estaba afectado de una hemorragia de los pulmones o del estómago, le expuse mi satisfacción por cuanto había llegado bien.

—*Sí, señor, gracias a Dios* —me contestó. Según mis noticias, su salud mejora siempre en el clima despejado y seco de Chile.

Concurrí también a la colocación de la piedra fundamental de una iglesia o capilla en los llanos de Maipú. El acto tuvo gran solemnidad. Formaron las tropas con cañones y música; asistieron el obispo y el clero; el Director, el general San Martín y casi todos los habitantes de la capital. Yo llegué al campo mientras el Director, el general San Martín y oficiales estaban en un almuerzo campestre, dentro de un edificio arreglado al efecto. Entré poco después y los encontré comiendo, sin platos, y casi todos con una pierna de pavita en una mano y con un trozo de pan en la otra. En seguida me invitaron a participar de la comida. San Martín, levantándose, me ofreció un trozo de pan y otro de pavita que tenía ante él. Brindé con el Director, bebiendo hasta la última gota de un vaso de vino carlón, a la usanza soldadesca. Estaban los oficiales vestidos de gala, con insignias y medallas.

Con lo que dejo escrito estará usted en condiciones de formar una opinión sobre el Héroe de los Andes, a quien considero el hombre más grande de los que he visto en la América del Sur; creo que, de haber nacido entre nosotros, se hubiera distinguido entre los republicanos; creo también que, si se dirige al Perú, habrá de emanciparlo, y que será el Jefe de la Gran Confederación.

W. G. D. WORTHINGTON.

(*San Martín visto por sus contemporáneos*, por José Luis Busaniche. Buenos Aires, 1942, pág. 104).

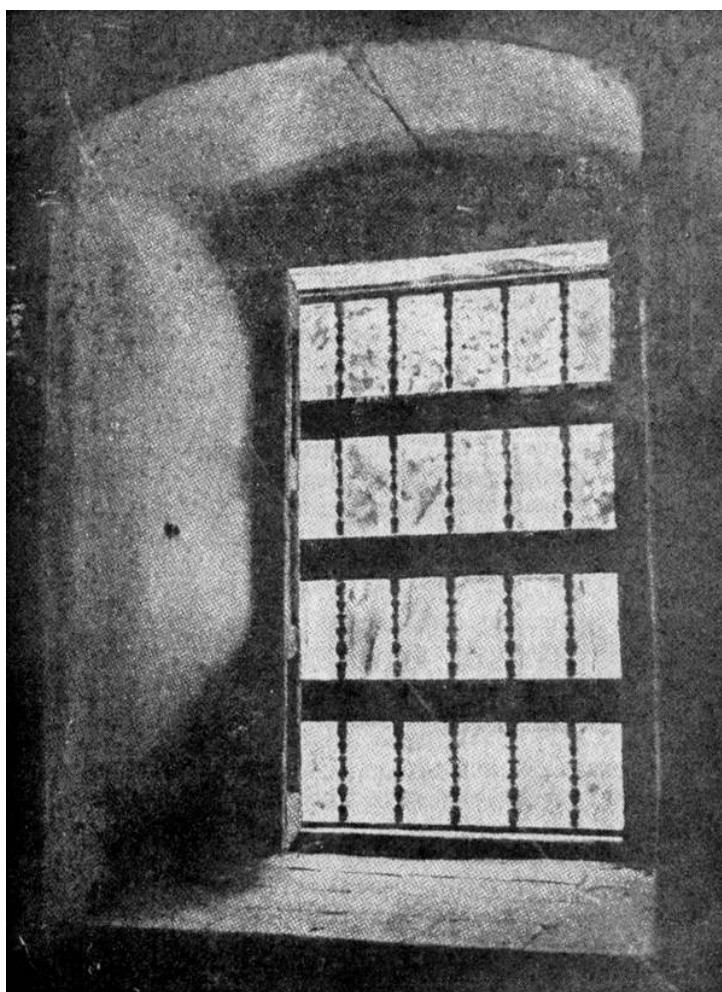
W. G. D. WORTHINGTON. — Uno de los agentes que el gobierno de Estados Unidos de la América del Norte mantenía en la América española durante la guerra de emancipación. Tuvo una entrevista con el general San Martín el mismo día de la batalla de Maipú que decidió la independencia de Chile e influyó grandemente en la guerra sostenida por Bolívar en el norte, y en el movimiento general de independencia. El informe que Worthington elevó a su gobierno después de la entrevista con San Martín está consignado en la recopilación documental titulada *Diplomatic correspondence of the United States, concerning the independence of the Latin American nations*. Selected and arranged by William R. Manning. Vol. 1. Nueva York. 1925.

## EL GENERAL BELGRANO

1819

Apenas habíamos andado dos leguas por la mañana, cuando encontramos toda la fuerza del general Belgrano, compuesta de tres mil hombres, en camino al

interior. Los soldados iban en estado lastimoso, muchos descalzos y vestidos de harapos; y como el aire matinal era penetrante, pasaban tiritando de frío como espectros vivientes. El general no había montado todavía a caballo; se hallaba en la posta y me invitó a participar de su almuerzo. Fue muy afable, especialmente después de saber que yo era inglés; pues él también había viajado por Europa y estado en Inglaterra, y me pidió dar recuerdos a míster Hullet, de Sydenham Grove. (Para cumplir aprovecho esta primera, aunque tardía oportunidad). Le hice saber noticias de Chile y le informé que el lord Cochrane había ido a Payta en busca de la escuadra española y, en su ausencia, el almirante Blanco había levantado el bloqueo de Lima y regresado a Valparaíso. Esta afirmación pareció sorprenderle y se expresó como si fuese desatinada la conducta del almirante en aquella ocasión. Sin embargo, me dijo en inglés: *What can you expect from us; we must commit blunders, for we are the sons of Spaniards, and no better than they are.*<sup>[4]</sup> El coronel Bustos, que también almorzó con nosotros, parecía hombre inteligente.



Ventana de la celda de Fray Justo Santa María de Oro en el convento de Santo Domingo de San Juan.  
(Academia Nacional de Bellas Artes).

Belgrano nació en Buenos Aires, y tenía reputación de ser muy instruido, pero no fué un general afortunado. Entonces, debido a su debilidad, no podía montar a caballo sin ayuda extraña, y no parecía capaz del esfuerzo requerido para guerrear en las pampas. Su persona era grande y pesada, pero tenía un hermoso rostro italiano.

El general me informó que sus soldados iban tan escasos de ropa porque se había suspendido la remisión de auxilios de Buenos Aires, pues el gobierno temía cayesen en manos del enemigo. Se había negociado una tregua de ocho días entre los beligerantes hasta que llegase de Buenos Aires la contestación de algunas proposiciones. Me preguntó (el general Belgrano) mi ruta y me aconsejó ir por territorio de los indios, pero le informé de mi arreglo con los gauchos.

—Bien —díjome—, son gente salvaje pero mi nombre quizás pueda servir a usted... —y me extendió un pasaporte por si encontraba alguna guerrilla de



Buenos Aires. Sin embargo no me dió cartas para esa ciudad por temor de que fueran interceptadas por el enemigo.

SAMUEL HAIGH

## EL DICTADOR FRANCIA

1819

Desembarcados en la Asunción el 30 de julio, fuimos presentados al Dictador pocos días después. Es un hombre de una estatura mediana, su fisonomía es regular, tiene esos bellos ojos negros que caracterizan a los criollos de la América del Sur, y sus miradas penetrantes expresan la desconfianza. Aquel día estaba con su vestido de etiqueta, que consiste en el uniforme español de brigadier, casaca azul galoneada, chaleco, calzón, medias de seda blancas y zapato con hebilla de oro. Podría sorprender este traje al que venía de ver medio desnudo a Artigas y a sus subalternos. El dictador Francia tenía entonces sesenta y dos años, pero no representaba más que cincuenta. Con una altivez estudiada, me hizo algunas preguntas con que procuró embarazarme, pero no tardó en mudar de roño. Abriendo yo mi cartera para sacar los papeles que debía presentarle, vió un retrato de Bonaparte, que ex profeso había yo puesto en ella, advertido anteriormente de su admiración por el original. Él lo tomó, y cuando supo quién era, lo contempló con interés. Entonces entabló una conversación familiar sobre los negocios políticos de Europa, en los que estaba más instruido de lo que yo creía. Me preguntó algo de España, nación por la que manifestaba el más profundo desprecio. La carta de Luis XVIII no era de su gusto; admiraba mucho más el gobierno militar y las conquistas de Napoleón, cuya a desgracia deploraba; y observé que, hablando de su reinado, se demoraba con placer en la narración de aquellos hechos que podían tener alguna analogía con su propia situación. Como éramos suizos, nos echó en cara nuestra triste campaña de 1815; pero el asunto principal de su conversación eran los frailes. Los tachó de orgullosos, de depravados en sus costumbres; de intrigantes, en toda línea, y se quejó abiertamente de la tendencia del clero en general a sustraerse de la autoridad del gobierno. Para dar mejor a conocer los principios que a este respecto

profesaba, «si el Papa, decía, viniese al Paraguay, yo no lo haría más que mi capellán»... No podía dar crédito entre tanto al restablecimiento de los jesuítas, que le anunciamos haberse efectuado en gran parte. ¡Tan perniciosa le parecía esta medida!... Hablando de la emancipación de la América española, manifestó la mayor decisión por esta causa y su firme resolución de defenderla de cualquier enemigo. Sus ideas sobre el modo de gobernar a los nuevos estados, poco avanzados en la carrera de la civilización, me parecieron bastante exactas; pero desgraciadamente ninguna aplicaba. Tuvo la condescendencia de mostrarnos su biblioteca: era pequeña a la verdad, pero la única, por decirlo así, que existía en el Paraguay. Al lado de los mejores autores españoles estaban allí las obras de Voltaire, Rousseau, Raynal, Rollin, Laplace y otras que se había procurado desde el principio de la revolución. Poseía también algunos instrumentos de matemáticas, globos, cartas geográficas, y entre otras una del Paraguay, la más exacta que existe de aquel país, levantada por don Félix de Azara, cuando la demarcación de límites en los veinte últimos años del siglo pasado y regalada al Cabildo de la Asunción, sin haberse publicado jamás. Como el Dictador se servía de su globo celeste para conocer las constelaciones, y, por la carta estaba orientado de todo el país, sin haberlo nunca recorrido, el pueblo estaba persuadido de que leía en las estrellas; pero jamás él se ha servido de semejantes medios para engañar; me consta, al contrario, que ha procurado destruir las innumerables preocupaciones en que están imbuidos sus compatriotas. Nos despidió con estas palabras: «Haced aquí lo que gustéis, profesad la religión que os acomode, nadie os inquietará; pero guardaos de mezclaros jamás en los negocios de mi gobierno».

Nosotros seguimos este consejo mientras estuvimos en el Paraguay, y el Dictador, por su parte, cumplió fielmente su promesa. Al salir había yo dejado de propósito sobre su mesa el retrato de Bonaparte, creyendo que le agradecería tenerlo; pero me lo devolvió con un oficial, que llevaba la orden de preguntarme cuánto valía. Como yo no quería hacerme pagar una cosa de tan poco valor, y el Dictador se había hecho una ley de no admitir jamás un presente, la miniatura quedó en mi poder. Me sorprendió tanto más este procedimiento, cuanto que me había mostrado en su gabinete una caricatura de Nuremberg, que representaba a su héroe, y que él había tenido por su verdadero retrato, hasta que yo le expliqué la inscripción alemana que está al pie de aquel mal grabado, que apreciaba tanto.

RENGGER Y LONGCHAMP.

(*Ensayo histórico sobre la Revolución del Paraguay*, por Rengger y Longchamp. Buenos Aires, 1883, págs. 71-74).

RENGGER (JUAN RODOLFO) y LONGCHAMP. — Médicos y naturalistas suizos. Vinieron al Río de la Plata en 1818. Residieron por algún tiempo en Corrientes. En el año 1819 se establecieron en el Paraguay, gobernado desde el año 1814 por el Dr. Francia, a quien se vincularon durante su permanencia en la Asunción. En esta ciudad ejercieron su profesión y realizaron viajes de estudios hasta 1825, siendo testigos de los acontecimientos políticos del Paraguay y de muchas de las extravagancias y crueldades que caracterizaron al Dictador Francia. En el año indicado, y después de muchos tropiezos y dificultades, obtuvieron pasaporte para salir del país con las valiosas colecciones que habían recogido. Los médicos suizos no eran ya personas gratas. Rengger y Longchamp volvieron a Europa y en 1827 publicaron su *Essai historique sur la révolution du Paraguay et le gouvernement dictatorial du Dr. Francia*, que cuenta entre la bibliografía más esencial para estudiar la personalidad del Dictador y sus métodos de gobierno. Rengger publicó además varios trabajos sobre geología, y falleció en 1832. Don Mariano A. Pelliza publicó en 1883 (Buenos Aires) una traducción de la obra de Rengger y Longchamp con el título de *Ensayo Histórico sobre la Revolución del Paraguay*.

## EL DIRECTOR PUEYRREDÓN

1818

El día señalado, los comisionados presentaron sus respetos al Secretario de Estado y Mr. Rodney, después de exponer los objetos de la misión, expresó los deseos suyos y de sus compañeros de visitar al Supremo Director. El Secretario manifestó que el gobierno se felicitaba infinitamente por este anuncio, de una nación de fama tan alta como la nuestra, y se ofreció para acompañar a los comisionados en su visita al primer magistrado.

En conformidad, el día siguiente, a eso de las doce, salimos para hacer esta visita de ceremonia. Al acercarnos al Fuerte hallamos varios cientos de los ciudadanos más respetables, amontonados por interés de la ocasión; sus trajes, aspecto y porte, eran semejantes al de personas del mismo rango social en Estados Unidos. Nada, con todo lo que había visto, me dió una opinión tan alta de la población. Encontramos también un número considerable dentro del Fuerte y atestada la entrada a los apartamentos del Director. No puedo dar idea del placer que parecía pintado en sus rostros. Todos se inclinaban a nuestro paso, y decían más con sus sonrisas y miradas de lo que pudieran haber dicho si cada uno hubiese pronunciado un discurso. Pasando por diferentes oficinas, a la del Secretario de Estado, vimos gran número de empleados y funcionarios civiles congregados, por lo que parecía ser un día

de fiesta no común, y que nos mostraban las mismas señales de respeto. Luego se nos unió el Secretario y nos condujo escaleras arriba al departamento ocupado por el Director. Pasamos por un gran salón donde vimos cuarenta o cincuenta oficiales de las tropas regulares y cívicas, todos espléndidamente uniformados. Se levantaron cuando entramos, formando una fila a cada lado, por donde pasamos. En la sala contigua nos encontramos con el Director que, con la soltura y la afabilidad del caballero bien criado, avanzó a nuestro encuentro y nos pidió que nos sentáramos. Parecía tener más de cuarenta años, su estatura mediana tirando algo a la corpulencia y, sobre todo, su aspecto dominante y digno. Su traje y maneras eran los de una persona acostumbrada a la mejor sociedad, igualmente alejada de la grosería y de la afectación. Se descubría fácilmente que era un hombre habituado largo tiempo a desempeñar un papel importante en la vida. Ciertamente parecía una persona que podía haberse elegido por una nación para su magistrado, y ningún extranjero se sorprendería de ver tal hombre a su cabeza. Aunque natural de este lugar, su padre era un suizo que se estableció en este país como comerciante en su primera juventud. Su tez es rubia, con ojos azules; su semblante expresivo de inteligencia y bondad. Tiene fama de gran dedicación a los asuntos y de esa energía templada tan esencial en tiempos de revolución.

Después de los cumplimientos usuales y alguna conversación sobre temas generales, Mr. Rodney repitió, en substancia, lo que había dicho con respecto al objeto de la misión, al Secretario, el día anterior.

En seguida el Director contestó a los comisionados como sigue: Declaró que por su país y por sí mismo abrigaba el más alto sentimiento del honor conferido por esta atención amistosa de parte de los Estados Unidos.

«Desde hace mucho tiempo —dijo— sabíamos que los sentimientos y deseos más amistosos existían hacia nosotros por parte de vuestro país y gobierno. También hemos mirado a vuestro país con entusiasta admiración. Apreciamos enteramente su alta reputación por la justicia, el desinterés y la sinceridad, y supera al poder de la palabra el expresar cuán satisfactoria es para todos nosotros esta demostración de sus buenos deseos. Que existiese entre nosotros una real y no fingida simpatía, es natural. Habitamos la misma parte del globo, nuestra causa ha sido la vuestra y perseguimos los mismos fines que tan felizmente vosotros habéis alcanzado.

»Veréis muchas cosas entre nosotros que exciten vuestra sorpresa. Somos un pueblo que empieza a ser. Hemos tenido grandes dificultades que afrontar y hemos trabajado con desventajas extraordinarias. Me siento confiado, sin embargo, en que cuando conozcáis mejor nuestro país, hallaréis que el amor

más ardiente de la libertad e independencia domina a todos los componentes de esta comunidad; que en persecución de estos grandes objetivos, estamos todos unidos y que estamos dispuestos a perecer antes que rendirnos. Al mismo tiempo, debemos confesar, con profunda pena, que las disensiones todavía prevalecen entre secciones diferentes de esta República y que desgraciadamente han puesto una de las regiones más importantes de este país en manos del extranjero.

»Con respecto a los objetos de la misión, estoy ansioso de satisfacer los deseos de los comisionados en cualquier detalle. Espero que todas las formas diplomáticas se abandonen; que todas las comunicaciones se tengan como entre amigos y hermanos; que, siempre que convenga al agrado o conveniencia de los comisionados, se dirijan personalmente a mí o al Secretario de Estado, quien siempre se encontrará dispuesto a atenderlos».

Después de haber hecho Mr. Rodney una contestación apropiada a este discurso, nos despedimos.

E. M. BRACKENRIDGE.

## SAN MARTÍN EN EL PERÚ

1821

*Junio 25 de 1821.* Hoy tuve una entrevista con el general San Martín, a bordo de una goletita de su propiedad, anclada en la rada del Callao, para comunicarse con los diputados que, durante el armisticio, habíanse reunido en un buque fondeado en el puerto.

A primera vista había poco que llamara la atención en su aspecto, pero cuando se puso de pie y empezó a hablar su superioridad fue evidente. Nos recibió muy sencillamente, en cubierta, vestido con un sobretodo suelto y gran gorra de pieles, y sentado junto a una mesa hecha con unos cuantos tabloncillos yuxtapuestos sobre algunos barriles vacíos. Es hombre hermoso, alto, erguido, bien proporcionado, con gran nariz aguileña, abundante cabello negro, e inmensas y espesas patillas oscuras que se extienden de oreja a oreja por debajo del mentón; su color era aceitunado oscuro, y los ojos, que son grandes, prominentes y penetrantes, negros como azabache, siendo todo

su aspecto completamente militar. Es sumamente cortés y sencillo, sin afectación en sus maneras, excesivamente cordial e insinuante y poseído evidentemente de gran bondad de carácter; en suma, nunca he visto persona cuyo trato seductor fuese más irresistible. En la conversación abordaba inmediatamente tópicos substanciales, desdeñando perder tiempo en detalles; escuchaba atentamente y respondía con claridad y elegancia de lenguaje, mostrando admirables recursos en la argumentación y facilísima abundancia de conocimientos, cuyo efecto era hacer sentir a sus interlocutores que eran entendidos como lo deseaban. Empero nada había ostentoso o banal en sus palabras, y aparecía ciertamente en todos los momentos perfectamente serio, profundamente poseído de su tema. A veces se animaba en sumo grado y entonces el brillo de su mirada y todo cambio de expresión se hacían excesivamente enérgicos, como para remachar la atención de los oyentes, imposibilitándola de esquivar sus argumentos. Esto era más notable cuando trataba de política, tema sobre que me considero feliz de haberlo oído expresarse con frecuencia. Pero su manera tranquila era no menos sorprendente y reveladora de una inteligencia poco común; pudiendo también ser juguetón y familiar, según el momento, y cualquiera que haya sido el efecto producido en su mente por la adquisición posterior de gran poder político, tengo la certeza de que su disposición natural es buena y benevolente.

Durante la primera visita que hice a San Martín, vinieron varias personas de Lima para discutir privadamente el estado de los negocios, y en esta ocasión expuso con claridad sus opiniones y sentimientos y nada vi en su conducta posterior que me hiciera dudar de la sinceridad con que entonces habló. La lucha en el Perú, decía, no es común, no era guerra de conquista y gloria, sino enteramente de opinión; era guerra de los principios modernos y liberales contra las preocupaciones, el fanatismo y la tiranía.

«La gente pregunta —decía San Martín— por qué no marché sobre Lima al momento. Lo podría hacer e instantáneamente lo haría, si así conviniese a mis designios, pero no conviene. No busco gloria militar, no ambiciono el título de conquistador del Perú, quiero solamente librarlo de la opresión. ¿De qué me serviría Lima, si sus habitantes fueran hostiles en opinión política? ¿Cómo podría progresar la causa independiente si yo tomase Lima militarmente y aun el país entero? Muy diferentes son mis designios. Quiero que todos los hombres piensen como yo y no dar un solo paso más allá de la marcha progresiva de la opinión pública; estando ahora la capital madura para manifestar sus sentimientos, le daré oportunidad de hacerlo sin riesgo. En la

expectativa segura de este momento, he retardado hasta ahora mi avance, y para quienes conozcan toda la amplitud de medios de que dispongo, aparecerá la explicación suficiente de todas las dilaciones que han tenido lugar. He estado ciertamente ganando día por día, nuevos aliados en los corazones del pueblo. En el punto secundario de fuerza militar, he sido por las mismas causas igualmente feliz, aumentando y mejorando el ejército libertador, mientras el realista ha sido debilitado por la escasez y deserción. El país ahora se ha dado cuenta de su Si o interés, y es razonable que los habitantes tengan los os de expresar lo que piensan. La opinión pública es máquina recién introducida en este país; los españoles, incapaces de dirigirla, han prohibido su uso, pero ahora experimentarán su fuerza e importancia».

BASILIO HALL.

(*El General San Martín en el Perú*. Trad. de Carlos A. Aldao, 1820).

BASILIO HALL (1783-1844). — Marino escocés. Escribió varios libros sobre sus viajes por Oriente y por América: *Viaje de descubierta a la costa occidental de Corea y a Lu-chú* (1817); *Extracto del Diario escrito en las costas de Chile, Perú y México en los años 1820, 1821 y 1822* (1824). (Hay traducción francesa de 1825); *Viajes a la América del Norte* (1829) y *Miscelánea* (1841). Hall conoció al general San Martín en el Perú y sus *Extractos del viaje por las costas del Pacífico* fué traducido en 1820 por el doctor Carlos A. Aldao, precisamente con el nombre de *El general San Martín en el Perú*. (La Cultura Argentina).

## LA FUNDACIÓN DE LA ORDEN DEL SOL

1821

*Domingo 16 de diciembre.* La ceremonia de fundar la Orden del Sol se verificó este día en palacio.

San Martín congregó a los oficiales y civiles que iban a ser recibidos en la Orden, en uno de los salones más antiguos del palacio. Era habitación larga, angosta, vieja, con friso de madera oscuro cubierto de adornos dorados, cornisas talladas y fantásticos artesonados de relieve en el techo. El piso estaba cubierto con rico tapiz Gobelino, y a cada lado estaba adornado con larga línea de sofás y sillas de brazo de altos respaldos con perillas doradas, tallados en los brazos y patas, y asientos de terciopelo punzó. Las ventanas, que eran altas, angostas y enrejadas como de cárcel, miraban a un gran patio

cuadrado, plantado con profusos naranjos, guayabos y otros frutales del país, mantenido tibio y fresco por cuatro fuentes que funcionaban en los ángulos. Por sobre la copa de los árboles, entre las torres del convento de San Francisco, se podían ver las cimas de los Andes cubiertas de nubes. Tal era el gran salón de audiencias de los virreyes del Perú.

San Martín se sentaba en el testero del salón, ante un inmenso espejo, con sus ministros a ambos lados. El presidente del Consejo, en el otro extremo del salón, entregaba a varios caballeros las cintas y condecoraciones, pero el Protector en persona les imponía la obligación, bajo palabra de honor, de mantener la dignidad de la Orden y la independencia del país.

BASILIO HALL.

## PROCLAMACIÓN DE LA INDEPENDENCIA DEL PERÚ

1821

Como medida de primordial importancia, San Martín buscaba implantar el sentimiento de la independencia por algún acto que ligase los habitantes de la capital a su causa. El 28 de julio, por consiguiente, se celebraron ceremonias para proclamar y jurar la independencia del Perú. Las tropas formaron en la plaza Mayor, en cuyo centro se levantaba un alto tablado, desde donde San Martín, acompañado por el gobernador de la ciudad y algunos de los habitantes principales, desplegó por primera vez la bandera independiente del Perú, proclamando, al mismo tiempo, con voz esforzada: «Desde este momento el Perú es libre e independiente por voluntad general del pueblo y por la justicia de su causa, que Dios defiende». Luego, batiendo la bandera, exclamó: «Viva la patria. Viva la independencia. Viva la libertad», palabras que fueron recogidas y repetidas por la multitud que llenaba la plaza y calles adyacentes, mientras repicaban todas las campanas y se hacían salvas de artillería entre aclamaciones tales como nunca se habían oído en Lima. La nueva bandera peruana representa el sol naciente apareciendo por sobre los Andes, vistos detrás de la ciudad, con el río Rimac bañando su base. Esta divisa, con un escudo circundado de laurel, ocupa el centro de la bandera, que



se divide diagonalmente en cuatro piezas triangulares: dos rojas y dos blancas.

Del tablado donde estaba el pie de San Martín y de los balcones del palacio se tiraron medallas a la multitud, con inscripciones apropiadas. Un lado de estas medallas llevaba: «Lima libre juró su independencia, en 28 de julio de 1821», y en el anverso: «Bajo la protección del ejército Libertador del Perú, mandado por San Martín». Las mismas ceremonias se celebraron en los puntos principales de la ciudad, o, como se decía en la proclama oficial: «en todos aquellos parajes públicos donde en épocas pasadas se anunciaba al pueblo que debía soportar sus miserias y pesadas cadenas».

Después de hacer el circuito de Lima, el general y sus acompañantes volvieron a palacio para recibir al lord Cochrane, quien acababa de llegar del Callao.

La ceremonia fué imponente. El modo de San Martín era completamente fácil y gracioso, sin que hubiese en él nada de teatral o afectado, pero era asunto de exhibición y efecto, completamente repugnante a sus gustos. Algunas veces creí haber percibido en su rostro una expresión fugitiva de impaciencia o desprecio de sí mismo, por prestarse a tal mojiganga, pero si realmente fuera así, prontamente reasumía su aspecto acostumbrado de atención y buena voluntad para todos los que le rodeaban.

El día siguiente, domingo 29 de julio, se cantó *Tedeum* y celebró misa mayor en la catedral, cantada por el arzobispo, seguida de sermón adaptado a la ocasión por un fraile franciscano. Apenas terminó la ceremonia religiosa, los jefes de las varias reparticiones se reunieron en palacio y juraron por Dios y la Patria mantener y defender, con su fama, personas y bienes, la independencia peruana, del gobierno de España y de cualquiera otra dominación extranjera. Este juramento fué hecho y firmado por todo habitante respetable de Lima, de modo que, en pocos días, las firmas de la declaración de la independencia montaban a cerca de cuatro mil. Se publicó en una gaceta extraordinaria y circuló profusamente por el país, lo que no solamente dió publicidad útil al estado de la capital, sino que comprometió profundamente a quienes hubiera agrado que su adhesión a la medida hubiera permanecido ignorada.

Por la noche, San Martín dió un baile en palacio, de cuya alegría participó él mismo cordialmente; bailó y conversó con todos los que se hallaban en el salón, con tanta soltura y amabilidad que, de todos los asistentes, él parecía ser la persona menos embargada por cuidados y deberes.

En los bailes públicos y privados prevalece una costumbre extraña en este país. Las damas de todo rango no invitadas, vienen veladas y se paran en las ventanas o en los corredores, y a menudo entran en el salón. Se las llama «tapadas», porque sus rostros están cubiertos y su objeto es observar la conducta de sus amigos, que no pueden reconocerlas, a quienes atormentan con dichos maliciosos, siempre que están al alcance de su voz. En palacio, la noche del domingo, estaban las «tapadas» algo menos adelante que de costumbre, pero en el baile del Cabildo, dado con anterioridad, la parte inferior del salón estaba llena de ellas y mantuvieron un fuego graneado de bromas con los caballeros al finalizar el baile.

BASILIO HALL.

## SAN MARTÍN Y LA EDUCACIÓN

LIMA, JULIO 1822

Por la misericordia de Dios para conmigo, he llegado bien a esta ciudad. El 18 del mes pasado me embarqué en Valparaíso y después de un viaje agradable de diez días anclamos en la bahía del Callao. El puerto es excelente, el mejor que yo he visto. Puede dar abrigo seguro a cualquier número de buques. Está protegido contra todos los vientos, menos el del norte, pero casi nunca sopla de esa dirección. Debido a una orden del gobierno que prohíbe que los pasajeros desembarquen hasta recibir permiso o pasaporte de Lima, tuve que postergar mi venida a ésta hasta el día después de mi llegada; conseguí permiso, sin embargo, del capitán del puerto para ir a tierra. Después de visitar el Callao, fui a ver el sitio donde estaba edificado el Callao antiguo, que fué destruido por el terremoto, del cual, por supuesto, habéis leído. El sitio se halla a media milla más o menos, de donde la ciudad está edificada actualmente. La destrucción parece haber sido completa. No hay ni una casa en pie; pero se ven murallas de casas de considerable espesor sembradas por todas partes.

El día en que llegué a esta ciudad fui a ver a San Martín y le entregué las cartas de introducción que había traído de Chile. Abrió una de las cartas y al ver su contenido, dijo:

— ¡Señor Thomson! ¡Cuánto me alegro de ver a usted!

Se levantó y me dió un fuerte abrazo. Me dijo que no usaría de muchos cumplimientos, pero que me aseguraba de su gran satisfacción por mi llegada; y dijo que haría todo lo que estaba de su parte para llevar adelante el objeto que me había traído del Perú.

Al día siguiente yo estaba sentado en mi cuarto cuando se detuvo un carruaje en la puerta y mi muchachito entró corriendo y gritando: ¡San Martín! ¡San Martín!... En un momento San Martín entró en el cuarto acompañado por uno de sus ministros. Yo quise hacerlos pasar a otro departamento de la casa más adecuado para ser recibidos; pero dijo que el cuarto estaba muy bien y se sentó en la primera silla que encontró. Hablamos sobre nuestras escuelas y otros asuntos semejantes por algún tiempo; y al retirarse me manifestó que deseaba que fuese a verlo en la mañana siguiente para presentarme al marqués de Trujillo que en la actualidad es lo que se llama Diputado Supremo o Regente.

Conforme a lo convenido fui a verle, y me llevó con él y me presentó al marqués y a cada uno de los ministros.

Por todo lo que he visto en el corto tiempo que he estado aquí, no dudo de los grandes beneficios que este país recibirá del nuevo estado de cosas.

DIEGO THOMSON.

(JUAN C. VARETTO, *Diego Thomson, Apóstol de la Instrucción Pública*, etc. Buenos Aires, 1918).

DIEGO THOMSON. — Misionero inglés evangélico y propagandista del Sistema pedagógico de Lancaster. Vino a Buenos Aires en 1820 con el fin de fundar escuelas adaptadas al susodicho sistema y fué ayudado por el gobierno y hasta por Sacerdotes católicos porque se trataba de combatir el analfabetismo reinante. Fundó también idénticas escuelas en Montevideo. Pasó a Chile en 1821 y al Perú en 1822, siempre al servicio de la noble tarea que se había propuesto desempeñar. Después estuvo en México y en España. «Fué Diego Thomson —dice un historiador de la enseñanza primaria en la Argentina— el que provocó ese formidable movimiento *Lancasteriano*, la única tentativa seria de educación realizada en el país hasta 1852».

Publicó un interesante libro, muy raro hoy, titulado *Letters on the moral and religious state of South America*, en que relata sus largos viajes por el continente y donde figura la nota anterior sobre el general San Martín.

## SAN MARTÍN EN 1823

... Apenas restablecido [San Martín], pero sumamente débil, se puso en camino en dirección a Mendoza, para pasar a Buenos Aires, a mediados de enero de 1823.

Llegada a aquella ciudad la noticia de su viaje, su cadete de 1813 en los Granaderos a caballo, que narra estas líneas, y que se hallaba allí, se puso inmediatamente en marcha para el camino del Portillo en los Andes, acompañado de dos peones y algunas provisiones, a esperarlo sobre la cumbre de la Cordillera. Al día siguiente llegó a la estancia de D. Juan Francisco Delgado, en el Totoral, donde pasó la noche, y, de mañana, siguió por el cajón del Manzano hasta llegar a la cumbre, donde durmió.

El sol aparecía con todo su esplendor en el oriente, cuando Olazábal, que estaba tomando mate (pues a prevención había hecho llevar leña), vió a la distancia una pequeña caravana que lentamente se dirigía hacia la cumbre. Desde luego, sospechó que allí venía su coronel y general. Efectivamente, era el *Gran Capitán*. El general San Martín iba acompañado de un capitán con dos asistentes, dos mucamos y cuatro arrieros, con tres cargueros de equipaje y comestible. Cabalgaba una hermosa mula zaina, con silla de las llamadas *húngaras*, y encima un *pellón*, y los estribos liados con paño azul por el frío del metal. Un riquísimo *guarapón* (sombrero de ala grande) de paja de Guayaquil cubría aquella hermosa cabeza en que había germinado la libertad de un mundo y que con atrevido vuelo había trazado sus inmortales campañas y victorias. El *chamal* (poncho) chileno, cubría aquel cuerpo de granito, endurecido en el vivac desde sus primeros años. Vestía un chaquetón y pantalón de paño azul, zapatones y polainas, y guantes de ante, amarillos. Su semblante, decaído por demás, apenas daba fuerza a influenciar el brillo de aquellos ojos que nadie pudo definir. Cuando se acercó, Olazábal se precipitó hacia él y lo abrazó por la cintura, deslizándose de sus ojos abundantes lágrimas. El general le tendió el brazo izquierdo sobre la cabeza, y lleno de emoción sólo pudo decirle: *¡hijo!...*

Un momento después, invitado a descansar y a tomar un poco de té o café, aceptó, y ayudándolo a bajar de la mula, se sentó sobre una montura que le sirvió como los magníficos sofás de los palacios que había conquistado. Inter se cebaba un mate de café que prefirió y le preguntaba por la familia dijo:

— ¡Qué diablos!, me ha fatigado esta subida...

Después que tomó el café con un bizcochuelo, mirándolo exclamó:

— ¡Tiempo hace hijo, que mi boca no saborea un manjar tan exquisito!... Bueno será, quizás, que bajemos ya de esta eminencia desde donde en otro tiempo me contempló la América.

Nadie habría podido penetrar lo que pasaba en aquel corazón, tan combatido por crueles desengaños.

Quizá creyó, que aún no debía estar en aquella eminencia, desde donde aparecía como los héroes de Plutarco.

Efectivamente, sosteniéndolo, montó en la mula y emprendimos el descenso de los Andes, y se fatigó bastante por la posición inclinada hacia delante de la cabalgadura...

MANUEL DE OLAZÁBAL.

(*Memoria y Episodios de la Guerra de la Independencia*. Gualeguaychú, 1864).

CORONEL MANUEL DE OLAZÁBAL. — Nació en Buenos Aires el 30 de diciembre de 1800. Falleció en la misma ciudad el 19 de julio de 1872. Fué cadete de Granaderos a caballo en 1813. Formó parte del ejército de Montevideo que tomó esta plaza, al mando de Alvear, en 1814. Hizo la campaña libertadora de Chile y conoció muy de cerca al general San Martín. A los veinte años era sargento mayor y lucía cinco condecoraciones. Intervino en la guerra del Brasil. Después de la organización residió en la ciudad de Gualeguaychú (Entre Ríos), donde escribió un folleto impreso en la misma ciudad titulado *Episodios de la Guerra de la Independencia*, al que pertenecen las páginas que se transcriben.

## EL GENERAL SAN MARTÍN Y LOS SANTAFECINOS

1823

Por el mes de octubre (1823) el correísta retirado don Manuel Guevara, que llegaba de Buenos Aires, puso en manos del general [San Martín] una comunicación del gobernador de Santa Fe, don Estanislao López que le había sido entregada por un oficial santafecino, bajo la más seria responsabilidad en la Posta de la Candelaria.

Al día siguiente, cuando entró Olazábal a visitarlo y se sentó, el general tomó un papel de sobre la mesa y dándole le dijo:

— ¡Lea, usted!...

Aun cuando su corazón se resistía a dar crédito al contenido de aquellas líneas, no obstante se llenó de indignación. López, después de las significativas muestras de alta admiración y respeto hacia el general, le decía: «Sé, de una manera positiva por mis agentes en Buenos Aires, que a la llegada de V. E. a aquella capital, será mandado juzgar por el gobierno en un consejo de guerra de oficiales generales, por haber desobedecido sus órdenes

en 1819 haciendo la gloriosa campaña a Chile, no invadir a Santa Fe, y la expedición libertadora del Perú.



Vista de la ciudad de Buenos Aires desde el río.

»Para evitar este escándalo inaudito, y en manifestación de mi gratitud y del pueblo que presido, por haberse negado V. E. tan patrióticamente en 1820 a concurrir a derramar sangre de hermanos con los cuerpos del ejército de los Andes que se hallaban en la provincia de Cuyo, siento el honor de asegurar a V. E. que a su solo aviso, estaré con la provincia en masa a esperar a V. E. en el Desmochado, para llevarlo en triunfo hasta la plaza de la Victoria.

»Si V. E. no aceptase esto, fácil me será hacerlo con toda seguridad por Entre Ríos, hasta Montevideo, etc.».

Al devolverle la comunicación, vió su rostro completamente demudado, y aquella voz de trueno que se oyó siempre victoriosa en los campos de batalla, desfallecida.

En seguida dijo:

—No puedo creer tal proceder en el *gran pueblo de Buenos Aires*. Iré, pero solo, como he cruzado el Pacífico y estoy entre mis mendocinos... Pero, si la fatalidad así lo quiere, yo daré por respuesta, mi sable, la libertad de un mundo, el estandarte de Pizarro, y las banderas que flotan en la Catedral, conquistadas con aquellas armas que no quise teñir con sangre argentina... ¡No! Buenos Aires es la cuna de la libertad...

Pocos días después, despachó para Buenos Aires a don Pedro Alvíncula Moyano y la contestación para López, agradeciéndole su aviso y

ofrecimiento, sin aceptarlo.

MANUEL DE OLAZÁBAL.

## SAN MARTÍN EN PARÍS

1830

San Martín acababa de volver de un colegio de Bruselas donde había conseguido una beca de gracia para su única e interesante hija Mercedes, que llevó consigo cuando salió de Buenos Aires para Europa; y en cuanto supo que existía en París un colegio español-americano, en el cual se educaban muchos argentinos, chilenos y peruanos se dirigió presuroso a visitar en él a los hijos de sus antiguos compañeros de glorias y de trabajos.

La presencia de San Martín en el colegio causó a los chilenos y a los argentinos la más viva alegría, a los peruanos taciturnidad, y a los españoles, descontento. El general llegó a pie al colegio, a pesar de la distancia que le separaba de su modesta habitación; vestía levitón gris rigurosamente abotonado, llevaba guantes de ante del mismo color, y se apoyaba sobre un grueso bastón. Al principio no me conoció; mas como viese que yo me lanzaba a abrazarle, llamándole con gritos de contento:

«¡Mi general!», después de abrazarme con efusión, de separarme un poco, de mirarme con atención y de preguntarme de dónde era y a qué familia pertenecía, con mi contestación me pareció ver brillar en aquellos ojos, tan serenos y altaneros, con que tantas veces supo despreciar a la muerte en los campos de batalla, una lágrima de ternura. Fué, aquella escena de demostraciones de cariño en la cual uno a uno iba estrechando en sus brazos a los colegiales que acudieron a saludarle, la más perfecta imagen de lo que acontece en una familia cuando inesperadamente vuelve a la casa un padre querido. Maravilloso era el alcance de la memoria de este hombre singular; pues casi no quedó miembro de nuestras familias por el cual no preguntase con solícito interés.

Nunca dejé de acompañar hasta su alojamiento al general querido, siempre que iba a visitarnos; y un día tuvimos, entre otras, la siguiente conversación, a la sombra de los hermosos árboles de las Tullerías. El

general, que parecía complacerse en hacerme soltar la tarabilla me dijo: «Conque también tocó al colegial echar armas al hombro en Mendoza. ¡Eh! vaya, mucho que me alegro de tener a mi lado, después de tanto tiempo, a tan amable colega». «General, repuse, me parece que el colega que acaba usted de descubrir, no es de aquellos que más honor pueden hacer al arte de matar a compás y a son de música; porque, si en calidad de simple recluta suplementario y de virgen espada, entré o me entraron al servicio, en la misma calidad lo terminé; así es que ni siquiera se me ha ocurrido hacer lo que tantos otros militares de mi calaña, esto es, ocultar esa virginidad y darme aires de mujer corrida, para mejor optar a premios». Soltó, al oír esto, el viejo veterano, una estrepitosa carcajada, y sin dejarme proseguir me dijo: «¿Qué se decía en Chile de los argentinos, cuando usted salió para acá? ¿Se acordaban del ejército de los Andes?». «Señor, le contesté: acontecimientos hay que no pueden ser olvidados, y el paso de los Andes es uno de ellos». «Bien está, repuso; pero eso no era precisamente lo que quería averiguar. ¿Me quedan aún en Chile los pocos amigos sinceros que dejé al salir? Porque amigos de nombre, amiguito, prosiguió, poniéndome con cariño la mano en el hombro, rodean con tanta abundancia al que dispone de empleos que poder repartir, cuanta es la escasez de los sinceros». «Con la entrada de Freire al poder, contesté conmovido, por el aspecto que asumió el semblante del general al terminar su frase, muchos de los amigos íntimos de usted, por serlo también de O'Higgins, han enmudecido, y otros, como Solar, cuya casa frecuentaba usted tanto, han sido arrancados entre gallos y medianoche, del seno de sus familias, para hacerles pagar en el destierro el crimen de la amistad que profesaban al héroe de Rancagua». «¿De manera, repuso San Martín con viveza, que mi pobre reputación, por igual motivo, no andará de lo mejor parada por allá?». «Así es la verdad, contesté, porque... no me atrevo...». «Atrévase usted, querido, haga usted cuenta que está hablando con un discípulo suyo. ¿Por qué... decía usted?». «Porque así como O'Higgins, proseguí diciendo con timidez, tiene sus enemigos por allá, a usted tampoco le faltan, pues son contados los hijos de la *Patria Vieja* que no atribuyan a usted y a don Bernardo la desastrosa muerte de los Carrera, cuya ejecución califican de inútil y de atroz asesinato; ni faltan tampoco malas lenguas que atribuyan a usted poca pureza en la administración de los dineros que Chile ponía en sus manos para que atendiese con ellos a la libertad del Perú».

Eché San Martín, al oír esto, su rostro con violencia entre ambas manos, y tanto rato permaneció en esta nerviosa situación, que así podía significar evocación de dolorosos recuerdos, como el disgusto amargo que siempre



causa en corazones bien puestos la humana ingratitud; y ya comenzaba yo a arrepentirme de haber sido tan sobradamente franco al contestarle, cuando enderezándose y aspirando el aire con violencia, y fija la vista, como distraído, en las copas de los árboles, exclamó, a media voz, y como hablando para sí: «¡Gringo badulaque, almirantito, que cuanto no podía embolsicar lo consideraba robo!... Dispéñeme usted, querido colegial, continuó, no sé dónde se me había ido la cabeza. ¿Conque todo eso dicen por allá? ¡Eh! razones tendrán para ello, y ahora dígame usted: ¿qué hubieran hecho ustedes en Chile, con tres argentinos, que por haber sido, con razón o sin ella, no sólo mal recibidos sino hasta perseguidos por el gobierno chileno, se hubiesen metido, aunque llenos de las más patrióticas intenciones, dos de ellos a revolucionarios y el tercero a sangriento montonero? ¿Qué hubieran hecho ustedes ante el peligro de la pública tranquilidad y ante el aspecto de la sangre chilena derramada por las armas de éste hasta en las puertas del mismo Santiago, si esos tres argentinos hubiesen caído en sus manos? ¿Hubieran necesitado ustedes de los consejos de un O'Higgins o de un pobre San Martín para hacerlos fusilar?... En cuanto a lo de la poca pureza, prosiguió con triste sonrisa, después de echar una sarcástica mirada sobre su ropa y de contemplar, dándolos vuelta sus gruesos guantes de gamuza, ya lustrosos por el uso: ¡A la vista está!».

¡Pobre amigo! Pésame aún haber pulsado en aquella conversación, tan repugnante cuerda; pues de todo podría la maledicencia acusar a San Martín menos de peculado. Yo conocía la pureza de San Martín en el manejo de los dineros que corrían por su mano; pero ignoraba muchos de sus rasgos de generoso desprendimiento en obsequio del mismo país por cuya libertad lidiaba. Ignoraba que los diez mil pesos, suma enorme entonces, obsequiados al héroe por el Cabildo de Santiago para costear su viaje a Buenos Aires, después de la batalla de Chacabuco, los había éste cedido para que, con ellos, se echasen los primeros cimientos de nuestra actual Biblioteca Nacional, y entre otras generosidades de aquella hermosa alma, ignoraba también que hasta el fomento de la vacuna costaba a San Martín la tercera parte de los productos de un fundo rústico que poseía en Santiago. ¡Y San Martín era pobre!

Con mi vuelta a Chile, a fines del año 30, terminaron mis relaciones íntimas con este viejo y respetado amigo, cuya conversación me instruía y agradaba al mismo tiempo. Perdile desde entonces de vista, para tener, veintinueve años después, el sentimiento de encontrar tan sólo patentes y dolorosos rastros suyos en casa de su yerno Balcarce, situada a algunos

kilómetros de París, sobre la margen del turbio Marne. En ella y a cargo de las preciosas nietas de aquel prócer de nuestra independencia, no sólo se conservaba con religioso cuidado el orden de colocación que había dado a sus modestos muebles en el pequeño cuarto que ocupaba, sino que hasta se veía, sobre el velador que acompañaba su lecho de campaña, un braserillo para fumar, en cuya fría ceniza se ostentaba clavado el resto de un último cigarro.

VICENTE PÉREZ ROSALES.

VICENTE PÉREZ ROSALES. (1807-1886).— Escritor chileno de quien dice Luis Alberto Sánchez: «Fué un *pioneer*, especie de personaje de Jack London o Fenimore Cooner». Escribió un excelente libro del que hay varias ediciones chilenas y argentinas, titulado *Recuerdos del Pasado*. Entre muchas otras siluetas de personalidades americanas, siempre muy bien logradas, están en ese libro las del general San Martín en París y la del dictador Rosas en el destierro. (1853).

## EL GENERAL SAN MARTÍN EN 1843

*París, 14 de septiembre de 1843*

El primero de septiembre, a eso de las 11 de la mañana, estaba yo en casa de mi amigo, el señor don M. J. de Guerrico, con quien debíamos asistir al entierro de una hija del señor Ochoa (poeta español) en el cementerio de Montmartre. Yo me ocupaba, en tanto que esperábamos la hora de la partida, de la lectura de una traducción de Lamartine, cuando Guerrico se levantó exclamando: «¡El general San Martín!».

Me paré lleno de agradable sorpresa, a ver la gran celebridad americana que tanto ansiaba conocer. Mis ojos, clavados en la puerta por donde debía entrar, esperaban con impaciencia el momento de su aparición. Entró, por fin, con su sombrero en la mano, con la modestia y apocamiento de un hombre común. ¡Qué diferente le hallé del tipo que yo me había formado, oyendo las descripciones hiperbólicas que me habían hecho de él sus admiradores en América! Por ejemplo: yo le esperaba más alto y no es sino un poco más alto que los hombres de mediana estatura. Yo le creía un *indio*, como tantas veces me lo habían pintado; y no es más que un hombre de color moreno, de los temperamentos biliosos. Yo lo suponía grueso, y, sin embargo de que lo está más que cuando hacía la guerra en América, me ha parecido más bien delgado; yo creía que su aspecto y porte debían tener algo de grave y solemne, pero le hallé vivo y fácil en sus ademanes, y su marcha, aunque

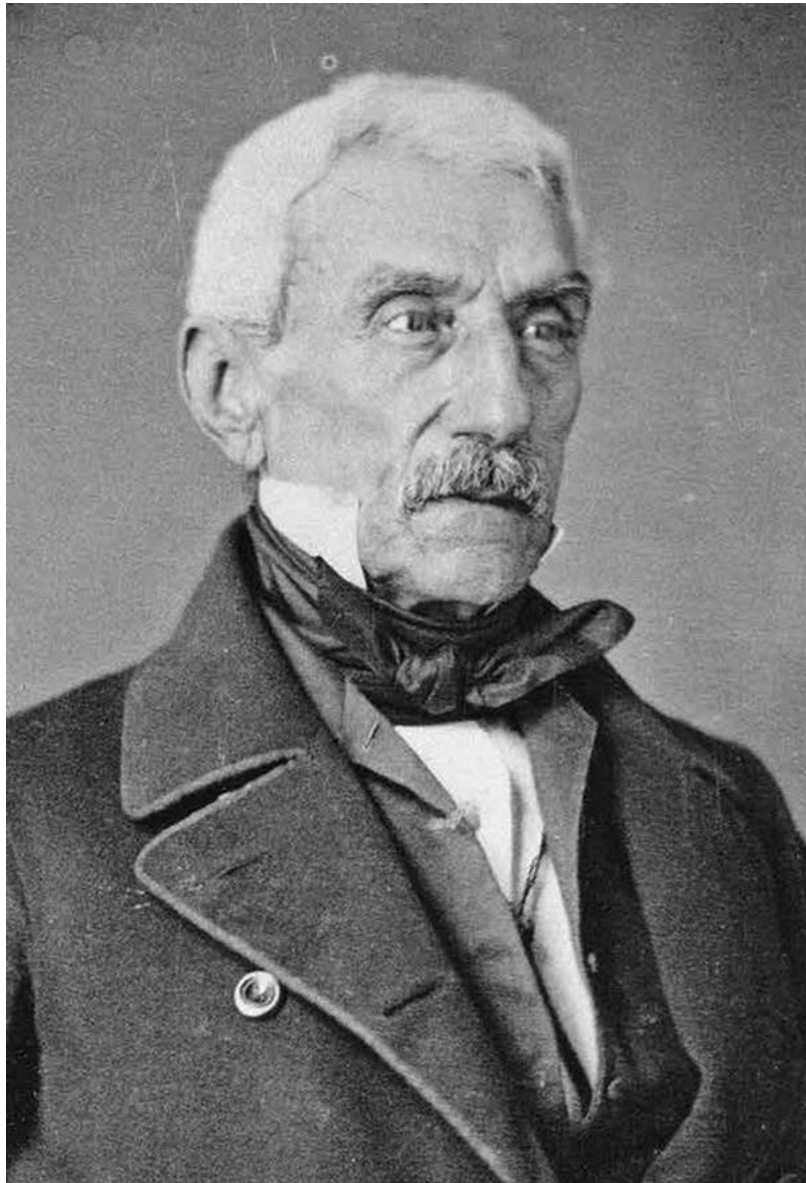
grave, desnuda de todo viso de afectación. Me llamó la atención su metal de voz, notablemente gruesa y varonil. Habla sin la menor afectación, con toda la llanura de un hombre común. Al ver el modo cómo se considera él mismo, se diría que este hombre no había hecho nada de notable en el mundo, porque parece que él es el primero en creerlo así. Yo había oído que su salud padecía mucho, pero quedé sorprendido al verle más joven y más ágil, que todos cuantos generales he conocido de la guerra de nuestra independencia, sin excluir al general Alvear, el más joven de todos. El general San Martín padece en su salud, cuando está en inacción y se cura con sólo ponerse en movimiento. De aquí puede inferirse la fiebre de acción de que este hombre extraordinario debió estar poseído en los años de su tempestuosa juventud. Su bonita y bien proporcionada cabeza, que no es grande, conserva todos sus cabellos, blancos hoy casi totalmente; no usa patilla ni bigote a pesar de que hoy los llevan por moda hasta los más pacíficos ancianos. Su frente, que no anuncia un gran pensador, promete, sin embargo, una inteligencia clara y despejada, un espíritu deliberado y audaz. Sus grandes cejas negras suben hasta el medio de la frente, cada vez que se abren sus ojos, llenos aún del fuego de la juventud. La nariz es larga y aguileña, la boca pequeña y ricamente dentada es graciosa cuando sonrío; la barba es aguda.

Estaba vestido con sencillez y propiedad, corbata negra atada con negligencia, chaleco de seda negro, levita del mismo color, pantalón mezcla celeste, zapatos grandes. Cuando se paró para despedirse, acepté y cerré con mis dos manos la derecha del grande hombre que había hecho vibrar la espada libertadora de Chile y el Perú. En ese momento se despedía para uno de los largos viajes que hace en el interior de la Francia en la estación del verano.

No obstante su larga residencia en España, su acento es el mismo de nuestros hombres de América, coetáneos suyos. En su casa habla alternativamente el español y francés, y muchas veces mezcla palabras de los dos idiomas, lo que le hace decir, con mucha gracia, que llegará un día en que se verá privado de uno y otro, o tendrá que hablar un *patois* de su propia invención. Rara vez, o nunca, habla de política. Jamás trae a la conversación, con personas indiferentes, sus campañas de Sud América; sin embargo, en general le gusta hablar de empresas militares.

Yo había sido invitado por su excelente hijo político, el señor don Mariano Balcarce, a pasar un día en su casa de campo, en *Grandbourg*, como seis leguas y media de París. Este paseo debía ser para mí tanto más ameno cuanto que debía hacerlo por el camino de hierro en que nunca había andado. A las once del día señalado, nos trasladamos con mi amigo el señor Guerrico

al establecimiento de carruajes de vapor de la línea de Orleans, detrás del Jardín de Plantas...



General Don José de San Martín.

A eso de la una de la tarde, se detuvo el convoy en Ris; de allí a la casa del general San Martín hay una media hora, que anduvimos en un carruaje enviado en busca nuestra por el señor Balcarce. La casa del general San Martín está circundada de calles estériles y tristes, que forman los muros de las heredades vecinas. Se compone de un área de terreno igual, con poca diferencia, a una cuadra cuadrada nuestra. El edificio es de un solo cuerpo y dos pisos altos. Sus paredes blanqueadas con esmero, contrastan con el negro de la pizarra que cubre el techo, de forma irregular. Una hermosa acacia

blanca da su sombra al alegre patio de la habitación. El terreno que forma el resto de la posesión está cultivado con esmero y gusto exquisito; no hay un punto donde no se alce una planta estimable o un árbol frutal. Dalias de mil colores, con una profusión extraordinaria llenan de alegría aquel recinto delicioso. Todo en el interior de la casa respira orden, conveniencia y buen tono. La digna hija del general San Martín, la señora Balcarce, cuya fisonomía recuerda con mucha vivacidad la del padre, es la que ha sabido dar a la distribución doméstica de aquella casa, el buen tono que distingue su esmerada educación. El general ocupa las habitaciones altas que miran al norte. He visitado su gabinete, lleno de la sencillez y método de un filósofo. Allí, en un ángulo de la habitación, descansaba impasible, colgada al muro la gloriosa espada que cambió un día la faz de la América occidental. Tuve el placer de tocarla y verla a mi gusto; es excesivamente curva, algo corta, el puño sin guarnición; en una palabra: de la forma denominada vulgarmente *moruna*. Está admirablemente conservada: sus grandes virolas son amarillas, labradas, y la vaina que la sostiene es de un cuero negro graneado semejante al del jabalí. La hoja es blanca enteramente, sin pavón ni ornamento alguno. A su lado estaban también las pistolas grandes, inglesas, con que nuestro guerrero hizo la campaña del Pacífico.

Vista la espada, se venía naturalmente el deseo de conocer el trofeo con ella conquistado. Tuve, pues, el gusto de examinar muy despacio el famoso estandarte de Pizarro que el Cabildo de Lima regaló al general San Martín, en remuneración de sus brillantes hechos. Abierto completamente sobre el piso del salón, lo vi en todas sus partes y dimensiones. Es como de nueve cuartas nuestras de largo; y su ancho como de siete cuartas. El fleco de seda y oro ha desaparecido casi totalmente. Se puede decir que del estandarte primitivo se conservan apenas algunos fragmentos adheridos con esmero a un fondo de seda amarillo. El pedazo más grande es el del centro, especie de chapón donde sin duda estaba el escudo de armas de España, y en que hoy no se ve sino un tejido azul confuso y sin idea ni pensamiento inteligibles. Sobre el fondo amarillo o caña del actual estandarte se ven diferentes letreros, hechos con tinta negra, en que se manifiestan las diferentes ocasiones en que ha sido sacado a las procesiones solemnes por los alféreces reales que allí mismo se mencionan.

¿Quién si no el general San Martín debía poseer este brillante gaje de una dominación que había abatido con su espada? Se puede decir con verdad que el general San Martín es el vencedor de Pizarro: ¿a quién, pues, mejor que al vencedor tocaba la bandera del vencido? La envolvió a su espada y se retiró a

la vida oscura, dejando a su gran colega de Colombia la gloria de concluir la obra que él había casi llevado hasta su fin...

No hay ejemplo (que nosotros sepamos) de que el general San Martín haya facilitado datos ni notas para servir a redacciones que hubieran podido serle muy honrosas; y difícilmente tendremos hombre público que haya sido solicitado más que él para darlas... Se me ha dicho que cuando la aparición de la Memoria sobre el general Arenales, publicada por su hijo, un hombre público de nuestro país escribió al general San Martín solicitando de él algunos datos y su consentimiento para refutar al coronel Arenales en algunos puntos en que no se apreciaba con la bastante latitud los hechos esclarecidos del Libertador de Lima. El general San Martín rehusó los datos y hasta el permiso de refutar a nadie en provecho de su celebridad.

El actual Rey de Francia, que es conocedor de la historia americana, habiendo hecho reminiscencia del general San Martín, en presencia de un agente público de América, con quien hablaba a la sazón, supo que se hallaba en París desde largo tiempo. Y como el Rey aceptase la oferta que le fué hecha inmediatamente de presentar ante S. M. al general americano, no tardó en ser solicitado con el fin referido; pero el modesto general, que nada tiene que hacer con los reyes, y que no gusta de hacer la corte, ni de que se la hagan a él, que no aspira ni ambiciona a distinciones humanas, pues que está en Europa, se puede decir, huyendo de los homenajes de catorce repúblicas, libres en gran parte por su espada, que si no tiene corona regia, la lleva de frondosos laureles, en nada menos pensó que en aceptar el honor de ser recibido por S. M. y no seré yo el que diga que hubiese hecho mal en esto.

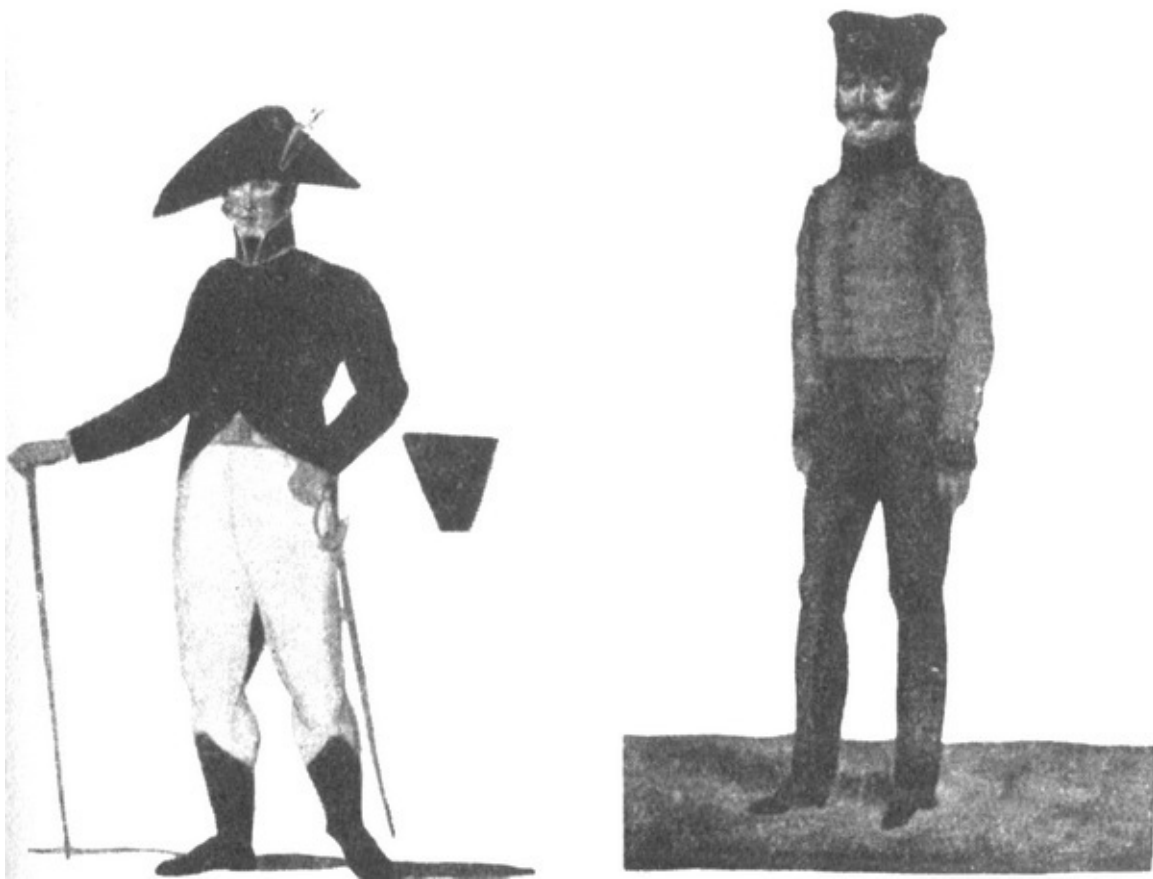
Antes que el señor marqués Aguado verificase en España el paseo que le acarreó su fin, hizo las más vehementes instancias a su amigo el general San Martín para que le acompañase al otro lado del Pirineo. El general se resistió, observándole que su calidad de general argentino le estorbaba entrar en un país con el cual el suyo había estado en guerra sin que hasta hoy tratado alguno de paz hubiese puesto fin al entredicho que había sucedido a las hostilidades: y que en calidad de simple ciudadano le era absolutamente imposible aparecer en España, por vivos que fuesen los deseos que tenía por acompañarle. El señor de Aguado, no considerando invencible este obstáculo, hizo la tentativa de hacer venir de la corte de Madrid el allanamiento de la dificultad. Pero fué en vano porque el gobierno español, al paso que manifestó absoluta deferencia por la entrada del general San Martín cómo hombre privado, se opuso a que lo verificase en su rango de general argentino. El Libertador de Chile y el Perú, que se dejaría tener por hombre

oscuro en todos los pueblos de la tierra, se guardó bien de presentarse ante sus viejos rivales, de otro modo que con su casaca de Maipo y Callao: se abstuvo, pues, de acompañar a su antiguo cama-rada. El señor de Aguado marchó sin su amigo y fué la última vez que le vió en la vida. Nombrado testamentario y tutor de los hijos del rico banquero de París, ha tenido que dejar hasta cierto punto las hábitos de la vida inactiva que eran tan funestas a su salud. La confianza de la administración de una de las más notables fortunas de Francia, hecha a nuestro ilustre soldado por un hombre que le conocía desde la juventud, hace tanto honor a las prendas de su carácter privado, como sus hechos de armas ilustran su vida pública. El general San Martín habla a menudo de la América en sus conversaciones íntimas, con el más animado placer: hombres, sucesos, escenas públicas y personales, todo lo recuerda con admirable exactitud. Dudo, sin embargo, que alguna vez se resuelva a cambiar los placeres estériles del suelo extranjero por los peligros e inquietos goces de su peligroso país. Por otra parte, ¿será posible que sus *adioses* de 1829, hayan de ser los últimos que deba dirigir a la América, el país de su cuna y de sus grandes hazañas?

J. B. ALBERDI.

(*Obras completas*).

JUAN BAUTISTA ALBERDI. — Nació en Tucumán, en 1810. Murió en Francia, en 1884. Estudió en Buenos Aires, donde se inició en la literatura, graduándose de abogado en Córdoba (1838). En 1839 emigró a Montevideo y combatió desde entonces la dictadura de Rosas. En Chile abrió estudio de abogado y trabajó como periodista, vinculándose a Mitre y a Sarmiento. Al conocer el triunfo de Caseros, escribió su notable libro conocido por las *Bases*, donde reveló su profunda cultura política y sociológica, contribuyendo con sus luces a la organización constitucional de la República. Representó a la Confederación Argentina ante los gobiernos de Inglaterra, España, Francia y la Santa Sede. Alberdi vivió la mayor parte de su vida en el extranjero, pero toda su obra política y literaria es profundamente nacionalista y animada de fervor patriótico. Mantuvo encendidas polémicas con Sarmiento (*Cartas Quillotanas*) y combatió a Mitre. Su nombre se vincula a la organización del país y a la historia general de su cultura, representando uno de los más altos valores del pensamiento patrio. Groussac le tenía por *el espíritu más ágil y sagaz de su generación, que es la gran generación argentina...* a todos aventajaba como pensador político... Las obras de Alberdi (*Obras completas* y *Obras póstumas*) comprenden veinticuatro volúmenes y fueron editadas bajo los auspicios del gobierno argentino. Sus restos fueron repatriados en 1889.



Guardia Nacional de Infantería, 1814 (izq.), Uniforme utilizado por la tropa de Policía, 1819 (der.) (*De originales existentes en el Archivo General de la Nación*).





General Jerónimo Espejo, guerrero de la Independencia.

## 2 LAS GUERRAS CIVILES

### ARTIGAS EN PURIFICACIÓN

1815

... ¿Qué creéis que vi? ¡Pues al Excelentísimo Protector de la mitad del Nuevo Mundo sentado en un cráneo de novillo, junto al fogón encendido en el piso del rancho, comiendo carne de un asador y bebiendo ginebra en guampa! Lo rodeaban una docena de oficiales mal vestidos, en posturas semejantes, y ocupados lo mismo que su jefe. Todos estaban fumando y charlando. El Protector dictaba a dos secretarios que ocupaban junto a una mesa de pino las dos únicas desvencijadas sillas con asiento de paja que había en la choza. Era una reproducción acabada de la cárcel de la Bajada, exceptuando que los actores no estaban encadenados, ni exactamente, sin chaquetas. Para completar la singular incongruencia del espectáculo, el piso de la única habitación de la choza (que era bastante grande) en que el general, su estado mayor y secretarios se congregaban, estaba sembrado con pomposos sobres de todas las provincias (algunas distantes 1500 millas de aquel centro de operaciones), dirigidos a «S. E, el Protector». A la puerta estaban los caballos humeantes de los correos que llegaban cada media hora y los frescos de los que partían con igual frecuencia. Soldados, ayudantes, escuchas, llegaban a galope de todas partes. Todos se dirigían a «Su Excelencia el Protector», y su Excelencia el Protector, sentado en su cráneo de toro, fumando, comiendo, bebiendo, dictando, hablando, despachaba sucesivamente los varios asuntos de que se le noticiaba, con tranquila o deliberada, pero imperturbable indiferencia, que me reveló muy prácticamente la exactitud del axioma, «espera un poco que estoy de prisa». Creo que si los asuntos del mundo hubieran estado a su cargo, no hubiera

procedido de otro modo. Parecía un hombre incapaz de atropellamiento, y era, bajo este único aspecto (permítaseme la alusión), semejante al jefe más grande de la época.

Además de la carta del capitán Percy, tenía otra de recomendación de un amigo particular de Artigas; y entregué primero ésta considerándola mejor modo de iniciar la parte de mi asunto que, por envolver una reclamación, naturalmente creía fuera menos agradable. Cuando leyó mi carta de presentación, su Excelencia se levantó del asiento y me recibió no solamente con cordialidad, sino, lo que me sorprendió más, con maneras relativamente caballerosas y realmente de buena crianza. Habló alegremente acerca de la Casa de Gobierno; y me rogó, como que mis muslos y piernas no estarían tan habituados como los suyos a la postura de cuclillas, me sentase en la orilla de un catre de guasquilla que se veía en un rincón del cuarto y pidió fuera arrastrado cerca del fogón. Sin más preludeo o disculpa, puso en mi mano su cuchillo y un asador con un trozo de carne muy bien asada. Me rogó que comiese y luego me hizo beber, e inmediatamente me ofreció un cigarro. Participé de la conversación; sin apercibirme me convertí en gaucho; y antes que yo hubiese estado cinco minutos en el cuarto, el general Artigas estaba de nuevo dictando a sus secretarios y despachando un mundo de asuntos, al mismo tiempo que se condolía conmigo por mi tratamiento en la Bajada, condenando a sus autores, y diciéndome que en el acto de recibir la justa reclamación del capitán Percy, había dado órdenes para que se me pudiese en libertad.

Hubo mucha conversación y escritura, y comida y bebida; pues así como no había cuartos separados para desempeñar estas variadas operaciones, tampoco parecía se les señalase tiempo especial. Los negocios del Protector duraban de la mañana a la noche, y lo mismo eran sus comidas; porque cuando un correo llegaba se despachaba otro; y cuando un oficial se levantaba del fogón en que se asaba la carne, otro lo reemplazaba.

Por la tarde su Excelencia me dijo que iba a recorrer a caballo el campamento e inspeccionar sus hombres, y me invitó a hacerle compañía. En un momento él y su estado mayor estuvieron montados. Todos los caballos que utilizaban estaban enfrenados y ensillados día y noche alrededor de la choza del Protector, lo mismo eran los caballos de las tropas respectivas en el sitio de su vivac; y con aviso de cinco minutos, toda la fuerza podía ponerse en movimiento, avanzando sobre el enemigo o retirándose con velocidad de doce millas por hora. Una marcha forzada de veinticinco leguas (sesenta y

cinco millas) en una noche, nada era para Artigas; y de ahí muchas de las sorpresas, los casi increíbles hechos que realizaba y las victorias que ganaba.

Heme ahora cabalgando a su derecha por el campamento. Como extraño y extranjero me dió precedencia sobre todos los oficiales que componían su séquito en número más o menos de veinte. No se suponga, sin embargo, cuando digo «séquito» que había ninguna afectación de superioridad por su parte o señales de subordinación diferencial en quienes le seguían. Reían, estallaban en recíprocas bromas, gritaban, y se mezclaban con un sentimiento de perfecta familiaridad. Todos se llamaban por su nombre de pila sin el capitán o don, excepto que todos, al dirigirse a Artigas, lo hacían con la evidentemente cariñosa y a la vez familiar expresión de «Mi general».

Tenía alrededor de 1500 secuaces andrajosos en su campamento, que actuaban en la doble capacidad de infantes y jinetes. Eran indios principalmente sacados de los decaídos establecimientos jesuíticos, admirables jinetes endurecidos en toda clase de privaciones y fatigas. Las lomas y fértiles llanuras de la Banda Oriental y Entre Ríos suministraban abundante pasto para sus caballos y numerosos ganados para alimentarse. Poco más necesitaban. Chaquetilla y un poncho ceñido en la cintura a modo de «kilt» escocés, mientras otro colgaba de sus hombros, completaban con el gorro de fajina y un par de botas de potro, grandes espuelas, sable, trabuco y cuchillo, el atavío artigüeño. Su campamento lo formaban filas de toldos de cuero y ranchos de barro; y éstos, con una media docena de casuchas de mejor aspecto, constituían lo que se llamaba Villa de la Purificación.

Pasadas algunas horas con el general Artigas, le entregué la carta del capitán Percy; y en términos tan medidos como eran necesarios para exponer claramente mi causa, inicié mi reclamo de compensación.

«Vea —dijo el general con gran candor e indiferencia—, cómo vivimos aquí; y es todo lo que podemos hacer en estos tiempos duros, manejarnos con carne, aguardiente y cigarros. Pagarle seis mil pesos, me sería tan imposible como pagarle sesenta o seiscientos mil. Mire —prosiguió; y, así diciendo, levantó la tapa de un viejo baúl militar y señalando una bolsa de lona en el fondo—. Ahí —añadió—, está todo mi efectivo, llega a 300 pesos; y de dónde vendrá el próximo ingreso, sé tanto como usted».

Es bueno conocer el momento de abandonar con buena gracia una reclamación infructuosa; y pronto me convencí que en la presente circunstancia la mía lo era. Haciendo de la necesidad virtud, le cedí, por tanto, voluntariamente, lo que ninguna compulsión me habría habilitado para recobrar; y apoyado así en mi generosidad, obtuve del Excelentísimo

Protector, como demostración de su gratitud y buena voluntad, algunos importantes privilegios mercantiles relativos al establecimiento que yo había formado en Corrientes. Me produjeron poco más que la pérdida sufrida. Con mutuas expresiones de consideración nos despedimos. El general insistió en darme uno o dos de sus guardias como escolta, extendiéndome pasaporte hasta la frontera paraguaya. Esto me valió todo lo que necesitaba: caballos, hospedajes, alojamiento, en todo el camino de Purificación a Corrientes...

J. P. Y G. P. ROBERTSON.<sup>[5]</sup>

*(La Argentina en la época de la Revolución).*

## PEDRO CAMPBELL

CORRIENTES. 1815

Hallándome sentado una tarde bajo la galería de mi casa, llegó hasta muy cerca de mi silla un hombre a caballo: era un tipo enjuto, huesudo, de torvo aspecto y vestía como los gauchos, llevando además dos pistolas de caballería y un sable de herrumbrosa vaina pendientes de un sucio cinturón de cuero crudo. Tenía la patilla y el bigote colorados, el pelo enmarañado del mismo color y formando greñas espesas debido al sudor y al polvo que lo cubría; el rostro quemado por el sol parecía casi negro y estaba cubierto de ampollas hasta los ojos; grandes trozos de piel abarquillada pendían de los labios resecos, a punto de caer. Llevaba un par de aros en las orejas y vestía gorra militar, poncho raído y chaqueta azul con vueltas rojas muy gastadas; ostentaba también un gran cuchillo con vaina de cuero, botas de potro y espuelas de hierro con rodajas de una pulgada y medio de diámetro. El caballo era un lindo animal cubierto de sudor, palpitábanle los flancos heridos por las espuelas y se le dilataba la nariz mientras mordía un enorme freno y sacudía la cabeza echando espuma que salpicaba su propio cuerpo y el del jinete. Detrás de este Orlando Furioso seguía otro hombre que el primero llamaba «paje», pero era un paje como nunca lo había visto yo. Formaba el retrato fiel de su patrón, aparte de que uno tenía el pelo rojo y el otro negro y enredado como la crin de un bagual. El paje marchaba de manera que la cabeza de su caballo tocaba la cola del que iba delante.



San Francisco, Jujuy. (Hoy demolido).

Ambos personajes, después de arrojar las riendas por sobre las cabezas de sus cansadas cabalgaduras, desmontaron. Creí que se trataba de dos de los peores bandidos de la gente de Artigas, y suponiendo que vendrían seguidos por otros de la misma calaña, dije para mí: *Ave María, ora pro nobis*. No estaba yo acostumbrado a recibir tales visitas y me levanté pidiendo a los huéspedes que se senfran. Verdad es que me había tocado andar en lances parecidos con otros artigueños pero jamás con dos soldados de aspecto tan feroz como éstos que tenía por delante. Me dirigí al interior de la casa para ordenar que trajeran cerveza o aguardiente y algunas monedas de plata, pero cuál no sería mi sorpresa (y también diré mi satisfacción) cuando el que hacía de superior se sacó respetuosamente la gorra, hizo una cortesía bastante desmañada y me dijo en mal español y con acento que no era de gaucho criollo:

—No se aflija señor Robertson, estamos bien aquí.

El acento con que habló en español, el rostro mismo, el pelo rojo y los ojos grises y brillantes me revelaron en seguida que se trataba de un hijo de la

isla hermana (Irlanda), transformado en gaucho de aspecto más imponente que todos los nativos conocidos por mí.

Recobrado de mi sorpresa, pregunté al extraño huésped a quién tenía el honor de hablar.

—¡Por Dios!... —exclamó—. ¿No conoce a Pedro Campbell?... *Canbél* —agregó, acentuando mucho la última sílaba— Pedro Canbél (pronunciaba *Peitro*) como me dicen los gauchos. ¿Así es que nunca me oyó nombrar por ahí? Entonces... (no repetiré el juramento con que acentuó esta frase) usted es el único caballero que no me conoce en la provincia...

—¡Oh! Míster Campbell —le contesté—; no solamente lo conocía de nombre, sino también por su fama, aunque ésta es la primera vez que tengo el honor de saludarlo.

—El honor es mío, señor —dijo don Pedro—, y si me permite voy a presentarle a mi amigo don Eduardo (éste era el «paje»). Don Eduardo va a llevar los caballos al corral y yo voy a ocuparme de un negocito con usted—. Don Eduardo, el asistente de don Pedro, fue presentado como un compatriota de Tipperary y como su segundo en jerarquía entre los gauchos. Dijo también que era gran allegado de don Pepe.

—Perdone —le dije—, y ¿quién es don Pepe?...

—¿Pepe?... ¡Cómo!... Pero, José Artigas... —contestó—. Somos uña y carne... amigos de ley como dicen en Purificación. Y, a propósito... ¿No estuvo usted por allí hace un mes?... ¿Y no me he venido yo cortando campo para verlo y para preguntarle —si es que puedo— ¿qué anda por hacer después que lo desterraron del Paraguay?... Es un condenado el Francia ese, ¿y quién si no yo le dije a Pepe que era una vergüenza haberlo tratado su gente en la Bajada lo mismo que lo trataron en el Paraguay?... ¿Y no los hubiera yo castigado a los cobardes esos y lo hubiera puesto a usted en su bote de este lado de Goya?... Si no que mi gente llegó con un día de atraso al pueblo y no pudimos tomar el bote para llegar a su barco La Inglesita. La verdad es que se perdió la ocasión. Pero si alguna vez lo pesco a ese ladrón de sargento que le robó sus cosas, se ha de arrepentir y usted pierda cuidado que nunca más han de asaltar a un compatriota mío. Esto mismo fué lo que le dije a don Pepe la última vez que hablé con él. Él dice siempre *Dios lo ayude* y que por que no ha de hacer uno lo que quiere en el campo. Pero, sin embargo, yo creo que Pepe es un caballero honrado y se ve obligado a arrear animales por ahí... ¿a quién le hace daño si todo es por el bien del país?

A esta altura de la arenga de don Pedro liego el gobernador Méndez acompañado por un ayudante y escoltado por dos milicianos de su guardia.

Venía, como de costumbre, a beber algunas botellas de cerveza. El deleite con que empujaba un vaso tras otro, se traducía por un chasquido que hacía con los labios, exclamando después: «¡Qué bueno!»... Con lo que demostraba que a las puras aguas del Paraná prefería las barrosas del Támesis, siempre que tuvieran malta y lúpulo...

Tan pronto como S. E. el gobernador advirtió a mi huésped, se apeó del caballo y corrió hacia él para darle un abrazo de cordialidad y respeto. Don Pedro devolvió el saludo con unas palmadas tan fuertes en la espalda que sacudieron toda la humanidad del gobernador. El gaucho irlandés asumió entonces un tono de protección y un aire de importancia muy contrario a la deferencia con que me había tratado hasta ese momento. Sentóse en una silla y golpeando con la mano el asiento que estaba próximo invitó a sentarse al gobernador, con el tono más familiar:

—Siéntese, compadre —le dijo—, y vamos a beber por la prosperidad y larga vida de don Pepe y por su tocayo mi gauchito, el ahijado.

Don Pedro recordó entonces al gobernador que debía decir: *Hip, Hip, Hurra...* y cómo debía repetirlo tres veces, a la inglesa. Es de observar que, si bien he dado el coloquio de don Pedro, en idioma inglés, muchas palabras las decía en español, cuando no podía, después de varios intentos, encontrar la palabra inglesa equivalente.

Pidiéndome disculpas por la libertad que se tomaba, Mr. Campbell me declaro que terminaríamos de hablar al día siguiente y difirió hasta entonces la apertura del negocio. Sin otra ceremonia, me hizo una desgarbada cortesía, llamó a su ayudante don Eduardo, le dió un vaso de cerveza, estrechó cordialmente la mano del gobernador con otra palmada en la espalda y de un salto se puso a caballo con todo su aparejo, alejándose entre los saludos amistosos de los correntinos —ya fueran de cierta categoría o de humilde condición— que le veían pasar.

—¡Hombre guapo!... —dijo el gobernador con aire de profundo respeto, levantando los ojos y meneó la cabeza pareciendo insinuar que en la bravura de don Pedro, algo había de equívoco.

J. P. y G. P. ROBERTSON.

(*Cartas de Sud América*. Emecé Editores. Tres volúmenes. Primera Serie, pág. 78. Buenos Aires, 1950).



## MONTERROSO

Monterroso era pariente de Artigas, se incorporó a él, me parece, por el año 14; venía de Córdoba, era fraile y había tirado los hábitos, no había para él mayor ultraje que llamarle *Reverendo*. ¡Cuántos chascos se llevaron algunas personas que le dieron ese tratamiento en mi presencia! Era un hombre de talento, demasiado filósofo y el más elocuente que he conocido. ¡Oh, hablaba mucho mejor que escribía, según mi humilde opinión! Después que él llegó, pudo Artigas separarse de Barreiro, que mandó como su delegado a Montevideo. Monterroso tenía mucha influencia sobre Artigas, mas sus ideas pueden traducirse por este razonamiento:

Estábamos en el Queguay y él venía algunas tardes a mi rancho para tomar mate y *patriar* (como decía); nos acompañaba don Segundo Aguilar, oriental, y don Juan Pablo Bulnes, que eran capitanes de mi regimiento *Blandengues*, del cual yo era ayudante mayor, y una tarde nos decía: «Desengañense ustedes, en esta época se encuentra más virtud en la ignorancia que en la ilustración; echen ustedes una ojeada a los pueblos de Misiones, y verán que, aunque son los más ignorantes, son los que tienen verdadero amor al sistema; que han ido a Corrientes, a Entre Ríos e irán dondequiera que los llame la necesidad de salvar la patria; pero los entrerrianos, que se consideran más ilustrados con pretexto de cuatro montaraces, no nos quieren ayudar y don Frutos, que se ha metido a político, se nos quiere levantar con el santo y la limosna; por esta razón, es mi opinión, la fuerza debe confiarse a un hombre ignorante, porque es el que obedece ciegamente las disposiciones del jefe».

Éstas, más o menos, fueron sus palabras. Nosotros, los tres que le oíamos, aunque no éramos ilustrados, teníamos razón propia, y quedamos haciendo comentarios sobre semejante discurso. Las *patriadas* de Monterroso, eran de ocho, diez y doce horas, en las que reía, lloraba, pero siempre ameno, no dejaba de interesar y no nos cansaban sus visitas, tenía un memorión asombroso, había estado en el Perú cuando subió Castelli, sabía los más mínimos acontecimientos de aquella época, había sido rector de filosofía en Córdoba, fué maestro de nuestro actual vicario apostólico don José Benito Lamas. Nadie mejor que él debía de tener documentos autógrafos para la historia de aquella época, y sus deudos quizá los conserven. Cuando cayó prisionero, Ramírez lo humilló hasta lo sumo, haciéndole subir a la cofa del bergantín Belén y predicar contra Artigas, después Je hizo su secretario, y éste adquirió sobre Ramírez tal influencia, que cuando estaba decidido a

emprender sobre el Paraguay, desde Corrientes, Monterroso le condujo a llevar la guerra a Buenos Aires, para después, con dobles recursos, invadir al Paraguay. Yo presencié sobre este particular, en Goya (adonde había ido en comisión) una conversación entre Ramírez y Monterroso. Se decidió Ramírez por la opinión de su secretario; quizá hubiera sido más feliz si sigue sus inspiraciones; vino al Paraná y sacando sólo 800 hombres de su ejército, se lanzó en Punta Gorda para batirse con La Madrid en las Barrancas. En esta campaña fué desgraciado y murió de un balazo en la campaña de Córdoba. Ramírez proyectaba invadir al Paraguay con 3000 hombres aguerridos y, protegido por una escuadra muy regular que tenía, habría destruido a Francia, indudablemente, y el Paraguay sería hoy una provincia de la República Argentina, pero como he dicho antes, cediendo a las instigaciones de Monterroso, se decidió a pasar al occidente del Paraná para reponer a Sarratea, haciéndose preceder por una proclama impresa que empezaba diciendo: *El gran pueblo duerme, marchó por tercera vez a recordarle*. Ella sirvió sólo para que sus enemigos se pusieran en guardia, y se organizaran tres ejércitos para resistirle; sin embargo, nada le arredraba al caudillo más arrojado e intrépido de estos países, y pasó para que se cumpliera su destino. Monterroso le acompañaba; se internó disfrazado a las provincias, después de la muerte de Ramírez, y regresó después a su país, en donde murió de muerte natural.

RAMÓN DE CÁCERES.

(Museo Mitre. *Contribución documental para la Historia del Río de la Plata*. Tomo V.).

RAMÓN DE CÁCERES. — Actuó con Artigas y combatió contra la invasión portuguesa a la Banda Oriental (1816-1820). Años más tarde proporcionó al historiador Mitre muchos informes y pormenores sobre las campañas en que había intervenido. Tal el retrato de Monterroso y los recuerdos anecdóticos de Artigas que se publican.

## ARTIGAS Y BARREIRO

1815

*Junio 12 [1815]. Paysandú...* Nuestro alojamiento fué en la habitación del general Artigas. Ésta se componía de dos piezas de azotea, una de cuatro varas y la otra de seis, con otro rancho contiguo que servía de cocina. Los

muebles se reducían a una petaca de cuero, y unos catres de lo mismo, sin colchones, que servían de cama y sofás al mismo tiempo. En cada una de las piezas había una mesa para escribir y otra para comer; me parece que había también un banco y unas tres sillas muy pobres. Todo daba indicio de un verdadero espartanismo. El general estaba ausente y había ido a comer a bordo de un falucho en que se hallaban los diputados de Buenos Aires. Este buque, con una goleta, habían saludado el día antes al general con el mismo motivo. Fuimos recibidos por don Miguel Manuel Barreiro, joven de 29 años, pariente y secretario del general y que ha participado de todos sus trabajos y privaciones; es menudo y débil de complexión, tiene talento extraordinario, es afuente en su conversación y su semblante es cogitabundo, carácter que no desmienten sus escritos en las largas contestaciones, principalmente con el gobierno de Buenos Aires, como es ya bien notorio.

A las cuatro de la tarde, llegó el general don José Artigas acompañado de un ayudante y de una pequeña escolta. Nos recibió sin la menor etiqueta. En nada parecía un general. Su traje era de paisano y muy sencillo: pantalón y chaqueta azul, sin vivos ni vueltas, zapatos y medias blancos y un capote de bayetón eran todas sus galas y aun todo esto pobre y viejo. Es hombre de una estatura regular y robusta, de color bastante blanco, de muy buenas facciones, con la nariz aguileña, pelo negro y con pocas canas; aparenta tener unos cuarenta y ocho años, su conversación tiene atractivo, habla quedo y pausado; no es fácil sorprenderlo con largos razonamientos, pues reduce la dificultad a pocas palabras, y, lleno de mucha experiencia, tiene una previsión y un tino extraordinarios. Conoce mucho el corazón humano, principalmente el de nuestros paisanos, y así, no hay quien le iguale en el arte de manejarlos. Todos lo rodean y todos lo siguen con amor, no obstante que viven desnudos y llenos de miseria a su lado, no por falta de recursos, sino por no oprimir los pueblos con contribuciones, prefiriendo dejar el mando al ver que no se cumplían sus disposiciones en esta parte y que ha sido uno de los principales motivos de nuestra misión.

Nuestras sesiones duraron hasta la hora de la cena. Ésta fué correspondiente al tono y trato de nuestro general; un poco de asado de vaca, caldo, un guiso de carne, pan ordinario y vino servido en una taza por falta de vasos de vidrio: cuatro cucharas de hierro estañadas, sin tenedor ni cuchillos, sino los que cada uno traía, dos o tres platos de loza, una fuente de peltre cuyos bordes estaban despegados; por asientos tres sillas y la petaca, quedando los demás en pie. Véase aquí en lo que consistía el servicio de nuestras mesas cubiertas de unos manteles de algodón de Misiones, pero sin

servilletas, y aun, según supe, mucho de esto era prestado. Acabada la cena, fuimos a dormir, y me cede el general no sólo su catre de cuero, sino también su cuarto y se retira a un rancho; no oyó mis excusas, desatendió resistencia y no hubo forma de hacerlo ceder en este punto. Yo, como no estaba aún bien acostumbrado al espartanismo, no obstante el que ya habíamos ensayado un poco en el viaje, hice tender mi colchón y descansamos bastante bien.

*Junio 13. Paysandú.* Muy temprano, así que vino el día, tuvimos en casa al general que nos pilló en cama; nos levantamos inmediatamente, dije misa y se trató del desayuno, pero éste no fué ni de té ni de café, ni de leche ni huevos, porque no los había, ni menos el servicio correspondiente; tampoco se sirvió mate, sino un *gloriado* que es una especie de *punch* muy caliente con dos huevos batidos, que con mucho trabajo encontraron. Se hizo en un gran jarro y por medio de una bombilla iba pasando de mano en mano. Después de la comida bajamos al río todos juntos. En el puerto había unos ranchos que servían de cuerpo de guardia y en ellos estaban los jefes de los cuerpos de Buenos Aires que sostenían a Alvear, y después de su caída fueron remitidos con una barra de grillos a la disposición de nuestro general, quien los tenía en custodia con ánimo de volverlos, como después se ha verificado. Conducta que ha sido, con justicia, sumamente aplaudida por los buenos americanos y que ha acabado de desengañarlos que nuestro héroe no es una fiera, ni un facineroso como lo habían pintado con negros colores sus émulos o envidiosos de su gloria.

DÁMASO LARRAÑAGA.

(Extracto del *Diario de Viaje de... de Montevideo a Paysandú*. Museo Mitre. *Contribución documental para la Historia del Río de la Plata*. Buenos Aires, 1913).

DÁMASO ANTONIO LARRAÑAGA.— Sacerdote y naturalista uruguayo. Nació en Montevideo, en 1771; murió en la misma ciudad, en 1848. Estudió en Montevideo, Córdoba y Río de Janeiro. Conocidas sus ideas revolucionarias, fué expulsado de su ciudad natal por el Virrey Elío, en 1811. En la época del apogeo artiguista (1815) fué nombrado Director de la Biblioteca Pública de Montevideo. Dedicado a estudios de historia natural, descubrió y clasificó muchas plantas indígenas, y escribió diversos trabajos sobre la materia. Mantuvo correspondencia con algunos sabios europeos, como Bonpland, Saint-Hilaire y Freycinet. Dejó diversas obras inéditas: *Historia Natural*, *Viajes*, *Descripción física, estado y hábitos de los indígenas llamados Minuanes*, *El idioma y la nación Chana*, *Escritos históricos, políticos y literarios*, etc.

FRUCTUOSO RIVERA EN 1815

*Junio 10. Mercedes.* Bajamos al puerto, donde ya nos esperaban tres canoas. Prontos ya para marchar, observamos que bajaba al pueblo, entre columnas, la división que forma la derecha de la vanguardia del ejército oriental, al mando de don Fructuoso Rivera, y que éste, dirigiéndose al puerto en una canoa pequeña y puesto de pie dentro de ella, en compañía de un oficial, venía hacia nosotros. Yo deseaba mucho conocer a este joven, por su valor y buen comportamiento. Él fué quien derrotó en los Guayabos las fuerzas de Buenos Aires mandadas por Dorrego. Me pareció de unos veintinueve años, de buen personal, carirredondo, de ojos grandes y modesto, muy atento y que se expresaba con finura. Su traje era sencillo, de bota a la inglesa, pantalón y chaquetilla de paño fino azul, sombrero redondo, sin más distintivo que el sable y faja de malla de seda color carmín. Este mismo traje vestía su ayudante. En todo guardan una perfecta semejanza estos oficiales y sólo se distinguen por la grandeza de sus acciones y por las que solamente se hacen respetar de sus subalternos. Detestan todo lujo y todo cuanto pueda afeminarlos. Esta entrevista nos detuvo más de una hora.

DÁMASO LARRAÑAGA.

## UN EPISODIO DE LAS CAMPAÑAS DE ARTIGAS

Marchaba el general Artigas con una división de ochocientos hombres, con el fin de sorprender una fuerza de los portugueses, acampada a inmediaciones de Santa Ana, y acampamos al anochecer sobre la costa del Mataojo, en un lugar que llaman *La Herrería*. Empezó a llover y le hicieron a Artigas un ranchito de arcos, lo bastante para cubrirlo con un cuero o un ijar. Artigas acostumbraba tener siempre cuatro o seis perros cuscos que dormían con él y que se guarecieron debajo de su poncho cuando empezó la lluvia. Ya estaba Artigas durmiendo boca arriba, cuando sintió que le olfateaban los pies; creyó que fuese algún zorro y por dos o tres veces lo espantó, haciendo un movimiento con el pie; mas al poco rato sintió un peso enorme sobre su cuerpo y un fuerte olfateo sobre sus costados. Entonces descubre la cabeza y ve que era un tigre el que tenía encima. Hace un esfuerzo, se incorpora y echa al tigre con rancho y todo patas arriba. Al grito de Artigas se levantan todos los que estaban a su alrededor y el tigre se fue al monte llevándose como

trofeo de su empresa uno de los cuscos de Artigas. ¡Qué chasco, si se le hubiese antojado llevarse al jefe de los orientales y protector de los pueblos libres! Pero esa fiera prefiere la raza canina y esto mismo decía Artigas, cuando recordamos este suceso en el Paraguay, poco antes de morir y en presencia del general Paz.

Esa misma noche hicimos un descubrimiento raro (en la extensión de la palabra). Como a la media hora del anterior acontecimiento y después que le volvieron a armar su rancho al general Artigas, éste llamó a su asistente a quien llamaba *Tío Lencinas* y le pidió un fueguito para encender un cigarro. Tío Lencinas le contestó que iba a buscar los avíos y Artigas le dijo que no había necesidad porque había fuego en el fogón. Tío Lencinas le replicó que no podía ser porque había llovido lo bastante para apagar el fuego. Artigas insistía en que había fuego y, efectivamente, Tío Lencinas alcanzó un tizón que tenía una luz de un color como la lucerna, pero en la cual no pudo encender Artigas su cigarro. Nos llamó la atención aquel descubrimiento y trajimos el palo al cuartel general en el Queguay Chico. El comandante general don Andrés Latorre lo conservaba en una tinaja con agua, porque sólo húmedo presentaba la luz en la oscuridad a cualquier hora, y finalmente se lo regaló a un señor norteamericano que estuvo a visitar al general Artigas.

Nos han dicho que en la sierra del Infiernillo existe la planta a que los indios llaman «árbol de la luz». Lo que yo puedo decir es que el palo de que hice referencia y que tuve muchas veces en las manos, era semejante a un gajo de ombú muy seco, tenía esa misma hojarasca o porosidad y era sumamente parecido al ombú.

Vaya de variedades: Campó el ejército un día en la confluencia de los arroyos Valentín y Cañas en el departamento del Salto, y a mi regimiento, que era el de Blandengues, le tocó asentar sobre una estinga de un cerro que está encima del arroyo de las Cañas y minado de abejas, pues no se movía una piedra sin que se encontrase abajo una colmena y no había un rancho en el campamento en que no hubiese colgada una gran bola de cera destilando miel. Artigas mismo se sorprendió con este hallazgo, pues decía que no había oído decir jamás que hubiese esos bichos tan industriosos y benéficos en el Estado Oriental.

Yo iría hoy mismo con los ojos vendados al lugar que indico; es probable que no haya desaparecido la cría y quizás se ha reproducido sin que sepa el dueño de esos terrenos la riqueza que contiene en su seno.

RAMÓN DE CÁCERES.

## ENCUENTRO DE JOSÉ MIGUEL CARRERA CON LOS CACIQUES INDIOS

1820

Continuamos así la marcha, durante tres días, por la pampa, sin contar con otro alimento que huevos de avestruz y de otras aves silvestres, en su mayoría podridos. Sin embargo, los soldados elegían los mejores para nosotros. Ya desesperábamos de encontrar a los indios en aquellas pampas donde habían prometido esperar nuestras órdenes. Los mismos guías empezaron a impacientarse. Por la noche, los adivinos y hechiceros que llevaban, dieron comienzo a sus ceremonias. Deliberaron durante cuatro horas, hasta que, según ellos, les fué revelado que al día siguiente, a eso de las doce, encontraríamos a los indios que buscábamos. Serían las diez de la mañana del día siguiente, cuando, cumpliéndose los agüeros de los adivinos, avistamos la vanguardia de los indios. Avanzó una partida para reconocernos y nosotros los imitamos, destacando algunos de los indios que nos acompañaban. Pronto se reconocieron ambas partidas como amigas y retornaron a sus respectivas divisiones. No tardó mucho en aparecer sobre el horizonte el grueso de la indiada y avanzaron hacia nosotros desplegados en línea.

Despacharon una diputación con intérprete al encuentro del general. Querían rendirle homenaje y solicitarle que las ceremonias de la recepción se celebraran según las prácticas indígenas y no como es costumbre entre los ejércitos cristianos. Asintió el general y uno de los enviados se marchó para comunicarlo a los indios y advertirles que podían avanzar. Entretanto, el resto de la diputación permaneció con nosotros para dirigir las maniobras. Formaron nuestros hombres en una sola línea con los oficiales al frente, a igual distancia uno de otro. En el ala izquierda figuraban unos sesenta indios, haciendo parte de la formación.

Nuestros aliados alcanzarían a novecientos, sin incluir los que nos acompañaban desde Rosario. Estaban formados también en línea, por escuadrones, a intervalos de tres yardas entre uno y otro escuadrón, cada jefe al frente de su tropa y los caciques delante, guardando sus respectivas distancias. Los indios iban desnudos, si exceptuamos la cintura, donde llevaban una pieza triangular de cuero de oveja, curtido, guarnecido con flecos de plata. Llevaban el pelo largo y arreglado de manera uniforme: caído sobre la frente y las orejas, recogido luego hacia arriba en todo el contorno de la cabeza y atados sus extremos con un cintillo que ellos usan para ese objeto.

Manténían empuñadas perpendicularmente sus lanzas, largas de catorce pies; los caballos eran excelentes y cubiertos de fantásticos, arreos; la línea que formaban, tan correcta como yo no la había visto hasta entonces.

Una vez todo listo, empezó la ceremonia: avanzaron ambas líneas al trote y al encontrarse próximas se lanzaron al galope una contra otra como en una carga. Los indios colocaron sus lanzas en posición de ataque y a medida que avanzaban prorrumpieron en tan espantosa gritería, que nos hicieron dudar — dado que no conocíamos bien a estos nuevos aliados—, si aquello era solamente un simulacro de carga. Empero, cuando llegaron a unas cincuenta yardas de nosotros, hicieron repentinamente alto, sin que la formación se rompiera en lo más mínimo ni se produjera confusión alguna en aquel impetuoso avance.

Entonces les rodeamos y continuamos galopándoles alrededor —según nuestras instrucciones—, hasta completar tres vueltas mientras disparábamos las armas al aire, cosa que les agradó mucho. Hicimos alto y ellos, a su vez, nos retribuyeron el homenaje dando también tres vueltas al galope en torno de nosotros.



NUMERO 5.º

DEL

DESENGAÑADOR

## GAUCHI-POLITICO

*Federi-montonero, Chacuaco-oriental, Choti-protector, y Puti-republicador de todos los hombres de bien, que viven y mueren descuidados en el siglo diecinueve de nuestra era cristiana.*



El Teofilantrópico se está vatiendo con un jóven perrulero, y es para alabar á Dios lo mucho que trabaja en vano; forceja el hombre en un fango inmenso, y cuando parece que va á pisar en suelo duro entonces es cuando

Periódico redactado por el P. Francisco Castañeda (1820).

Cumplidos los honores, se detuvieron frente a nuestra línea. El cacique principal con los caciques subalternos y capitanejos avanzaron hasta un punto donde se les reunió Carrera con sus oficiales. Después de una larga pero ininteligible plática, nos tendieron sus manos, que estrechamos en testimonio de nuestra alianza y mutua defensa.

Acampamos y fuimos invitados al real de los caciques, donde nos regalaron opíparamente con succulentos asados de potro. Los indios se mostraron muy generosos con nuestros soldados, proporcionándoles todo lo que podían. Nos obsequiaron con caballos, ponchos y atavíos diversos como prueba de la sinceridad de sus protestas. Demostraron, en fin, la mayor solicitud por complacernos y hacernos sentir que nos encontrábamos entre amigos.

Satisfecho nuestro apetito, los caciques entraron en consejo y pidieron la presencia del general Carrera. El asunto a tratar era si se debía o no atacar la

ciudad del Salto, situada en la frontera de Buenos Aires, a tres jornadas del lugar que ocupábamos.

WILLIAM YATES.  
(Trad. de J. L. B.)

*(A brief relation of facts and circumstances connected with the family of the Carrera in Chile; with some account of the last expedition of Brigadier General José Miguel Carrera, his death, etc. Londres, 1824).*

WILLIAM YATES. — Aventurero irlandés que tomó parte en las guerras civiles del litoral argentino (1820-1821) a las órdenes de José Miguel Carrera, con el grado de teniente. Asistió a las batallas de Cepeda, Cañada de la Cruz, San Nicolás, Pavón y Gamonal. En 1821 acompañó a Carrera cuando se refugió entre los indios pampas del sur de Buenos Aires; ese mismo año intervino en los ataques de las tropas carrerinas a Córdoba y San Luis, hasta que fueron derrotadas en Mendoza (septiembre) por Albín Gutiérrez. Después del fusilamiento de Carrera, Yates, con otros oficiales, fué remitido preso al Perú y de allí pasó al Brasil, donde tomó servicio en el ejército del Emperador Pedro I (1822). Se cree que fué en el viaje al Brasil cuando escribió una Memoria de sus campañas y de los hechos más notables de José Miguel Carrera. Esta Memoria, o relato, figura en el *Apéndice del Diario* escrito por la inglesa Mary Graham, publicado en Londres en 1824. El *Diario* de Mary Graham ha sido traducido al español, no así el Apéndice con el relato completo de Yates.

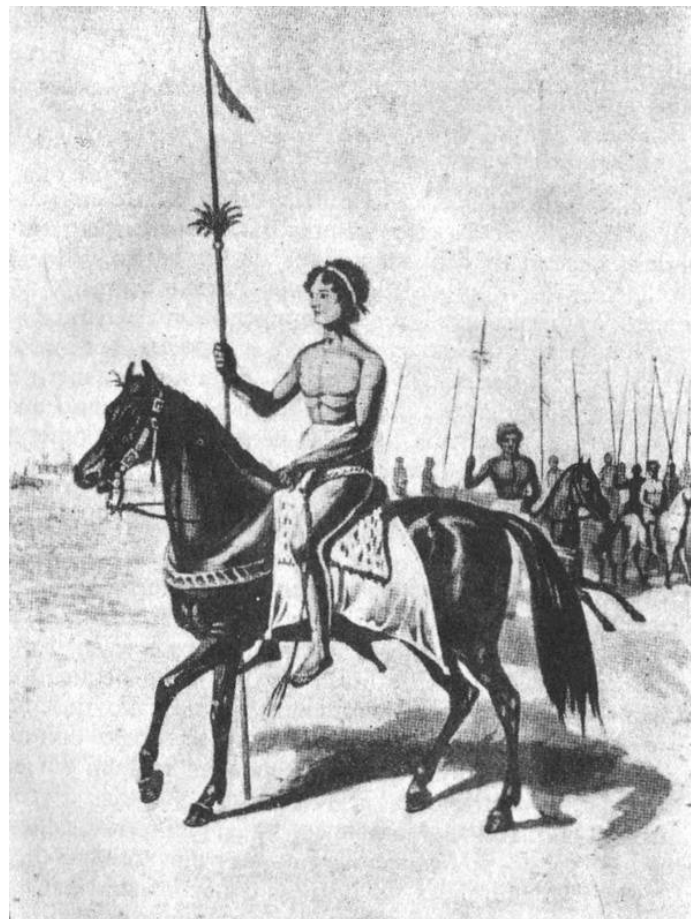
## MARCHA DE CARRERA DESDE LOS TOLDOS A LA FRONTERA DE CÓRDOBA

1821

Al fin se señaló el día de nuestra marcha, despachándose emisarios a los caciques circundantes para informarles que, por imperiosa necesidad, debíamos partir de inmediato. Les agradeció Carrera la hospitalidad que nos habían brindado y les comunicó asimismo que, por el momento, no necesitaba de sus auxilios, pero que los aceptaría en la primera ocasión y en cuanto las circunstancias lo exigieran. Eso no obstante, hizo presente que admitiría un capitán de cada tribu, como acompañante, porque necesitaba de guías para el caso de tener que emprender nueva retirada hacia los toldos. De esta manera no rechazaba por completo la ayuda que se le ofrecía. Fue así cómo nos acompañaron cuarenta capitanes indios que formaron la escolta del general.

Después de algunos días de marcha, nos encontramos perdidos en un desierto donde los mismos indios se sintieron desorientados. Entonces el general resolvió guiarnos él en persona valiéndose de una brújula de bolsillo y

un mapa pequeño que llevaba consigo. Nos vimos reducidos a un estado miserable. Las provisiones se habían agotado en un territorio donde el agua es en extremo escasa y no se encuentra bicho viviente sino son víboras y otras alimañas venenosas. A pesar de todo, continuamos la marcha. Matamos, para alimentarnos, algunos caballos que ya no podían caminar, y dos días después llegábamos a un lago de aguas tan saladas como las del mar. Ni los hombres ni los caballos estaban en condiciones de continuar caminando, tanto habían sufrido con el calor y la falta de agua. Entonces el general ordenó que cada escuadrón se dividiera en grupos de cinco hombres y que cada grupo se dedicara a cavar un pozo a bastante distancia del lago. Se emprendió la tarea con empeño y cuando se hubo llegado a una profundidad de cinco pies, el agua empezó a brotar: era salobre y nauseabunda, pero asimismo, resultaba un regalo; bebimos tanta que nos enfermamos y pasamos una noche angustiosa.



Encuentro del cacique con las tropas de Carrera.

Del agua de los pozos bebieron también mil quinientos caballos y muchos murieron esa misma noche. En la mañana siguiente recogimos agua suficiente

en barriles para nuestro uso, dimos de beber otra vez a la caballada y reanudamos el camino, guiándonos siempre por la brújula.

Como no existen ríos en toda esa comarca, y los lagos —casi todos salados— están a enormes distancias uno de otro, no disminuyeron nuestras penurias, si bien a fuerza de sufrirlas nos íbamos connaturalizando con ellas y las sobrellevábamos mejor. Por fin, después de treinta y tres días llegamos a la frontera. Habíamos avanzado una legua más de lo que creíamos. Nos acercamos a una estancia del límite de Córdoba, donde encontramos ganado en abundancia y una chacra con muchas hortalizas. Esto no pudo ser más oportuno porque nos hubiera resultado imposible continuar dos días más nuestra marcha, después de las privaciones y fatigas soportadas.

WILLIAM YATES.  
(Trad. de J. L. B.)

## COMBATE DE LA CONCEPCIÓN DEL RÍO CUARTO

1821

Yo no sé cómo un hombre tan inteligente como el general Morón pudo cometer el error de marchar sobre el enemigo en semejante día. Esto sucedía en junio de 1821. Antes de romper la marcha el general se hizo mudar caballo. Algunos días antes había recibido tres magníficos caballos de Mendoza, eran dos tordillos y un rosillo; hasta entonces había montado el rosillo que era muy manso. Ese día pidió un tordillo, yo le dije que iba mal en ese caballo porque era demasiado brioso y herrado en las cuatro patas, lo cual era muy peligroso en aquellos campos de paja; me contestó que no, que iba bien en ése, que tomase [yo] el rosillo. No habíamos andado una legua cuando se presentó el enemigo formado en batalla. Nuestra línea se formó también, era superior a la de ellos. Marchamos de frente a su encuentro y a la distancia competente ambas cargaron, pero por uno de esos casos, imposible de explicar, ambas líneas hicieron alto a distancia de cincuenta pasos una de otra y quedaron clavadas en el campo como en un día de ejercicio, mirándose una a la otra. El general Morón comprendió que tendría la ventaja el que avanzara primero, rompió la línea y pasó adelante repite tiendo la voz de ¡a la carga!

Su tropa no se movió. Este movimiento del general fué tan rápido que no dió lugar a ninguno de sus ayudantes a seguirle. Su caballo, como he dicho, excesivamente brioso, no pudo sujetarlo hasta el medio de la distancia entre ambas líneas. Ahí cayó.

En ese momento yo cruzaba la línea y era quien seguía de más cerca al general. El mayor Ramallo me gritó algo de lo que no pude entender más que la palabra «reserva». Creí que me decía que dijera al general de hacer cargar a la reserva y le contesté: «Qué reserva ni reserva, no son momentos de reserva». Todo esto se lo decía vuelta la cara hacia él; cuando volví a mirar para adelante, el general ya había caído.

El caballo se sacudía como si hubiera costalado, que es lo más probable, porque no había tiroteado alguno, fueron muy raros los tiros que se oyeron en esa batalla. Cerré las espuelas a mi caballo y llegué hasta el general; estaba caído con la cara en tierra en la dirección del enemigo. Le tomé del cuello del capote que tenía puesto, diciéndole: «¿Qué es eso, general?».

Hizo un esfuerzo para levantarse y sin contestarme, volvió a caer. Yo hacía esfuerzos inauditos con una mano para levantarlo, pero era un hombre sumamente pesado y no podía conseguirlo. En esto cargaron nuevamente los montoneros, con una violencia tal, que no me dieron tiempo para volver mi caballo, ellos me lo hicieron dar vuelta y fui arrastrado a pesar mío. Un negro fué el primero que descargó su sable sobre el general; oí en seguida un tiro. El general Morón era muerto. Suceso único, tal vez, en la historia de las guerras, que sea el general en jefe el primero que muera en una batalla. Ni un solo hombre se movía de su línea a favorecerle. ¡Cobardes! Siempre que recuerdo este incidente, me lleno de indignación. Si su línea hubiera cumplido con su deber, si hubiera hecho lo que hicieron los montoneros, no se habrían perdido el general ni la batalla.

Yo había quedado envuelto, como he dicho, mezclado totalmente con ellos, seguí el movimiento un gran rato. Nuestra derecha sufrió el choque de la principal fuerza enemiga; la izquierda, por una conversión circular, envolvió al enemigo que, siendo menor en fuerza, quedó en un círculo de hierro. Entonces, empezó el choque más terrible de caballería que he visto en mi vida. Aquello fué un terrible entrevero, en que muy raro era el tiro que se oía. Se combatió a hierro frío, por lo menos durante tres cuartos de hora, dando vuelta en círculo sobre el mismo lugar, como se hace en las trillas; quedó el lugar completamente trillado por el pisoteo de los caballos y cubierto de muertos y heridos, cuyo número fué imposible de calcular, no se veían más que cabezas y caras ensangrentadas.

Mientras tanto yo no podía comprender la razón del porqué nadie me atacaba estando entre el grueso del enemigo, tocándonos piernas y brazos. Con el sable en la mano y la vista de un lado a otro, mirando a derecha e izquierda con la rapidez de un azogado, no ofendía a nadie, pero pronto siempre a defenderme y atacar, me devanaba los sesos sin poder comprender por qué no me mataban.

Después, cuando estuve entre ellos, descubrí el enigma que no era otro que el haberse reunido a Carrera, dos días antes, cuatro oficiales de Ramírez que tenían uniforme igual al mío; me tomaron, pues, por uno de ellos... Yo no podía apurar a mi caballo porque lo sentía malo, pero avanzaba siempre tratando de reunirme con los nuestros.

Uno de los primeros a quienes alcancé fué el teniente Aycardo que le tenían rodeado tres montoneros, atacándole a cual más y él en medio de los tres se defendía de todos a un tiempo, a derecha e izquierda, a vanguardia y retaguardia, a veces se le veía en el anca del caballo de manera que parecía un juego de equitación. Cuando me vió me gritó:

—¡Dame una pistola, que me «amuelan»! —usó otra palabra más enérgica.

Era aquél un cuadro digno de verse; apuré mi caballo hasta donde estaba mi amigo, le alcancé una de mis pistolas, de las que no había tenido tiempo de hacer uso y descargándolas sobre los enemigos, quedó libre de ellos después de haber herido a dos.

— ¡No nos separemos —me dijo— que... te... lo... dije, vengan... a pelear con mi... licias! —Ya no nos separamos ni un momento, ayudándonos mutuamente en los diferentes trances de aquel combate terrible que acabó con la desaparición total del enemigo.

Entonces se gritó ¡*Viva la patria!*!, pero unas palabras siniestras empezaron a circular entre los grupos. «El general ha muerto», se decían unos a otros.

La neblina continuaba como al principio, los hombres andaban en montones, ningún jefe se presentaba para organizar la fuerza como debían haberlo hecho desde el momento de concluir. De repente se oyó una voz que dijo: ¡Auxilio de Ramírez! Volvía al campo un grupo de hombres que había salido persiguiendo a éstos y los tomó por enemigos un cobarde cuyo nombre es muy conocido pero que no quiero consignarlo en esta memoria (ya no era la primera).

Bastó esta voz para que se pronunciara la derrota; los grupos empezaron a salir, primero al trote, luego al galope y al final en una completa fuga. Los

únicos oficiales de línea que allí nos juntamos estábamos seguros de haber triunfado y de que nadie nos perseguía; corrimos adelante tratando de contener el desbande, pero ya era imposible. Algunos jefes y oficiales eran los peores. Paramos para ver si alguien nos perseguía y adquirimos la certidumbre de que ni un solo enemigo nos seguía.

MANUEL A. PUEYRREDÓN.

(*Escritos Históricos*. Julio Suárez, Editor. Buenos Aires, 1929).

MANUEL A. PUEYRREDÓN.— (1802-1865). Guerrero de la independencia y cronista militar. Hizo la campaña de Chile con San Martín, combatió en Maipú y en otras acciones del sur del territorio chileno. En 1821, de vuelta a su patria, y a las órdenes del general Morón, atacó a las tropas de José Miguel Carrera, que habían provocado la guerra civil en el interior de las provincias argentinas. Hecho prisionero, siguió con Carrera hasta que éste fué derrotado y fusilado en Mendoza. Pueyrredón prestó después servicios en la frontera sur de Buenos Aires y escribió interesantes notas sobre los indios. Tomó parte en la campaña de Misiones (1828) durante la guerra del Brasil, y años después combatió contra la tiranía de Rosas. Los escritos del coronel Pueyrredón, publicados en distintas épocas en folletos y revistas, fueron reunidos en 1929 bajo el título de *Escritos Históricos*, con prólogo del doctor Ramón J. Cárcano.

## EL CAPITÁN PUEYRREDÓN PRISIONERO DE CARRERA

1821

Serían las cuatro de la tarde cuando llegué a la casa y a presencia del general Carrera. Estaba sentado ante una mesa de escribir; el cabo que me conducía entró primero, avisándole que traía prisionero a un oficial; el cabo salió y me hizo entrar; me encontré de pie delante del hombre que se nos pintaba con colores tan negros, de ese jefe de bandidos que llevaba una guerra de exterminio por doquier y de quien la credulidad popular hacía un monstruo, un antropófago, infundiendo su nombre temor y espanto a todos aquellos pueblos. Yo debía temerlo todo de ese hombre, porque era el enemigo jurado de mi familia.

Todos saben que Carrera fue el principal autor de la caída del partido de Pueyrredón, por sus ataques al Directorio y sus imputaciones calumniosas al Director Supremo.

Delante de tan terrible enemigo, me presenté tranquilo y sereno, como si fuera a comparecer ante un amigo. El diálogo siguiente se estableció entre ambos:

—¿Es usted el oficial prisionero? —me dijo.

—¡Sí, señor!

—¿Era usted oficial de Morón?

—¡Sí, señor, su primer ayudante de campo!

—No le pregunto por su grado, porque veo que usted es capitán, ¿su gracia de usted?

—¡Manuel Pueyrredón!

—¿Cómo? ¿Es usted el capitán Pueyrredón que estaba en el ejército de Morón?

—¡Sí, señor, el mismo!

—¿Había otro de su apellido allí?

—¡No, señor, ningún otro!

—¡Entonces está usted entre sus amigos! —Y diciendo esto se levantó y vino a darme la mano; él mismo me arrimó una silla cerca de él, convidándome a sentar.

—Usted tiene aquí deudores y deudora —agregó.

—¿Yo, señor? No lo sé.

—¿Cómo? ¿Tan pronto ha olvidado usted lo que hizo por Novoa, Kennedy y la niña, tomados en San Bernardo?

—No creo haber hecho sino lo que otro hubiera hecho en mi lugar —contesté.

—Y sin embargo —dijo—, solamente usted se atrevió a hacerlo.

Después de esto llamó y se presentó un ayudante inglés, de nombre Doolet; estaba vestido con un pantalón de galón de oro, chaqueta bordada de trencilla negra, chaleco bordado de oro, a lo húsar, gorra con ancho alón y hermosa borla en el plato, tenía además un pañuelo de seda de hierbas en la mano.

—¿Conoce usted esa ropa? —me dijo el general.

—Sí, señor, la conozco.

—¿Era equipaje del general Morón, no?

— ¡No, señor, la gorra solamente era del general!

—¿Y lo demás?

—¡Lo demás era mío!

Dió una risada suave y me dijo:



—Lo siento pero yo no puedo hacerlo devolver porque son despojos de la guerra, único sueldo que doy a quienes me acompañan.

—Yo nada reclamo, señor general —le contesté.



La Montonera. (Según Carlos Morel).

Dirigiéndose al ayudante, le ordenó que llamara al capitán Kennedy. Mientras llegaba el llamado, se puso a escribir y un momento después apareció Kennedy conducido de la mano por el oficial. El general dejó de escribir y se levantó; pude entonces medir la talla de este hombre extraordinario.

El general don José Miguel Carrera era un hombre de estatura más que regular, delgado de cuerpo, color blanco, de mirar tierno y penetrante, nariz grande, tenía la boca casi siempre entreabierta, al hablar mostraba sus blancos y bien conservados dientes, algo grandes; en su frente, espaciosa y elevada, se notaban a ambos lados dos prominencias pronunciadas y la cabeza desde allí se elevaba como un globo; un observador inteligente que hubiese conocido el sistema del doctor Gall, hubiera podido estudiar en aquella cabeza que revelaba tanta inteligencia. Y en efecto, ese hombre era una de las capacidades de América.

Poseía en grado superior el don de la palabra, el don de gentes y con una seducción irresistible, no se podía hablar cuatro minutos con el general Carrera sin ser su amigo; hasta su voz era notable, daba a sus palabras una entonación metálica que parecía una campana.

Con el tiempo, cuando más traté a este hombre más lo admiraba, llegué a tomarle fraternal afecto, sobre todo cuando fué desgraciado.

He dicho que se levantó para acercarse al hombre ciego.

—Capitán Kennedy —le dijo—, ¿desearía usted ver a algún amigo suyo?

—¿Que si yo desearía ver a un amigo mío ha dicho el general? ¡Oh, sí, señor, pero eso es imposible, yo ya no veré más a mis amigos, pero mis amigos pueden verme a mí!

Estas palabras dichas con voz quebrada y tierna, conmovieron al general, el cual dijo:

—¡Es cierto, he dicho mal, pobre ciego, pobre amigo mío! Pero bien, ¿desearía usted abrazar a un amigo suyo que le haya hecho un gran servicio hace poco tiempo?

—¡Oh sí, señor general —contestó Kennedy—; particularmente a mi amigo Pueyrredón!

—Pues abrace usted al capitán Pueyrredón —le dijo el general, empujándome hacia él. Kennedy abrió sus brazos y se arrojó en los míos, dando un grito de *¡mi amigo!* Lloraba como una criatura. Al general, muy conmovido, le vi llevar el pañuelo a los ojos. Esta escena enternecedora para los otros no lo fué para mí, que me mantuve tranquilo y serio durante toda ella. Kennedy tardó en hablar; cuando pudo hacerlo fué para decir:

— ¡Señor general, si algo he hecho, si algo valgo, todo lo interpongo, yo me hago responsable del señor, mi vida por la suya!

—Muy bien —contestó Carrera— me gusta verle a usted con esos sentimientos, pero el señor no necesita nada de eso, ¡ya le he dicho que está aquí entre amigos!

MANUEL A. PUEYRREDÓN.

## ÚLTIMOS MOMENTOS DEL GENERAL JOSÉ MIGUEL CARRERA

1821

El ejército que lo había vencido en el Médano, formado en la plaza, pidió a gritos su muerte. El 4 de septiembre un consejo de guerra lo sentenció a ella.

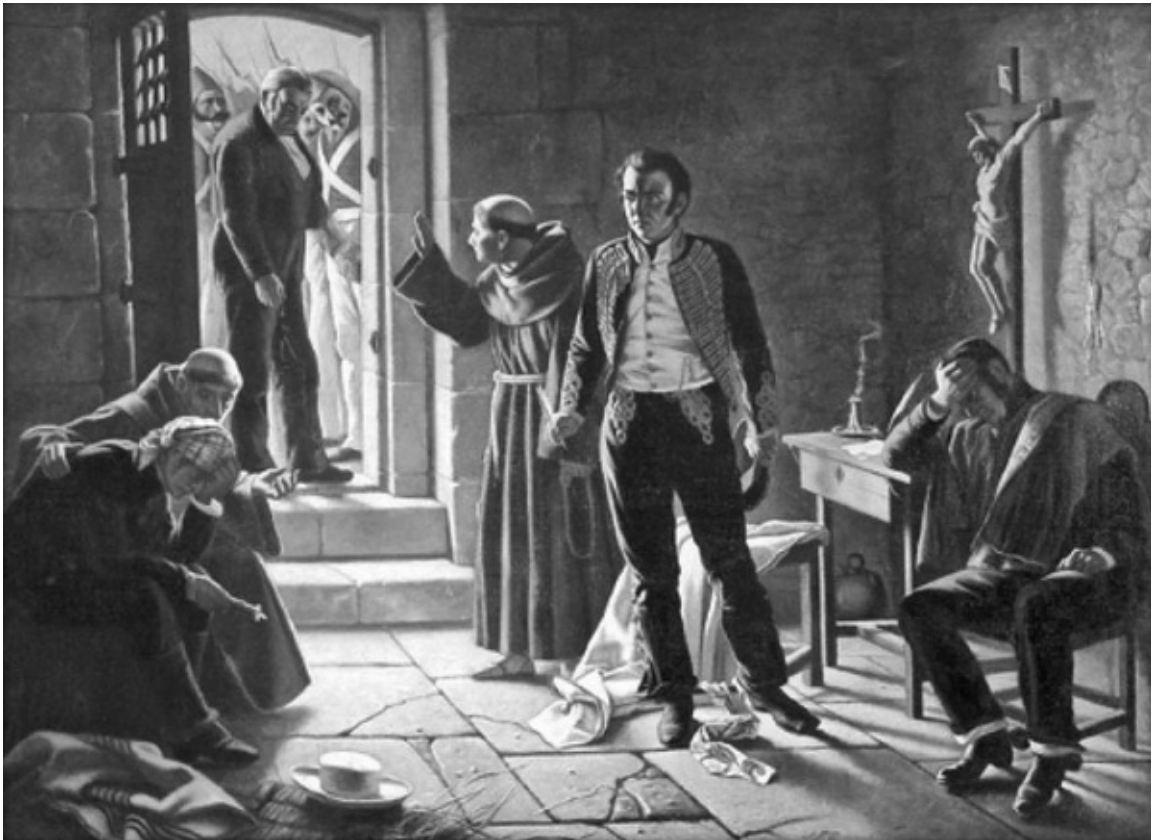
El 5 por la mañana se la notificaron, anunciándole que, en cuanto se confesase, sería pasado por las armas. Yo fui nombrado para auxiliarlo en su última hora.

Entré en el calabozo y lo hallé escribiendo. El oficial que mandaba la escolta era aquel célebre pardo Barcala, que llegó a coronel y que fué fusilado en el mismo lugar que Carrera en 1834. Según la orden que recibió, le quitó el tintero y el papel en que escribía, para que no perdiera momentos que eran muy preciosos. Carrera cedió con resignación y me suplicó que concluyera la carta. Era dirigida a don Francisco Martínez Matta [Nieto], y comenzaba poco más o menos así: «El 31 de agosto di una batalla en el Médano y fui completamente vencido. Entregado por algunos de mis propios oficiales, me van a fusilar en este mismo momento».

La letra estaba trazada con pulso firme. «Agregue más, me dijo, que le recomiendo a Martínez mi mujer, y que mis hijos sean enviados al colegio de... (me nombró una ciudad de Estados Unidos) para que sean educados». Le prometí hacerlo, pero el oficial se llevó la carta que nunca volvió a mi poder, y no me fué posible, en consecuencia, cumplir mi promesa.

Se retiró el oficial con la carta comenzada y Carrera empezó a quejarse de la injusticia de sus enemigos, O'Higgins, San Martín y Luzuriaga; yo le dije que no era tiempo de eso y procuré traerlo al camino de la religión y del arrepentimiento, como era mi deber. He aquí, poco más o menos, el diálogo que sostuvimos:

Yo. —No, usted no es inocente como dice, sino muy culpado. Voy a demostrárselo a usted. No dudo que usted reconocerá la verdad de nuestra religión, la santidad de su autor, de quien el mismo Rousseau ha dicho que su Evangelio era demasiado divino para ser obra de un hombre. La oración del *Padre Nuestro* es una de las más bellas oraciones de ese Evangelio. ¿No dice él, *perdónanos, Señor, nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores?* Perdone, usted, pues, para que Dios le perdone los infinitos males que usted ha cometido. Permanezca usted un breve momento en una dolorosa contemplación de sus culpas y tendrá usted mi absolución; mire usted que los momentos son preciosos; cada uno que pasa lleva consigo un siglo de gloria.



Últimos momentos del General J. M. Carrera. (Según J. M. Blanes).

Así lo hizo Carrera, y acabado este acto, le invité para que marchase con recogimiento cristiano al suplicio y que al sentarse en el banquillo pidiese perdón al pueblo de Mendoza por los daños que le había causado. Así me lo prometió y seguimos pocos instantes después al oficial que vino a anunciar que era tiempo de marchar.

—Y ¿cómo se va a esta ceremonia? —me preguntó—, ¿Con el sombrero puesto o quitado?

—Con el sombrero quitado —le dije—, porque se debe reverencia a este crucifijo que lleva usted en la mano, imagen de su Dios.

Entonces se lo quitó con unos guantes y suplicó que se lo entregasen como una memoria a su buen amigo el coronel Benavente, que estaba preso en la misma cárcel.

Entraron en ese momento los reverendos padres mercedarios y le pusieron el escapulario de su orden.

Llegamos al umbral de la cárcel. Había que bajar unos escalones y yo le ofrecí mi brazo. «No, me dijo, dirían que tengo miedo». Y a pesar de los gruesos grillos que le oprimían los pies, de un salto los salvó; yo que tenía desembarazados los míos no me habría atrevido a darlo. Si hubiéramos

marchado directamente al sitio de la ejecución, el tránsito habría sido de pocos pasos, pero, sin duda, con el objeto de que Carrera recorriese el cuadro, hicimos un rodeo. Durante él Carrera caminaba con la vista alta y mirando con desdeñosa sonrisa a las tropas que estaban formadas. Me acerqué a él y le recordé que ése no era el modo de la contrición cristiana, que fijase la vista en el crucifijo.

—Padre —me contestó—, no se canse usted, no me ha de hacer abandonar mis principios—. No quise, en consecuencia, hacerle más observaciones sobre este punto, pero no había pasado un minuto cuando uno de los padres mercedarios de la comitiva salió de entre sus compañeros y le dijo:

—Hermano mío, clave usted los ojos en la imagen de Nuestro Señor Jesucristo.

— ¡Qué Padre tan afligido! —le replicó Carrera, y el mercedario se retiró con la cara ardiendo.

Cuando avistamos los banquillos, un joven soldado que estaba acusado de haber sido el que mató al general Morón y que, a la par que el coronel Álvarez, era vecino de Córdoba, que había encabezado una insurrección en el Fraile Muerto en favor de Carrera, debía ser fusilado con éste, no pudo resistir este espectáculo y se desmayó. Entonces Carrera dijo:

—¡Qué muchacho!... tan valiente en la guerra y se desmaya ante la sombra de la muerte.

—En la guerra —le contesté—, el que combate está libre y no engrillado como ese pobre joven, tiene la esperanza de vencer y no la horrible realidad de una muerte infalible.

Llegado al banquillo, Carrera se opuso a que le vendaran los ojos y pidió mandar él la ejecución. Nada de esto se le concedió. Entonces se quitó y dobló un rico poncho que llevaba puesto, y se limpió de las mangas de la chaqueta algunas ligeras motas de pelusa. Se acercó el alguacil como pidiéndole el poncho y Carrera le dijo:

—No, lo destino para el hermano de mi suegra, a quien me harán el favor de entregarlo—. Se sentó en el banquillo, y en vez de demandar perdón al pueblo de Mendoza como yo se lo había aconsejado, dijo en voz altísima—: ¡Muero por la libertad de América!

Me retiraba yo de su lado cuando me llamó para entregarme su reloj y un nudo de su pelo para que se remitiese a su esposa como una memoria suya. Mal me había separado de él, cuando la escolta descargó sus armas sobre Carrera, corriendo yo gran riesgo de ser herido por las balas que iban

dirigidas a él y a sus dos compañeros. Cayó sin vida y el doctor don Clemente Godoy, que estaba a mi lado, me dijo:

—Ha muerto como un filósofo.

JOSÉ BENITO LAMAS.

(*Revista Chilena de Historia y Geografía*. Año XI, t. XL.).

JOSÉ BENITO LAMAS. — Sacerdote, profesor y político uruguayo. Nació en Montevideo en 1787 y murió en la misma ciudad en 1857. A los diez y seis años ingresó en la orden de San Francisco. Fué expulsado de Montevideo por Elío en 1811, a causa de sus actividades en favor de la independencia. En el Colegio de Buenos Aires enseñó filosofía y latinidad, distinguiéndose por su profunda versación en el idioma del Lacio. Con Larrañaga dirigió la enseñanza en Montevideo y tomó parte en la organización de la Biblioteca Pública (1815-1816). Recorrió las provincias del interior argentino, predicando en las principales ciudades. Se hallaba en Mendoza, en 1821, cuando se produjo el fusilamiento de José Miguel Carrera. Lamas le acompañó en sus últimos momentos y le prestó auxilios espirituales. Más tarde en Montevideo fué cura de la Matriz, vicario de la República y Senador.

## LAVALLE Y EL FUSILAMIENTO DE BORREGO

1828

Mi pobre juicio sobre Lavalle es este: Fué un oficial notable del ejército de los Andes, sobre todo después de su campaña como jefe de cuerpo al Ecuador y su hazaña de Río Bamba. Su mérito se aumentó con la campaña del Brasil. Considero mediana su capacidad y, por lo mismo, capaz de fanatizarse. En otro tiempo tuve de él opinión menos favorable. Como quiera que sea, su desgracia y la nuestra, quiso que se precipitase al atentado del 1.º de diciembre de 1828, y poco después al crimen horrendo de Navarro. Su lucha después con Rosas y su vida rendida en ella, lo rehabilitan. Su arrepentimiento, manifestado en sus conversaciones privadas después, sus declaraciones de que no venía a sostener tal o cual partido, sino a defender la causa que los pueblos quisieran, sus vacilaciones para resolverse a castigar con la muerte ciertos reos, probablemente por el recuerdo del bárbaro atentado con Dorrego, me han persuadido de que cuando lo cometió estaba bajo la influencia de un fanatismo que se le había inspirado.

Ahora le contaré a usted un incidente de aquella época, que me es personal y que ha referido sucintamente Sarmiento. Prevedré a usted que mis opiniones estaban, como la mayoría de mis relaciones y afinidades, por los

unitarios, aunque tenía contacto con algunos federales. Yo, sin embargo, no era hombre de partido, como no he sido después, ni lo soy ahora, pues no lo es el que profesando los mismos principios de un partido, no quiere hacerse solidario de los actos con que los defiende, sino cuando los aprueba. Por manera que, jamás he sido otra cosa que una especie de aliado para tal o cual operación, libre después para combatir a mis antiguos aliados, si en mi concepto lo merecían. Perdóne esta digresión de que me apercibo porque casi me ha dejado resbalar a otra.

Entre mis relaciones familiares contaba la de don Juan Perdriel, federal. Hablando con éste, después de la derrota de Navarro, me aseguró que los federales tenían fundamento para temer que si el coronel Dorrego caía en manos de Lavalle, sería fusilado. Yo combatí tal temor, como una insensatez. Había un café, en la calle de Bolívar, esquina a la de Victoria, denominado café de la Victoria, y la gran concurrencia que a él asistía era principalmente de unitarios. Entonces tenía la población entera de Buenos Aires la costumbre de asistir todos los días, después de comer, a los cafés. El gran patio de aquel establecimiento estaba entoldado y tenía gran número de mesas y asientos para los concurrentes. Al entrar encontré en la puerta de calle a Perdriel, que salía, y que por todo saludo, me dijo: «¿No decía usted que no habían de fusilar a Dorrego? Entre y lea el parte». Y siguió su camino sin despedirse. Entré y me senté en el patio, y tuve luego un círculo de ocho o diez conocidos. Leí el parte, quedándonos todos en silencio. Se acercó luego, de pie, don Tristán Echegaray, sanjuanino, vecino entonces de Mendoza, antiguo oficial del ejército de los Andes, no mal sujeto, pero de poco criterio y aficionado a estar siempre por los de encima, y me dijo estas textuales palabras: «¿Conque se han tirado a Dorrego?». Esto fue dicho en voz alta. En el mismo tono contesté yo: «Sí, señor, lo han asesinado». Otro sanjuanino que estaba a mi lado, don Manuel Arguello, tocando mi pierna con la suya, me dijo en voz baja: «Vea entre quienes habla». En ese momento diez o doce de las muchas personas que allí habían, rodeaban la mesa. Yo contesté a Arguello en el mismo tono que había hablado antes: «No veo razón para ocultar lo que pienso». No se habló una palabra más por nadie. Yo tomé mi café en silencio y me retiré.



Dorrego, marchando hacia el lugar de la ejecución (13 de diciembre de 1828).

Un día o dos después, si no me acuerdo mal, el doctor Díaz Vélez, secretario general del gobierno revolucionario, y mi antiguo jefe cuando fué uno de los plenipotenciarios mandados a Bolívar, que me tenía benevolencia paternal, me llamó al Fuerte y me preguntó qué había de verdad en un aviso de la policía, cuyo jefe era un tal Sayos. El aviso era el de la escena del café de la Victoria. Como había sido fielmente transmitido, no tuve que hacer más que confirmarlo. El doctor solía llamarme afectuosamente muchacho y me trató de muchacho loco, añadiendo: «¿Y si Lavalle lo fusilase ahora a usted?». «Serían dos asesinatos en lugar de uno», contesté yo. El buen viejo me pidió luego que no lo pusiese en el caso de tener que autorizar alguna medida contra mí, y yo le respondí que él tenía necesidad de corresponder a



su puesto, y que yo sabía distinguir tales actos de los espontáneos y personales. Que como quiera que obrase, nuestras relaciones personales se quedarían las mismas; que le quería confiar que yo pronto saldría de Buenos Aires para unirme a la reacción, que preveía inevitable. Entonces me pidió que me fuera cuanto antes. Y, en efecto, siempre fuimos los mismos, uno para otro, aun en medio de la guerra.

DOMINGO DE ORO.

(*Carta a don Angel Justiniano Carranza*, 29 de octubre de 1878. Archivo General de la Nación [Archivo de Carranza]).

DOMINGO DE ORO. — Distinguida personalidad argentina. Nació en San Juan, en 1800. Periodista, político, diplomático, no ocupó, sin embargo, en su país el rango que le correspondía por sus relevantes prendas de inteligencia. Fue, por sobre todo, un hombre de cultura superior y espíritu dotado de las más originales facultades. Figuró como ministro del general Mansilla en Entre Ríos (1823), secretario de la misión argentina ante Bolívar en 1825, secretario de Estanislao López en Santa Fe (1829), amigable componedor entre Paz, López y Rosas en 1830, ministro en San Juan hasta 1835 en que se declaró contra Rosas y emigró a Chile donde escribió un panfleto contra el dictador. En Bolivia fué secretario del presidente Ballivián y desempeñó una misión reservada en Lima (1845). En Chile trabajó en empresas mineras. Se trasladó a Paraná durante el gobierno de la Confederación. En Mendoza fué víctima del terremoto de 1861, quedando inválido para el resto de sus días. Los hombres más eminentes del país no ocultaban su admiración por Domingo de Oro. Sarmiento le consagró una de sus páginas más brillantes en *Recuerdos de Provincia* y Mansilla cuenta anécdotas de Oro en diversos pasajes de sus libros. «Oro —decía Sarmiento—, concias cualidades de exposición que le adornan sería un hombre notable entre los hombres notables de Europa. Oro es la palabra viva rodeada de todos los accidentes que la oratoria no puede inventar. Yo he estudiado este modelo inimitable, he seguido el hilo de su discurso, descubierto la estructura de su frase... aquella fascinación mágica de su palabra». El Museo Mitre ha publicado en dos tomos los *Papeles de don Domingo de Oro*. Murió en Baradero (provincia de Buenos Aires), en 1869. Se han publicado también los documentos de la Misión Amenábar-Oro a las provincias del interior (1829) por la comisión pro-monumento a Estanislao López (1929).

## LA MUERTE DE DORREGO

1828

Antes de llegar preso a Navarro el gobernador Dorrego, habíame dirigido una esquela escrita con lápiz, me parece que por conducto de su hermano Luis, suplicándome que, así que llegara al campamento, le hiciese la gracia de solicitar permiso para hablarle antes que nadie. Yo, sin embargo del desagradable recibimiento que dicho gobernador me había hecho a mi llegada

de las provincias, no pude dejar de compadecerme por su suerte y el modo con que había sido tomado; pues aunque tenía sus rasgos de locura y era de un carácter atropellado y anárquico, yo no podía olvidar que era un jefe valiente, que había prestado servicios importantes en la guerra de nuestra independencia; y, en fin, que era el gobernador legítimo de la provincia y mi compadre además. En el momento de recibir dicha carta o papel, fui y se la entregué al general don Juan Lavalle para solicitar su permiso para hablar con el señor Dorrego, así que llegara. Dicho general, impuesto de ella, me permitió pasar a verle y lo hice en efecto, al momento mismo de haber parado el birlocho en medio del campamento y puéstosele una guardia. Subido yo al birlocho, y habiéndome abrazado, díjome:

—Compadre, quiero que usted me sirva de empeño en esta vez para con el general Lavalle, a fin de que me permita un momento de entrevista con él. Prometo a usted que todo quedará arreglado pacíficamente y se evitará la efusión de sangre; de lo contrario correrá alguna, no lo dude usted.

—*Compadre, con el mayor gusto voy a servir a usted en este momento* — le dije, y me bajé asegurándole que no dudaba lo conseguiría.

Corrí a ver al general: hícele presente el empeño justo de Dorrego y me interesé por que se le concediera; mas, viendo yo que [Lavalle] se negaba abiertamente, le dije:

—¿Qué pierde el señor general con oírle un momento, cuando de ello depende quizá el pronto sosiego y la paz de la provincia con los demás pueblos?

— ¡No quiero verle ni oírle un momento!... —fué su respuesta. Aseguro a mis lectores que sentí sobre mi corazón en aquel momento, el no haberme encontrado fuera cuando la revolución, y mucho más al verme al servicio de un hombre tan vano y poco considerado... Salí desagradado y volví sin demora con esta funesta noticia a mi sobresaltado compadre. Al dársela, se sobresaltó aún más, pero lleno de entereza me dijo:

—Compadre, no sabe Lavalle a lo que se expone con no oírme. Asegúrele usted que estoy pronto a salir del país y a escribir a los amigos de las provincias que no tomen parte alguna por mí y dar por garantes de mi conducta y de no volver al país, al ministro inglés y al señor Forbes, norteamericano; que no trepide en dar este paso, por el país mismo.

Aseguro que me conmovieron tan justas reflexiones, pero le repuse:

—Compadre, conozco la fuerza y la sinceridad de las razones que usted da; pero por lo que he visto en este momento, dificulto que el general se preste, porque le acabo de considerar el hombre más terco. Sin embargo, voy

a repetirle sus instancias; pero pido a usted que se tranquilice, pues no creo deba temer por su vida.

—*Haga lo que quiera* —fué su respuesta—, *nada temo sino las desgracias que sobrevendrían sobre el país.*

Bajóme conmovido y pasé con repugnancia a ver al general. Apenas me vió entrar dijo:

—*Ya se le ha pasado la orden para que se disponga a morir, pues dentro de dos horas será fusilado. No me venga usted con nuevas peticiones de su parte*—. Me quedé frío.

—*General* —le dije—, *¿por qué no lo oye un momento aunque le fusile después?*

—*No quiero* —dijo, y me salí en extremo desagradado, y sin ánimo de volver a verme con mi compadre me retiré a mi campo; pero allí se me presenta un soldado a llamarme de parte de Dorrego, pidiéndome que fuera en el acto. No había remedio; era preciso complacerlo en sus últimos momentos. Estaba yo conmovido y marché al instante. Al subir yo al birlocho, se paró con entereza y me dijo:

—*¡Compadre! ¡Se me acaba de dar la orden de prepararme a morir dentro de dos horas! A un desertor al frente del enemigo, a un bandido se le da más término y no se le condena sin oírlo y sin permitirle su defensa... ¿Dónde estamos?... ¿Quién ha dado esa facultad a un general sublevado?... Proporcioneme usted, compadre, papel y tintero y hágase de mí lo que se quiera... ¡pero cuidado con las consecuencias!...*

Salí corriendo y volví al instante con lo preciso para que escribiera. Tomóla y puso a su señora la carta que ha sido ya litografiada y es del conocimiento público. Al entregármela, se quitó una chaqueta bordada con trencilla y muletillas de seda y me la alcanzó diciendo:

—Esta chaqueta se la presentará con la carta a mi Ángela, de mi parte, para que la conserve en memoria de su desgraciado esposo—. Desprendiéndose en seguida unos suspensores (tiradores) bordados de seda, y sacándose un anillo de oro de la mano, me lo entregó con la misma recomendación, previniéndome que los suspensores se los diera a su hija mayor, pero no recuerdo sus nombres. Habiéndome entregado todo esto, agregó—: *¿Tiene usted, compadre, una chaqueta para morir [yo] con ella?...*

Tras pasado de oírle expresar con la mayor sangre fría cuanto he relatado le dije:

—*Compadre, no tengo otra chaqueta que la puesta pero voy a traerle corriendo* —y me bajé llevando la carta y las referidas prendas. Llegado a mi

alojamiento me quité la chaqueta, póseme la casaca que tenía guardada, acomodé los presentes de mi compadre y su carta en mi valija y volví al carro. Estaba ya con el cura o no recuerdo qué eclesiástico, y al entregarle mi chaqueta dentro del carro me reconvino porque no me había puesto la suya; y habiéndole yo respondido que tenía una casaca guardada, me hizo más fuertes instancias para que fuese a ponerme su chaqueta y regresara con ella. Me fué preciso obedecer y volví al instante vestido con ella, y después de haberle dado un rato de tiempo para que se reconciliara, subí al carro a su llamado. Fué entonces cuando me pidió le hiciera el gusto de acompañarle cuando lo sacaran al patíbulo. Me quedé cortado a esta insinuación y hube de vacilar. Contestéle todo conmovido, denegándome, pues no tenía corazón para acompañarle en ese lance.

—*¿Por qué, compadre* —me dijo con firmeza—, *tiene usted a menos el salir conmigo?... ¡Hágame el favor que quiero darle un abrazo al morir!*

—*No, compadre...* —le dije con voz ahogada por el sentimiento—, De ninguna manera tendría yo a menos salir con usted pero el valor me falta y no tengo corazón para verle en ese trance. Abracémonos aquí y Dios le dé resignación—, ¡Nos abrazamos y bajé corriendo con mis ojos anegados por las lágrimas! Marché derecho a mi alojamiento dejando ya el cuadro formado. Nada vi de lo que pasó después ni podía aun creer lo que había visto... La descarga me estremeció y maldije la hora en que me había prestado a salir de Buenos Aires.

Retirados los cuerpos del lugar de la ejecución, se me avisó, o que el general había llamado a todos los jefes, o que todos iban a verle sin ser llamados. No puedo afirmar con verdad cuál de las dos cosas fué, pero sí que juzgué de mi deber ir. Puestos todos en presencia del general Lavalle, dijo éste poco más o menos lo que sigue:

—Estoy cierto de que si yo hubiese llamado a todos los jefes a consejo para juzgar a Dorrego, todos habrían sido de la misma opinión que yo. Pero soy enemigo de comprometer a nadie y lo he fusilado de mi orden. ¡La posteridad me juzgará!

GREGORIO ARÁOZ DE LA MADRID.

(*Memorias*, t. I. Buenos Aires, 1895).

GREGORIO ARÁOZ DE LA MADRID. — General argentino, guerrero de la independencia y de las luchas civiles. Nació en Tucumán, en 1795. Figuró como oficial en las batallas de Tucumán y Salta e hizo la segunda campaña del Alto Perú, en 1813, realizando muchos actos heroicos después de la derrota de Vilcapugio. Siguió en el ejército del Norte y combatió también a las órdenes de Güemes. En 1820 y 1821 intervino en las guerras civiles del Litoral, formando en el ejército de Buenos Aires. En

1826, sirviéndose de las tropas con que debía concurrir a la guerra del Brasil, se apoderó del gobierno de Tucumán, dando comienzo a la guerra civil del interior, de la que fué protagonista con el general Quiroga durante los años 1826 y 1827. La Madrid, derrotado por Quiroga en el Tala y el Rincón fue desde entonces su irreconciliable enemigo. En 1828, fusilado Dorrego y el partido unitario en el poder, La Madrid se unió al ejército de Paz que derrotó a Quiroga en la Tablada (1829) y Oncativo (1830). Después de la prisión del general Paz (1831), La Madrid enfrentó a Quiroga en la Ciudadela de Tucumán pero fué completamente derrotado. Pasados algunos años, Rosas (1840) le restituyó su grado militar y le encomendó el mando de una fuerza que debía trasladarse a Tucumán. Llegado a esa provincia, La Madrid se pronunció contra Rosas y adhirió a la coalición del Norte. Combatió con su acostumbrado denuedo siendo, al final, completamente derrotado por el general Pacheco en Rodeo del Medio viéndose obligado a emigrar a Chile (1841). En 1845 pasó a Montevideo, centro de la oposición a Rosas, donde escribió sus *Memorias*. Cuando el general Urquiza se pronunció contra Rosas, La Madrid formó en el ejército entrerriano como jefe de una división de caballería y combatió en la batalla de Caseros. Vivió en Paraná por algún tiempo, durante el gobierno de la Confederación, y murió en Buenos Aires el 5 de enero de 1857. Las *Memorias* del general La Madrid fueron publicadas en 1895, con motivo de su centenario.

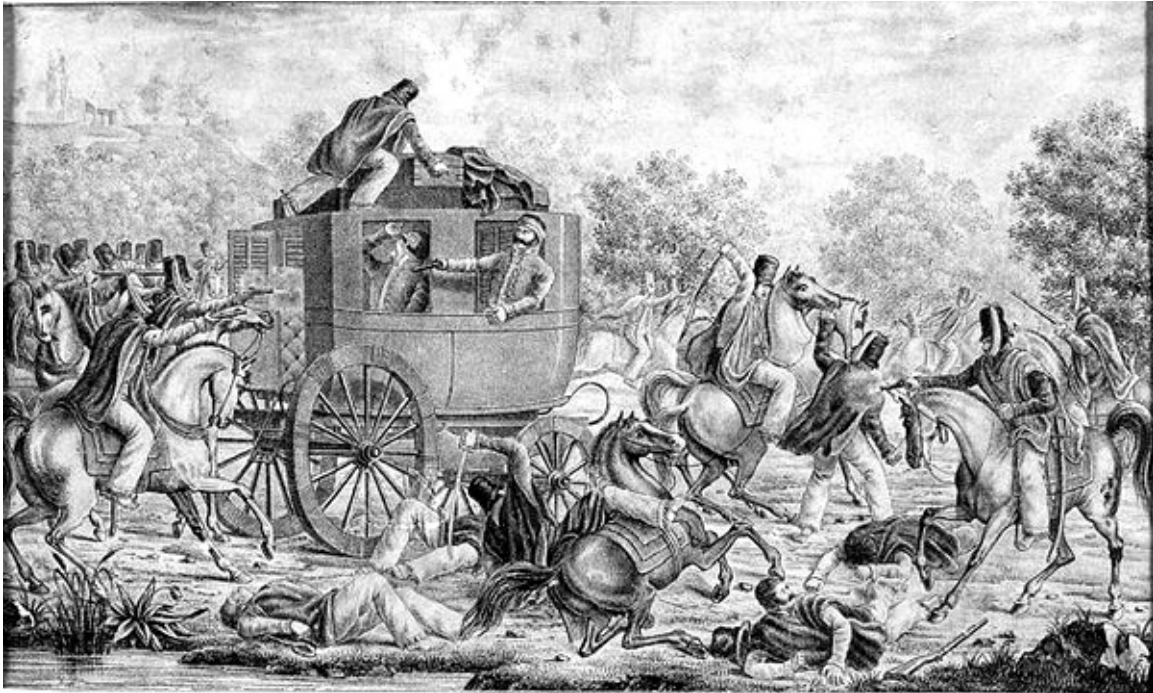
## EL GENERAL QUIROGA EN CÓRDOBA

1829

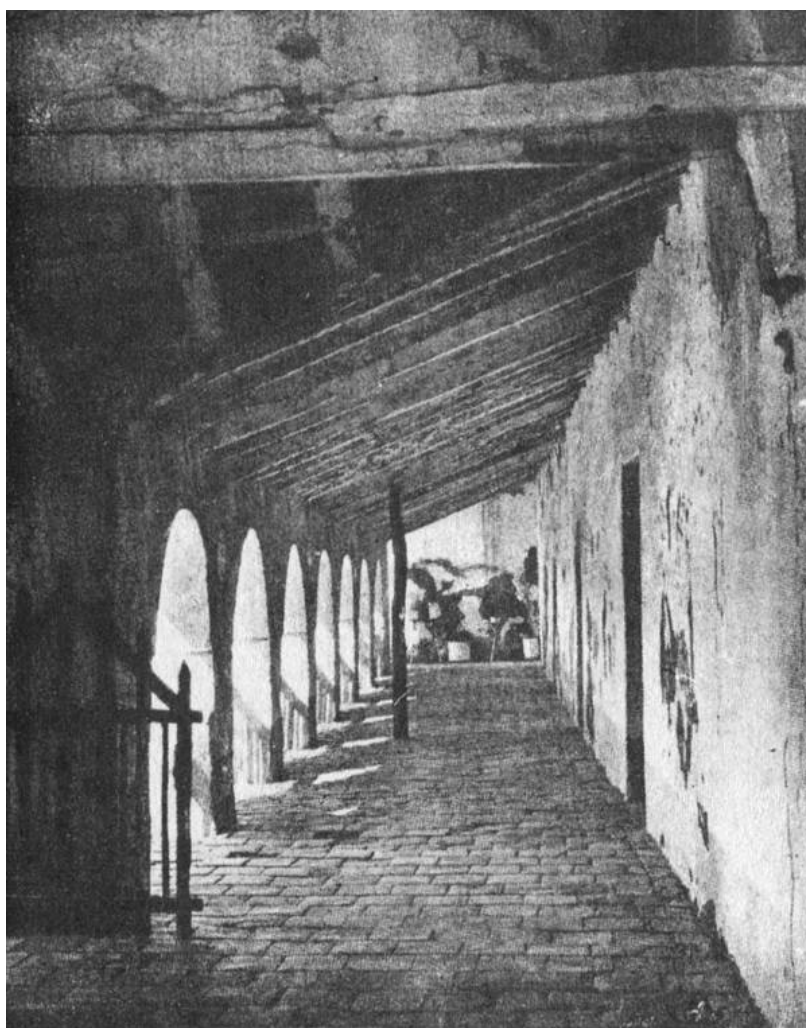
Hacia el norte de la ciudad de Córdoba se extiende una llanura de cierta consideración, cuya superficie, en parte arenosa y en parte cubierta de pastos, entrecortan algunos barrancos y montículos. Se la conoce con el nombre de La Tablada y se alza a varios pies de altura sobre el nivel del río Primero, que la bordea en todos sus contornos; ya cerca de la ciudad, forma ligeras elevaciones que se confunden con los cerros circundantes. No puede apreciársela en toda su extensión, sino desde las azoteas más altas de la ciudad, en una de las cuales nos encontrábamos.

A eso de mediodía, y por la entrada de los desfiladeros, pudo verse la cabeza de una columna de ejército, marchando en dirección a la ciudad. Poco nutrida en un principio, fué alargándose insensiblemente, de suerte que, cuando los primeros jinetes cruzaban ya el río Primero, las últimas filas seguían saliendo de entre los cerros. La columna entró en la ciudad y vino a colocarse en orden de batalla a lo largo de nuestra calle, la que ocupó en toda su extensión. Quiroga y Bustos venían a la cabeza. La vista de estos dos hombres y sobre todo del primero, que oíamos nombrar hacía mucho tiempo, excitó vivamente nuestra curiosidad. Un hecho insignificante iba a obligarnos a comparecer ante él. Y fué el caso que uno de mis acompañantes se divertía en observar con un antejo de larga vista los movimientos del ejército, cuando

alguien, que por su traje y aspecto parecía ser un oficial, separándose del grupo que rodeaba a los jefes federales, se aproximó a la azotea en que nos encontrábamos para ordenarnos llevar el instrumento al general Quiroga, porque quería verlo y ensayarlo. No tuvimos más que obedecer la orden emanada de personaje tan temible, pero, el dueño del antejo, poco resignado a perderlo, le sacó uno de los cristales del centro, dejándolo inservible para todo uso. Quiroga acababa de apearse de su caballo cuando llegamos ante él. Tomó sin decir nada el catalejo, y mientras lo llevaba a los ojos pudimos examinarlo detenidamente. Su físico despertaba el terror que inspiraba su nombre. Era de talla mediana pero bien proporcionado. Sus miembros musculosos denotaban la fuerza y la audacia; los rasgos fisonómicos, de una regularidad clásica, hubieran excitado la admiración, si sus ojos, de torvo mirar y que mantenía invariablemente bajos cuando hablaba, no hubieran inspirado secreto temor. Una barba tan espesa que le ocultaba toda la mitad del rostro, hacía más característica su expresión. Sombrero de paja de Guayaquil, poncho liviano a rayas, botas chilenas altas hasta encima de la rodilla y macizas espuelas de plata, completaban su indumentaria. Por lo demás, nada lo distinguía de los principales de su oficialidad. Cercano a el, Bustos, con aire caviloso, se mantenía ligeramente aparte, como cohibido ante su terrible asociado. El ejército era un agregado confuso de individuos reunidos por el aliciente del pillaje, y en cuanto a su vestuario podían verse tantos ejemplares cuantas eran las personas que lo componían.



Asesinato del General Quiroga en Barranca Yaco. (Según una litografía de Bacle).



El claustro alto, de la Estancia Jesuítica de Jesús María. (Córdoba).

Una parte del ejército estaba bien provista de armas regulares, pero el resto llevaba las que le había deparado la casualidad. Un soldado llevaba un sable, otro solamente una pistola y había quienes no tenían más que un cuchillo, asegurado al extremo de una caña y que hacía las veces de lanza. El caudillo había barrido de tal modo las poblaciones a su paso, que le seguían, obligados, hasta los niños apenas entrados en la adolescencia.

Quiroga nos devolvió el antejo, sin decir palabra, después de haber tratado en vano de utilizarlo. Como no recibiéramos orden de partir, permanecimos próximos a él para ser testigos de los sucesos. Un ayudante que había sido enviado a los milicianos encerrados en la plaza, con una capitulación —si así puede llamarse a la orden de rendición incondicional—, volvió con la respuesta: aquéllos pedían cierto tiempo para deliberar. Quiroga leyó el papel con una sonrisa de menosprecio y lo pasó a Bustos, por encima del hombro. Después se lo tomó de las manos, tachó de un plumazo el



contenido del papel y dijo al ayudante que intimara a los sitiados la rendición, porque de lo contrario atacaría la plaza de inmediato. Los milicianos, que habían resistido la víspera ignorando la fuerza de sus enemigos obedecieron y se dispersaron... Quiroga entró entonces en la plaza con una parte de sus tropas; subió al Cabildo, nombró gobernador provisorio al cuñado de Bustos, y, dejando quinientos hombres para defender la ciudad, volvió a tomar sus posiciones de la mañana en la llanura de La Tablada.

Todo esto se pasó en el espacio de tres horas.

THÉODORE LACORDAIRE.

(Trad. de J. L. B.)

(*Revue des Deux Mondes*, «La bataille de La Tablada», t. VII, París, 1832).

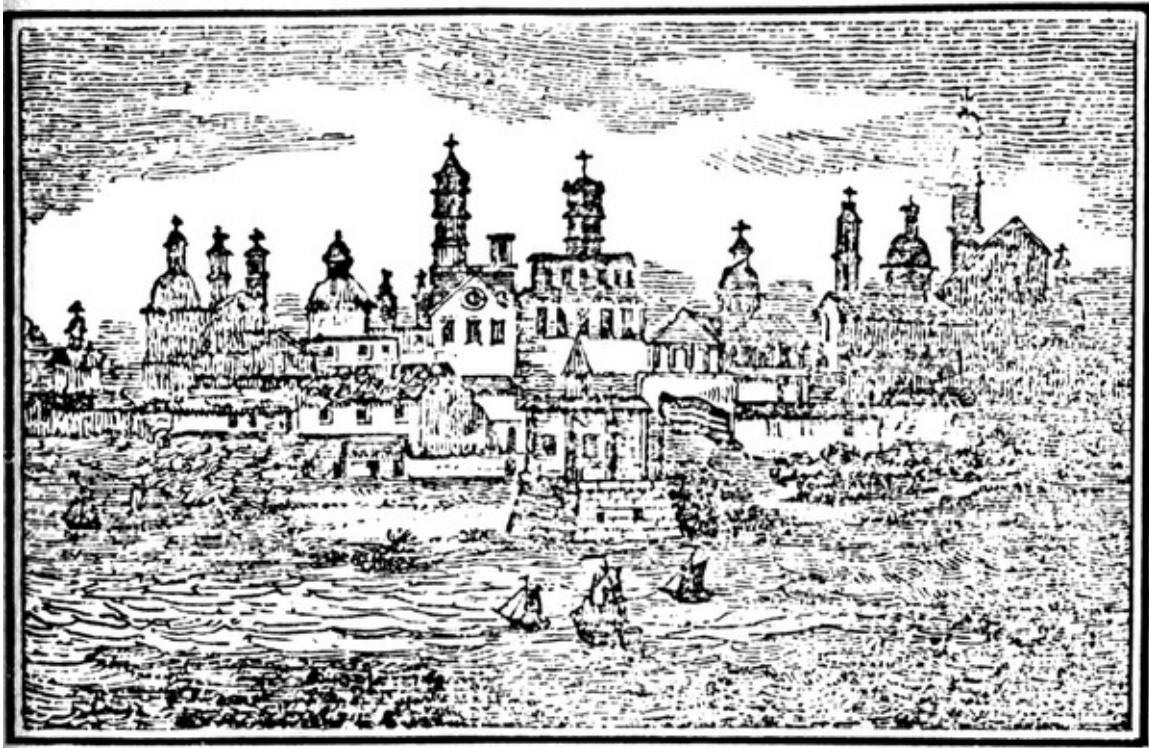
JUAN TEODORO LACORDAIRE. — Naturalista y viajero francés. Nació en 1801, murió en 1870. Era hermano del ilustre «Padre Lacordaire», predicador francés de fama mundial. Hizo estudios de derecho en Dijón y después se dedicó por entero a las ciencias naturales. De 1825 a 1832 viajó por el Río de la Plata, Chile, las Guayanas, etc. En 1829 se encontraba en Córdoba y le fué dado presenciar la batalla de La Tablada y conocer a los generales Paz y Quiroga. De vuelta a Francia escribió en *Le Temps* y en la *Revue des deux mondes*. Fué rector de la Universidad de Lieja, donde enseñó zoología y anatomía comparada. Escribió varias obras científicas, entre ellas, *Introducción a la Ornitología*, *Historia natural de los insectos* y *Manual de anatomía comparada*.

## LA BATALLA DE LA TABLADA

22 DE JUNIO DE 1829

... Córdoba recibió en silencio el nuevo yugo que le imponían, pero la situación no era de desesperar porque faltaba la llegada del general Paz. Al día siguiente, el sol brillaba esplendoroso y las miradas de todos se dirigían hacia el oriente, porque de aquel lado debía llegar el ejército unitario. Después de alguna espera, pudieron descubrirse algunos ponchos colorados sobre las alturas, entre nubes de polvo: eran los exploradores tucumanos del ejército de Paz. No tardaron en aparecer otras partidas más numerosas, hasta que, al fin, se dejó ver el grueso de las tropas, avanzando aceleradamente. A medida que iban apareciendo los diversos cuerpos, la ansiedad crecía en todos los corazones. Desplegaron las tropas sobre la llanura de *La Tablada*, frente al ejército federal, que se había mantenido inmóvil en sus posiciones de la víspera. El ejército unitario realizó largas maniobras que no pudimos apreciar

en su totalidad porque los altibajos del terreno lo impedían. La expectativa iba en aumento y me hacía pensar en la impaciencia con que antiguamente las multitudes esperaban la aparición de los gladiadores en el circo.



Viñeta del almanaque de Buenos Aires de 1828. (*Grabado en madera*).

De pronto se vió brillar en la llanura una sucesión de relámpagos dejándose oír el ruido de la fusilería, mezclado al estampido de los cañones. No son estos combates como las batallas de Europa, en que la artillería y la infantería deciden generalmente la victoria. En la América del Sud, la infantería representa un papel muy secundario. Los gauchos, acostumbrados desde niños a las peleas a cuchillo para solucionar todas sus disputas, no temen al arma blanca y al mismo tiempo experimentan cierta instintiva repulsión por las armas de fuego.

Ambos ejércitos se hallaban tan cerca de nosotros que, con un antejo de larga vista, podíamos distinguir a cada uno de los hombres que los componían. El fuego de fusilería no tardó mucho en disminuir y, entre las grandes humaredas que se disipaban lentamente, empezamos a ver los escuadrones arremetiéndose con furia. Quiroga había lanzado sus mejores hombres sobre los coraceros de Paz, y siete veces aquéllos se estrellaron contra los escuadrones unitarios, cubriendo de muertos el campo. Así que un destacamento fracasaba en sus ataques, se retiraba en desorden, yendo a

colocarse en las últimas filas, y otro cuerpo se formaba y cargaba de inmediato, ocupando el lugar del anterior. El resto del ejército de Quiroga atacaba con el mismo denuedo a los tucumanos que, menos aguerridos, tan pronto ganaban terreno como reculaban desordenados y volvían a la carga después de recomponer sus filas. Esta lucha sangrienta duraba ya dos horas sin que nada indicara todavía a quién podría corresponder la victoria. Así llegó la noche sin separar a los combatientes. Nosotros nos perdíamos en conjeturas sobre el resultado de la acción, cuando, siendo más o menos las dos de la mañana, oímos, entre las tinieblas, los pasos precipitados de una tropa, que marchaba en dirección a la plaza. Poco después se dejó sentir otro cuerpo más numeroso y ese ruido sordo que denota el paso de la artillería: era una parte del ejército federal que, vencido, había venido a reunirse a la ciudad en procura de los cañones que la defendían. Al rayar el día nos despertó un cañonazo seguido de un fuego de fusilería más vivo que el del día anterior. El combate se había reanudado. A poco, el pasto seco de la llanura se incendió en medio de los combatientes y éstos aparecieron envueltos por espesos torbellinos de humo. Dos horas después, y sin que durante el tiempo transcurrido hubiéramos podido ver nada de lo que se pasaba, llegaron huyendo algunos gauchos, jadeantes de cansancio y cubiertos de sangre. Atravesaron la ciudad rápidamente y se dispersaron por uno y otro lado. Casi en seguida llegaron otros y otros hasta que vimos que todo el ejército federal se dispersaba por el campo, en direcciones distintas. La mayoría de los fugitivos se encaminó hacia el lado de la sierra y pronto los perdimos de vista. Otros entraron por grupos en la ciudad.

---

Al día siguiente montamos a caballo para visitar el lugar del combate: estaba desierto y las aves de rapiña cumplían su obra; sólo algunos carros cruzaban el campo, lentamente, cargados de cadáveres, dirigiéndose a unas zanjas largas y profundas donde desaparecían juntos vencidos y vencedores.

Supimos, más tarde, por el jefe de policía, que se habían enterrado mil diez y seis muertos, pérdida enorme tratándose de ejércitos de tan escasa consideración, pero explicable por la saña con que habían combatido y las armas que se habían empleado.

THÉODORE LACORDAIRE.  
(Trad. de J. L. B.)

## EXEQUIAS DE DORREGO

21 DE DICIEMBRE DE 1829

... El gobierno, lo mismo que el pueblo, ha estado casi exclusivamente ocupado con los magníficos preparativos de honores fúnebres al extinto gobernador Dorrego, ordenados hace ya más de dos meses por un decreto del gobierno provisional. Esta solemne e impresionante ceremonia tuvo lugar antes de ayer, veintiuno del corriente... Una comisión de la Junta Provincial, acompañada de un cirujano designado por el gobierno, y por muchas personas voluntarias, se dirigieron a Navarro, lugar de la ejecución de Dorrego, donde fue primeramente enterrado. Allí fueron ayudados por el cura párroco, quien había administrado los últimos auxilios religiosos al infortunado Dorrego, y que por el hecho de haber concurrido al entierro, pudo identificar el lugar en que yacían los restos. Al ser exhumado, encontróse el cuerpo en un estado extraordinario de conservación. Fué transportado con gran cuidado a esta ciudad y depositado el 19 del corriente en la iglesia de La Piedad.



Traslado de los restos del gobernador D. Manuel Dorrego. (Según A. Onslow).

El 20, día domingo, se ofició una misa solemne a que concurrió muchísima gente. Un grupo respetable de ciudadanos armados hicieron guardia al féretro y por la tarde fué trasladado al Fuerte, donde tuvieron ¡ligar otras ceremonias religiosas. El lunes, a las diez de la mañana, el cuerpo diplomático y consular extranjero, junto con todas las corporaciones y autoridades del país, concurrieron, previa invitación, al Fuerte, desde donde el féretro fué conducido a la Catedral, seguido del Gobernador, sus ministros y las autoridades públicas. La procesión marchó a lo largo de una fila de unos tres mil hombres armados, consistente en tropas regulares y de milicia. En la Catedral se ofició, con gran pompa, una solemne misa a los acordes del *Réquiem* de Mozart, estando la iglesia apropiadamente decorada con crespones negros. Se pronunció también, una función que está publicada en los diarios y de que enviaré copia. A las cinco de la tarde, la misma procesión de la mañana se organizó de nuevo en la Catedral y acompañó al féretro hasta el gran cementerio católico llamado *Iglesia de la Recoleta*, a una milla al norte de la ciudad y en mi vecindad inmediata. Esta inmensa e imponente multitud, a paso acompasado y solemne y en gran orden y silencio, pasó por delante de mi quinta. El Gobernador, los ministros de Estado y toda la procesión marchaban a pie. Icé nuestra bandera a media asta, como lo hizo también el Encargado de Negocios británico Mr. Parish, que vive en el mismo barrio. En el cementerio se había erigido un hermoso mausoleo donde fueron depositados los restos del extinto gobernador. Las ceremonias fueron clausuradas con un corto y sentido discurso de S. E. el Gobernador, tras lo cual la inmensa concurrencia se dispersó pacíficamente y en orden. Seguramente que todos los detalles de esta gran ceremonia nacional se han de traducir y publicar én la Prensa de los Estados Unidos.

JOHN MURRAY FORBES.

(*Once años en Buenos Aires. 1820-1831. Las crónicas diplomáticas de...* Compiladas, traducidas y anotadas por Felipe A. Espil. Emecé Editores. Buenos Aires, 1956, pág. 569).

JOHN MURRAY FORBES.— (1771-1831). Cónsul de Estados Unidos en Buenos Aires desde 1820 hasta 1831, Forbes informó de continuo a su gobierno sobre asuntos comerciales, internacionales y políticos del Río de la Plata. Con su correspondencia, el señor Felipe A. Espil, diplomático argentino, ha formado un interesante libro titulado: *Once años en Buenos Aires. 1820-1831. Las crónicas diplomáticas de John Murray Forbes*. Compiladas, traducidas y anotadas por Felipe A. Espil. A esta publicación, que constituye un serio aporte para la historiografía argentina, pertenece el texto que antecede sobre las «Exequias de Dorrego».

## ROSAS EN 1829

(12 DE NOVIEMBRE)

El 3 del corriente (noviembre), este personaje extraordinario llegó del campo, escoltado por cuatro soldados de caballería. Plenamente convencido como estoy, del camino noble y patriótico que él ha seguido hasta ahora, y que la salvación de la provincia se debe en gran parte a su magnanimidad y a su moderación en el momento del triunfo, fui a visitarle sin pérdida de tiempo; pero no estaba en su casa. Tan pronto como se lo permitieron sus ocupaciones más urgentes retribuyó mi visita y tampoco me encontró. El 10 del corriente fui de nuevo a verle y tuve esta vez más suerte; nada pudo ser más cordial que la manera con que me recibió: hizo despejar la habitación de todo otro visitante y en los términos más afectuosos y corteses llevó la conversación al tono más franco y confidencial, hablándome libremente de los motivos de su conducta pública. Refiriéndome a la gran cuestión del día le insinué que una de las dificultades que se presentaban para restablecer la antigua Junta, es que ello estaría reñido con las estipulaciones de las dos convenciones generales del 24 de junio y del 24 de agosto. Después que esa idea había sido inculcada por todos los medios posibles en el espíritu público, yo me sentí atónito al descubrir que la interpretación del general Rosas sobre esas convenciones era diametralmente opuesta de la que se le había atribuido. Me dijo, sin reservas, que la gran mayoría del pueblo reclamaba la restauración de la vieja Junta y que él nada encontraba que lo impidiera en las estipulaciones de las dos convenciones.

---

(9 DE DICIEMBRE)

Uno de los primeros y más importantes actos de la restablecida Junta Provincial, actualmente en sesión, ha sido la elección de gobernador.

Ésta ha recaído unánimemente en don Juan Manuel de Rosas, que asumió ayer públicamente el mando después de prestar el juramento de ley.

A las 2 de la tarde el cuerpo diplomático, previa invitación, concurrió al Fuerte a felicitar al nuevo gobernador. En contestación a las pocas palabras de

congratulación que le dirigí en esta oportunidad, me declaró que la primera preocupación de su gobierno sería de estrechar aún más las relaciones de amistad con el Presidente y la nación norteamericanos.

En comunicaciones anteriores he tratado de hacer un esbozo, siquiera imperfecto, de este hombre extraordinario. En términos generales, es una persona de educación limitada pero se parece a esos *farmers* de mucho carácter que abundan en nuestro país y que son considerados, con justicia, la mejor garantía de nuestra libertad nacional. Rosas, sin embargo, difiere de cualquier cosa conocida entre nosotros, ya que él debe su gran popularidad entre los gauchos, o campesino común, al hecho de haberse asimilado casi totalmente a su manera singular de vida, su indumentaria, sus labores y aun sus *sports*. Se dice que no tiene competencia en cualquier ejercicio físico, aun aquellos más violentos y difíciles de aquella raza de hombres semisalvajes. Es sumamente suave de maneras y tiene algo de las reflexiones y reserva de nuestros jefes indios. No hace ostentación alguna de saber, pero toda su conversación trasluce un excelente juicio y conocimiento de los asuntos del país y el más cordial y sincero patriotismo.



Rosas en 1829.

Ayer apareció en un papel que le es completamente nuevo. El cuerpo diplomático y consular era numeroso y cada uno de ellos cambió con el gobernador una frase congratulatoria, que de parte del gobernador fue articulada en tono tan bajo que sólo podía ser oída por aquel a quien iba dirigida. Hubo poca conversación general, pero como mi sitio era inmediato al gobernador, me tocó recibir más de lo que me correspondía, de su atención. Sus modales exteriorizan una atrayente modestia, acompañados, sin embargo, de esa natural desenvoltura que es común a la gente de este país. Vestía un rico uniforme militar, y me confesó, con toda ingenuidad, que era la primera vez en su vida que usaba semejante prenda, aun cuando es bien sabido que ha tenido el rango y autoridad de comandante general en este país, desde hace más de nueve años. Ha ejercido esta alta autoridad vistiendo siempre la común indumentaria de los paisanos, participando en todos sus trabajos y privaciones, dándoles continuo ejemplo de coraje, paciencia y constancia. Mucho se espera de sus condiciones personales pero la gran dificultad del momento es la organización de un ministerio patriótico y popular.

JOHN MURRAY FORBES.

(*Once años en Buenos Aires*, págs. 565-568).



# El Federal.

## *Lex populi, lex Dei.*

N. 17.] SANTA-FE, SABADO, 15 DE ENERO DE 1831.

### ADVERTENCIA.

Este periódico consta de un pliego y se publica en los días miércoles y sábado de cada semana, sin perjuicio de que salga extraordinariamente si lo exigieren las circunstancias. Se reciben suscripciones, a dos pesos por 12 pliegos, y se vende a un real el pliego. En Buenos-Ayres se avisará por los diarios la casa de su despacho, y el precio de la suscripción. Se recibe equívocamente, siempre que no ataquen la buena moral, ó á personas en particular; y pueden entregarse en la imprenta de su publicación, ó remitirse por el correo, con el sobre—A el Federal.

*Solo el sistema de federacion puede garantir de un modo permanente, la union, la independencia y la libertad de las provincias argentinas.*

(Continúa.)

Bien quisieramos saber ¿sobre qué se funda el motivo de la *pretendida unidad*? la crasa ignorancia. En esta expresion que tan propiamente caracteriza los fatuos pangiristas del triste partido unitario, se encierran de por sí, la ingratitude, la falsedad y la hajeza; y por mas despreciables que sean estos vicios, nunca jamas alcanzarán al grado de infamia de que constantemente se han tan vilmente trabajado esos Eunuco del honor y de la moral. Para probar esta asercion, nos bastaria con recordar á la indignacion, á la vindicta pública, los nombres de aquella manada de carneros que humildemente sumisos á la voz de los

rústicos que los pastoreaban, se conformaban á todo cuanto pueda sugerir la mas depravada corrupcion. Y tal fué desde el principio de su ministerio, la marcha que siguió Bernardino Rivadavia, que nada se omitió para hacer perder á los argentinos, este caracter nacional tan eminentemente propio para engrandecerlos: parecia entonces que los hijos de estas provincias, solo hubieran nacido para servir de vil instrumento á las quijotescas pasiones de ese tan disformemente hinchado bufon á quien se apropió el nombre de *Zapo del diluvio*. Ese aborton del mas grosero maquiavelismo, intentando llevar la desinoralizacion hasta en la mas tierna juventud, creó al proposito un cuerpo de enseñanza que nunca jamas pudo manifestar á la República, sino la triste sombra del flaco esqueleto de su incoherente organizacion. Cimentó las demas instituciones de su *creadora invencion*, en los mismos principios; y si la reforma religiosa que intentó Rivadavia, lo hizo el blanco de la reprobacion pública, su modo de proceder en la dislocacion y reorganizacion militar, no debe hacerlo menos odioso; pues de ahí ha fluido este torrente devastador que tan horrorosamente ha sumergido la República, y cuyos desastrosos rastros dificilmente se torrarán.

En esto que en 1828 aconteció con respecto al ejército nacional, bien puede

Facsimile de la primera página del número 17 de *El Federal*, periódico que se publicó en Santa Fe durante los años 1830 y 1831.

## EL GENERAL ALDAO PRISIONERO EN ONCATIVO

1830

... Para un más exacto conocimiento, quiero referir cómo fué tomado el Fraile-General. Cuando yo me dirigí a los dos hombres de la escolta de Quiroga, que mandé lancear, mi fuerza pasó en la persecución de la caballería

enemiga, y a las dos o tres cuabras de haberme yo separado, conoce mi ya referido soldado al general Aldao (había sido prisionero suyo poco tiempo antes) y embístelo con su lanza gritando: «¡Aquí está el fraile Aldao!», y le tira una lanceada.

El fraile, que iba borracho, y probablemente con la cincha floja, tiéndese sobre un costado del caballo para huir de la lanceada y el recado se le da vuelta, y cae. Al dicho del soldado de ser aquél el general Aldao, paran todos sus caballos y se dirigen sobre él a registrarlo para quitarle cuanto tenía. Cuando el teniente Navarro acudió al punto de la reunión, ya el Fraile-General estaba desplumado, y cuando le preguntaron por Quiroga, les dijo: «Ése que iba a mi lado con el caballo cansado, ése era Quiroga». ¡Era ya tarde! Había tomádole el caballo a un soldado o sargento de los suyos y dádole tres onzas de oro. Cuando siguieron en su alcance tomaron y mataron al que había recibido las tres onzas, pero el general se había puesto en salvo. Mi deseo de que me los hicieran conocer a aquellos dos hombres de su escolta que por librar a su general me engañaron, fué lo que salvó a Quiroga de caer en mis manos y al fraile de ser allí mismo lanceado. Sería yo un infame si disfrazara la verdad. Si yo estoy presente, hago lancear al Fraile-General, pero después que me hubiese enseñado a Quiroga; a éste le habría conservado la vida porque ése era mi intento, pues había ofrecido en todos los cuerpos un premio al soldado que me lo entregara vivo, con la mira de obtener una gracia de mi general. La gracia que yo quería obtener respecto a Quiroga era la de cuidarlo en una jaula para hacerlo conocer en los pueblos que tanto había ultrajado, y hacer que cada uno de los individuos que él había azotado o abofeteado lo azotara y abofeteara también. A un soldado o vecino de los Llanos y paisano suyo, le había cortado Quiroga una oreja porque dicho soldado o vecino le había reyunado un caballo de su marca porque se le cansó en una travesía y tuvo que hacer el resto del camino con el apero al hombro. Habría hecho también que dicho individuo le cortase una oreja.

¡Todo esto lo consideraba justo para mostrar a ese bárbaro y en el a los que le imitaron después, que no era ése el modo de tratar a los hombres!

Me incorporé a la fuerza con que había, perseguido a Quiroga cuando regresaba con ella el comandante Chavarría y creo el mayor Campero, pues el general había mandado a estos jefes con algunas fuerzas en mi protección y llegaron después que me había yo separado.

Supe por ellos que habían perseguido a la fuerza de Quiroga como una legua más allá del punto en que me separé y fué tomado el fraile, al cual no lo vi hasta la noche, pues lo habían mandado inmediatamente a disposición del

general. A poco que andábamos, después de mi reunión, nos encontramos con el general en jefe, que venía marchando con los coraceros, ya al cerrar la oración...

El general Aldao fué mandado a la plaza de Córdoba y el coronel don Hilarión Plaza, mendocino, que lo conducía, parece que lo hizo entrar montado en un burro y fué bastante burlado por la chusma. Algo más necesitaba un apóstata que tantas carnicerías había practicado en Mendoza...

GREGORIO ARÁOZ DE LA MADRID.

## CAPTURA DEL GENERAL PAZ

10 DE MAYO DE 1831

... Cuando, a mi juicio, me hallaba a una distancia proporcionada del teatro del combate, lo que podía calcular por la proximidad del fuego que le sostenía, mandé adelantar a mi ordenanza para que, haciendo saber al oficial que mandaba la guerrilla, que yo me hallaba allí, viniese a darme los informes que deseaba. Creía que por su orden natural, la fuerza que me pertenecía, estaría en aquella dirección, pero era de otro modo. El comandante de la guerrilla sabía que debía aparecer una fuerza que, cooperando con él, exterminase completamente a la enemiga, para lo cual le había dado orden de que entretuviese el fuego mientras esto sucedía. Él, para lograr mejor lo que se le había prevenido, había colocado su partida dentro de un cerco, cambiando el frente de su línea de guerrilla, avanzando su ala izquierda; el enemigo, por un movimiento contrario, había tomado una situación paralela, de modo que ambas fuerzas contendientes presentaban un flanco a la dirección que yo traía; es decir, la fuerza que me pertenecía, el derecho, y la enemiga, el izquierdo, y apoyados ambos en el bosque; allí mismo terminaba para hacer lugar a un escampado que servía de teatro a la guerrilla; había, sin embargo, una diferencia, y era que el camino principal que yo había dejado por insinuación del guía iba a tocar el flanco derecho de mi guerrilla, y la senda por donde iba, tocaba, sin pensarlo yo, con el izquierdo de la enemiga.

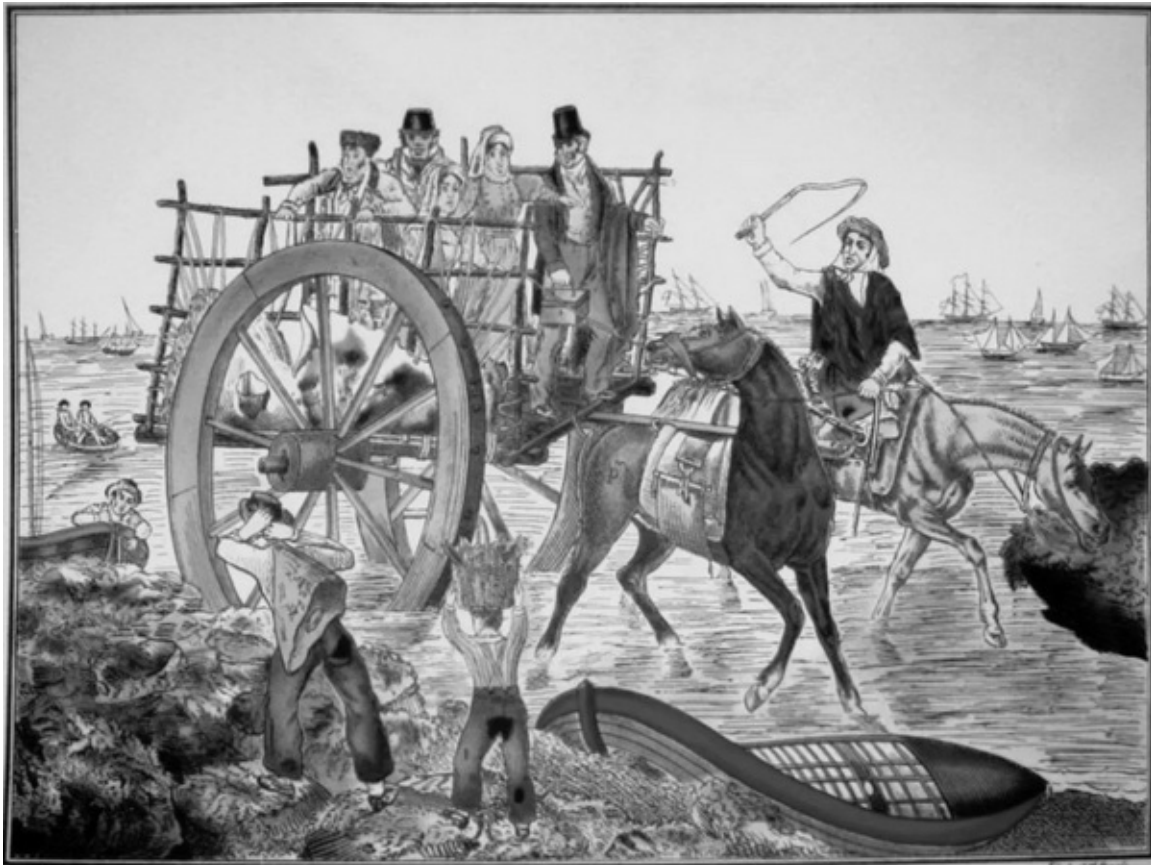


El aguatero (Litografía de C. H. Bacle).

Debe también advertirse que el ejército federal tenía divisa punzó y no sé hasta ahora por qué singularidad aquella partida enemiga, que sería de ochenta hombres y pertenecía a la división de Reinafé, había mudado en blanca, la misma que, arbitrariamente, se ponían las partidas de guerrilla mías, que eran en gran parte de paisanos armados. Es también de notar que, en el mismo día, habiendo empezado a arreciar el frío, había cambiado yo de ropa, poniéndome un gran chaquetón nuevo, con cuyo traje nunca me habían visto, lo que contribuyó después a hacerme creer que me desconocían a mí los míos, como yo los desconocía a ellos. Éstas fueron las causas de las fatales equivocaciones que produjeron mi pérdida.

El ordenanza que mandé no volvió más, y la causa fué que, habiendo dado con los enemigos, fué perseguido de éstos y escapó, pero tomando otra dirección, de modo que nada supe. Mientras tanto seguía yo la senda, y viendo la tardanza del ordenanza y del oficial que había mandado buscar, e impaciente, por otra parte, de que se aproximaba la noche y se me escapaba un golpe seguro a los enemigos, mandé al oficial que iba conmigo, que era el teniente Arana, con el mismo mensaje que había llevado mi ordenanza, pero

recuerdo que se lo encarecí más, y le recomendé la precaución. Se adelantó Arana y yo continué tras él mi camino: ya estábamos a la salida del bosque; ya los tiros estaban sobre mí; ya, por bajo la copa de los últimos arbolillos, distinguía a muy corta distancia los caballos, sin percibir aún los jinetes; ya, en fin, los descubrí del todo, sin imaginar siquiera que fuesen enemigos, y dirigiéndome siempre a ellos.



Carreta de desembarque. (Litografía de C. H. Bacle).

En este estado, vi al teniente Arana que lo rodeaban muchos hombres, a quienes decía a voces: *Allí está el general Paz, aquel es el general Paz*, señalándome con la mano; lo que robustecía la persuasión en que estaba, que aquella tropa era mía. Sin embargo, vi en aquellos momentos una acción que me hizo sospechar lo contrario y fué que vi levantados, sobre la cabeza de Arana, uno o dos sables, en acto de amenaza. Mil ideas confusas se agolparon a mi imaginación; ya se me ocurrió que podían haberlo desconocido los nuestros; ya que podía ser un juego o chanza, común entre militares; pero, vino en fin a dar vigor a mis primeras sospechas, las persuasiones del paisano que me servía de guía, para que huyese, porque creía firmemente que eran enemigos. Entretanto, ya se dirigía a mí aquella turba, y casi me tocaba,

cuando, dudoso aún, volví las riendas a mi caballo y tomé un galope tendido. Entre multitud de voces que me gritaban que hiciera alto, oía con la mayor distinción una que gritaba a mi inmediación: *Párese mi general; no le tiren que es mi general: no duden que es mi general; y otra vez: Párese, mi general.* Este incidente volvió a hacer renacer en mí la primera persuasión de que era gente mía la que me perseguía, desconociéndome, quizá, por la mudanza de traje. En medio de esta confusión de conceptos contrarios y ruborizándome de aparecer fugitivo de los míos, delante de la columna que había quedado ocho o diez cuadras atrás, tiré las riendas a mi caballo, y, moderando en gran parte su escape, volví la cara para cerciorarme; en tal estado fué que uno de los que me perseguían, con un acertado tiro de bolas, dirigido de muy cerca, inutilizó mi caballo de poder continuar mi retirada. Éste se puso a dar terrible corcovos, con que, mal de mi grado, me hizo venir a tierra.

En el mismo momento me vi rodeado de doce a catorce hombres que me apuntaban con sus carabinas, y que me intimaban que me rindiese; y, debo confesar, que aun en este instante no había depuesto del todo mis dudas sobre la clase de hombres que me atacaban, y les pregunté con repetición auiénes eran, y a qué gente pertenecían; mas duré) poco el desengaño, y luego supe que eran enemigos y que había caído del modo más inaudito en su poder. No podía dar un paso, ninguna defensa me era posible, fuerza alguna de la que me pertenecía se presentaba por allí; fué, pues, preciso resignarme y someterme a mi cruel destino.

Me dijeron que montase a la grupa de uno de los soldados que me rodeaban, que era precisamente el que había servido antes a mis órdenes, me había conocido y me gritaba que parase, dándome el dictado de general: yo mostré alguna repugnancia, y él, accediendo a mi muda insinuación, dijo, resueltamente, que no lo consentiría; se le ordenó entonces que me diese su caballo, y que pues no quería que yo subiese a la grupa, que la ocupase él, en lo que convino y se hizo al instante. Así dejamos aquel lugar, mientras dos o tres se ocupaban en desenredar las bolas de mi caballo, los que se nos reunieron luego con él, de diestro, y siguieron hasta cierta distancia, en que considerándose libre de una persecución inmediata, se ordenó la marcha de otro modo.

He empleado más tiempo en referir este lance y se ocupará más en leerlo, que el que se invirtió en realizarse. Todo fué obra de pocos instantes; todo pasó con la rapidez de un relámpago; el recuerdo que conservo de él, se asemeja al de un pasado y desagradable sueño: por lo pronto, era tal la

multitud de consideraciones que se agolpaban a mi espíritu, tal la confusión de ideas, tal la diversidad de sensaciones, que si no era casi insensible, era menos desgraciado de lo que puede suponerse.

No obstante, pude admirar la decisión de aquellos paisanos que se habían armado para sostener una opinión política que no comprendían. ¡Qué actividad! ¡Qué brevedad y armonía en sus consejos y consultas, que se sucedían con frecuencia! ¡Qué rapidez en sus movimientos! ¡Qué precauciones para no dejar escapar su presa! ¡Qué sagacidad para evadir los peligros que podían sobrevenirles! Se creería que habían sido bandidos de profesión; sin embargo, como hasta ahora, que eran más bien impelidos por influencias personales que por otra consideración, advertí que cuando raciocinaban sobre aquella guerra y las causas que la habían producido, se entibiaba notablemente su ardor; además, estaban imbuidos en los errores más groseros sobre la administración que regía la provincia y sus oficiales tenían un gran esmero en que no les desengañasen. En lo general fui considerado, hasta cierto punto, y con pocas excepciones no les merecí ni vejámenes ni insultos.

Lo que he dicho, acaeció el 10 de mayo de 1831, como a las cinco de la tarde.

JOSÉ MARÍA PAZ.

(*Memorias*, t. II.).

JOSÉ MARÍA PAZ. — Guerrero de la independencia y de las luchas civiles argentinas, nació en Córdoba (1791) y murió en Buenos Aires (1854). Figuró en las campañas del Alto Perú (1812-1815) y fué herido en un brazo en la batalla de Sipe-Sipe, por lo que le llamaban «el manco Paz». Tomó parte en la sublevación de Arequito (1820) contribuyendo a la caída del Directorio. Se distinguió en la guerra del Brasil (1826-1828) y adhirió a la revolución de Lavalle contra el gobierno de Dorrego, pasando con una división del ejército nacional a Córdoba, donde derrotó a Bustos y a Quiroga (1829). En 1881 fué hecho prisionero por los soldados de Estanislao López y estuvo preso en Santa Fe y en Luján. Puesto en libertad por Rosas, fugó de Buenos Aires en 1840 y combatió al dictador en Corrientes y en Entre Ríos. En 1842 organizó la defensa de Montevideo contra Oribe y pasó en 1845 a Corrientes, donde Urquiza derrotó la vanguardia de su ejército al mando de Madariaga (Combate de Laguna Limpia, 1846). Madariaga pactó con Urquiza, y Paz se dirigió al Brasil, donde permaneció hasta la caída de Rosas. Vuelto a Buenos Aires tomó servicio en el ejército provincial que combatió al gobierno del general Urquiza y al congreso de Santa Fe, en 1858. El general Paz escribió en la prisión y en el destierro sus famosas *Memorias*, honra de la literatura militar argentina, que provocaron en su época diversas polémicas.

## EL GENERAL PAZ EN EL CAMPAMENTO DE ESTANISLAO LÓPEZ

11 DE MAYO DE 1831

En la madrugada del 11 de mayo de 1831 nos encontrábamos en Calchines, acampados, esperando las fuerzas de Buenos Aires que mandaba el general don Juan Ramón Balcarce, para emprender la campaña contra el general Paz. El general López, su secretario el coronel Pascual Echagüe, y otros jefes lo acompañaban alrededor del fogón tomando mate, cuando se presentó un joven cordobés, que dijo llamarse Serrano, anunciando dejaba a corta distancia la partida que conducía prisionero al general Paz, cuyo caballo había boleado él mismo.





General José María Paz (*Daguerrotipo de 1848*).

Si grande fué la sorpresa que produjo esta noticia, no lo fué menos la duda acerca de la veracidad del informante; aunque entre las señas que daba, la de «manco» era incontestable. El general ordenó al señor Echagüe, que sin demora montase una mitad de lanceros de 25 hombres con un oficial a la cabeza, y, acompañando al chasque Serrano, fuese a encontrar la partida que se decía conducía al prisionero. Verificado esto, y antes de mucho rato, regresó el todo de la gente y a la intermediación del general López desmontaba el señor Paz, en mangas de camisa y quitándose un gorrete de tropa, que se le había dado en vez de la gorra que le quitó uno de los soldados. Don Estanislao López y demás de su círculo se pusieron de pie, y el primero se adelantó a dar la mano y saludar al prisionero, ofreciéndole con grande instancia aceptase la única silla, que era una pequeña, con asiento de paja,

para sentarse, la que aquel rehusó con toda cortesía, sentándose en una cabeza de vaca de las que rodeaban el fogón. El señor López le ofreció entonces mate, café o té (el informante no recuerda qué aceptó); y al mismo tiempo ordenó a un asistente subiese a su carretón y trajese un poncho de abrigo y una chaqueta para que el huésped se cubriese, pues el frío era fuerte, diciendo al mismo tiempo:

—General, las únicas «capas» que podemos ofrecerle son las de «cuatro puntas» y de ponerse por la boca—; a lo que el general Paz contestó que eran las mejores, y cuando vino el asistente, se cubrió arrebozándose.



Cabildo y Policía.

A poco se llamó al sargento que mandaba la partida apresadora, quien explicó la boleadura del caballo, que presentó, era un malacara choquezuela blanca, animal de buena apariencia y manso; y cumpliendo la orden que se le dió, se hizo entrega al general Paz de la casaca de la que se le había despojado, gorra buena, etcétera.

Como ni el general López, ni otro alguno abría la conversación, el general Paz, rompiendo el silencio, dijo: «Señor López, los soldados de usted son unos valientes y los míos unos cobardes, que me han abandonado a doce cuabras de mi ejército». El general López asintió con un movimiento de

cabeza y el general Paz continuó: «Dejo un ejército que en moral, disciplina, armamento, etcétera, es completo y capaz de batirse con el que usted presentase, fuese el que fuese; pero faltó yo, todo es perdido; pues Madrid, que es quien queda a la cabeza, es incapaz de sacar ventaja alguna de su posición, careciendo de aptitudes para llevar a cabo mis planes».

Tampoco consiguió que el señor López dijese más que palabras sueltas, ni cosa que pudiera dar ofensa ni halago al prisionero, y así continuó hasta que las tareas del día, entre las que tuvo lugar la de encontrarse con el ejército que llevaba el general Balcarce, y otras, dejaron al general Paz encargado a los que le custodiaban.

Se ha querido decir que el general Paz fué insultado y amenazado a su llegada, lo que no es cierto; si bien causó un tumulto natural conocer su arribo; entre los que más se mostraba la algazara y retozo eran los indios guaycurúes de la división que llevaba el general López, compuesta de un mil hombres más o menos. Tampoco se puede negar que entre las consideraciones tenidas con el general Paz, no fué la menor su envío a Santa Fe a cargo del capitán don Pedro Rodríguez, mozo altamente educado y elegido por el general López, como la persona más propia para el desempeño de la comisión que se le confió.

SATURNINO GALLEGOS.

(ADOLFO SALDÍAS, *Historia de la Confederación Argentina*, t. II.).

SATURNINO GALLEGOS. — Formó parte del ejército federal en 1831 y se halló presente a la llegada del general Paz al campamento de López. Ya anciano, facilitó al doctor Adolfo Saldías el relato que se ha leído y que figura en la obra citada.

## LA BATALLA DE VENCES

UN MONTE DE BANDEROLAS ROJAS

27 DE NOVIEMBRE DE 1847

La noche era de luna, pero muy toldada, así es que andando por el campamento se daba uno con grupos que dormían, con caballos atados a la estaca, con carros mal colocados o con una que otra carpa fuera de línea.

Sombras más oscuras y más uniformes, eran cuerpos que velaban, sentados o echados en su misma colocación ordenada. Alguna voz conocida lo hablaba a uno en la tiniebla: era un jefe amigo o algún grupo de ellos que conversaban bajo sobre los sucesos. Así llegué a la artillería, en donde pasé un rato agradablemente con Carlos Paz: estaba seguro de su fuerza, de su moral y de su destreza. ¡Pobre amigo: no lo volví a ver más!

La vigilancia era muy cuidadosa dentro y fuera del campo. La diana se tocó media hora antes que de costumbre, presumiéndose alguna operación del enemigo en la madrugada. En efecto, de día ya, se divisaron las columnas enemigas en movimiento. Detrás de las guerrillas avanzadas se veía venir una gruesa columna de infantería que se dirigía hacia el desfiladero del sud que daba entrada al campo. Con esa columna venían algunas piezas de artillería.

El general Madariaga mandó ocupar con tres batallones aquel punto amenazado. Uno de ellos lo mandaba el comandante Palma, después general Palma, tan ventajosamente conocido en el mando del 1.º de línea del ejército nacional en las batallas de Cepeda y Pavón. El segundo tenía por jefe al coronel Toledo, que apoyó la revolución del 11 de septiembre en Buenos Aires y formó con sus infantes correntinos en la plaza de Mayo. El tercero estaba mandado por el comandante Martínez. Estos jefes desprendieron pequeñas partidas que ocuparon posiciones convenientes, cambiándose tiros de fusilería que fueron aumentando a veces hasta convertirse en descargas entre aquellas fuerzas que se iban empeñando. La columna de infantería enemiga la mandaba el coronel José M. Francia, reputado por su competencia militar.

# CONSTITUCION

DE LA

PROVINCIA DE SANTA FE

*SANCIONADA*

POR LA

HONORABLE JUNTA REPRESENTATIVA

EL

**17 DE JULIO DE 1841.**



**IMPRENTA DEL ESTADO.**

---

Facsímile de la portada de la Constitución de Santa Fe sancionada el 17 de julio de 1841.

La derecha del ejército invasor, aproximó una gran columna que parecía traer su ataque por las lagunas, de ese costado. Según se dijo, pero sin afirmarlo, el mismo general Urquiza conducía esas fuerzas. Ese movimiento tenía probablemente por objeto favorecer las operaciones iniciadas por la infantería entrerriana. Ocupaban el costado izquierdo del ejército correntino, excelentes cuerpos de caballería dispuestos a recibir aquel ataque; y tenían su mando algunos jefes de muy probhda importancia. Estaba entre ellos el coronel Joaquín Baltar, de justísima reputación en la guerra; lleno de servicios en las campañas del general Lavalle y en varias de la República Oriental a las órdenes de Rivera. Se contaban entre los jefes de esas fuerzas, el coronel Bernardino López, altamente estimado por su importancia; y el comandante Plácido López, hoy coronel en el ejército de la nación.

La columna enemiga se detuvo. Aquel era un ensayo, como lo dije antes, mientras la infantería tentaba abrir camino por el desfiladero del sud. Realmente, el tiroteo arreciaba pero sin propiciarles ventajas. Al caer la tarde los cuerpos enemigos se retiraron, permaneciendo a la vista hasta el anochecer. Todas las opiniones estaban contestes en la idea de que al día siguiente el ataque se haría general. Con efecto, a las siete de la mañana el enemigo estaba encima, trayendo las mismas direcciones del día anterior. Notábase, sin embargo, que sus fuerzas estaban aumentadas con reservas que estarían retrasadas. El general Madariaga se apresuró a colocar la artillería en puntos inmediatos a los batallones. Esta arma estaba admirablemente dirigida por el distinguido y simpático coronel Carlos Paz, oficial de la campaña del Brasil y del sitio de Montevideo; y lo acompañaba como segundo jefe el comandante Solano, muy respetado por sus aptitudes. Al mismo tiempo cubrió su costado derecho con una división de caballería mandada por el general Juan Pablo López (ex gobernador de Santa Fe) secundado por el coronel Paiva, uno de los mejores oficiales correntinos, y por el coronel Manuel Saavedra, jefe de la mejor escuela en su arma. Este distinguido oficial pertenecía a la familia de su nombre, tan altamente conocida y tan estimada en Buenos Aires.

El fuego recomenzó como anteriormente, por la cabecera del sud; y como antes, fué aumentando en estrépito y en volumen. Es que la artillería mezclaba ya su voz de trueno en la lucha; y uno que otro cañonazo que se cambiaban hacía poco, convirtiéndose en verdaderas descargas de artillería. Se peleaba con rabia. Lo atestiguaba el fuego de fusilería y lo afirmaban los cañones. Había momentos en que realmente aquel era un infierno; pero francamente, excitaba los ánimos tanto estruendo. Cuando crecía parecía que se acercase el peligro; que se viniese el enemigo encima.

De repente cesaba aquel estrépito. Se hacía el silencio por todas partes: parecía que todos los combatientes hubiesen muerto, para resucitar al rato por otro lado, más moderados y parsimoniosos, y para reventar de nuevo con mayor saña y con mayor estrago. Esas intermitencias imponen por su solemnidad. Ese silencio repentino parece una celada; ese estruendo inmenso es como un desplome. Tenía delante de mis ojos ejemplos que desmienten mis observaciones. Hay para quienes todo esto no produce emoción. El temperamento y el hábito no le dan entrada. Saben que llegado el caso todo lo vencerán con el valor. Sus nervios se mueven con la provocación pero no con el sentimiento. Estaba viendo unos cuantos soldados de la escolta del gobernador, tirados sobre el pasto, jugando a los naipes su monte preferido,

riendo a carcajadas y celebrando sus dichos con una indolencia pasmosa. Esta escena tan jovial y tan tranquila, pasaba en medio de aquel cuadro de general agitación en que corría la sangre y se perdían vidas queridas. Estos soldados pertenecían a un escuadrón muy escogido y renombrado, que acompañaba al general Madariaga desde mucho tiempo. Se les nombraba con el distintivo indígena, los *ñandúis*; y los mandaba el coronel Alemí, soldado aguerrido, de altísima estatura, de rostro moreno, de barbas ásperas y renegridas que le llegaban hasta el estómago.

Un mandoble de Alemí, debía ser de la medida de aquel con que Plantagenet partió de un golpe su masa de armas. Esos hombres de aspecto indolente, saltaron sobre sus caballos con la celeridad de los pájaros o de las panteras a la primera señal. Eran los *mosqueteros* gauchos en las aventuras guaraníes. Su sensación tocante está en la lucha: las emociones comunes pasan como accidentes. El combate arrecia. Incidentes sucesivos motivan disposiciones, movimientos, refuerzos: cruzan grupos distintos, llegan y van ayudantes; se piden y se dan órdenes. La actividad crece en aquel campo donde el fratricidio implacable se reta a muerte.



Soldado de caballería en 1852. (Caseros). Chiripá y chaqueta colorada; bota de potro, calzoncillos enrollados a la pierna y gorra de manga. (Dibujo de Salinas).

¡De repente se sienten dianas! ¡Qué es esto!

«¿Se ha triunfado del enemigo? ¡Hurra! ¿De dónde vienen esos avisos de la victoria?».

Las dianas parten de la división Baltar. Llega el parte; y aquel jefe comunica que la gran columna que le traía el ataque ha vacilado y retrocedido. Otros detalles explican más el hecho celebrado. La columna de caballería que el día anterior amenazaba el costado izquierdo, penetró, en los pantanos con intención de flanquear. Se corrieron sobre ese punto dos piezas y cien infantes, cuyos fuegos llevaron perturbación al agresor, conteniéndolo entre aquellos lodazales y obligándolo a retroceder de la línea en que había ya avanzado. El fuego de la infantería era cada vez más encarnizado y más nutrido. La artillería jugaba con tesón. Sus efectos debían ser costosos de parte a parte.



Estaba visto que el general Urquiza concentraba su atención preferente en la toma del desfiladero del sud. Todo convergía a realizar esa operación. Por eso se sostenía con tal encarnizamiento el combate en aquel punto, y por eso se prodigaba allí tanta sangre preciosa. Era indispensable, por lo visto, romper aquella línea de defensa; que se tomase la posición para dar entrada a sus fuerzas. No había otra puerta; pero tomarla parecía más que difícil; quizá imposible. Los correntinos mantenían las ventajas de su posición con gran firmeza; sus enemigos tenían que retroceder a veces. La artillería de Paz hacía estragos; pero la infantería entrerriana no declinaba de su coraje y volvía a renovar su ataque. Allí estaba concentrada la batalla, el interés y la ansiedad de unos y otros. Era donde arreciaba más y más el fuego. La tenacidad podía medirse por el estruendo. Aquél era como un barómetro de muerte. ¡Nueva emoción! El Estado Mayor comunica a gran prisa que el coronel Francia, jefe de la infantería enemiga, ha muerto derribado por una bala de cañón.

¡Es realmente un acontecimiento! La importancia de Francia debía ser preciosa para el general Urquiza. Aquella pérdida hacía el desequilibrio en su contra. El coronel Francia recibió una metralla que le deshizo las mandíbulas y lo tuvo mucho tiempo entre la vida y la muerte. Este suceso y la detención de la columna que amenazaba la izquierda, se interpretaban en favor de la defensa: eran sin duda promesas venturosas.

Mientras pasaban así las cosas por la cabecera y por la izquierda del campo, la fuerte columna entrerriana, que parecía amenazar la derecha correntina, se había acercado. Penetraba ya en las extensas lagunas; y la división López, en terreno ventajoso y firme, se disponía a cargarla. La columna invasora era compuesta de lanceros. Era aquel un monte de banderolas rojas. De repente los tiradores rompieron el fuego de una parte y de otra, pero débilmente. A poco andar aquel estruendo ha cambiado... ¡Ésas son descargas de infantería! ¡Infantería! ¿De dónde sale esa infantería por ese lado? Asalta la natural sorpresa... Los hados no siempre son propicios a la buena voluntad y al valor. El ingenio suele ser más eficaz y más certero para vencer a la fuerza.

¡Así es! Una estratagema de guerra se desarrollaba en medio de esa laguna con éxito irresistible. En esa orilla estaba la solución del combate.

Aquellas tropas distanciadas y como en acecho, respondían sin duda a una operación concertada para entrar en su oportunidad a la refriega: ésa era la oportunidad; entraban. Esa columna que traía su ataque era de mil o mil quinientos hombres. Venía bajo la dirección del general oriental Eugenio Garzón; soldado experto e ilustrado. Había colocado entre las espesas filas de

sus lanceros un cuerpo de infantería, bien cubierto, y cuyos fusiles habíanse enmascarado colocándoles banderolas. A distancia conveniente el batallón echó pie a tierra, o pie al agua, con ésta a la cintura. La caballería le dió lugar y reventó la primera descarga. ¡Debió ser aquélla una gran sorpresa! Lo fué al instante muy general en el campo. Seguía el fuego graneado. Estos tiros y estas descargas debían producir natural inquietud. La aparición tan repentina de esa arma y la superioridad imponente de ella sobre la caballería, debían producir singular efecto.

El general Madariaga, que se había dirigido un instante a la infantería que se batía en el desfiladero, volvió repentinamente su caballo. A gran galope y seguido de sus *ñandúis*, se vino a la división López. ¡Ya era tarde! Cuando llegaba, se veía salir de las filas uno que otro soldado que abandonaba su puesto en medio de la algazara y del fuego. ¡La conmoción extraña y confusa aumentaba: ya eran grupos más numerosos los que huían!

Un oficial superior que salía, se aproximó, pero muy de paso al general y le dijo: «Señor, no he podido hacer pelear a esta gente»... Me parece que tenía él mismo bastante voluntad de irse, porque continuó al galope. Entre tanto, el general Madariaga tocaba reunión; atajaba los dispersos con la voz y con la espada. Con denuedo digno de otra suerte, se lanzaba a contener escuadrones enteros, que en grandes grupos informes o en dispersión, se retiraban. Es imposible mayor arrojo ni mayor olvido de su propia vida, en la demanda de contener aquellas multitudes impetuosas que no escuchaban ya sino a sus propios instintos. ¡No era posible hacer más!



Don Eusebio de la Santa Federación. Gobernador de la Provincia, Magestad en la tierra, Conde de Martín García, Señor de las Islas Malvinas, General de las Californias, Conde de la quinta de Palermo de San Benito y Gran Mariscal de la América de Buenos Aires. (Títulos consagrados por Rosas).

No era posible contener aquella dispersión que se pronunciaba por completo entre una confusión incomparable, entre aquellos fuegos de fusilería y entre aquellos toques de clarines, que unas veces parecían reunión y otras animosas dianas. Y sin embargo el general Madariaga continuaba con ímpetu conteniendo las tropas que se dispersaban, envolviéndolo todo y a él mismo.

Allí lo perdí de vista. El desorden y la confusión nos separaron. Quedé un momento orientándome para poder seguirlo. ¡Imposible!

FEDERICO DE LA BARRA.

FEDERICO DE LA BARRA.— (1817-1897). Periodista y escritor argentino nacido en Buenos Aires. Alternó a veces sus tareas de escritor con la milicia y dirigió periódicos de combate en Rosario y en la capital de la República. Fué secretario del general Juan Madariaga (Corrientes) durante la campaña militar que culminó con la derrota de ese jefe en el potrero de Vences (27 de noviembre de 1847). Actuó en el sitio de Buenos Aires (1852-1853). Publicó diversos trabajos de carácter histórico, entre ellos su libro *Narraciones*, en que se hace una descripción muy exacta y animada de la susodicha batalla de Vences y de la retirada de los dispersos y fugitivos, entre los cuales se encontraba el mismo De la Barra. Es una de las descripciones más llenas de vida y colorido que se conocen sobre un combate de las guerras civiles argentinas.

## LOS DERROTADOS DE VENCES

NOVIEMBRE. 1847

Resolvimos hacer noche en el campo. Nos apartamos buen trecho de lo que parecía el camino y entramos en un montecillo; amarramos nuestros caballos e hicimos campamento sobre un blando pastizal. Aquella era una noche de príncipe: ésa era mi perspectiva. La fatiga del día; las emociones constantes; las agitaciones del espíritu y las mortificaciones del cuerpo, anhelaban ese lecho de flores que me ofrecía aquel campo. Me dejé caer en él, junto a Cabral, con quien departimos en voz baja sobre nuestra situación. Sin embargo, la reminiscencia de los acontecimientos más recientes me absorbía. ¡Qué suerte habrían corrido muchos de mis amigos! ¿Estarían vivos y errantes como yo? ¡Ojalá! ¿Cuáles de ellos estarían tendidos en el fondo de las selvas donde buscaban refugio? El gobernador Madariaga, tan noble, tan virtuoso, tan enérgico, ¿habría salvado en medio de aquella confusión en que lo dejé?

¡Qué diera por saber todo esto! ¡Por abarcar la realidad de aquel enorme cuadro de dudas que me preocupaba! Mis interrogaciones y mis confidencias eran con las estrellas. Cabral estaba sumergido en las profundidades del sueño. Todavía se entregaba mi imaginación al vuelo de las conjeturas, queriendo desentrañar probabilidades y formular cálculos, sobre las consecuencias que habría de producir para Corrientes y para-la República, el desastre de una causa tan bien inspirada... pero el sueño me iba envolviendo. Tengo tiempo de pensar en todo esto con tranquilidad. Mañana habré dejado la orilla argentina y estaré en un instante en el *Paso de la Patria*... Me quedé dormido; pero un mal genio seguía conspirando contra mí mientras dormía, y preparándome nuevos azares... Sentí de repente que Cabral me despertaba cautelosamente.

—¿Qué hay...?

—Silencio, patrón... más bajo...

—¿Pero, qué tenemos?

—¿No sentís esa gente? Escuchá...

—Sí, siento ahora: es gente armada.

—Verdá. Es tropa de línea: fuerza del enemigo... No nos movemos. Aunque estamos retirao no alcemos la cabeza...

Era tropa regular; no cabía duda. No la podíamos ver pero sentíamos la uniformidad de su marcha, con cierto orden, el ruido acompasado de sus armas y su completo silencio. No eran éstos los pelotones, los grupos desordenados, bulliciosos, que habíamos visto antes. El oído nos estaba resolviendo la investigación en las tinieblas. Fué alejando el ruido poco a poco, hasta perderse del todo en el espacio. «¿Qué piensas de esa gente, Cabral?». «No sé, patrón...». «Pero la verdad es que he pasado un mal rato: recién resuello fuerte. Si se desvían un poco nos pescan en el nido». «No, patrón, estábamos lejos. Yo pensaba en otra cosa». «¿En qué pensabas?». «En los caballos...». «¿Por qué en los caballos?». «Si relinchan lo que sintieron a los otros, dan aviso a la gente...». «¿Por qué no relincharían? Les debemos ese nuevo servicio a los pobres animales». «Es porque felizmente están cansados —me respondió Cabral con su adivinación de Sibila». «Entonces, hemos estado pendientes de un relincho, Cabral. ¡Venturosa fatiga que hizo prudentes a esos pobres mancarrones, y benditos nosotros que los habíamos cansado!». Estaba amaneciendo. Nos pusimos en acecho, pero no divisábamos todavía sino sombras lejanas. En aquellas regiones del planeta, la luz no va apareciendo con flemática lentitud. Los crepúsculos son de un instante. El día puede decirse que se presenta de sorpresa. Entrego esas atmósferas a los que tienen que hacer con ellas: que expliquen. ¡La aurora nos mandó una dulcísima emoción...! La casa que buscábamos se dejaba ver medio cubierta por los árboles. «¡Mira, patrón, allí está la casa!». «Pongámonos en marcha», le dije a Cabral.

«¡Aguárdate! Aquellos soldados de anoche andarán cerca. Bombiemos un poco». «Tienes razón; pero conviene andar pronto».

«Allá viene un muchacho recogiendo las vacas», y Cabral, con su agilidad habitual, galopó y se puso al lado del lejano pastor aparecido. Había hablado con él cinco minutos, cuando lo vi venir a gran prisa derecho a nuestro campamento.

«¡Montá, patrón!», me dijo sin bajarse. «Montá y vamos ligero». «¿Adónde?». «Seguime no más», y se entró en el monte, no muy espeso, que

teníamos al costado. Dentro del monte seguíamos galopando. Notaba inquieto a mi baqueano. ¿Qué ocurriría? «Esa gente que pasó anoche, me dijo Cabral, está en la casa. Si hubiéramos llegado temprano como pensabas nos íbamos a meter en la boca del león». «¡Diablos! ¿Y qué gente es ésa? ¿Averiguaste?». «Alcancé a ver dos soldados a pie con gorros colorados. Esto bastaba; pero le saqué al muchacho lo que pude. La fuerza llegó anoche. Es un escuadrón que marcha aprontando ganado para la división de Virasoro que viene del Uruguay, y quizá alcance a llegar mañana. Estos soldados —agregó de su caudal—, no tardarán en desparramarse para comadrear y agarrar prisioneros. Andemos pronto, patrón, para alejarnos. Por acá no estamos seguros...».

Continuamos andando ligero y nos internamos bastante en el monte. Cabral, que era gran baqueano, tomó un caminito de animales y seguimos esa huella. Veíamos a corta distancia un rancho de pobre apariencia y nos dirigimos a él. A la misma casa iba llegando un paisano, ya de edad y de buen aspecto. Se notaba que había allí familia. Cabral se adelantó un poco para tomar lenguas. El pretexto usual del *poquito de agua y del fueguito* le sirvió de introducción. Es el modo de explorar la buena o la mala voluntad de las gentes con que hay necesidad de entenderse. Por lo visto tuvo buena acogida mi asistente. Nos bajamos. Permanecí un poco apartado mientras Cabral continuaba su diálogo con el paisano. Una muchacha le presentó al paisano un gran mate que le pasó a Cabral y éste me lo trajo. El paisano se acercó; y conocí en el semblante de Cabral que no abrigaba desconfianza.

—Este amigo —me dijo—, también anda pasando trabajos. «¿Ha estado usted en el ejército?». «No, señor». «¿Y qué le sucede?». «Un hijo mío ha estao en la pelea». «¿Dónde está?». «Cuando llegó lo mandé a casa de una hija casada que tengo retiraó de aquí. El alcalde no lo quiere y me lo puede perseguir». «¿Hay por acá un alcalde?». «Vive como a dos leguas. Malo es que se hagan autoridades para situarlas en estos distritos, si no han de hacer otra cosa que inquietar a los que no las conocen, y perseguir a sus conocidos». «Este amigo sabe que ha llegado la fuerza a la costa —me dijo Cabral—, y cree que no estamos seguros en su casa. Puede allegarse alguien y vernos. Pero nos va a ayudar mientras podamos seguir».

Las masas correntinas eran una especie de logia que se debía protección mutua, que uniformaba instintivamente sus juicios; por eso se explicaba esa cordialidad tan universal. Robustecía esas tendencias el uso de su dialecto propio, la uniformidad de sus costumbres y de sus ejercicios, la similitud de caracteres y de propensiones personales. La hospitalidad era la primera deducción de sus condiciones geniales. El correntino albergaba al que lo

solicitaba (lo que es común por todos los pueblos de la República) pero, estaba pronto a dar amparo al que lo necesitaba arrojando todas las consecuencias. Si ese amparo se ejercitaba contra la autoridad, mayor era la abnegación. No reconocían nunca un criminal, sino un perseguido. Así pues, en los lances calamitosos debían ser menos las desconfianzas y más fácil la inteligencia con esas gentes. Mi observación no se limita a excepciones; la compruebo con el ejemplo de muchos. Sea justicia merecida, sea que una providencia tutelar me protegía, el hecho es que todas las personas con quienes me iba encontrando en esta larga aventura, francamente, me obligaban. Los hallaba buenos, discretos, espontáneos. Sin esa buena fortuna, habría apurado mayores amarguras en la jornada. Así es que, no encontré rara la buena voluntad del dueño del rancho en que estábamos. No se atrevía el pobre paisano a insinuarme que siguiéramos nuestro camino, porque el peligro en que nos hallábamos era evidente. Habría creído, como los árabes, faltar al gran precepto de su ley religiosa: a la hospitalidad...

—Mi amigo —le dije—, creo que estamos mal aquí. Le agradezco su generosidad, pero es preciso que sigamos.

Mi asistente se interpuso y me dijo:

—Mirá, patrón, ya estamos entendidos con el amigo. Nos va a esconder en lugar seguro por este día para que podamos disponer...

—Bueno, Cabral. En el escondite podremos corregir rumbos. Montamos; y el paisano nos llevó después de varios rodeos al sitio designado en la mayor espesura del monte. Hízonos descender a un ancho pozo formado por irregularidad del terreno. Podría decir que era un gran bajo, muy profundo, muy pastoso y muy cómodo. Nadie podría vernos aunque se aproximase un poco.

—No se muevan de aquí —dijo el paisano—, hasta que yo vuelva. Voy a saber algo por el rancho. Aquí están seguros.

Los mosquitos de esta comarca no eran tan humanitarios como sus señores: nos hacían pedazos y nos cobraban el albergue al precio de nuestra sangre.

FEDERICO DE LA BARRA.

*Himno de los Restauradores.*  
DEDICADO



Al Ex<sup>o</sup> S<sup>o</sup>r Brigadier General  
*Restaurador de las Leyes*  
Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires  
**D. JUAN MANUEL DE ROSAS.**

*Palabras de José María Indarte*

*Música de Esteban Laurin*

*En la Imprenta del Comercio y Litografía del Estado*  
*Calle de la Catedral N.º 7*  
**Buenos-Aires**

1853





JOSÉ LUIS BUSANICHE (Santa Fe, 1892 - Buenos Aires, 1959). Abogado e historiador argentino.

Entre sus obras se destacan «San Martín visto por sus contemporáneos», «Rosas visto por sus contemporáneos» y «Lecturas de Historia Argentina. Relatos de Contemporáneos, 1527-1870» reeditado en 1959 bajo el título de Estampas del Pasado.

Busaniche es uno de los exponentes más destacados de la corriente denominada Revisionismo histórico en Argentina.

## Notas a la Introducción

[\*] Debemos la utilización de estas últimas a los buenos oficios del Dr. Roberto Etchepareborda. <<

[1] Las del Instituto de Investigaciones Históricas, por ejemplo, que son un modelo en el género. <<

[2] B. SANÍN CANO, Prólogo a *El Río de la Plata*, de R. B. Cunninghame Graham, Londres, 1914. <<

[3] G. MASPERO, *En tiempos de Rarnsés y de Assurbanipal. Egipto y Asiria en la antigüedad*. Trad. de Domingo Vaca. Madrid, 1913. RENÉ MENARD y CLAUDE SAUVAGEOT, *Los pueblos en la antigüedad*, t. I: *Egipto y Asia*. Madrid, 1914. t. II: *Grecia e Italia*. Madrid, 1916. <<

[4] CH. V. LANGLOIS, *Historia de la Edad Media*. (395-1270). <<

[5] PAUL GUIRAUD, *Vida pública y privada de los griegos*. Madrid, 1915.  
Historia romana. Vida pública y privada de los romanos. Madrid, 1917. <<



[6] En 1933 apareció en Santiago de Chile un libro muy digno de aprecio, de que son autores los distinguidos historiógrafos Mariano Picón Salas y Guillermo Feliú Cruz. Se titula *Imágenes de Chile* y guarda similitud con estas Lecturas, en algunos aspectos, aunque en otros las separan diferencias fundamentales. <<

[7] Agustín Thierry y Ch. V. Langlois. <<

[8] Los textos pertenecientes a Hudson, Mac Cann, Yates, Brossard, Isabelle, Lacordaire y algunos otros, han sido traducidos especialmente para esta obra por su compilador y llevan, bajo el nombre de los autores, las iniciales J. L. B.  
<<

## Notas a la Primera Parte

[1] Al Paraguay, donde estaba Ayolas, cuando se volvió a Europa don Pedro de Mendoza. <<

[2] El mar del Sur u océano Pacífico, (Nota de Paul Groussac). Creían entonces que por el Paraná podía llegarse al mar Pacífico. <<

[3] *Si no ficieren por qué. Si no dieren motivo. <<*

[4] Se percibe algo como el recuerdo roedor de la ejecución de Osorio, hecha sin «proceso primero y bien sustanciado». (Nota de Paul Groussac). <<



[5] Parece que debiera entenderse *además del capitán*, etc. <<

[6] La gobernación de don Pedro de Mendoza se extendía hasta el mar Pacífico. <<

[7] Groussac cree que el antiguo puerto de San Lázaro estaba en la desembocadura del arroyo de las Vacas, sobre la costa uruguaya, frente al delta del Paraná. <<

[8] Los lenguaraces o intérpretes. <<

[9] Por el Paraná Guazú, y sus brazos y no por el Uruguay, como quiere Varnhagen. (Nota de Eugenio de Castro, autor del comentario al *Diario de Navezação de Pero Lopes de Souza*. Río de Janeiro, 1927). <<

[10] Las dos islas llamadas después por Pero López, «de los Cuervos»; deben ser las actuales «Dorado» y «Doradito», en el Paraná Guazú. (Nota de Eugenio de Castro.) <<

[11] Por el brazo del Paraná Bravo. (Nota de E. de C.). <<

[12] Por el Paraná Guazú, pasando al norte de la isla Botija. (E. de C.) <<



[13] Esta tierra de los *Carindins* (*Quirandis* o *Quirandies*) debería estar bañada por las aguas del Paraná y Paranaguazú; pero la que conoció Pero Lopes sería la que en tierra argentina está limitada por San Pedro, brazo del Paraná Pavón, Ibicuy y Baradero, con el respectivo arroyo. <<

[14] Actual río de Solís Grande. (Nota de E. de C.) <<

[15] De Charcas. <<

## Notas a la Segunda Parte

[1] *Cuera*. Especie de jaquetilla de piel, que se usaba en lo antiguo sobre el jubón. <<

[2] Actual ciudad de Paraná. (Nota de 1938). <<

[<sup>3</sup>] Véase pág. 65. [Las referencias a páginas de la obra —que en su mayoría indican la ubicación de la biografía del autor en cuestión— se conservarán a fines de respetar el original, a pesar de que las mismas no tengan funcionalidad en esta edición digital (*N. del E. D.*)] <<

[4] Véase pág. 82. <<



[5] Véase pág. 88. <<

[6] Véase pág. 65. <<

[7] Véase pág. 71. <<

[8] *Huecuvo* dice Febrés que es «cierta deidad o ente de razón que finge ser causa de sus muertes, enfermedades y trabajos». <<

[9] Véase pág. 80. <<

[10] Véase pág. 82. <<

[11] Véase pág. 110. <<

[12] Ateniéndonos al texto sería en mayo de 1755. <<



[13] 31 de julio de 1755. Ignacio de Loyola falleció el 31 de julio de 1556 y suponemos que en el manuscrito Paucke se refiere siempre a él. <<

[14] Kleines *Gütel*, diminutivo de Gut, o sea una heredad. Paucke se refiere con el diminutivo probablemente a «las casas», pues el número de ganado enumerado a renglón seguido nos indica un importante establecimiento rural.  
<<

[15] Página 783 del manuscrito. <<

[16] Para el vulgo alemán, el adjetivo «español» es sinónimo de «incomprensible». <<

[17] *Masz*, antigua medida austríaca para trigo, de 1,5 litro. <<

[18] *Elend*, sinónimo de miseria, o sea antonomasia por prisión. <<

[19] Es decir, cada seis. <<

[20] I. e. revisados. <<



[21] Véase pág. 82. <<

[22] Véase pág. 129. <<

## Notas a la Tercer Parte

[1] Francia no era todavía dictador. <<

[2] Alguna vez el general Mitre me hizo leer (y siento no haber sacado copia con su beneplácito) unas curiosísimas cartas en francés, escritas en Buenos Aires y dirigidas a Belgrano por cierta Mme. Pichegru, amiga suya desde Europa y cuyo parentesco con el general en jefe de los ejércitos del Rhin no he podido establecer. Pichegru nunca fué casado y no dejó descendencia ninguna. <<

[3] Las empresas cumplidas por el general San Martín hasta 1818 y las que realizó más tarde parecen desmentir esta afirmación. (*Nota de J. L. B.*) <<

[4] ¿Qué puede usted esperar de nosotros?... Debemos cometer desatinos pues somos hijos de españoles y no mejores que ellos. <<

[5] Véase pág. 244. <<



BIBLIOTECA ARGENTINA DE HISTORIA Y POLITICA

José Luis Busaniche

**ESTAMPAS  
DEL PASADO  
-I-**



Lectulandia